HQN™

Las viejas heridas son hondas,
pero el deseo llega aún más profundo.

AUTUMN FALLS

CIELOS DE Otoño

¡La nueva serie de romance en
un pequeño pueblo que te robará
el corazón y no querrás soltar!

TAYLOR GRAY

Portadilla



Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2025 Taylor Gray
Título original: *Autumn Falls*
Publicada originalmente por One More Chapter, una división de HarperCollinsPublishers Ltd
© De la traducción del inglés, Carlos Ramos Malavé
© 2026 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Cielos de otoño, n.º 334 - 29.4.2026

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Enterprises Ltd.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor, editor y colaboradores de esta publicación, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA).
HarperCollins Ibérica S.A. puede ejercer sus derechos bajo el Artículo 4 (3) de la Directiva (UE) 2019/790 sobre los derechos de autor en el mercado único digital y prohíbe expresamente el uso de esta publicación para actividades de minería de textos y datos.

® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Diseño de cubierta: HarperCollinsPublishers Ltd
Imágenes de cubierta: Kolpakova Svetlana/Shutterstock.com y Adobe Stock

I.S.B.N.: 9791370173791

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

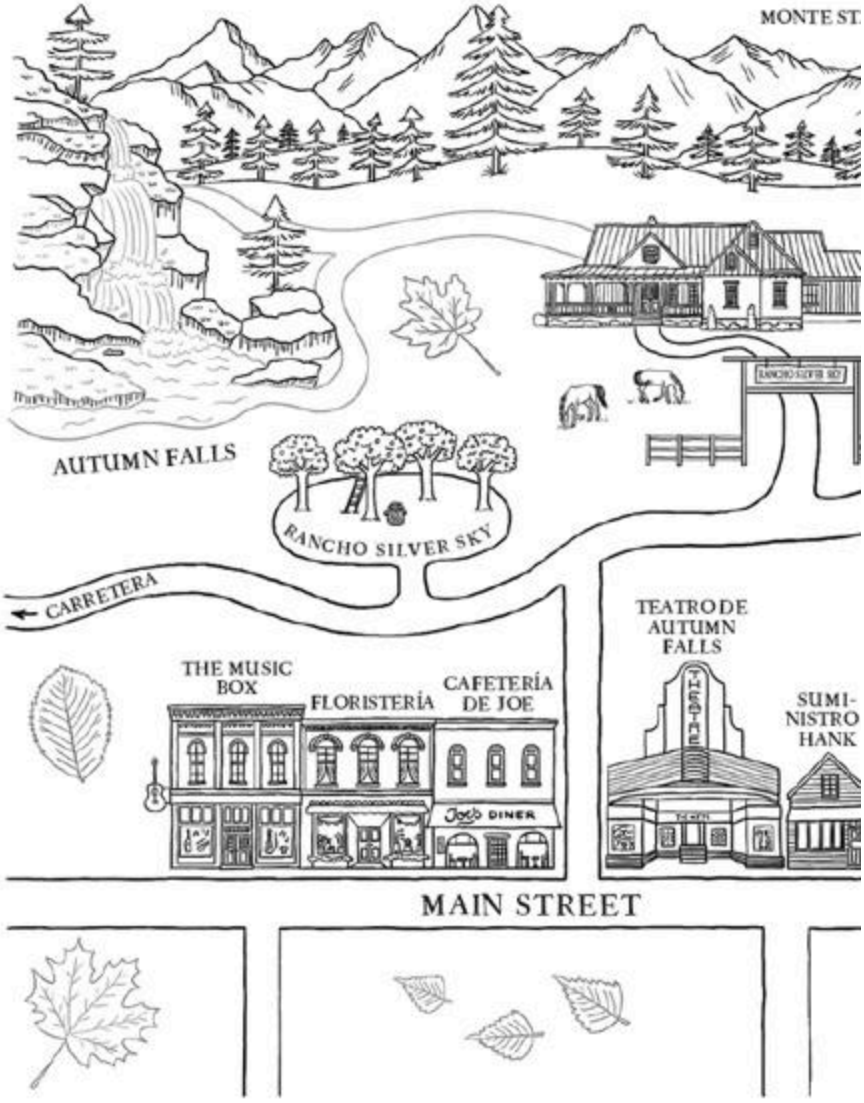
Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Mapa
Playlist
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés

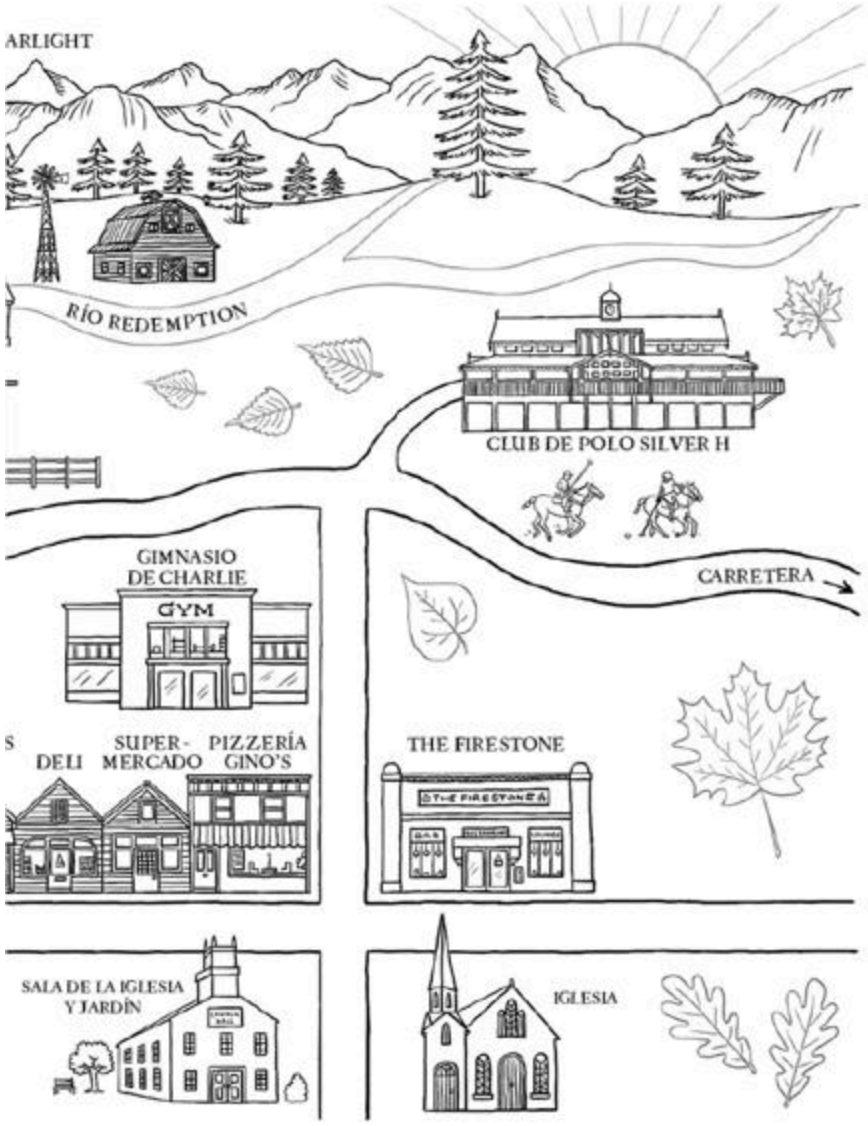
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Agradecimientos

Dedicatoria

A Charlotte L.

Mapa


MONTE ST
AUTUMN FALLS
RANCHO SILVER SKY
CARRETERA
THE MUSIC BOX
FLORISTERÍA
CAFETERÍA DE JOE
DINER
TEATRO DE AUTUMN FALLS
THEATRE
SUMI-NISTRO HANK
MAIN STREET


ARLIGHT
RÍO REDEMPTION
CLUB DE POLO SILVER H
GIMNASIO
DE CHARLIE
GYM
CARRETERA
S
SUPER-
DELI MERCADO
PIZZERÍA
GINO'S
THE FIRESTONE
SALA DE LA IGLESIA
Y JARDÍN
IGLESIA

Playlist

Playlist



Sugar Talking — Sabrina Carpenter
This is What Autumn Feels Like — JVKE
Northern Attitude — Noah Kahan, Hozie
Flowers — Miley Cyrus
Gold Rush — Taylor Swift
Sweater Weather — The Neighbourhood
'Tis the Damn Season — Taylor Swift
Falling — Harry Styles
Blackbird —The Beatles
The Grudge — Olivia Rodrigo
Scott Street — Phoebe Bridgers
Vodka Cranberry — Conan Gray
Man I Need — Olivia Dean
Sexy to Someone — Clairo
Wagon Wheel — Old Crow Medicine Show
I Love You, I'm Sorry — Gracie Abrams
US — James Bay
Silver Springs — Fleetwood Mac
Skinny Love — Bon Iver
Cleopatra —The Lumineers
You & I — One Direction
We Fell in Love in October — Girl in red
Wildest Dreams – Taylor Swift

Prólogo

—Dime que no echarás esto de menos.

Bella y Logan se hallaban uno al lado del otro en el borde de la catarata, los rayos de sol se reflejaban en las interminables cascadas de agua y, a sus pies, la laguna azul oscuro se extendía bañada por la luz de última hora de la tarde.

—No lo echaré de menos —respondió Bella.

Logan puso los ojos en blanco. La conocía lo bastante como para saber que estaba mintiendo.

—Sí que lo echarás de menos.

Ella se acercó un poco más al borde y recordó la primera vez que había estado allí, con los dedos de los pies aferrados a la roca y Logan llamándola desde la cristalina laguna de abajo. Había tenido que reunir todo su valor para zambullirse, con el rugido de la cascada en los oídos, pero, mientras se precipitaba al vacío, había tenido la impresión de estar volando, antes de sumergirse en la gélida agua de la montaña. Al volver a salir a la superficie, Logan la miraba con brillo en los ojos, como si le acabara de enseñar un tesoro.

—Vale, lo admito, lo echaré de menos.

Vio su boca curvarse en una sonrisa victoriosa y entonces agregó:

—Pero no tanto como me echarás de menos tú a mí.

—¡A ti no te voy a echar de menos! —Logan puso una mueca como si la idea le pareciera ridícula, frunciendo sus oscuras cejas.

—¡Claro que sí! —Bella se rio e hizo ademán de darle un golpe en el pecho por tratar de negarlo, pero en un acto reflejo él le agarró la mano; demasiado tiempo peleándose con sus hermanos.

El contacto fue tan inesperado que pareció pillarlos a ambos desprevenidos. Bella alzó la mirada y vio que los risueños ojos azules

de Logan se tornaban serios de pronto. Notó que se le encogía el corazón cuando entre ellos sucedió algo que siempre habían ignorado, reprimido, callado. Observó la garganta de él mientras tragaba, vio su mano sostener la suya durante un segundo más de lo necesario y, en su rostro, una expresión que nunca antes había visto. «No lo hagas, Bella», dijo una voz en su cabeza. «Te marchas. Te vas de aquí. Aparta la mirada».

De modo que se obligó a apartar la mirada y posarla en cualquier otra parte. Y reparó entonces en el anillo con sello que refulgía bajo los rayos de sol en el dedo de Logan.

—¿Qué es eso? —preguntó, incrédula.

Logan hizo una mueca y, de inmediato, le soltó la mano. El momento, por suerte, pasó, volvieron a ser amigos, y su corazón desbocado fue el único indicador de que aquella mirada había existido.

—Me lo dio mi padre —respondió él, quitándose el anillo para entregárselo—. Lleva años en la familia. Durante generaciones, ha pasado de padres a hijos. Ya sabes: «Toma, ahora el rancho es tuyo». O lo será.

—Pero tú no lo quieres, ¿verdad? —Bella frunció el ceño, estudiando el emblema del rancho Silver Sky grabado en la superficie del anillo antes de devolvérselo.

—Sí. —Logan volvió a ponérselo y lo miró—. No. —Se quedó callado—. No lo sé. —Elevó la cabeza hacia los árboles que crecían sobre sus cabezas. Ella conocía muy bien sus expresiones, la rigidez de su mandíbula, la profundidad de su suspiro.

La catarata rugía tras él, y los rayos de sol que se filtraban entre los pinos bailaban sobre la piel de ambos.

Bella habría podido decir: «Aún no es demasiado tarde para que vengas conmigo a Nueva York», pero sabía que él nunca haría tal cosa.

El viento agitaba las copas de los árboles, desperdigando a su alrededor las agujas de los pinos. Debió de enredársele una en el cabello, porque él estiró la mano, se la desenganchó con cuidado y la tiró distraídamente al suelo sin apartar los ojos de los de ella.

—Te echaré mucho de menos.

Cuando lo dijo, bella sintió el potente impulso de hacer lo que nunca haría y levantar la mano para recorrer con ella el lateral de su cara. Y tal vez él la envolvería entre sus brazos y podría quedarse así para siempre.

Pero nunca podría quedarse. Al igual que él nunca podría marcharse.

Sus caminos tomaban direcciones diferentes.

Temiendo que Logan pudiera acercarse más, que su mano pudiera alzarse para tocarla y entonces ella nunca se marcharía, hizo acopio de toda su fuerza de voluntad y retrocedió, un paso, después otro. A continuación, cuando supo que sus pies se hallaban lo bastante cerca del borde, se dio la vuelta y se lanzó al vacío, zambulléndose en la oscura y profunda laguna de la catarata. Al atravesar la vítrea superficie, la impresión del agua gélida le robó la respiración.

Al volver a salir para tomar aire, alzó la mirada y vio a Logan de pie al borde de la roca, observándola, con el sol a su espalda, de tal forma que no alcanzaba a descifrar su expresión, y su corazón se agitó con una mezcla de alivio y algo peligrosamente parecido al arrepentimiento.

Capítulo uno

Logan se reclinó en su silla y consultó el reloj.

El entrevistador se dio cuenta de que lo estaba perdiendo.

—Última pregunta. —Revisó sus notas y volvió a alzar la vista con un brillo malicioso en la mirada—. Carter Media es uno de los principales rivales independientes dentro de la industria musical global, siempre corren rumores de que hay ofertas sobre la mesa. ¿Qué probabilidades hay de que vendas el sello?

Logan enarcó una ceja ante la estupidez de la pregunta.

—Ninguna.

—Ajá. ¿En serio? Tienes otros cinco hermanos. Has cosechado un gran éxito primero con la *boy band*, Silver Sky*,* y ahora como presidente de Carter Media. ¿Alguna vez piensas en bajar el ritmo? ¿En formar tu propia familia? Sepan los oyentes que Logan acaba de negar con la cabeza.

—Soy bastante feliz tal cual estoy, gracias. —Logan permaneció impasible mientras, mentalmente, ponía los ojos en blanco.

—Entonces, ¿la vida te trata bien?

Ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa irónica.

—La vida me trata de maravilla.

El entrevistador supo que aquello era lo máximo que iba a obtener.

—Me alegra oírlo —declaró—. ¿Algún último consejo para tus compañeros emprendedores?

A Logan no le hizo falta pensarlo.

—Trabajad más y mejor que todos los demás…

Antes de poder agregar alguna sabia palabra más, llamaron velozmente a la puerta y Marianne, su ayudante, asomó la cabeza.

—Perdón por interrumpir. Logan, es urgente.

Logan frunció el ceño.

Al percibir por el rictus de Marianne que sucedía algo serio, el entrevistador recogió sus papeles y dijo:

—Gracias por hablar conmigo, Logan. —Se dieron un distraído apretón de manos—. Siempre es un placer.

Marianne permanecía inquieta en la puerta y le permitió salir.

Cuando la puerta se cerró y encaminó los pasos hacia él, Logan preguntó:

—¿Qué sucede?

—Es tu hermano —dijo ella.

—¿Cuál? —quiso saber Logan, inmediatamente alerta. ¿Qué habría ocurrido ahora? ¿Qué desastre tendría que encargarse de arreglar?

—Es Jack, Logan. Ha tenido un accidente de tráfico. Ha muerto.

«Jack ha muerto».

«Es Jack, Logan…».

No paraba de rememorar esas palabras, sentado en el avión rumbo a Autumn Falls. El sutil fruncido de los labios de Marianne, formando una mueca de lástima, el silencio atronador de su cabeza.

Costaba trabajo asimilar que estuviese volando de vuelta a casa para acudir al funeral de su hermano. Seguía pareciéndole irreal.

Volvió a mirar el periódico que sostenía en la mano, la aeronave se agitó al atravesar un tramo de turbulencias y a él se le encogió el corazón al ver el rostro de Jack iluminando la portada, el famoso hoyuelo de su mejilla, sus risueños ojos perezosos. Todo el mundo sabía que, si querías pasártelo bien, debías acudir a Jack.

Logan reunió valor para pasar la página hasta donde continuaban las fotos; la más reciente mostraba a Jack en la alfombra roja de una ceremonia de entrega de premios, había sido tomada dos semanas atrás. Era la gran estrella de Hollywood. O lo había sido.

Tuvo que cerrar los ojos con fuerza durante unos instantes al pensar que nunca volvería a ver a Jack. Era como si, cada pocos minutos, su cerebro tuviera que procesar de nuevo esa realidad. Le sobrevino de pronto la angustia claustrofóbica del avión, de no contar con una vía de escape, y oyó en los oídos el latido de su

propio corazón. Pero dominó la angustia, quitó el tapón a su botella de agua y dio un trago para refrescarse.

En la página contraria había fotos suyas con sus hermanos. Todos ellos jóvenes, actuando en el escenario como integrantes de Silver Sky, Jack golpeando el aire con el brazo y una sonrisa de oreja a oreja. Imágenes que Logan apenas había mirado desde hacía años. Rostros juveniles y sonrientes, llenos de esperanzas, promesas y entusiasmo, con las guitarras colgadas al cuello, la frente perlada de sudor y un brillo de emoción en la mirada; era como contemplar unas figuras de cera, detenidas en el tiempo, y no pudo evitar preguntarse qué habría sido de ellos si hubieran tomado un camino diferente.

Por supuesto, en el artículo comparaban sus fotografías de jóvenes con otras imágenes actuales. Ahí estaba Noah, montándose en su utilitario, en Autumn Falls, con cara de fastidio ante la intromisión de la cámara; Brodie en el aeropuerto, con la mano levantada a modo de saludo, siempre relajado y seguro de sí mismo cuando se trataba de la prensa.

Logan apretó la mandíbula al ver las fotos de Willow, su hermana pequeña, saliendo de la Academia de *Ballet* de Cornelia Street, con la cabeza ladeada en actitud defensiva, y se la imaginó encarándose con el objetivo sin rostro diciendo: «¿En serio? ¿Te crees que esto ayuda? ¡Mi hermano acaba de morir!».

No había imágenes recientes de Ethan, por supuesto —parecía que ni la prensa era capaz de localizarlo—, tan solo una vieja foto suya de maniobras con ropa de camuflaje y gesto ausente y despiadado.

Y luego estaba él mismo, pasando de largo con semblante impertérrito a los periodistas frente a su oficina de Nueva York. Al acordarse de cuando le ponían la cámara delante de las narices, había experimentado un arrebato de furia que, le sorprendió descubrir, apenas logró reprimir. Le trasladó de inmediato a la época en que formaba parte del grupo y los incansables *paparazzi* no les dejaban en paz; acampados frente a los hoteles donde se alojaban, confinándolos en sus habitaciones, las manos que trataban de agarrarles la ropa, quienes los perseguían por las calles y les

arañaban la piel. Los teléfonos pinchados. Los periodistas de incógnito que se hacían pasar por camareros del servicio de habitaciones. Las historias sobre su vida privada obtenidas mediante engaños. Las mentiras inventadas por su representante los días en que daban pocos titulares, historias que iban sembrando las primeras semillas de la desconfianza entre ellos, hacían llorar a su madre por teléfono y llevaban a su padre a refugiarse más aún en su resentimiento.

Y allí, en la parte inferior de la página, la foto que Logan había estado evitando. Bella frente a la puerta de su apartamento, con la gorra calada hasta las orejas y el rostro oculto. Las luces de los incansables *flashes* de las cámaras se reflejaban en sus gafas de sol. Mentiría si dijera que sus fotos no le inquietaban. Parecía aterrorizada. Tal vez Bella no fuera su persona favorita en el mundo, pero al verla ahí, en blanco y negro, sintió el deber, quizá equivocado, de protegerla ante aquella avalancha. Al mismo tiempo, se acordó de Jack sollozando por teléfono: «Me ha dejado, Logan. ¡Se ha marchado!», y se recordó a sí mismo que Bella era más que capaz de cuidarse sola.

Capítulo dos

Logan apartó el periódico y se quedó mirando por la ventanilla cuando el piloto anunció que quedaban diez minutos para el aterrizaje. Iba a ser duro ver a su familia —ver a su madre, en especial— tan triste. No sabía si Bella asistiría al funeral, no le había devuelto los mensajes a Marianne. Él todavía no había logrado localizar a Ethan. Notaba que empezaba a perder el control de la situación. Ya solo el mero hecho de regresar a Autumn Falls iba a resultarle suficientemente incómodo.

Por lo tanto, constituyó para él una agradable sorpresa encontrarse al aterrizar no el Mercedes que había encargado, sino a su hermano, Brodie, con los brazos cruzados y sus gafas de sol rojas Wayfarer, apoyado contra su pequeño Aston Martin plateado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Logan con una sonrisa de desconcierto mientras Brodie se acercaba para darle un fuerte abrazo. Con Brodie, daba igual que lo hubieras visto el día anterior o dos años atrás, porque siempre se comportaba de igual modo.

—Pensé que te apetecería ver una cara conocida —replicó Brodie, y Logan se encontró por un momento con un nudo de emoción en la garganta.

Jamás le había aliviado tanto ver una cara conocida. En especial la de Brodie, que había nacido sonriendo, con la boca siempre curvada hacia arriba y los ojos arrugados como si estuviera esperando a que terminaran de contarle un chiste. Era una de esas personas que te hacían sentir mejor solo por estar con él.

—Gracias —logró decir Logan, y Brodie lo apretó más entre los brazos.

—Todo irá bien.

Logan se apartó y asintió.

—Lo sé. —Desvió la mirada un instante para dominar las emociones y se fijó en los alrededores. Las colinas tapizadas de pinos tras las pistas de aterrizaje, la hierba asilvestrada a su alrededor, los familiares edificios de tejado verde de la terminal. Por un momento se sintió como un animal que presiente una trampa.

Brodie entornó los ojos, evaluó su aspecto con la mirada y dijo:

—Pareces… —Trató de encontrar la palabra más educada.

—No me hace falta oírlo. —Logan se acercó a la parte de atrás para lanzar su bolsa de viaje al maletero. Se sentía fuera de lugar con la camisa y los pantalones del traje, recién salido de la oficina, en especial comparado con Brodie, que siempre vestía de manera informal, como si la vida no fuera más que unas largas vacaciones.

—Iba a decir que pareces estresado. —Brodie sonrió con suficiencia y abrió la puerta del coche.

—Sí, bueno, intenta tú organizar este circo. —Logan se sacó las gafas de sol del bolsillo superior y se las puso. Hasta las gafas le parecían insulsas y serias en comparación con la vistosa montura roja de Brodie.

Su hermano dejó escapar un resoplido, como diciendo «no, gracias».

—Papá ya ha amenazado con su escopeta a un par de reporteros —le dijo por encima del coche.

—No fastidies —se lamentó Logan, inclinando la cabeza hacia el cielo mientras abría la puerta del copiloto y se encogía en el interior del diminuto deportivo.

—Pues sí —confirmó Brodie con gesto afirmativo, poniendo en marcha el motor—. Como en los viejos tiempos.

Logan cerró los ojos un instante y meneó la cabeza.

—Esto es una pesadilla.

Brodie le lanzó una media sonrisa y explicó:

—Durante todo el día han estado llegando conocidos de Jack. La prensa se lo está pasando en grande. Te advierto que están por todas partes.

Logan volvió a pensar en Bella.

—¿Preparado? —le preguntó Brodie.

—Ya me conoces —respondió asintiendo—. Siempre estoy preparado.

Brodie se rio.

Salieron a la carretera principal del aeropuerto y pasaron de largo a los fotógrafos allí apostados. Saltaron los *flashes* de las cámaras. Oyeron gritar sus nombres. Logan se puso tenso y el corazón se le aceleró. Pensaba que ya había dejado atrás todo aquello.

Solo al llegar a la autopista consiguió relajarse. O se relajó en la medida que le era posible con Brodie al volante, pues en un momento dado hubo de sujetarse con una mano en el salpicadero, lo que hizo que su hermano pequeño le lanzara una de sus sonrisas de dientes blancos.

El paisaje de hormigón del aeropuerto dio paso al vasto campo abierto, cuyo aroma a pino se colaba por la ventanilla, con las hectáreas de pastizal bañadas por el sol y las montañas majestuosas a lo lejos, el río Redemption serpenteando en paralelo. Logan se quedó mirando el largo tramo recto de carretera. No había densidad de tráfico, ni ruido de claxon, ni gritos, ni aceras abarrotadas de gente, tan solo espacio y cielo abierto, y comenzó entonces a contar mentalmente los días que faltaban hasta poder regresar a Nueva York.

Se desabrochó los puños y se remangó la camisa por encima del codo antes de pasarse una mano por el pelo.

Junto a él, Brodie tarareaba una canción de la radio, asintiendo con la cabeza y golpeando el volante al ritmo de la música. Era igual que su madre, siempre cantando.

El recuerdo de su madre llevó a Logan a preguntar:

—¿Cómo está mamá?

—Devastada —respondió Brodie lanzándole una mirada—. Pero pone al mal tiempo buena cara.

Logan sintió una presión en el pecho al pensar en ello.

—¿Y papá?

—¡Vete a saber! —Brodie retiró las manos del volante para encogerse de hombros.

Logan le hizo un gesto para que volviera a ponerlas en su sitio. Después pensó en su padre y se preguntó qué sentiría. Emmett

Carter no era propenso a mostrar sus emociones.

—¿Y cómo estás tú? —le preguntó su hermano.

Logan achacó el énfasis sobre su persona a que él era el más cercano a Jack. Los dos hermanos mayores eran, como solía decir siempre su madre, uña y carne.

—Estoy bien —respondió, porque nunca diría algo distinto—. Creo que cobrará más sentido cuando todo esto acabe. Cuando la faceta pública del asunto se haya calmado.

Brodie asintió, pero no parecía muy convencido.

Logan volvió a quedarse contemplando las vistas, la frondosa hierba y las flores silvestres que coloreaban el caleidoscopio del verano. Le dio por pensar que Jack era la persona a la que probablemente habría escrito para contarle lo surrealista que le parecía todo aquello. Tan solo un par de mensajes rápidos que bastarían para hacerle sonreír con suficiencia antes de enfrentarse al día. Borradas de un plumazo todas las claves y bromas privadas que eran el resultado de toda una vida juntos.

—¿Hablabas mucho con Jack últimamente? —preguntó.

—No. Desde hacía un tiempo no. Debería haberlo hecho, pero… —Brodie le lanzó una mirada cargada de culpabilidad— no había tiempo.

—Lo sé. —Logan suspiró—. Ahora parece una estupidez, ¿verdad?

Brodie se encogió de hombros con gesto triste.

—Todo el mundo está ocupado.

—Sí. —La carretera se extendía frente a ellos hacia el infinito. Estar ocupado constituía una excusa terrible. Desde que se había enterado de la muerte de Jack, no había hecho más que lamentar todas las oportunidades perdidas de verse. Ninguno de ellos había vuelto a casa por Navidad: Logan, debido al trabajo; Jack, porque estaba rodando en el extranjero. Se paró a pensar en lo a menudo que cancelaban sus planes en el último momento porque surgía algo más urgente. Y, como Jack publicaba a todas horas en Instagram, a Logan le daba la impresión de saber lo que estaba haciendo, al menos la mayor parte de las veces, y siempre había entre ellos un hilo de mensajes sin importancia.

¿Por qué no se habrían esforzado más? ¿Por qué no habría insistido en que se vieran?

Le vino a la cabeza la fotografía de Bella en el periódico y, de inmediato, cerró los ojos para librarse de ella. Cuando volvió a abrirlos, le pareció ver un espejismo en el horizonte al distinguir, más adelante, los primeros indicios de Autumn Falls.

Brodie lo miró y dijo amargamente:

—Hogar, dulce hogar.

Capítulo tres

Bella se encontraba en el recibidor de la pequeña cabaña del manzanar de Starlight, que había sido el hogar de su familia desde que tenía dieciséis años. Su madre, su padrastro y su amiga Claudette daban vueltas a su alrededor. Era la mañana del funeral de Jack Carter.

—Sabes que no tienes por qué ir, ¿verdad? —le dijo su padrastro, John-Luke, que iba todo lo arreglado que le era posible con unos pantalones azul marino y un jersey negro.

—Sí que tengo —respondió Bella, resuelta. Se notaba rígida e incómoda con la clase de ropa hecha a medida que solía llevar cuando trabajaba en *Vogue*, pero se había comprado aquel conjunto porque le parecía una armadura que le serviría como protección. Señaló con la cabeza las cortinas echadas de la ventana delantera, que ocultaba a los *paparazzi* apostados al otro lado—. Se pondrán más pesados si no voy. —Ya había tenido que asimilar el hecho de que estuvieran esperándola frente a su apartamento de Nueva York, empujándose unos a otros cuando salió por la puerta. Y luego en el aeropuerto, los cegadores *flashes* de las cámaras, los incesantes comentarios provocadores para intentar exasperarla, las manos que golpeaban el techo del coche.

Claudette se asomó para mirar a los fotógrafos.

—Puedo decir que estás enferma.

Bella le dedicó una mirada para hacerle saber que aquello empeoraría las cosas y Claudette le dio la razón con una mueca.

Su madre se echó hacia delante y la envolvió en un abrazo que olía a jabón y a crema hidratante de almendras. Bella se habría quedado allí todo el día, pero se obligó a apartarse.

—Todo irá bien. Creo que incluso me podría venir bien ir.

Nadie pareció muy convencido.

—De acuerdo —dijo entonces John-Luke con determinación—. Como ya hemos acordado, tu madre y yo saldremos del garaje con el coche. Claudette y tú os vais por la puerta de atrás y salís por la verja del reparto con el coche de Claudette. Os enviaremos un mensaje cuando estemos listos.

—Entendido —respondió Claudette con gesto afirmativo.

Bella no soportaba que su familia se viese obligada a evitar la intromisión de la prensa, pero se sentía igualmente agradecida. Se puso las gafas de sol y atravesó la casa en compañía de Claudette.

El corazón le martilleaba a cada paso que daba, sus ojos apenas registraron las hermosas hileras de árboles cargados de flores, y se notó las palmas sudorosas de las manos al montarse en el coche para salir con Claudette por la verja trasera, donde, por supuesto, aguardaban más periodistas, que ni por un momento se habían dejado engañar por el señuelo de sus padres al salir por la puerta delantera y pegaron sus cámaras a la ventanilla del coche, disparando sus obturadores a un millón de fotogramas por segundo.

Bella se cubrió el rostro con las manos hasta que estuvieron lejos.

Aunque no lo soportaba, por lo menos era capaz de gestionar aquella intromisión mediática durante aquel breve espacio de tiempo; durante su breve matrimonio con el tristemente célebre Jack Carter, había tenido que soportar aquel avasallamiento a diario, y desde el divorcio había tenido que acostumbrarse a que la vilipendiaran y culparan por poner fin al romance de cuento de hadas del país. Lo que más nerviosa le ponía era volver a ver a la familia Carter. Tuvo que respirar hondo, mareada de pronto. Hacía mucho tiempo que no los veía. ¿Qué pensarían de ella, cómo reaccionarían al verla?

La carretera que conducía al camposanto estaba atestada de reporteros, con guardias de seguridad que los mantenían a raya. Bella mantuvo la vista fija al frente conforme avanzaban, no quería mirar a las cámaras, y en su lugar se concentró en la hilera de limusinas aparcadas al otro lado de la verja y en la mezcolanza de celebridades de diversa índole que dirigían sus pasos hacia la iglesia. A continuación, cuando hubieron cruzado ellas también la verja y

aparcado el coche de Claudette, hubo de tomarse unos instantes para prepararse antes de abrir la puerta. Su cuerpo trabajaba en su contra; luchaba por quedarse dentro del coche. El sudor le perlaba la piel. Le temblaban los dedos de las manos.

Claudette parecía un poco preocupada cuando le dijo:

—¿Vas a bajarte del coche?

—Claro —respondió Bella asintiendo con la cabeza—. Perdona. — Se obligó a abrir la puerta. Todo iría bien.

El aluvión de fotógrafos aumentó de manera considerable en cuanto apareció en el camino que conducía a la iglesia de ladrillo rojo, con su campanario blanco. Su madre y John-Luke hicieron lo posible por protegerla. Bella mantuvo la cabeza agachada, con las gafas de sol bien puestas, pues no pensaba regalarles sus ojos a las cámaras. Intentaba dar zancadas serenas y decididas, pero se le aceleró el corazón y las piernas comenzaron a temblarle, obligándola a darse cuenta de que ya no estaba acostumbrada a caminar con zapatos de tacón alto. El ruido de las cámaras era abrumador, con unos disparos veloces, como escopetas. No alzó la mirada hasta haber alcanzado la iglesia.

Y allí estaban. Los Carter.

Había estado temiendo aquel momento. A lo largo de los años, se habían escrito tantas calumnias y especulaciones acerca de ella que todo el mundo tenía una opinión sobre su matrimonio con Jack, pero la opinión pública mayoritaria era siempre que la culpa era suya. Ella lo echó a perder y después fue a por el dinero. Los periódicos, tal como había llegado a comprender, podían escribir lo que les viniera en gana. Una buena historia siempre era preferible a la verdad. Solo le importaba realmente la opinión de un reducido grupo de personas, y casi todas se hallaban en aquel momento delante de ella.

Los padres de Jack, Martha y Emmett Carter, y junto a ellos Noah, Brodie y Willow. Apenas podía mirarlos a la cara.

Cuando Emmett la vio, apartó la mirada de inmediato y Bella sintió enraizarse en su interior la desaprobación. No sabía si seguir avanzando y saludar a Martha, o si aquello sería considerado una intromisión. Deseó dar marcha atrás, pero John-Luke le puso la

mano con suavidad en el brazo y aquel gesto le brindó el valor necesario para dar ese paso adelante. Martha hizo lo mismo en ese preciso momento, acercándose a saludarla con una educada inclinación de la boca que no llegaba a ser una sonrisa, pero tampoco un fruncido de labios. Un reconocimiento distante que a Bella le permitió decir:

—Lo siento mucho.

Y a Martha asentir y responder:

—Gracias.

Antes de darse la vuelta.

Noah se le acercó a continuación, sus ojos amables teñidos de bondad, y le dijo:

—Me alegro de verte, Bella.

—Lo mismo digo, Noah. —Le resultaba tan cómodamente familiar que quiso estrecharlo contra su cuerpo como a un viejo y querido amigo.

Fue únicamente Brodie quien la abrazó, tan guapo como siempre, con olor a colonia cara, pero sus movimientos se le antojaron tan distantes como los de Martha, con la única diferencia de que sus gestos y expresiones denotaban años de trato con los medios de comunicación.

La pobre Willow, pálida y visiblemente destrozada, meneó la cabeza, incapaz de decir nada, antes de derrumbarse contra Noah.

Bella dio un paso atrás sintiéndose de pronto una farsante, como si no debiera haber venido, porque al pensar en la muerte de Jack no sentía nada.

Se abrió entonces la puerta de la iglesia.

—Vale, podemos…

Logan.

Cabello oscuro, ojos azules, hombros anchos y fuertes. Ofrecía una presencia impresionante con su traje negro hecho a medida y su impoluta camisa blanca. Aquel era el momento que más había temido. Le palpitaba el pulso en los oídos. Trató de mantener la barbilla alta. Se produjo una pausa cuando él la vio, una fugaz mirada de sorpresa sustituida de inmediato por lo que solo pudo

catalogar como desprecio. Pero lo disimuló como un profesional y, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció todo rastro de emoción.

La saludó con un sucinto gesto de cabeza y, a continuación, se volvió hacia su familia.

—Podemos entrar.

Fue la primera vez que a Bella le entraron ganas de llorar.

Capítulo cuatro

La misa del funeral avanzó en torno a Bella. Sentía como si estuviera bajo el agua, presente pero sin estar presente. Era un mar de caras desconocidas. Gente a la que no había visto en su vida, y a la mitad de personas Jack seguramente tampoco las conocería. Si lo hubieran conocido de verdad, jamás habrían venido, pensó con gran desolación. Hablaron un par de actores muy conocidos y contaron divertidas anécdotas de las travesuras de Jack en los rodajes. Willow leyó un poema, con la voz contenida hasta que, de pronto, dejó de estarlo y se le quebraron las palabras a medida que hablaba. Fue horrible, su pena desgarradora expuesta ahí, delante de todos. Brodie se acercó para mostrarle su apoyo y la abrazó mientras ella terminaba de leer.

Logan fue el último en hablar. Se situó en el atril, con la espalda muy recta, la mandíbula apretada, sin necesidad de leer las tarjetas con las que había comenzado su discurso.

—Jack Carter no era solo mi hermano, era mi mejor amigo. —Sus palabras sonaban fluidas, su expresión era serena y profesional, pero a Bella le sorprendió ser capaz aún de percibir el conflicto en su mirada, sabía que él interpretaría la muerte de Jack como un fracaso personal.

Sus palabras, sin embargo, a Bella se le antojaron insoportables, el elogio de un gran hombre que ella sabía que no era grande en absoluto. Así que trató de cerrar los oídos, de concentrarse en otra cosa. Y posó la mirada en los hermanos sentados en la primera fila, en sus nucas, que apenas habían cambiado desde que los conocía. Noah llevaba el pelo más largo, pero la de Brodie seguía siendo la misma melena rubia revuelta de siempre —aunque ahora con un

despeinado un poco más estudiado—, mientras que el cabello de Willow seguía constituido por una maraña de rizos indomables.

Pensó en la primera vez que los vio en Nueva York, después de que ganaran el concurso de talentos y firmaran su primer contrato para grabar el disco.

Seguía pareciéndole un sueño irreal, como si Logan la hubiese llamado el día anterior para decirle: «Ethan envió una cinta para la prueba del concurso, solo lo hicimos para intentar hacer sonreír a mi madre mientras estaba en el hospital. Ni por asomo creíamos que nos llamarían para hacer la prueba, y entonces, bueno», se había reído, asombrado, «¡se ha convertido en una locura!».

Convertidos en estrellas de la noche a la mañana, los hermanos se habían visto arrastrados a una vorágine de giras y ruedas de prensa. Transcurrieron meses hasta que encontraron un hueco para ver a Bella, y para entonces ella había empezado a acumular experiencia laboral en *Vogue* al tiempo que estudiaba moda. Había entrado en el edificio del sello discográfico convencida de que era la mejor vestida con la falda de tubo y los zapatos de tacón de aguja que había tomado prestados del almacén de *Vogue*, y la habían acompañado hasta el estudio de grabación de la cuarta planta tras decir con gran recato: «Me espera Logan Carter».

En cuanto se abrieron las puertas del ascensor y vio a Logan caminando por el pasillo hacia ella, con sus vaqueros desgastados, su camiseta blanca de manga corta y una sonrisa torcida en los labios, abandonó toda fachada de madurez y se acercó a él tambaleándose, agitando los puños de la emoción, incapaz de borrar de sus labios la sonrisa de incredulidad al ver lo caro y elegante que le parecía todo.

—¡Esto es increíble!

Logan, igualmente perplejo y sorprendido, hizo ademán de abrazarla, pero entonces se detuvo, se fijó en su conjunto y dijo:

—Vas demasiado elegante para darte un abrazo.

—No seas tonto —repuso ella quitándole importancia con un gesto de la mano. Entonces reparó en su nuevo corte de pelo—. Tú sí que eres demasiado famoso para darte un abrazo. —Pero no era solo el aspecto, era la seguridad en sí mismo que transmitía. De pronto se

sintió como si él fuera una persona famosa y ella una de sus múltiples admiradoras.

Logan se rio del comentario, le rodeó la cintura con un brazo y casi la levantó del suelo. Cuando Bella olió el detergente para la ropa que utilizaba su madre, su miedo se esfumó, pues Logan dejó de ser un desconocido famoso y se convirtió en el de siempre.

—Los demás están ahí dentro —anunció, señalando hacia un estudio lleno de equipo de grabación. La siguiente media hora pasó en un visto y no visto. Todos los hermanos tomándose el pelo unos a otros, tan escandalosos como una camada de perritos. En un momento dado, cuando un emocionado Ethan estuvo a punto de tirarla al suelo en su afán por enseñarle algo, Bella sintió la mano firme de Logan en la base de su columna. Siempre estaba ahí, el recuerdo de aquella caricia protectora y tranquilizadora sobre su piel.

Fue Jack quien se llevó a Ethan a rastras, agarrándolo con una fuerza fraternal.

—¡Ven aquí, que tenemos que trabajar!

Sin parar de reírse mientras forcejeaba con él para sentarlo en el taburete situado frente al teclado, a continuación miró a Logan y, con un tono de falsa autoridad, dijo:

—El tiempo es dinero, tío. —Como si hubieran oído aquella frase un millón de veces en boca de su representante.

Logan se volvió hacia Bella y dijo:

—Sí, será mejor que volvamos al trabajo, lo siento.

—¡No pasa nada! —respondió ella, disimulando su decepción. Se dio cuenta entonces de lo mucho que los había echado de menos, sobre todo a Logan; caras conocidas en una ciudad de rostros anónimos—. Yo también tengo que volver.

Pero entonces Logan la acompañó de vuelta al ascensor y, cuando la abrazó, con más fuerza y autenticidad esta vez, Bella no pudo evitar reconocer:

—Os he echado mucho de menos.

—Yo también —respondió él con la cara hundida en su cuello, aspirando su aroma con un suspiro—. Estoy agotado. ¡Hasta ahora mismo no me había dado cuenta de lo mucho que extrañaba la normalidad!

En la mirada que compartieron, fue como si de pronto ambos vieran aquellos días perezosos tumbados al sol del verano, las excursiones por la montaña, la pesca, las carreras, las tonterías. La libertad de la juventud, la amistad y el anonimato.

Y entonces, de pronto, con una enigmática sonrisa, la agarró de la mano y la llevó de vuelta al estudio donde aguardaban sus hermanos, que ahora le parecieron tan cansados y desanimados como el propio Logan.

—¿Creéis que deberíamos tomarnos la tarde libre?

Por un intercomunicador, Bella oyó a alguien, seguramente un ejecutivo del sello, gritar:

—¡¿Sabéis lo que cuesta este lugar?!

A modo de respuesta, Bella vio a Jack encogerse de hombros con un brillo travieso en los ojos, rogándole a Logan con la mirada que siguiera adelante con la idea. Los demás observaban expectantes. El aire vibraba cargado de esperanza. Bella sabía de sobra que Logan era el único con la autoridad suficiente para declarar la tarde libre, para cancelar sus compromisos y descolocar toda la maquinaria. Le apretó la mano con picardía.

Él la miró, con una súbita guapura infantil cuando dibujó una sonrisa. A continuación se volvió hacia Jack y dijo:

—Creo que deberíamos tomarnos la tarde libre.

Ethan soltó un grito. Los chicos estaban deseando largarse de allí, y el ejecutivo del sello discográfico les gritó por el pasillo al verlos correr como colegiales.

Bajaron corriendo al aparcamiento del sótano, peleándose por decidir quién iba dónde y con quién. Ethan deseaba ver la Estatua de la Libertad, Jack quería ir a un bar. Brodie abrió la puerta de un utilitario de lunas tintadas y declaró:

—Yo me voy a la playa.

Noah hizo una mueca, como si la idea le resultara descabellada.

—¿A cuál?

Brodie se encogió de hombros, se puso las gafas de sol y dijo:

—A la más cercana. Me da igual.

Logan, sin embargo, condujo a Bella hasta una inmensa moto de color negro que resplandecía bajo las luces del aparcamiento.

—¿Qué es eso? —preguntó ella riéndose mientras deslizaba la mano por el asiento de cuero.

—Es mi nuevo juguete —respondió él con una sonrisa y el pelo revuelto por haberse pasado la mano por la cabeza.

—¿Vienes a la playa, Logan? —gritó Ethan.

Logan negó con la cabeza y le preguntó a Bella:

—¿Te apetece ver Nueva York?

—¡Bella! —la llamó Brodie—. ¿Te vienes a la playa con nosotros o a montar en moto con Logan?

—Tengo que volver a trabajar —respondió ella, mirando la salida con sentimiento de culpa.

—¡Ven con nosotros, Bella! —gritó Jack.

Pero Logan los ignoró, se montó en la moto, puso en marcha el motor, le lanzó un casco y, con un brillo chispeante en la mirada, como si no hubiese elección, dijo:

—Móntate detrás, Bella.

Incapaz de resistirse a él cuando la miraba de esa forma, Bella se levantó la falda lo más que pudo sin resultar atrevida y se montó detrás de Logan mientras los chicos del utilitario la abucheaban. Ella solo alcanzó a oír la estruendosa carcajada de Logan al acelerar la moto.

Era fácil olvidar la diversión e ingenuidad de aquellos primeros días, antes de que el grupo dejara de tomarse descansos, antes de que media hora dejara de ser suficiente para hacerles bajar la guardia, antes de que empezaran a creer en su propia fama. Antes de que aparecieran las grietas y el dinero empezara a entrar a espuertas mientras el sueño iba agriándose. Antes de que el mundo los engullera, los masticara y volviera a escupirlos. Más adultos, más duros y cada uno por su lado.

Antes de que Bella se hallara sentada en el duro banco de una iglesia. O de pie junto a una tumba, viendo cómo descendía lentamente un ataúd. O caminando con Claudette, de vuelta al coche de su amiga, con la esperanza de poder huir de allí y pasar desapercibida.

Pero, mientras atravesaban el aparcamiento de asfalto, un elegante Porsche negro aparcado frente a ellas pitó como si

acabaran de desbloquear sus puertas. Bella se detuvo. Estaba bastante segura de saber a quién pertenecía ese vehículo. Vio que Claudette miraba hacia allá cuando se puso tensa.

—¿Estás bien? —preguntó su amiga.

—Sí —repuso Bella, dándose la vuelta. Como era de esperar, ahí estaba Logan, con su mirada oscura e impenetrable, caminando hacia ellas con rostro impávido.

Claudette le apretó la mano a Bella.

—No tienes por qué hablar con él.

—Sí que tengo —respondió ella con un suspiro, le devolvió el apretón de mano, la soltó y fue a encontrarse con él a medio camino.

Logan se detuvo a unos treinta centímetros de ella, se metió las manos en los bolsillos del traje y, con la cabeza vuelta hacia los dolientes que comenzaban a marcharse, dijo:

—No creí que fueses a venir.

Desoyendo a su sentido común, Bella se dejó ofuscar por el hecho de que no quisiera mirarla, por el desdén que destilaba su voz.

—Pensé que, si no venía, generaría más drama.

Logan la miró entonces.

—Y yo que pensaba que habías venido para presentar tus respetos.

Ella le sostuvo la mirada, negándose a dejarse intimidar, pero no dijo nada.

Logan resopló con desprecio, sin modificar la severidad de su expresión.

—Imagino que era de esperar.

Entonces fue ella la que desvió la mirada, molesta.

—Ya me marcho, así que…

—¿No vienes a la recepción? —la interrumpió él.

—No —respondió negando con la cabeza.

Logan frunció el ceño y entornó con desdén sus ojos azules.

—Creo que resultaría extraño que no vinieras —opinó él. Su voz había adquirido un tono tajante, como si se hubiera acostumbrado a que la gente hiciera justo lo que él decía.

Lo cierto era que Bella no deseaba ir a la recepción posterior al funeral. Se notaba el corazón aleteando nervioso como un pájaro enjaulado, pero no quería que él percibiera su vulnerabilidad. Apenas había logrado asimilar sus propios errores, no permitiría que Logan Carter le echara a la cara las verdades con su puño de acero. Así que levantó la barbilla ligeramente y echó los hombros hacia atrás.

—No creo que sea necesario —declaró, llevada por su sentido de la autoprotección—. La prensa ya tiene las imágenes que quería.

Él curvo los labios en una mueca de incredulidad.

—¡No estoy hablando de la prensa, Bella!

Tuvo que apartar la mirada, sabía bien de qué estaba hablando, pero no podía dejarse presionar para acudir a la recepción, no podía soportar más aquella farsa. Resultaba más fácil mostrarse distante.

Se produjo un breve silencio mientras Logan parecía asimilar su propia incredulidad y permitir que los rumores sobre ella se alinearan con la realidad. Entonces suspiró como si el esfuerzo no mereciera la pena.

—Mira, Bella, era mi hermano. Puede que tú no lo quisieras, pero yo sí. Y mi familia también. No quiero que nada eche a perder este día. —Bella volvió a mirarlo al percibir un ligero tono de súplica en su voz—. Por lo menos le debes eso.

Bella se estremeció. Lo que le debía o no le debía a Jack era un asunto complejo, pero lo que más le costaba asimilar era aquello que le debía a Logan. No podía pasar por alto el hecho de que él no sabía cómo era realmente Jack, o nunca había querido aceptarlo; no podía olvidar que él estaba llorando la muerte de un hermano al que quería. Y, viéndolo tan de cerca, le pareció cansado, harto de todo aquello. Se lo imaginó manteniendo en pie al resto de la familia y experimentó un peligroso momento de compasión.

—De acuerdo —dijo, desoyendo nuevamente a su sentido común.

Y se arrepintió de inmediato cuando Logan asintió satisfecho, borrado ya de su cara todo rastro de emoción, dejando tan solo la evidencia de que, como siempre, había conseguido lo que quería.

Capítulo cinco

La recepción posterior al funeral se celebraba en el Club de Polo Silver H. Al igual que el rancho de la familia Carter, los terrenos se ubicaban a la sombra del monte Starlight, y los hermanos se habían pasado la juventud echando partidos en el frondoso campo verde. En una ocasión, habían seleccionado a Logan como posible candidato a entrar en el Team USA, pero eso ya quedaba muy lejos. El club, sin embargo, aún conservaba todos los recuerdos, y se vio a sí mismo corriendo por la pista de calentamiento seguido de Jack. Se quedó mirando por la ventana durante unos instantes, contemplando las hectáreas de hierba y las montañas grises a lo lejos. Oyó en su mente el golpe del mazo, el ruido atronador de los cascos de los caballos y los vítores de la multitud. No había nada que superase a la emoción de un partido de polo: ni un escenario frente a cien mil personas, ni el dinero, ni firmar un contrato. Nada.

Desvió la mirada de la ventana y, de pronto, se sintió desorientado por encontrarse en la recepción del funeral de su hermano.

Durante todo el trayecto hasta allí, había ido pensando en su conversación con Bella. Cuando la había pillado tratando de escabullirse del funeral, la desabrida indiferencia que estaba decidido a mantener se había transformado en fastidio. Su actitud fría y distante le había irritado más de lo esperado, alimentando la rabia que ya sentía hacia ella por crear líneas divisorias entre Jack y él. No pudo evitar el sentimiento de superioridad que le había embargado cuando, presionada, Bella había accedido a acudir a la recepción. A hacer lo correcto, para variar, en lugar de lo que más le convenía.

Sin embargo, nada más sentir aquello, se avergonzó de su mezquindad. Sin duda estaba por encima de todo eso. Contempló a la multitud de dolientes, consciente de que lo que le desestabilizaba

era haber vuelto a casa. Los últimos días habían sido extenuantes. Tener que volver a enfrentarse al silencio pétreo y moralista de su padre, que no había hecho sino incrementarse con el paso del tiempo y ahora se había agravado con el dolor. El día anterior había mencionado algo acerca del paradero de Ethan: «Todo ese dinero y aun así no lo encontráis», dirigiendo su severa mirada a Logan, como si lo considerase el único responsable de la ausencia de su hermano menor. Logan había redoblado sus esfuerzos por localizar a Ethan. Pero, por muchos canales que utilizara, no lograba ponerse en contacto con él. O bien se encontraba inmerso en una misión secreta en alguna parte o bien elegía deliberadamente no responder. Entrenado para ser invisible, Ethan se había desconectado de su mundo mucho tiempo atrás. Lo peor era la devastadora tristeza de la cara de su madre cuando, la noche anterior, había mirado a Logan a los ojos y le había dicho: «¿Por qué tiene que ocurrir esta tragedia para reunirnos a todos? ¿Qué nos ha pasado?». Como si él pudiera tener la respuesta a esa pregunta.

Por suerte, Brodie había adoptado el papel de anfitrión para todos los amigos famosos de Jack; él seguía moviéndose en esos círculos. Y el nuevo pastor, Jacob, sobre quien su madre había expresado ciertas reservas a causa de su juventud, se encontraba tratando de entablar conversación con su padre, cosa que a ojos de Logan le hacía merecedor de una medalla. De manera que, tras conversar respetuosamente con un montón de rostros conocidos de Autumn Falls, gente a la que conocía pero cuyos nombres, para su vergüenza, no recordaba, personas que deseaban darle el pésame, Logan se fue junto a su madre, Willow y Noah para tomarse un respiro. Salvo que, para su desgracia, la conversación que estaban manteniendo versaba sobre Bella.

—Es que no sé qué decirle —comentó su madre, sosteniendo distraídamente un vaso de agua con gas y mirando hacia Bella, que se encontraba acompañada de su amiga Claudette.

Al verla en la iglesia, a Logan le había sorprendido encontrarla tan cambiada. Claro, era mayor que la última vez que se vieron, pero se le antojaba más distante, impenetrable. Incluso su ropa, aquel traje

de sastre color café con camisa negra, le parecía seria e impersonal. Si la antigua Bella seguía ahí, él no la veía.

Su madre siguió hablando.

—Siempre que le preguntaba a Jack por ella, me hablaba de nuevas exigencias por parte de Bella, o de las consecuencias de alguna exclusiva en el periódico. Es que no sé qué pensar. ¿Cómo voy a hablar con ella normalmente sabiendo el daño que le hizo? —Miró a Logan con los ojos muy abiertos por la confusión—. Y los trámites del divorcio fueron tan amargos y parecieron alargarse durante tanto tiempo…

Logan apretó la mandíbula al verla tan afligida.

—Lo sé —respondió, rodeándola con el brazo—. A mí me decía lo mismo.

Las charlas telefónicas que Logan sí conseguía mantener con Jack de vez en cuando siempre giraban en torno a Bella: que sus abogados lo estaban desplumando; que ella lo había utilizado; que, cuando se filtró a la prensa que ella le había sido infiel, fue como si volviera a pisotearlo.

—Estaba destrozado —agregó Willow.

Noah hizo una mueca. No fue algo muy llamativo, un mero tic.

—¿Qué? —preguntó Logan.

—Nada —respondió Noah como si no hubiera hecho nada.

Logan se moría de ganas de saber en qué estaría pensando su hermano, pero sabía que jamás se podía presionar a Noah para que hablara, si lo que uno deseaba era una respuesta. Cuando vio que Noah miraba también en dirección a Bella, percibió en él una incertidumbre respecto a ella que no le gustó nada. Deseaba que aquello fuese blanco y negro, punto. De modo que, más tarde, cuando Noah se encaminó a la barra, Logan lo acompañó.

—¿Conoces a la mitad de esta gente, Logan? —le preguntó su hermano, contemplando la concurrida estancia.

Logan se situó a su lado, con las manos apoyadas en la brillante barra de madera. Noah aseguraba que era un centímetro más alto que él, pero Logan no estaba muy convencido. Lo que sí saltaba a la vista era el bronceado que lucía debido a los largos días que pasaba

en el rancho y el físico musculoso que no se conseguía en un gimnasio de ciudad.

—Apenas —respondió meneando la cabeza.

Noah soltó un resoplido, se volvió hacia uno de los camareros de la barra y pidió un zumo de naranja.

—¿No pides champán? —le preguntó Logan con una ceja levantada. El champán era su solución para sobrellevar el resto de la tarde. Ya iría a la mañana siguiente a recoger su coche.

—Mañana tenemos una subasta; un par de cientos de cabezas de ganado. A algunos nos queda trabajo por hacer luego. —Noah se pasó un dedo por el apretado cuello de la camisa. No era propenso a vestir de traje—. Y alguien decidió que el funeral tenía que ser este viernes.

Logan hizo una mueca porque era él quien había querido apresurarse.

—Quiero quitarnos a la prensa de encima.

Al oír eso, Noah miró hacia Bella, que estaba sentada con su madre y su padrastro bajo un cuadro al óleo de un laureado purasangre, esperando aparentemente a que se acabara el día con una cordialidad distante.

—¿Cómo lo lleva ella?

—Esto se le da de maravilla —respondió Logan entornando los ojos.

—No sé yo, Logan —dijo Noah, menos convencido.

—Bueno, antes le encantaba. ¿Y cómo es eso que se dice? Recoges lo que siembras. —La vio colocarse detrás de la oreja un mechón suelto que había escapado a su impecable coleta—. Pues ha sembrado tanto que estará ocupada durante un buen rato.

Noah no respondió, cosa que hizo que Logan reprodujese mentalmente lo que acababa de decir y se diese cuenta, a su pesar, de que había vuelto a parecer mezquino. Para compensar esa sensación, agregó:

—¿A qué ha venido esa cara que has puesto antes, sobre Jack y ella?

Noah se encogió de hombros y el cabello oscuro le cayó sobre la frente.

—Es que… —Se detuvo. Era evidente que tenía algo más que decir, pero escogió no hacerlo y se dio la vuelta para beberse la mitad de su zumo.

—¿Qué?

—Nada.

—Dilo de una vez, Noah —ordenó Logan, frustrado, incapaz de evitar que sus ojos se desviaran de nuevo hacia Bella y la siguieran por la habitación cuando se levantó y se dirigió hacia su madre, presumiblemente para darle el pésame.

Noah se terminó el zumo de naranja en un par de tragos, dejó el vaso sobre la barra y dijo:

—Es que no me trago que estuviera destrozado. ¿Jack, destrozado? ¿En serio?

Logan se tensó al oír esas palabras. Entornó los ojos y el corazón se le aceleró al ver a Bella hablando con su madre.

Cuando Bella y Jack empezaron a salir juntos, el país se volvió loco ante aquel romance de cuento de hadas. Si bien a Logan no le había hecho especial ilusión, sabía que no había nada que justificara sus celos; era el primero en admitir que Bella y él solo eran amigos y, sin importar el trasfondo que pudiera existir entre ellos, Bella no era nada suyo. Aun así, había experimentado cierta reticencia a responder siempre que veía el nombre de Jack en la pantalla de su móvil, sabiendo que le contaría historias acerca de su próximo destino de vacaciones, de las fiestas a las que habían acudido, de la casa que se iban a comprar.

Pero entonces, cuando se anunció que se habían separado, Logan escuchó de buena gana y durante horas la amargura de Jack. Y, si bien lo hizo porque era lo que siempre hacía —cuidaba de sus hermanos—, también sabía que, en el fondo, aquello despertó una parte de él que se alegraba de que la relación no hubiese funcionado. No soportaba eso de sí mismo, así que siempre se había esforzado por mostrarse compasivo y darle consejos, soportando con paciencia las lágrimas y la frustración de su hermano. De modo que sabía a ciencia cierta que la ruptura había dejado a Jack destrozado. Hasta ese momento, nunca había visto llorar a su hermano, y eso que Jack había tenido que soportar múltiples reprimendas

bienintencionadas por parte de su padre, pero siempre acababa con su habitual sonrisa de suficiencia. Cuando Bella se marchó, Jack no pudo soportarlo. Perdió peso, dejó de dormir. Quizá antes no fuera perfecto, pero a lo largo del año anterior ella lo había dejado hecho polvo, y eso Logan no podía perdonárselo.

—Créeme —le dijo a Noah más secamente de lo que pretendía—, se quedó destrozado.

Noah guardó silencio durante unos instantes, se limitó a hacer girar su vaso vacío, apoyado en la barra.

Ambos vieron a Bella estrecharle la mano a su madre respetuosamente antes de volver a fundirse con la multitud.

—Me caía bien Bella —dijo entonces Noah, separándose de la barra—. Siempre me ha caído bien. Y nunca he creído que la imagen que daba Jack fuese la correcta. —Sin más, se alejó con sus andares de vaquero para reunirse con el resto de la familia.

A Logan se le encendió la sangre con aquellas palabras y en su cabeza se abrió paso el murmullo de la confusión. Volvió a mirar a Bella y, por un momento, la vio con otros ojos, su larga melena le pareció recogida con menos esmero de lo que había pensado, sus ojos se le antojaron más cansados, ¿y sería posible que tuviera la cabeza agachada en señal de derrota o de rechazo ante algo que estaba diciendo John-Luke? ¿Y acaso su madre no tenía la mano posada sobre su hombro para ofrecerle consuelo?

Como si estuviera dando marcha atrás a un reloj, Logan la recordó cuando tenía dieciséis años, sentada a la mesa de la familia Carter para tomar el *brunch* un domingo. Todos iban diciéndole a su madre, Martha, cómo querían los huevos.

—¿Cómo te gustan a ti, Bella?

—Como sea —respondió Bella, como si los huevos a la carta le parecieran un lujo difícil de creer. Había llegado a Autumn Falls aquel verano, procedente de Inglaterra, después de que su madre se casara con John-Luke. A continuación, había agregado—: No soy muy dada a desayunar. Mi madre siempre ha trabajado turnos en el hospital, así que no suele estar en casa a la hora del desayuno. Y mi padre…, bueno, no creo ni que supiera dónde estaba la cocina cuando estaban juntos, y ahora menos todavía. —Lo dijo como si tal

cosa, pero Logan sabía que el motivo por el que se había trasladado a Estados Unidos era que su padre había rechazado su petición de quedarse a vivir con él. Siempre existía alguna razón por la que no pudiera quedarse con él. Logan le había oído hablar por teléfono y siempre era «el año que viene» o «después del verano», o cuando se hubiese acostumbrado a su nuevo trabajo, o cuando se hubieran calmado las cosas con su nueva novia, pero siempre la misma promesa: «Pronto, Bella, pronto». Ella nunca admitiría la razón en voz alta, pero Logan había escuchado lo suficiente para saber que su padre sí tenía espacio, pero no deseaba cargar con esa responsabilidad, y Bella percibía aquel rechazo como una bala en el corazón.

Martha se acercó con un plato lleno de tortitas y un cuenco de huevos revueltos para aquellos que los hubieran pedido así.

—¿Cómo te llevas con John-Luke? —le preguntó a Bella.

—No está mal —respondió ella encogiéndose de hombros—, supongo.

Martha había asentido como si entendiera la complejidad de tener un padrastro, o como si hubiese oído los rumores que circulaban por el pueblo, asegurando que a Bella le estaba costando adaptarse a su nueva vida familiar.

—Lo conozco desde el colegio. Es un buen hombre.

De nuevo, Bella se había encogido de hombros. Su relación siempre había sido turbulenta. John-Luke lo intentaba y Bella lo rechazaba.

Y sin embargo ahora, allí en el club de polo, John-Luke estaba de pie junto a Bella como si fuera su guardaespaldas.

Logan deseó que alzara la cabeza hacia él y lo mirase, para poder así entender lo que sucedía, para ver algo que le confirmase el hecho de que debía dejar que se fuera y olvidarse de ella.

Pero bella no alzó la cabeza, si acaso la agachó más aún, encaminándose hacia la salida acompañada de su séquito. Antes de que él pudiera hacer algo —aunque no sabía en qué consistiría ese algo. ¿Hablar con ella, tal vez? ¿Interrogarla?—, su propio padre le cortó el paso. Emmett se había acercado a la barra a rellenarse el vaso de agua. Sin apenas darse cuenta, Logan se irguió más aún,

como si fuera un soldado al que estuvieran pasando revista. Emmett, que en el mejor de los casos era un hombre de semblante duro, imponía el doble vestido con traje.

Desprevenido a causa de sus pensamientos sobre Bella, Logan se descubrió diciendo:

—¿Va todo bien, papá?

Emmett, poco dado a las frases hechas o a las figuras retóricas, enarcó una ceja canosa.

—¿A ti qué te parece, Logan?

Logan trató de reprenderse mentalmente, dio un trago a su copa y respondió:

—Ya, claro, qué pregunta más tonta.

Emmett contempló con expresión sombría a aquel montón de gente.

—Esto es un circo —murmuró. A continuación meneó la cabeza, agarró su agua y, casi de pasada, como si sus siguientes palabras no fueran a suponer un duro golpe para Logan, añadió—: Podría haber vaticinado esto desde que acudisteis a aquella prueba.

Capítulo seis

Logan pasó el fin de semana con su familia. Tenía su propia casa al norte de Main Street, pero se alojaba en su antiguo dormitorio en el rancho. Noah y su padre se fueron a la subasta al despuntar el alba y él se aseguró de levantarse con ellos y le preguntó a su padre si había algo que hacer en su ausencia. Él lo miró a los ojos con severidad y respondió:

—¿Ya se te ha olvidado cómo funciona este lugar?

Claro que no se le había olvidado. Lo tenía grabado a fuego en el cerebro. Había pasado los primeros dieciocho años de su vida siguiendo las órdenes de su padre, se lo había preguntado solo por si acaso había algo específico, y ambos lo sabían. Logan miró los ojos grises de su padre y le habría sostenido la mirada el tiempo que hubiera hecho falta, pero sabía que debía ser el primero en desviarla.

Fue Noah, mientras volvía a cruzar la cocina con el pretexto de haberse olvidado algo, quien anunció en voz baja:

—Hay que reparar la alambrada divisoria del pastizal norte.

Cuando se hubieron marchado, Martha le sirvió una taza de café, con la cara pálida y cansada, y dijo:

—Ya sabes cómo es, Logan. Es su manera de afrontarlo.

«¿En serio?», pensó Logan. ¿Aún seguimos diciendo lo mismo? Pero se limitó a asentir.

—Ya lo sé. —Sonrió a su madre, quien, por lo general tan segura de sí misma, ahora le parecía horriblemente vulnerable. Le recordaba a cuando había estado enferma, cuando toda esa energía vibrante se apagaba dentro de ella, con los labios temblorosos, al borde del llanto, al devolverle la sonrisa. No le pareció el momento

oportuno para decir que, por una vez, el viejo podría rebajar los reproches hacia ellos por haberse marchado.

Logan no tardó mucho en reparar la alambrada y pasó el resto de la mañana trabajando en el jardín. Se mantuvo cerca de los caballos; Star, la yegua color castaño que pertenecía a su hermana, asomó la cabeza por encima de la puerta del establo cuando él pasó por delante y, nada más ver sus enormes ojos marrones, le dieron ganas de acercar la cabeza a su cuello y desaparecer para siempre en el olor y el calor del animal.

Brodie salió del establo en un momento dado. Apoyado contra la puerta, donde Logan se encontraba limpiando, preguntó:

—¿Qué estás haciendo? —Frunció el ceño con gesto de perplejidad al fijarse en su camiseta manchada de sudor—. Papá tiene a gente contratada para limpiar los establos.

Logan se detuvo y se limpió la frente. ¿Por qué lo hacía? Porque prefería quitar estiércol con una pala a quedarse sentado y absorbido por la culpa y la tristeza que se respiraban dentro de la casa, asfixiado.

—¿Has venido a echar una mano?

—Ni hablar —respondió Brodie con una mueca—. Estaba pensando en ir a pescar, junto al lago, donde le gustaba a Jack. ¿Te apetece venir?

A Logan le habría encantado ir de pesca, sentarse allí a pensar en su hermano, recordar las veces que, de niños, acampaban junto al lago para pasar la noche y cocinaban en el fuego los peces que habían pescado, pero negó con la cabeza.

—Hoy no. —Sentía que no podía permitir que su padre volviera a casa, preguntara qué habían hecho en todo el día y que él respondiera que había ido a pescar, o incluso que se había puesto al día con el trabajo de la oficina. Con todo lo que estaba pasando, lo notaba bullendo en su interior; el peligro de encabritarse y rebelarse al ver la mirada que le dirigiría su padre, como si fueran todos blandos niños de ciudad que no sabían lo que era realmente el trabajo duro.

Brodie, en cambio, no tenía tanto recelo y, meneando la cabeza como si Logan fuese tonto, dijo:

—A papá le dará igual que hayas hecho esto, lo sabes, ¿verdad?

Logan, que no quería que sus intenciones fueran tan transparentes, menos aún delante de su hermano pequeño, alcanzó su botella de agua y respondió:

—Me da igual lo que piense.

—Sí, seguro —dijo Brodie con un resoplido, y se marchó antes de que Logan, que tenía la boca llena de agua tibia, pudiera contestar.

Trabajó hasta que empezó a dolerle el cuerpo y se detuvo solo al oír regresar a su padre y a Noah —y al perro de Noah, un *border collie* blanco y negro llamado Rocky, ladrando de emoción por haber vuelto— y darse cuenta de que se moría de hambre.

Comieron en un silencio casi absoluto. Logan, Brodie, Noah, Willow y sus padres, todos sentados en torno a la gigantesca mesa de madera que solía ser un hervidero de vida cuando eran más jóvenes. Ahora eran todos prácticamente desconocidos. Y su hermano había muerto. Y ninguno de ellos sabía qué decir o qué hacer.

—¿Qué tal la subasta? —preguntó Logan, pues el silencio le parecía demasiado asfixiante.

—Como cualquier otra subasta. —Su padre no alzó la vista.

Brodie cruzó la mirada con la de Logan y enarcó las cejas como diciendo: «Te lo dije».

—No hemos parado —respondió Noah, tratando de aliviar la tensión.

Al otro lado de la mesa, Willow dejó su tenedor y, en un visible intento por dar conversación, comentó:

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte, Logan?

Logan se quedó mirando su plato.

—Tengo que marcharme mañana —respondió. Estaba deseando irse. Uno de sus contratos se estaba yendo a pique y constituía una buena excusa, al menos de cara a sí mismo, para decir que lo necesitaban en la oficina.

—¿Tan pronto? —Su madre dejó escapar un suspiro tembloroso ante aquella noticia, pero no le pidió que se quedara más tiempo, ninguno de ellos se pedía ya nada los unos a los otros.

Volvieron a quedarse callados, el único ruido consistía en el rechinar de la cubertería sobre los platos y en los ronquidos del perro, Rocky, que dormía en el rincón. Y de pronto, Emmett hizo un gurruño con su servilleta y, lanzándola sobre la mesa, arrastró su silla hacia atrás y se puso en pie.

—Tengo que trabajar.

—Pero si estamos todos juntos —dijo Martha.

Emmett lanzó una mirada despectiva en torno a la mesa y murmuró:

—Eso no es cierto.

Capítulo siete

Casi todos los fotógrafos de la prensa se marcharon después del funeral. Ya tenían las fotos que buscaban. Pero aun así Bella llevaba una gorra de béisbol bien calada, gafas de sol y la ropa menos llamativa que tenía —una camiseta negra y una falda vaquera con botones— cuando salió de casa aquella tarde. Su madre dijo que le parecía mala idea, pero necesitaba aire fresco, no podía quedarse encerrada en el manzanar por más tiempo y prometió que se ceñiría a las calles secundarias. Pero, cuando se acercó a Main Street, hubo algo en la luz y en los escaparates de las tiendas, en su agradable familiaridad, que la llevó a acercarse más.

Salió a la amplia acera iluminada y la invadió una calma inmediata al ver todas aquellas estampas tan conocidas: la guitarra recortada que colgaba del toldo de The Music Box, los cubos de flores que inundaban la fachada de la floristería, la Cafetería de Joe, con sus ventanales arqueados, y el viejo letrero cromado del teatro. Todo aquello le dio ganas de apoyarse contra el muro de ladrillo y recordar la perplejidad que había sentido cuando su madre se enamoró de un estadounidense y, de pronto, empaquetaron sus cosas y se trasladaron de Londres a Autumn Falls. Solo el recuerdo de tener dieciséis años y llegar a aquel pequeño pueblo, rodeado de campos y montañas y millones de cabezas de ganado y carreteras que se extendían hacia el infinito, sirvió para hacerla sonreír por primera vez desde que había vuelto. Empezó a caminar y se detuvo a echar un vistazo en The Music Box, donde había persuadido al dueño, un viejo técnico musical llamado Dusty, para que la contratara cuando buscaba personal porque, si bien a ella no le apasionaba la música, necesitaba dinero y se negaba en redondo a recoger manzanas en el manzanar. Viéndolo con perspectiva, debería

haberse dado cuenta de que, dada su falta absoluta de credenciales musicales, solo le dieron el trabajo porque John-Luke movió algunos hilos. Se estremeció al recordar lo mocosa que era entonces; rencorosa aún por el amargo y desagradable divorcio de sus padres, y el posterior rechazo de su padre. El trabajo se le daba fatal, se sentía incapaz de recordar las especificaciones de los diferentes instrumentos, pero entonces un día entraron en la tienda Logan y Jack Carter. Lo recordaba con total claridad. Entraron para recoger una guitarra a la que tenían que cambiarle las cuerdas, tan arrogantes, con sus sonrisas perezosas cuando la vieron detrás del mostrador.

Jack, quien tenía un atractivo más convencional que su hermano —rubio, de facciones cinceladas, con unos hoyuelos monísimos—, se apoyó contra la caja registradora y la evaluó con una mirada sonriente, mientras Logan decía:

—¿Eres nueva por aquí?

—¿Qué es lo que me ha delatado? —respondió ella con su marcado acento británico.

Jack soltó una carcajada y Logan se sonrojó ligeramente, así que Bella decidió apiadarse de él.

—Sí, soy nueva. Llegué la semana pasada.

Jack se echó más hacia delante, se apoyó sobre el mostrador de cristal, tan gallito y seguro de sí mismo, y dijo:

—¿Necesitas que alguien te enseñe la zona?

—No creo que haya tanto que ver —repuso Bella con una ceja levantada.

Entonces fue Logan quien se rio, con las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros y sus densas pestañas negras enmarcando sus ojos.

—Hay algunos tesoros ocultos —dijo, algo distante, pero lo bastante interesado como para agregar con una media sonrisa—: Solo hay que saber dónde mirar.

Caminando ahora por Main Street, Bella sintió la punzada de la tristeza al pensar que Logan y ella no eran actualmente más que desconocidos y que ya no se reiría de nada de lo que ella dijera. Antes se reía todo el tiempo. Incluso de los chistes que sabía que

eran mecanismos de defensa, pero le permitía hacerlos de igual modo. Como cuando Bella le contó que pensaba largarse a Nueva York en cuanto pudiera y él dijo:

—Te envidio, porque sabes lo que deseas.

A lo que ella respondió:

—Sí, me envidias por tener un padre que no me quiere y una madre con un novio nuevo que vive en una casa donde todo huele a manzanas.

En lugar de recurrir a tópicos que ella no se creería, Logan se había reído y le había dicho:

—Me gusta el olor de las manzanas.

Bella continuó caminando. Pensó en el funeral, en ver a Logan hablando con su padre. Había reconocido aquella formalidad tan tensa, la rendición en su expresión y en su lenguaje corporal. Casi alcanzaba a ver cómo se esforzaba por buscar algo que decir, o mejor dicho, algo adecuado que decir, mientras Emmett aguardaba con semblante pétreo e inaccesible a que le sirvieran lo que fuera que hubiera pedido en la barra. La breve conversación le pareció tan incómodamente familiar que casi sintió pena por Logan al ver que las cosas habían cambiado tan poco con el transcurso de los años.

Pasó frente a la cafetería y, al hacerlo, la dueña, Loriana, le dio la espalda cuando se aproximó. ¿Fue a propósito o por pura casualidad? Se le tensaron los músculos ante la posibilidad muy probable de que la tacharan de forastera. ¿Eran susurros eso que oía? ¿La gente estaba evitándola? Más adelante, la montaña Starlight se alzaba imponente en el horizonte, su superficie cubierta por las sombras negras de las nubes que pasaban por delante. Frente a la tienda de *delicatessen*, alguien había dejado un periódico sobre la mesa. Al pasar por delante, vio la imagen en blanco y negro de Jack —cabello revuelto, media sonrisa de satisfacción—, que la seguía con la mirada conforme pasaba de largo apresuradamente. Alguien la golpeó en el hombro; Bella miró hacia atrás, pero la persona no se volvió. Los coches le parecían más ruidosos. Apretó la mandíbula y notó que se le aceleraba el corazón.

Entonces, de pronto, oyó su nombre.

—¡Bella! ¡Bella! ¡Aquí!

Levantó la vista por instinto y la cegó un *flash*. Dio un paso atrás, desorientada, y el fotógrafo, que acababa de salir del supermercado y claramente no se creía la suerte que había tenido, siguió disparándole un aluvión de fogonazos en plena cara. Bella había perdido práctica y puso una mueca, tratando de protegerse los ojos de la luminosidad. La gente que pasaba por la calle se había detenido a mirar. Alguien había sacado su teléfono y estaba haciéndole una foto. Bella empezó a notar que el pánico iba reduciéndole el ángulo de visión. Le costaba respirar.

Y de pronto un Porsche de color negro frenó con un potente chirrido y Bella oyó la voz de Logan, que decía:

—Móntate.

Capítulo ocho

Logan no quería tener a Bella en su coche. No quería que su perfume impregnara el interior, no quería fijarse en la longitud de sus piernas cuando las colocó lejos de él, ni en sus brazos desnudos cuando los cruzó sobre su pecho en un claro gesto de autoprotección. Seguía furioso porque su padre hubiera abandonado la cocina enfurruñado, dejando tras él un tumulto emocional. Su madre con lágrimas en los ojos, Willow llorando contra su servilleta, Noah de pie en silencio junto a la ventana, mientras que Brodie se quedaba sentado a la mesa, con el codo apoyado en la madera y la mano en la frente. Logan había tenido que arreglar la situación, había impedido que Brodie se marchara aquella noche, lo había convencido para dejar que la situación se calmara, para que se quedara a pasar la noche y a desayunar, y pudieran así marcharse juntos. Había rodeado a Willow con un brazo y tratado de pensar en cuestiones prácticas. Se supo entonces que su madre estaba preocupada porque deseaba ir a casa de Jack, en Los Ángeles, pero su padre se negaba a tomar un avión, de manera que Logan accedió a ir con ella, aunque su madre trató de decirle que él no disponía de tiempo —cosa que era cierta—, y al final Willow se ofreció a acompañarla, lo que le provocó un profundo y disimulado alivio.

Había salido a conducir en busca de un poco de espacio; no tenía la capacidad cerebral para enfrentarse a Bella, y mucho menos para el malestar que le había invadido al verla tan vulnerable en plena calle.

Conforme el coche se alejaba de Main Street, la vio mirar fijamente al frente, tratando de recuperar la respiración.

—No pasa nada —le dijo—, puedes relajarte.

Ella se quitó las gafas de sol y le lanzó una mirada de soslayo.

—No, no puedo.

Sus ojos se encontraron un instante. Se palpaban entre ellos la desconfianza y el desdén y, sin embargo, por mucho que a él le fastidiaba, aquello despertaba también algo que no quería pararse a investigar. Devolvió la atención a la carretera.

Ella se quedó mirando por la ventanilla con determinación.

—Están por todas partes.

—¿Y qué esperabas?

—No sé, me da igual, es que no quiero que vuelvan a meterse en mi vida. —Se quitó la gorra y se pasó los dedos por la melena. Logan advirtió que le temblaba la mano.

Se negaba a sentir pena por ella. Cuando terminara aquel día, no tendría que volver a verla jamás. Eso sería todo. Un antes y un después. Salvo que una parte de él deseaba que sufriera, deseaba que experimentara el dolor que había sufrido Jack, que reconociera que había desempeñado un papel en todo aquello. Deseaba que, como mínimo, admitiera su arrepentimiento.

¿O estaría engañándose a sí mismo? ¿De verdad giraba todo en torno a él? ¿O acaso deseaba estirar la mano y enredar los dedos en su pelo? ¿Comprobar si seguía oliendo igual que antes? A cálidos rayos de sol. Agarró el volante con más fuerza. «Para ya, Logan». Ver si su piel, con aquel suave bronceado veraniego, seguía siendo igual de suave. Apretó los dientes. Anhelaba mirarla.

—¿Adónde ibas? —preguntó ella.

—A ninguna parte —respondió, mirando decididamente al frente —. Necesitaba alejarme de mi padre.

—Como en los viejos tiempos —dijo ella con amargura.

Él se rio y se arrepintió al momento, molesto por haber bajado la guardia.

Condujeron en silencio. Para Logan, innumerables palabras no pronunciadas flotaban entre ambos. Deseaba arrancar el escudo que parecía envolverla y ver quién era Bella en realidad.

—¿Podrías dejarme en el manzanar, por favor? —le pidió ella sin mirarlo.

—Sí.

Era como si no se hubieran visto nunca. Como si jamás hubiera sucedido nada.

Golpeteaba nervioso con los dedos en el volante, notando cómo le subía la frustración por el pecho. Al pasar bajo las farolas, vio sus reflejos en el parabrisas. Bella y él, reapareciendo y desapareciendo conforme cambiaba la luz.

Deseaba respuestas acerca de lo que había sucedido entre Jack y ella, quería saber cómo había podido salir tan mal y a qué había estado jugando ella. Deseaba dejarlo todo atrás. Deseaba saber cómo era posible que se hubiera mantenido tan distante durante todo el día. De modo que, como no pudo evitarlo, se descubrió a sí mismo diciendo:

—¿No sientes nada sobre lo que ha ocurrido?

Bella se estremeció, visiblemente desconcertada por el comentario.

—Claro que siento cosas —respondió cortante, mirándolo solo una fracción de segundo antes de volver a fijar la mirada en la ventanilla.

No era suficiente.

Logan se notaba la sangre palpitándole en las sienes.

—Pues, desde luego, no lo parece.

Ella se limitó a negar con la cabeza, sin dignarse a contestar.

El interior del coche le pareció más pequeño, asfixiante, como una trampa.

Logan estaba decidido a romper esa fachada.

—¿Lo amaste realmente alguna vez?

La oyó tomar aire bruscamente, pero, de nuevo, no respondió.

Logan suspiró como si estuviera tratando con una niña malhumorada.

—Mira, no sé qué fue lo que pasó entre vosotros…

Bella lo interrumpió de inmediato.

—No, Logan, no lo sabes.

Cosa que le molestó más aún, de modo que continuó como si no hubiera dicho nada.

—Pero sí sé que se quedó destrozado cuando te fuiste.

Bella apretó la mandíbula como si estuviera conteniendo deliberadamente una respuesta.

Logan sabía que debía parar.

—Y luego todas esas largas con el divorcio. ¿A qué vino aquello? No entiendo por qué no te limitaste a aceptar el dinero y largarte. Jack ya había sufrido bastante, ¿no te parece? —Meneó la cabeza, enfatizando su desaprobación.

Bella volvió a mirarlo, entornó los ojos y, con una claridad pasmosa, dijo:

—¿Estás intentando culparme a mí de su muerte?

Logan adoptó una expresión de disgusto, como si ella estuviera interpretando mal sus palabras, cuando en realidad eso era exactamente lo que estaba insinuando.

—No. Solo digo que se quedó muy mal cuando te fuiste, y no puedo evitar pensar que nunca se recuperó del todo.

Bella inclinó la cabeza y frunció sus cejas perfectamente arqueadas, pero, una vez más, no dijo nada.

Durante el resto del trayecto, notó su furia hirviendo a fuego lento junto a él. La rabia que transmitía le provocaba un cosquilleo de pura satisfacción. Era agradable verla alterada. Le recordaba menos a una estatua. Deseaba que la muerte de su hermano significara algo, que ella la sintiera tal y como la sentía él, con toda la culpa y desconcierto incluidos. Al ver sus manos apretadas sobre el regazo, hubo de contener una sonrisa de mezquino triunfo mientras conducía por la amplia carretera en dirección al manzanar, envueltos ambos en un silencio chisporroteante que los acompañó hasta la verja de la entrada.

Bella se había desabrochado el cinturón de seguridad, abrió la puerta del coche en cuanto él se detuvo y se bajó sin mirar atrás.

—Bueno, me alegro de verte —le dijo Logan cuando ella cerró de un portazo, y experimentó un regocijo al verla levantar la barbilla con arrogancia.

La vio alejarse. Estaba a punto de dar marcha atrás cuando Bella se detuvo y se dio la vuelta. Logan ladeó la cabeza, intrigado, cuando se acercó y abrió la puerta del Porsche con semblante decidido.

—Solicité el divorcio hace un año. Era él quien se negaba a firmar. Y si te crees que estaba dándole largas por el dinero, te equivocas,

porque no había ningún dinero.

—Claro que había dinero —respondió él con un resoplido—. Estaba… —empezó a decir, pero se detuvo al verle la cara. ¿Era una expresión de pena? ¿Sentía pena por él?

—Se lo gastó todo. Jack estaba de deudas hasta el cuello.

Logan sintió en la cara su propio desconcierto y trató de dominar sus gestos lo suficiente para elaborar una respuesta, pero, antes de poder hacerlo, ella agregó con frialdad:

—Te sugiero que contrastes tus datos antes de empezar a lanzar acusaciones, Logan. —Y sin más cerró de un portazo.

Logan se quedó sentado en silencio, perplejo, viéndola ascender por el sendero que conducía hasta la puerta roja de la casa del manzanar, con el corazón desbocado en los oídos. ¿Sería una broma? ¿Cómo no iba a haber dinero? Seguía viendo sus ojos, sentía en la boca del estómago el escozor de aquella mirada de pena. Cuando la puerta de entrada se cerró tras ella, Logan apoyó la cabeza en el volante y cerró los ojos. Cuando tomó aire, se dio cuenta de que aún olía su perfume en el coche y supo que ya había pasado demasiado tiempo en Autumn Falls.

Capítulo nueve

Heather, la madre de Bella, estaba esperándola cuando entró, con mirada de preocupación y la mano pegada al teléfono, como si el pueblo entero hubiera estado llamándola para hacerle saber lo que había sucedido en Main Street.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó, poniéndose en pie para ir hacia ella cuando Bella entró en el salón.

La casa parecía un santuario. Muy distinta de como cuando era una cría y la veía solo como un premio de consolación, un parche temporal hasta que su padre le permitiese volver con él; qué ciega había estado con sus promesas vacías. Los muebles de mediados del siglo veinte que a ella antes le parecían tan feos, el dulce aroma a manzana que, según se quejaba, lo impregnaba todo, las mantas de ganchillo que se le antojaban antes anticuadas, todo aquello le resultaba ahora un cálido abrazo de confort.

—Lo cierto es que no —admitió, con la voz temblorosa mientras hablaba.

Su madre la rodeó de inmediato con un fuerte abrazo, estrechándola contra su cuerpo y acariciándole el pelo mientras lloraba.

—Todo irá bien, Bella.

Bella asintió contra el hombro de su madre, hundió el rostro en el tejido de su jersey y se sintió como una adolescente, no una mujer adulta, con las piernas temblorosas y la respiración entrecortada.

—No pasa nada —la tranquilizó su madre—. Se acabó. Ya eres libre.

Pero, cuando Bella se apartó y se enjugó las lágrimas con un clínex de la caja que había sobre la mesita, asintiendo con la cabeza, recordó la expresión de furia y desconcierto en el rostro de Logan al

cerrar la puerta de su Porsche y supo, sin lugar a dudas, que no era libre.

Capítulo diez

El alcance de las deudas de su hermano no tardó en hacerse evidente. Logan gestionó los asuntos más inmediatos y pagó al personal de Jack sus exorbitantes salarios, pero allá donde miraba se debía dinero, desde habitaciones de hotel y casinos hasta impuestos y tasas legales. Lo que le intrigaba era que había invertido por todos ellos en Carter Media cuando Silver Sky se separó, allí había dinero si Jack lo hubiera querido, solo tenía que pedírselo.

Logan, sin embargo, no se quitaba de la cabeza el recuerdo del rostro de Bella al inclinarse hacia el interior del Porsche. Le atormentaba, surgía en su mente cuando se encontraba reunido, o tumbado en la cama por la noche, o contemplando ausente la pantalla de su ordenador. Lo único que veía era su cara de lástima y eso bastaba para encenderle la sangre. De modo que, cuando Willow lo llamó para decirle que la casa de Jack estaba casi vacía y que no se habían quedado allí mucho tiempo —a su madre le disgustó demasiado comprobar lo impersonal que era, como un hotel—, Logan se dio cuenta de que tenía que ir y verlo con sus propios ojos. Acabar así con determinados fantasmas.

La casa de Jack se levantaba en las colinas de Hollywood. Logan recorrió las serpenteantes carreteras en un Mercedes negro alquilado. No estaba familiarizado con la ruta porque siempre se daban cita en el club privado del que Jack era accionista junto con otro par de actores. Y, cuando llegó, hubo de comprobar dos veces la dirección, desconcertado por los nuevos e inmensos muros de hormigón que se alzaban impenetrables en torno a la casa como si se tratara de una prisión.

Introdujo el código en el teclado numérico y las verjas se abrieron lentamente hacia atrás. La enorme mansión blanca aguardaba

imponente cuando detuvo el coche. Notaba los ojos de Bella, atentos, a la espera. Un cosquilleo le recorrió la piel cuando entró.

«No pierdas los nervios, Logan. No es más que una casa».

El interior era tal y como lo había descrito Willow, austero e impersonal. En las paredes había huecos donde, en otra época, colgaban obras de arte; recordaba vagamente lienzos grandes y muy caros.

Recorrió con la mirada las estanterías, desnudas salvo por algún jarrón o escultura aquí o allá, una fotografía de Jack riéndose y bromeando con un puñado de amigos famosos. Logan se dio cuenta de que estaba sonriendo, pues el alegre entusiasmo del rostro de su hermano resultaba contagioso. Le enorgulleció, le entristeció y le dio lástima que toda esa vida y energía se hubiera esfumado.

Regresó al recibidor y, a continuación, subió las escaleras de dos en dos en busca de más cosas. Más cosas acerca de su hermano. Pero la planta de arriba era igual que la de abajo. Nada, salvo impersonales estancias con paredes de color crema, camas perfectamente hechas y cuartos de baño relucientes. Lo único que le permitió saber que la *suite* principal era el dormitorio de Jack fue la ropa que había colgada dentro del vestidor. Pero, cuando abrió las puertas del armario, tuvo que detenerse, porque no era solo la ropa de Jack la que encontró allí, sino también la de Bella. Reconoció sus jerséis y sus vestidos. Deslizó la mano por el frío tejido de seda de uno de ellos, colgado en su percha, y después lo arrugó con fuerza al verse invadido por el desconcierto que le provocaba que sus pertenencias siguieran allí.

Se acercó a la ventana, apoyó las manos en el alféizar y se quedó mirando el jardín, en otra época bien cuidado y ahora hecho un desastre, los parterres de flores marchitas, la piscina de agua verdosa, y le embargaron la perplejidad y la impotencia, sentimientos que no sabía gestionar.

Mientras contemplaba las tristes y descuidadas vistas, reparó en la casa de la piscina, una edificación blanca situada en el otro extremo del jardín, con tejado de pizarra y columnas venecianas. Desde su ubicación junto a la ventana, no alcanzaba a ver demasiado, pero pero lo que sí veía le parecieron cosas, pertenencias.

Logan atravesó la casa, cruzó el jardín y, sin miedo y cautela esta vez, abrió decidido la puerta de la casa de la piscina.

Lo primero que percibió fue el olor, la dulzura podrida del alcohol rancio y los cigarrillos, pero lo que vio no fue mucho mejor. El elegante sofá esquinero gris hacía ahora las veces de cama, con sábanas revueltas y una almohada. La mesita baja estaba cubierta de desperdicios: platos sucios, una pizca de polvo blanco, una botella de vodka a medio beber. La pantalla de la televisión estaba hecha añicos, alguien se había ensañado a golpes con ella. En el cuarto de baño, Logan abrió el armarito y encontró hileras de botes de pastillas con receta. Antes de poder asimilarlo, agarró la papelera y lo tiró todo dentro, cualquier rastro del estilo de vida de Jack. No soportaba la idea de que su madre viera aquello. Y solo cuando hubo acabado y lo hubo metido todo en bolsas se detuvo, se frotó la frente y se dio cuenta de que había empezado a sudar. Se notaba cada vez más enfadado con Bella. Ella debía de haber sabido todo aquello.

Pero no hubo tiempo para detenerse, porque entonces llamó su atención una foto colocada en una estantería que había junto a la ventana, apretujada entre diversos premios y trofeos: un valioso Globo de Oro y, nunca, para fastidio de Jack, un Óscar. Entre bromas, siempre había culpado a su pasado en el grupo musical de que la gente no lo tomara lo bastante en serio. Tragándose el súbito nerviosismo que le sobrevino, Logan se acercó a la fotografía enmarcada y la levantó. Había ido perdiendo color debido a la luz directa del sol, pero los rostros sonrientes de Bella y Jack aún se distinguían a la perfección.

Se quedó mirándola un momento y, después, apoyando el marco en su rodilla, soltó los clips plateados de la parte trasera y retiró las diferentes capas hasta quedarse con la foto satinada en la mano. Casi incapaz de creer lo que estaba haciendo, con un nudo en el pecho, la desdobló y la alisó. Ahí estaban estaban los tres, de pie, pegados unos a otros, Jack, Bella y Logan, sonriendo a la cámara en un cálido día de verano en el que habían ido a jugar al polo. Su hermano había doblado la parte de la imagen en la que aparecía él.

Solo con mirar la foto, Logan recordó el calor, el sudor que le resbalaba por la espalda, el olor a hierba recién cortada, la alegría sin cortapisas de un descanso durante la gira para poder ir a Autumn Falls. Recordó estar tumbado boca arriba con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, con las gafas de sol puestas, mirando al cielo, y todos sus hermanos allí con él, cosa que le ayudaba a relajarse.

Brodie estaba absorbiendo los rayos de sol, sosteniendo una copa con una mano y acariciando con la otra la hierba. Ethan, a quien Logan había tenido que localizar en una discoteca mugrienta la noche anterior, donde la prensa estaba pasándoselo en grande, roncaba plácidamente durmiendo la mona. Con un par de moratones en la cara resultado de una pelea que no recordaba pero cuya exclusiva estaba en manos de un tabloide británico gracias a la versión del oponente, y Logan tratando de negociar una entrevista con la publicación a cambio de que no publicaran la noticia. Noah estaba por ahí, en alguna parte, con su novia, Livvy. Jack tenía las piernas estiradas y estaba apoyado sobre los codos, diciendo:

—¡Esto es vida! ¿Te imaginas…? —Pero se detuvo, desviando la atención hacia otra parte.

Logan recordaba haberse incorporado y ver a Bella caminando hacia ellos.

—¡Hola, chicos! —los saludó con una sonrisa, tan elegante, tan de *Vogue*, pero se dejó caer sobre la manta como si no hubiera cambiado nada y siguiera siendo la misma.

Logan la había invitado, pero no tenía claro que fuese a venir. Solo cuando la vio se dio cuenta de lo mucho que deseaba que estuviera allí; Bella era más que un soplo de aire fresco, era una piedra angular de la vida real. En aquel momento, habían pasado dos años desde los primeros y exóticos días de fama, y el lustre comenzaba, sin duda, a desvanecerse. Por entonces se llevaban a matar con su representante. Tenían problemas con el control creativo, los derechos de autor, el estilo de representación, todo. Jack apenas soportaba estar en la misma habitación que Dexter, su representante. Noah tenía morriña y se pasaba el día al teléfono con su novia. Ethan se pasaba la mitad del tiempo con la nariz pegada a

la ventana del hotel, inquieto y tembloroso como un animal enjaulado, y después se escabullía por las noches sin decírselo a nadie, en busca de cualquier distracción o problema que pudiera encontrar. Hasta Brodie, que siempre se mostraba alegre, había adoptado la costumbre de desconectar con la PlayStation cuando se le presentaba la ocasión. De manera que habían tomado la decisión —acertada o no— de despedir a su representante. En su lugar, sería el propio Logan quien los representaría.

Cuando se hubieron saludado todos y Jack se puso en pie de un brinco para servirle una copa de champán, Bella los miró a todos y dijo:

—Me dijisteis que estabais de celebración, ¿verdad?

—¡Así es! —Jack le dio una palmada a Logan en la espalda—. Este tipo es ahora el gran jefazo.

Bella soltó una carcajada ante aquella idea e Ethan esbozó una leve sonrisa mientras roncaba.

—Nos vamos a representar a nosotros mismos —aclaró Logan con cara de exasperación—. Yo solo soy el portavoz.

—Sí, desde luego —añadió Jack guiñando un ojo.

Bella meneó la cabeza al ver que Jack trataba de provocarlo y dijo:

—Bueno, pues a mí me parece estupendo. ¡Por una nueva era para Silver Sky!

Brodie soltó un viva y alzó su copa.

—¡Sí! ¡Por nosotros!

Ethan, sin incorporarse del suelo, abrió un ojo y levantó su mano vacía para sumarse al brindis.

Logan sonrió con ellos, pero en el fondo le aterrorizaba la tarea que acababa de aceptar. Le aterrorizaba justo eso que Jack acababa de insinuar: que él era el jefe, que su trabajo consistía únicamente en tenerlos controlados.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Bella dándole un empujón cariñoso.

Él frunció el ceño como diciendo «desde luego».

—Sí, claro. Tengo muchas ganas. Es una gran oportunidad para nosotros.

Bella enarcó una ceja como si alcanzara a ver al niño aterrorizado que jugaba a ser un hombre de negocios. Mientras los demás charlaban y reían, se le acercó y le dijo al oído:

—Lo vas a hacer de fábula, Logan, como siempre.

Logan ladeó la cabeza, tratando de mantenerse impasible, pero le envolvió un profundo alivio al comprobar que Bella creía en él.

Bella se recostó apoyándose en los codos, dejando caer su brillante melena castaña, y los miró con cariño.

—¡Deberíamos hacer una sesión de fotos juntos! —declaró y se incorporó de nuevo, animada por la idea—. Algo que conmemore este cambio. ¿Qué os parece?

—¡Desde luego! —exclamó Jack.

—Puedo hablar con mi editora —anunció Bella con una sonrisa, y a continuación contempló el club de polo—. Podríamos hacerla aquí, darle un toque pijo, de polo. —Dio una palmada—. ¿Qué os parece? —Los demás asintieron en gesto de aprobación, pero Logan recordaba haberse percatado de que la pregunta iba dirigida a él. Fue la primera vez que se sintió realmente al mando y, quizá para su vergüenza, viéndolo con perspectiva, la sensación le había gustado.

—Sí, me parece una idea fantástica —respondió, y vio cómo a ella se le iluminaban los ojos por la emoción.

Alguien silbó a lo lejos y todos miraron a su alrededor.

—Ay, no. Salimos dentro de un minuto y aún tengo que cambiarme. —Jack se levantó de la manta y agarró la bolsa del gimnasio que tenía junto a él—. ¿Vienes, Logan?

Logan asintió.

—No sabía que ibais a jugar —comentó Bella, viendo alejarse a Jack.

—Solo es un partido de entrenamiento —repuso Logan, empezando a levantarse—. Estamos los dos bastante oxidados. —Trató de restarle importancia, pero llevaba soñando con aquel partido desde que se lo mencionaron. Constituía una especie de tormento ver a todos los chicos de allí en plena forma, en el apogeo de sus capacidades. Cuando era más pequeño, Logan trabajaba en el rancho y después entrenaba siempre que tenía un rato libre. Conocía a sus ponis mejor de lo que se conocía a sí mismo. Sabía en

qué momento justo se cansaban. Sabía cuál era capaz de correr a toda velocidad y cuál era experto en tomar las curvas cerradas.

Pero esa otra vida quedaba atrás, pensó, viendo a sus hermanos relajándose con el champán; a Bella redactando un emocionado email sobre la sesión fotográfica de *Vogue*; a sus padres junto a las gradas, charlando con amigos. Las relaciones con su padre se habían deteriorado aún más desde que, tras negarse a aceptar parte del dinero que ganaban los chicos, descubriera que Logan había ido pagando gradualmente el préstamo sobre la propiedad del rancho.

Logan había tratado de no pensar en lo que podría haber sido; no tenía sentido, el ciclón en el que se encontraban metidos era imparable, no podía escapar, aun cuando hubiese querido. Como para constatar aquello, le sonó el teléfono cuando iba camino a cambiarse. Llamaban de la compañía discográfica para indicarle la primera del millón de cosas que tendría que hacer en su nuevo cargo. Con el teléfono pegado a la oreja, se alejó para hablar a la sombra y trató de contraatacar lo mejor que pudo. Cuando regresó Jack, listo para jugar, frunció el ceño al verlo todavía en vaqueros y dijo:

—Tendrías que estar preparándote para el partido.

Logan meneó la cabeza, señalando el teléfono. Jack puso los ojos en blanco y se encogió de hombros.

—Brodie —gritó entonces—, vas a tener que jugar tú en lugar de Logan.

Cosa que hizo que Brodie pusiera una mueca de fastidio y Bella mirase preocupada hacia Logan, que deseaba poder terminar la llamada cuanto antes. Pero no paraban de surgir problemas y cuestiones logísticas. Hizo un gesto para indicarles que tardaría cinco minutos, pero entonces oyó a Jack decir: «Oye, Bella, ¿quieres venir a conocer a mi caballo?», y ella se puso en pie y se alejó con él mientras Brodie corría a cambiarse. Y al verlos marchar, pegado al teléfono, Logan recordó haber pensado, ya entonces, que su otra vida iba desapareciendo más rápido de lo que le era posible asimilar.

Sentado en el brazo del sofá gris de la casa de la piscina de Jack, Logan se quedó mirando la foto de los tres, la línea dejada por el doblez que lo separaba de los otros dos. Recordaba cuándo se había

hecho la foto, una instantánea fortuita hecha por Brodie después del partido, Jack como triunfal vencedor, vestido con el uniforme de su club, y Bella entre ellos. Logan con vaqueros y camisa, haciendo todo lo posible por sonreír porque no se quitaba de encima la sensación de haberse perdido aquel día y de que aquello no era más que el comienzo.

Si bien todos los hermanos habían crecido jugando al polo —todos ellos se habían sentado por primera vez en un caballo en torno a los tres años de edad—, era Jack la principal competencia de Logan, aquel a quien siempre veía pisándole los talones. Jack, que solo era un año menor que él, tenía mucho talento y sus mismas aptitudes naturales para el deporte, y se esforzaba sin parar por sobresalir. Logan alcanzaba a oír la respiración del caballo de Jack cuando salían al circuito, siempre luchando por superarlo, aunque sin acabar de lograrlo nunca. En opinión de Logan, aquello resultaba de utilidad para Jack, pues le animaba a mejorar. ¿Qué animaba más a una persona a trabajar duro que tener a alguien a quien derrotar? Aunque Logan nunca permitiría que Jack lo derrotara.

Se guardó la fotografía en el bolsillo, tratando de ignorar el golpeteo del corazón en sus oídos, y recorrió el resto de la casa de la piscina. Sobre el escritorio, no le sorprendió ver montones de facturas, y seguramente anduvieran por ahí también los papeles del divorcio. Se agachó y recogió algo de ropa del suelo, dobló una camiseta y la colocó sobre el respaldo de una silla solo para intentar ordenar en la medida de lo posible aquella estampa caótica. En la balda junto a la ventana descansaba el viejo osito de peluche de Jack. Lo agarró para llevárselo a su madre.

A continuación, colocado en un cenicero que había junto al osito, vio horrorizado un anillo con sello. Lo agarró negándose a creer que fuese el mismo que a él le había regalado su padre, transmitido de generación en generación hasta que se perdió —para gran disgusto de Emmett Carter— cuando la banda estaba de gira por Europa. Pero, al sostener el anillo en la mano, supo, sin necesidad de fijarse en el grabado familiar ni en el metal mellado, que se trataba del mismo.

Mientras lo miraba, trató de que le llegara el aire a los pulmones. No quería pararse a pensar en por qué lo tenía Jack. En cuándo se lo habría quitado. En por qué se lo habría llevado. Recordaba el orgullo y el desdén que había sentido cuando su padre se lo regaló a él. Recordaba que Jack se encontraba en la misma habitación cuando sucedió, la mirada casi imperceptible de compasión y camaradería que le había dedicado su hermano para socavar la importancia de la tradición simplemente porque eran chavales de dieciocho años que querían salir a ver mundo y no verse encadenados al rancho de por vida. ¿Habría sido todo mentira? ¿Acaso Jack, tan a menudo ignorado por su padre —el chico distante y sereno que devolvía una mirada de suficiencia cada vez que el patriarca lo regañaba—, deseaba en secreto sentir aquel orgullo, el privilegio de poder despreciar un derecho de nacimiento?

Logan apenas apenas se atrevía a mirar el anillo. Cerró los ojos un segundo y, a continuación, se lo guardó en el bolsillo junto con la fotografía.

Pensó entonces en el momento, años más tarde, en el que Jack le explicó que Bella lo había entrevistado por su nueva película, se habían puesto a hablar y una cosa había llevado a la otra. Logan lo había visto tratando de contener su entusiasmo. Bajando la vista un instante, Jack lo había mirado acto seguido y, con una franqueza que rayaba la súplica, había dicho:

—Lo único que importa es que a ti te parezca bien, Logan. —A continuación había estirado la mano y le había agarrado el antebrazo —. Te prometo que nunca haría nada que pudiera hacerte daño. Si no quieres que pase, solo tienes que decirlo.

Quizá hablara en serio. O quizá solo fuese muy buen actor..

Logan tenía que salir de la asfixiante casa de la piscina. Desearía no haber visto todas esas cosas. Desearía que su hermano, de forma artera y maliciosa, no le hubiera arrebatado aquello que más le importaba, solo para demostrar que podía hacerlo.

Sosteniendo el osito de peluche en una mano, con el anillo y la fotografía en el bolsillo, agarró la bolsa de basura, salió de la casa de la piscina y cruzó de nuevo el jardín en dirección a la casa principal. Salió disparado por la puerta principal y se metió en el coche a toda

velocidad, agarró el volante con mano temblorosa y pisó el acelerador mientras la verja de la entrada se abría con una lentitud desquiciante. Estaba tan desesperado por marcharse de allí que no se paró a pensar en los fotógrafos, en lo valiosa que sería la imagen del mayor de los hermanos Carter abandonando la casa del difunto hermano más joven. De forma que, cuando saltaron los *flashes* de las cámaras, lo pillaron desprevenido, descompuesto y vulnerable, justo la foto que estaban esperando.

Capítulo once

Bella se quedó en Autumn Falls más tiempo de lo previsto después del funeral, reacia a desprenderse de la burbuja protectora del hogar, en especial durante aquella época del año, cuando se despertaba con el canto de los pájaros, el zumbido de las abejas y el aire cálido cargado con el aroma de los manzanos en flor. El agotamiento se había apoderado de ella y le daba la impresión de pasarse durmiendo casi todo su tiempo libre, tratando de no pensar en nada, ni en nadie, pero a veces los recuerdos eran más fuertes que ella. Cuando eso ocurría, encaminaba sus pasos hacia el teatro de Autumn Falls, donde trabajaba Claudette.

—¡Pero si tenemos aquí a un pez gordo de Nueva York, que viene a echar una mano en mi humilde teatro de Autumn Falls! —la recibió con entusiasmo Claudette.

Bella se había reído, cosa que a su amiga la había regocijado. Un poco menos cuando Bella miró a su alrededor y contempló sorprendida la estancia llena de trastos, con apenas espacio para una amplia mesa de trabajo y un par de maniquís, y preguntó:

—¿Esto es todo?

—¡Sí! —declaró Claudette con actitud defensiva—. No todas tenemos a nuestra disposición una sala llena de costureras. Aquí funcionamos con lo básico. Ponte a coser.

Claudette tenía una becaria, Alice, que contaba dieciocho años y se reía nerviosa cada vez que Claudette hablaba.

Bella y Claudette se habían ido juntas de Autumn Falls a la escuela de arte de Nueva York. Claudette había compartido con ella toda la diversión en los conciertos de Silver Sky, los pases entre bambalinas, los encuentros con famosos, los bailes despreocupados en las salas VIP de los festivales. Conocía su historia. Bella había dejado *Vogue*

al casarse con Jack, pero cuando se separaron y regresó a Nueva York, desesperada como estaba por encontrar trabajo, fue Claudette quien le sugirió que solicitara el puesto de ayudante en el departamento de vestuario de un teatro del Soho que había llegado a sus oídos, animándola a creer que podía volver a ser independiente. Bella temblaba como un pajarillo cuando hizo la entrevista, pero enseguida congenió con su futura jefa y llevaba un año trabajando allí, donde disfrutaba de tener un propósito. Aquellos días extra que había pasado en Autumn Falls fueron las primeras vacaciones que se tomaba.

Pero, conforme pasaban los días y Bella seguía en Autumn Falls, ayudando a coser y a hilvanar, Claudette le dijo:

—Tienes que volver a tu vida real. Te estás escondiendo.

—¡Me estoy tomando un descanso! —se defendió ella.

—A mí me parece que eso es esconderse —respondió Claudette mirándola con desconfianza. A continuación agarró su bolso y agregó—: Voy a por café.

Bella se quedó sentada al escritorio, convenciéndose a sí misma de que estaba tomándose un merecido descanso. De que no se le aceleraba el corazón cada vez que salía a la calle, de que no iba mirando por encima del hombro, de que no entraba en pánico cada vez que pensaba en su apartamento vacío de Nueva York y en el miedo irracional a encontrarse con Logan. Se dijo a sí misma que no se pasaba la mayor parte del día matando el tiempo, esperando a poder acurrucarse otra vez en la cama.

Le vibró el teléfono, que resonó en la habitación vacía y le hizo dar un respingo.

Era un mensaje de Claudette: *Esto no tiene buena pinta*.

Debajo del mensaje, había adjuntado la foto de una web de cotilleos. Bella se puso tensa al abrirla, esperando ver una espantosa instantánea suya, o algún nuevo titular jugoso. Lo que no se esperaba era ver a Logan.

Se llevó la mano a la boca. La foto estaba tomada a través de un parabrisas. Nunca lo había visto así. Llevaba el pelo echado hacia atrás con descuido, la mano levantada, una mueca dibujada en la cara y los ojos encendidos de rabia y desconcierto.

Hizo zoom para estudiar cada detalle, tratando de calmar los latidos desbocados de su corazón. Sabía perfectamente dónde se encontraba, reconocería en cualquier parte esos muros de hormigón. Se fijó en que le temblaba la mano mientras ojeaba el artículo: … *encontrado en casa de su hermano, pillado en mitad del duelo*. La recorrió un escalofrío. Aquello no era duelo. Logan no permitiría que nadie viese su dolor. Aquello era confusión, rabia, era vulnerabilidad. Y a él no le haría ninguna gracia.

Solo a la noche siguiente, al oír el insistente zumbido del timbre de la casa del manzanar, se dio cuenta de que debería haber estado esperando a que fuese a buscarla —claro que sabía dónde se alojaba—, pero en su lugar se hallaba medio dormida en el sofá.

Se levantó de un brinco, se frotó la cara para despabilarse y volvió a recogerse el pelo. Estaba casi segura de que era Logan, pero el Porsche que vio a través de la ventana se lo confirmó. Se detuvo unos instantes para recomponerse. Su madre trabajaba el turno de noche y John-Luke estaba en The Music Box, donde ensayaba con su grupo. Se preguntó si Logan sabría, además, que estaba sola. Bebió un poco de agua. Volvió a sonar el timbre. Se echó una chaqueta de punto larga por encima de la camiseta y de los pantalones cortos y salió al recibidor para abrir la puerta.

Logan esperaba en el escalón del porche, de espaldas a la puerta, y Bella se puso tensa al contemplar su tamaño, el ancho de su espalda, su altura. Vestía unos pantalones y una camisa oscuros, como si estuviese preparado para irse a la oficina en caso de ser necesario. Se fijó en que el cabello le rozaba el cuello de la camisa a la altura de la nuca. Y, cuando se dio la vuelta, reconoció en sus ojos la misma dureza que había visto en la fotografía de la web de cotilleos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Se situó un poco escondida detrás de la puerta, protegiéndose.

Logan estaba mirando su teléfono —¿por qué malgastar un segundo cuando podías estar trabajando?—, pero habló cuando alzó la cabeza para mirarla a los ojos.

—Hola a ti también.

Bella parecía tener una percepción agudizada de todos sus movimientos, reparando en cómo se guardaba el móvil en el bolsillo, en cómo miraba por encima del hombro para asegurarse de que no hubiera nadie observándolos.

—Es tarde, Logan, no quiero hacer esto ahora. —Retrocedió un paso más. Le resultaba demasiado imponente. Quería que aquella conversación se desarrollara en un lugar neutral, sin emociones. No cuando ella se encontraba en el espacio seguro de la casa del manzanar, vestida con una vieja camiseta de manga corta, pantalones cortos de deporte y una chaqueta de lana, a punto de irse a la cama.

Pasó un camión por la carretera, iluminando el crepúsculo. Logan se dio la vuelta al oírlo y luego se volvió de nuevo hacia ella.

—¿Puedo pasar?

—No. No te quiero aquí. —Se plantó con el hombro firmemente contra la puerta—. Podemos quedar en otro momento.

Logan enarcó una ceja como si nunca nadie le hubiera dicho que no a algo.

—Tú déjame pasar.

—No me digas lo que tengo que hacer, Logan.

Él tomó aire por la nariz en señal de frustración.

—No quiero que me saquen más fotos.

Bella miró hacia la carretera, por detrás de él. Estaban demasiado a la vista allí de pie.

—Ah, por el amor de Dios. —Se tapó la cara con las manos un segundo y después se retiró el pelo de la cara—. Vale, entra.

Cuando entró en el recibidor, haciendo crujir los tablones del suelo, Bella supo que aquello era mala idea. Cerró la puerta y se situó entre el pasillo y él, apoyada contra el poste de la escalera, para no permitirle entrar más al interior de la vivienda.

Ninguno de los dos dijo nada durante varios segundos. El silencio la puso más nerviosa aún.

—He ido a la casa —dijo Logan al fin, con las manos en los bolsillos y el semblante sereno y controlado, mientras que ella se sentía descentrada y desubicada.

—Ya lo he visto —respondió con gesto afirmativo.

—¿Por qué no nos avisaste de lo mal que estaba, con las pastillas y… —sacudió la la cabeza— todo lo demás?

Bella había estado preguntándose por dónde empezaría.

—Logan, no era mi responsabilidad hablarte sobre tu hermano.

—Qué chorrada. —Logan dio un paso adelante y ella retrocedió contra el poste de madera de la escalera—. Una llamada de teléfono para informarme de su estado y habría podido hacer algo. Eso era lo único que tenías que hacer.

Bella entornó los ojos, incrédula ante lo que le estaba diciendo.

—¿Cómo iba a saber yo que no lo sabías? —Se llevó la mano al pecho y, debajo, notó el latido descontrolado de su corazón—. Hablabas con él a todas horas.

—¡Y tú vivías con él! Si hubiera sabido lo mal que estaba —dijo Logan con la voz tensa por el esfuerzo—, podría haber intentado salvarlo.

—No quería que nadie lo salvara, Logan —espetó ella—. ¡Y menos aún tú!

Silencio.

Logan ensombreció la mirada. Frunció el entrecejo.

Bella tragó saliva. Se quedó mirando los dibujos de la madera del suelo. Notó un cosquilleo en la piel. Se le tensaron los músculos. No quería que siguiera allí, invadiendo su espacio, haciéndola sentir pequeña.

Logan se quedó mirándola sin más. Tenía la mandíbula apretada y respiraba lentamente por la nariz.

—Creo que deberías irte —le pidió ella, lo pasó de largo y se dirigió hacia la puerta de entrada.

Él negó con la cabeza y la agarró del brazo para detenerla.

—Quiero saber qué ocurrió entre vosotros.

Bella se estremeció al sentir su fuerza y clavó la mirada en los dedos que le apretaban la piel.

—Y yo quiero que me sueltes el brazo —respondió con la mayor firmeza que pudo. Estaban lo bastante cerca como para fijarse en las pecas grises que salpicaban sus ojos azules—. Ahora.

Percibió el momento en que su cerebro tomó el control de su instinto y aflojó la fuerza. Tuvo la decencia de parecer arrepentido

por haberse dejado llevar.

—Te pido disculpas.

Bella bajó el brazo y lo pegó a su costado.

—Tienes que irte.

Logan dio un paso hacia delante.

—No pienso irme de aquí, Bella, hasta que me des alguna respuesta.

Estaban tan cerca que alcanzaba a ver los diferentes tonos de azul de su mirada y la oscuridad de sus pestañas; su cercanía le erizaba el vello de todo el cuerpo. Sintió que el aire a su alrededor se modificaba y, cuando intentó tragar saliva, notó que se le atascaba el aliento en la garganta. Vio que él se daba cuenta, que advertía lo vulnerable que era a su proximidad, y vio también la despreciable mueca de satisfacción que esbozaron sus labios.

Aquello bastó para pasarlo de largo, llegar hasta la puerta y abrirla.

—Fuera —le ordenó.

Sin que a ella dejaran de temblarle las piernas, Logan la rodeó y salió por la puerta. Sin mirar atrás, bajó los escalones del porche a toda prisa y se alejó por el sendero por donde había venido.

Bella cerró la puerta y se quedó ahí unos instantes, con la mano en la boca, los ojos cerrados con fuerza y el corazón palpitándole en los oídos. ¿Cómo podía presentarse en su casa y mancillarla? ¿Cómo se atrevía?

¿Cómo se atrevía a hacerla quedar como la mala?

¿Y cómo se atrevía ella a permitírselo?

Aquello era demasiado. No podía seguir viviendo así, siempre con el alma en vilo, temiendo el desprecio de Logan Carter.

Su mano abrió la puerta antes de poder evitarlo.

Lo vio de pie frente a la verja de la entrada, otra vez con el teléfono.

—¡Vuelve aquí! —Ahora temblaba. La sangre le palpitaba en las sienes. Lo vio detenerse y levantar la cabeza de la pantalla—. No te atrevas a hacer esto. —Subió corriendo el sendero para situarse al mismo nivel.

—Acabas de decirme que me vaya —respondió él secamente.

—¿Quieres saber qué pasó? —le preguntó, indignada por el sentimiento de injusticia que despertaba su mirada—. ¿Te crees que yo lo destrocé? —Le temblaba el aliento cuando tomó aire.

—¡Francamente, sí!

«No lo hagas, Bella».

—Me destrozó él a mí, Logan.

Él resopló al oír sus palabras.

—No te atrevas a refutarme. —Clavó un dedo en el sólido muro de su torso—. Ese ha sido siempre tu problema. Nunca escuchas lo que no te apetece oír. ¡Él me destrozó a mí, Logan! —Alzó la voz hasta acabar gritando y repitió—: Jack me destrozó a mí. ¡A mí!

—¡Cálmate! —le ordenó él en tono de advertencia.

—¡Te he dicho que no me digas lo que tengo que hacer! —respondió ella.

Un coche paso por delante y aminoró la velocidad al verlos discutiendo tan abiertamente en la acera.

Logan le pasó el brazo por los hombros antes de que pudiera terminar de hablar, la condujo de vuelta a toda prisa en dirección a la casa, lejos de las miradas curiosas de la calle, y cerró la puerta tras él de una patada.

—¿Cómo se te ocurre ponerte a gritar en plena calle?

Bella se zafó de su brazo en cuanto estuvieron dentro. Logan estaba hablando, pero ella no lo escuchaba. ¿Qué estaba haciendo? Había saltado a la vista de cualquiera que pudiera pasar por allí. Se tapó los ojos con la mano, tratando de ordenar sus pensamientos en la medida de lo posible.

Cuando, con voz inexpresiva, le oyó decir:

—La historia era entre vosotros dos. Yo nunca debería haber venido.

Entonces levantó la mirada, se retiró el cabello que le había caído por delante de la cara y respondió:

—Pero es que no era entre nosotros dos, Logan. Nunca fue cosa de los dos. Porque tú siempre estuviste ahí.

Capítulo doce

Logan se detuvo con la mano en el picaporte.

Bella se quedó muy quieta, con el corazón encabritado, queriendo ahora que se marchara sabiendo la verdad, la creyera o no.

Él no se volvió.

—No sé de qué estás hablando. Nunca hubo nada entre nosotros.

—No —dijo ella riéndose con ironía—. Soy muy consciente de ello, Logan. Pero no era así de sencillo. —Se rodeó el cuerpo con los brazos—. Eres tonto si crees lo contrario.

Siguió una pausa que pareció durar una eternidad. Ella desvió la mirada hacia el tapiz con la imagen de la montaña que colgaba de la pared. Después contempló sus zapatos, tirados en el suelo de cualquier manera.

La voz de Logan rompió el silencio:

—Dime entonces. —Se volvió para mirarla—. Dime qué ocurrió.

—¿Me vas a escuchar?

El gesto afirmativo fue casi imperceptible.

—Pues bien, en resumen, Jack solo quería lo que tú tenías, Logan. —Hizo un vago intento por sonreír, como si fuera un mal chiste. Claro está, él no se rio, porque no tenía gracia—. Y yo solo quería a alguien que me amara, supongo. Mi padre acababa de morir. —Aún recordaba el terror abismal, el vacío que se había abierto en su interior—. Estaba hecha un lío. Y ahí estaba Jack, tan encantador y divertido, y supongo que me recordaba a los viejos tiempos. Me recordaba un poco a ti, pero a la versión que disponía de tiempo para mí. —Se apartó el pelo de los ojos y, de pronto, notó que la invadía el cansancio—. Pero no se parecía en absoluto a ti.

Logan no dijo nada, se limitó a mirarla, con los hombros estirados y una actitud impenetrable.

Le tembló el aliento al tomar aire. Le costaba más de lo esperado sacar a relucir todo aquello que nunca antes había admitido en voz alta.

—Llegado ese punto, tú ya te habías ido, Logan. No respondías a los mensajes, ni siquiera me llamaste cuando murió mi padre. Escogiste todo excepto a mí. Escogiste el sello discográfico, escogiste levantar ese imperio. El grupo se disolvió y tú pasaste a lo siguiente, te olvidaste de todo lo demás. Siempre había alguna otra cosa. Otra versión de la gloria, otra cosa que anteponer a mí. Y yo no lograba entender qué había sucedido. Dónde habías ido. Se suponía que eras mi amigo.

Contra su voluntad, sintió que una lágrima le resbalaba por la mejilla y, desde la barbilla, se precipitaba sobre su brazo. Vio a Logan moverse ligeramente, como si fuera a acercarse, pero al final se quedó donde estaba.

Bella tragó saliva, alzó la mano para secarse cualquier otra lágrima que pudiera brotar y se recompuso.

—Me dejaste atrás. —Los ojos de Logan eran abismos en la oscuridad—. Cuanto más famosos te hacías, más te involucrabas en el negocio. Cuando me invitabas a cosas, eran tus hermanos quienes hablaban conmigo cuando a ti te entretenían los mandamases, eran ellos los que me acompañaban cuando tú te retrasabas horas en alguna reunión cuando habías dicho que iríamos a cenar. Me resultaba humillante, empecé a sentir que se compadecían de mí, y sé que eran mis amigos, y siempre han sido mis amigos, pero yo iba por ti, Logan. Eras tú a quien tenía más ganas de ver, eras mi mejor amigo, eras… —Suspiró mirando al techo—. No lo sé, supongo que, para mí, eras mi familia. Eras tú en quien confiaba. Y empezó a darme la impresión de que, para ti, no era más que otra persona de tu lista de obligaciones a la que llamar de vez en cuando.

—Eso no es cierto. —Su voz la sorprendió.

Bella alzó la vista y levantó la frente en actitud desafiante.

—Cuando dejas de responder sistemáticamente a los mensajes de una persona, esa persona acaba por captar la indirecta, Logan.

Él negó con la cabeza.

—Sé que las amistades se acaban, pero no creí que la nuestra fuese a acabar. No soporto haber sido tan ingenua. —Se miró los pies descalzos, miró hacia cualquier lugar que no fuera él—. Y entonces murió mi padre, y no lo llevé muy bien. Nada bien, de hecho.

—Podrías haberme dicho todo esto entonces.

—No, no podía.

—¿Por qué no?

—¡Porque estabas ocupado, Logan! —Tuvo que reírse al ver su semblante tenso e inexpresivo—. No me habrías escuchado. Si ahora solo me estás escuchando a medias, y solo porque eras tú quien quería respuestas.

Lo vio tomar aire, desviar la mirada y expulsarlo lentamente.

—Te habría escuchado.

—Tenías demasiadas cosas que hacer. Siempre tienes demasiadas cosas que hacer. Demasiadas personas de las que cuidar.

—¿Y es culpa mía? —la interrumpió él secamente—. No es así como yo lo recuerdo, Bella. Desde mi punto de vista, me pareció que sí, todos nos distanciamos, no lo niego. Pero después tú elegiste a Jack, elegiste la fama, elegiste el estilo de vida.

—¿Que lo elegí a él en lugar de qué, Logan? —argumentó ella—. Como bien has dicho, ¡nunca estuvimos juntos!

Las palabras quedaron suspendidas como un eco.

Logan cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—No me refería a eso.

Bella miró al suelo. Sabía que no se refería a eso, solo lo había dicho para provocar una reacción; la época en la que aquella chispa tácita circulaba entre ellos se le antojaba tan lejana que le parecían dos personas distintas en otra vida. Hasta el momento, más allá de aquel leve gesto de cabeza, Logan no había dado ninguna muestra visible de que le conmoviera algo de lo que había dicho. Mientras que Bella tenía la sensación de estar despellejándose, desnudándose ante él.

Necesitaba poner distancia entre ambos.

Se dio la vuelta y se alejó por el pasillo hacia la cocina. Una vez allí, abrió la ventana para dejar entrar el aire. La estancia se llenó

del dulce aroma del manzanar en la noche.

Se había servido un vaso de agua y se hallaba en pie junto a la ventana medio abierta cuando lo oyó entrar en la cocina. Sintió sus movimientos como si ambos estuvieran conectados por un hilo invisible.

Lo veía a su espalda en el reflejo del cristal. Sus ojos eran como abismos negros en la ventana.

—Adelante, entonces —le dijo con frialdad—. Explícame por qué soy el responsable de tu desastroso matrimonio.

A Bella la enfureció aquella interpretación del pasado. Deseó asirlo por los hombros y zarandearlo para que entendiera lo que le estaba diciendo.

—No me trates con condescendencia.

—No fastidies, Bella. Todos vimos la vida que llevabais, todos vimos los periódicos, las entrevistas. Vale, quizá acabó mal, pero os lo pasasteis muy bien juntos. Desde fuera, daba la impresión de ser la vida que querías.

¿Por qué estaba haciendo aquello? Bella se echó hacia delante y apoyó la frente contra el frío cristal de la ventana durante un segundo antes de darse la vuelta para mirarlo.

—Hay fotos tuyas con el grupo que dan la impresión de que esa era la vida que querías, Logan. Cualquiera puede inventarse una historia a partir de una foto.

—Yo estaba bien con el grupo —repuso él encogiéndose de hombros.

—Venga, no fastidies. —Puso los ojos en blanco.

—No estamos aquí para hablar de mí. —Logan alzó la barbilla—. Estamos aquí para hablar de Jack y de ti.

Bella miró al techo antes de responder:

—De acuerdo. —Qué difícil era discutir con él—. Sí, me gustó tener noticias de Jack. Mantuvo el contacto conmigo después de que el grupo se separase, y luego, cuando accedió a hacer la entrevista para *Vogue*, solicitó que fuera yo quien lo entrevistara. En aquel momento, era lo que necesitaba. —El recuerdo de aquella época le provocó un nudo en el estómago. Una maraña de confusión—. Cuando murió mi padre… —todavía se le formaba un nudo en la

garganta cada vez que lo decía en voz alta—, fue algo inesperado y me sentí desbordada. —Se quedó mirando al suelo en lugar de a Logan—. Creo que siempre me había aferrado a la esperanza de reconciliarnos. Pensaba que siempre habría tiempo para…, yo qué sé, para impresionarlo. —Puso los ojos en blanco al pensar en lo estúpido que resultaba aquello—. Para que se diera cuenta de que deseaba hacerme un hueco en su vida. Pero entonces —se encogió de hombros—, se fue, y yo me quedé ahí, con una vida completamente normal a mi alrededor, y sin ser capaz de aferrarme a nada. Me resultó muy confuso, sentir tanto por alguien que no sentía lo suficiente por mí. Así que, yo qué sé, al estar con Jack, con lo encantador y atento que era, fue como conectar con una época en la que había sido realmente feliz.

Logan enarcó una ceja como si acabara de contradecirse a sí misma.

Bella enarcó las suyas también, como diciendo que la vida no es solo blanca y negra.

—Y luego, pues no sé, fue todo un torbellino. Al principio, lo pasamos realmente bien. Fue como el cuento de hadas del que hablaban los periódicos. Y creo que nos dejamos llevar, o me dejé llevar, por todo eso. No tenía que pensar en nada. Claro, jamás deberíamos habernos casado. Fue una estupidez, un error impulsivo que cometimos en Las Vegas. —Se rio al decirlo, tratando de restarle importancia, pero no funcionó. Se le quebraron las palabras al final, aún no estaba lista para reírse de ello—. Para cuando me di cuenta de lo destructiva que era la relación, estaba atrapada. No podía huir.

Se volvió hacia la mesita donde había dejado su vaso de agua y dio un sorbo para concederse algo de tiempo. Después se sentó en la silla situada junto a la mesa y se volvió hacia él mientras decía:

—Ese mundo, Logan… —Sacudió la cabeza—. Resulta muy fácil dejarse cegar por él. Me sentía perdida y sola, y al principio Jack me trataba como si fuera única, y me lo tragué. Me hizo sentir que volvía a ser alguien. —Se quedó mirando el agua de su vaso.

Logan se rio como si no la creyera.

Ella alzó la vista y lo miró a los ojos.

Él le devolvió la mirada, desafiante durante un par de segundos, antes de desviarla hacia la ventana.

—Fue divertido durante unos seis meses, quizá un año. —Llevaba mucho tiempo esperando poder admitir aquello delante de alguien. Contárselo a Logan. Ni siquiera para que lo entendiera, solo para que la oyera—. Pero él no estaba implicado, Logan. Jack no me amaba. Ni siquiera sé si le gustaba.

Logan giró la cabeza y frunció las cejas.

—Claro que te amaba.

Bella sonrió con tristeza.

—Tu problema, Logan, es que crees que todo el mundo es como tú. Que nadie juega con otras normas.

Capítulo trece

Bella deslizó el dedo hacia arriba por el vaso para atrapar una gota que resbalaba antes de que cayera sobre la mesa.

—¿Recuerdas el día que te rompiste la clavícula, Logan?

Él alzó la vista y ella interpretó por su expresión que difícilmente podría olvidarlo.

Estaban en Autumn Falls para celebrar un partido de polo benéfico. Era la primera vez que ella volvía a casa con Jack después de casarse. Recordaba haberse sentido incómodamente expuesta al entrar en el club. A Jack, sin embargo, no le preocupaban esas cosas, y entró caminando con arrogancia y la misma seguridad en sí mismo de siempre, con las gafas de sol puestas y su uniforme azul marino y blanco. Se vieron rodeados por una horda de gente nada más llegar. Como pareja, se habían convertido en marca de la noche a la mañana y todos querían tener un trocito suyo. Ya no se trataba de Silver Sky, el grupo había muerto, Jack era el hombre de moda —su última película estaba arrasando en taquilla— y su fama se había vuelto estratosférica.

Recordaba haber visto a Logan a lo lejos, ayudando a los mozos de cuadra. No se volvió al oír el tumulto de gente, pero Bella supo que se había percatado de su llegada.

—Ni siquiera me miraste —le dijo, con la mirada aún fija en el vaso de agua que tenía delante.

Al final, sin embargo, no le quedó otro remedio que mirar, por una cuestión de pura cortesía, pues el mozo de cuadra con quien estaba hablando había señalado con la cabeza hacia ellos para hacerle saber que habían llegado. Y, cuando se giró y Bella vio la familiaridad de su rostro, sintió que se relajaba, supo que lo que fuera que hubiera sucedido hasta ese momento no importaba, porque allí

estaba su amigo. Cuando sus miradas se cruzaron, se dio cuenta de que el deseo de verlo sonreírle era más fuerte que su orgullo, de modo que ella le dirigió una sonrisa sutil.

Sin embargo, él dejó la mirada en blanco y fingió no haber visto nada en absoluto.

—Pero, cuando se trataba de Jack —prosiguió, y al mirarlo vio que estaba preparándose para una verdad incómoda que no deseaba oír —, no te importaba dejarte la piel.

La multitud se había apartado para permitir a Logan acercarse a saludarlos. Ver a los hermanos juntos siempre era oro a ojos de la prensa. Al acercarse, Logan había mantenido la vista fija deliberadamente en Jack, casi negándose a reconocer la existencia de Bella. Pero, por el contrario, Jack le había pasado un brazo a ella por encima en actitud posesiva, estrechándola contra su costado, cosa que la hizo tambalearse en la hierba sobre sus altos tacones. Recordaba con total claridad la sensación de desconcierto, pues el gesto no resultaba en absoluto natural en su relación, que siempre tendía a ser más igualitaria; Jack nunca mostraba en público una actitud posesiva. Entonces captó la mirada que se dirigieron los hermanos y, en ese preciso instante, entendió con total certeza que lo único que deseaba Jack era ver la envidia de Logan, y que ella había cometido un tremendo error.

Después de aquello, los momentos previos al partido pasaron en un abrir y cerrar de ojos. Bella habló educadamente con los Carter —Emmett tan monosilábico como siempre; Martha tratando por todos los medios de aliviar la incomodidad—, pero se notaba demasiado distraída para prestar atención. Evitó a su madre y a John-Luke, sabiendo que, solo con mirarla, su madre se daría cuenta del problema. En su lugar, se sentó junto a Noah en las gradas, porque él nunca había sido propenso a hacer preguntas incómodas.

El partido en sí mismo no tenía ninguna importancia. Se trataba de pasar un día divertido por una buena causa. Los hermanos Carter habían hecho una generosa donación. Para formar los equipos, el grupo de los jóvenes se mezcló con los veteranos y con algunos jugadores de primera línea. Para añadir un poco de competición amistosa, Logan y Jack jugaron en equipos contrarios.

Logan siempre fue un jugador famoso por su estrategia y su control, aunque también por su despiadada determinación, siempre que fuera necesario. Su respeto en el campo era incontestable. Pero aquel día fue objeto de todas las miradas. Jugó con gran ferocidad, sin un ápice de ese control por el que era tan conocido. De todos los caballos que montó durante el partido, le gustaba uno argentino negro y especialmente enérgico que respondía bien a la batalla. Y, cuando le arreaba, ambos eran imparables.

Jack, sin embargo, entrenaba por aquella época para una película de acción y estaba más fuerte y en forma que nunca. Siendo por lo general el más agresivo de los dos en el campo, las atrevidas jugadas de Logan parecieron moderar a Jack, obligándolo a observar y esperar. A elaborar una estrategia cuando, en circunstancias normales, se habría lanzado de cabeza a la refriega.

Bella contemplaba la escena desde las gradas, con los puños apretados y el corazón en la garganta. Lo vio venir, vio cómo, de pronto, todo aquello que creía inmóvil y firme en Logan desaparecía mientras cabalgaba por el campo para enfrentarse a su hermano.

No era una jugada que fuese a hacerle ganar el partido. Logan debería haberlo dejado correr.

Sentado junto a ella en la grada, Noah ahogó un grito al ver a Logan cabalgar en paralelo a Jack.

—¿Qué está haciendo?

Los demás jugadores parecieron detenerse, bloqueados por la sorpresa, los espectadores pusieron cara de dolor, Bella juntó las manos y entrelazó los dedos por debajo de la barbilla, rezando para que frenara, mientras el árbitro bramaba. Pero, en un abrir y cerrar de ojos, Logan maniobró con el feroz caballo negro, demostrando tal capacidad innata que Bella oyó a la gente reír por haber dudado de él. Mientras ella se reprendía a sí misma por pensar que Logan pudiera quizá no tener el control absoluto de la situación, que pudiera tal vez dejarse llevar por las emociones.

Pero entonces, visiblemente entusiasmado por la victoria, seguro de sí mismo y eufórico, Logan no reparó en el joven jugador que se había detenido en su camino para mirarlo con admiración.

El embravecido caballo negro se encabritó y Logan cayó al suelo.

El crujido al impactar contra la hierba resonó en las gradas.

Noah se levantó de un brinco, bajó corriendo los escalones y entró en el campo. Bella fue tras él, pero se detuvo al ver a sus padres y a los responsables acercarse a los médicos y a Logan alzar una mano para indicar que estaba vivo, consciente de que no le correspondía a ella mezclarse con la multitud que lo rodeaba.

Se había quedado parada al margen, y solo entonces vio que Jack observaba a los médicos en acción, montado en su caballo, con el *stick* sobre los muslos y el fantasma de una sonrisa dibujada en los labios.

Ahora, sentada en la cocina de su casa, Bella miró a Logan, que había levantado la mano para tocarse la clavícula. Había oído que el desgarro de ligamentos, el hueso astillado y el hombro dislocado tardaron meses en curarse y generaron un punto débil permanente, cosa que puso fin a cualquier esperanza de jugar a nivel profesional.

—Creo que fue entonces cuando entendí que yo no era más que el premio —le dijo—. Te enfrentaste a Jack, le demostraste lo que significaba. Pero jamás habrías luchado por mí. Se suponía que eras mi amigo, pero jamás habrías puesto en juego tus emociones por mí. Incluso ahora, soy prescindible.

Logan adoptó una expresión feroz.

Ella se levantó, notándose molesta y alterada. El recuerdo aún le hacía apretar los puños, le disparaba la adrenalina por todo el cuerpo.

—Supe entonces que había cometido un error, pero era demasiado orgullosa para admitirlo. Estaba hecha un lío. Me limitaba a ignorarlo, saliendo de fiesta, bebiendo, lo que fuera. Cualquier cosa con tal de ahogar los sentimientos que tenía respecto a mi vida, a mi padre y a los errores que había cometido. Prácticamente me había desvinculado de mi madre y de John-Luke. Supongo que me sentía sola.

Se recogió el pelo con la mano, sintiendo de pronto la necesidad de retirárselo de la cara y de la piel. Queriendo espacio lejos de sí misma. Pero no tenía ninguna cinta, así que volvió a soltarlo y la melena le cayó de cualquier manera alrededor del rostro.

—Pero te diré una cosa, Logan. No merecía la vida que tuve. No merecía a Jack. ¿Quieres saber quién era tu hermano? Pues está en esa casa. Lo único que quería Jack era estar en la cima, ser el mejor, el más idolatrado. Yo no encajaba en eso. —Ahora estaba furiosa. No soportaba tener que explicarlo, tener que revivirlo en su cabeza—. Pero no podía dejarme ir, claro. Porque yo era el premio. —Se quedó mirando a Logan a los ojos mientras hablaba—. Después de aquello, cambió. Bastante rápido, de hecho. —Notó que empezaba a temblarle el labio inferior. Resultaba muy frustrante. No quería aparentar debilidad delante de Logan—. Siendo sincera, creo que es posible que me odiara. —La vergüenza que sintió al confesarlo la hizo defenderse con una sonrisa resignada.

Logan se quedó mirando al suelo.

¿Estaría escuchando algo de lo que le decía? ¿Lo estaría asimilando?

Se pasó una mano por el pelo y suspiró.

—No entiendo por qué te quedaste.

—Ay, Logan. —Bella meneó la cabeza con desesperación—. Intenté marcharme. Muchas veces. Me decía que cambiaría. Me lo suplicaba, me decía que haría toda clase de cosas horribles si me marchaba. Así que me iba quedando siempre un poco más. —Sintió de nuevo la presión de las lágrimas y, esta vez, no logró contenerlas —. No quiero llorar —dijo, y agarró un trozo de papel de cocina para enjugarse las lágrimas con rabia—. Solo quiero que conozcas mi versión.

Logan la observó, los músculos de su cara rígidos e imperturbables. A continuación asintió, y ella no supo si fue para animarla a continuar o como un gesto de comprensión.

Continuó de igual modo, pues debía llegar hasta el final.

—No me marché, porque una se acostumbra a vivir de determinada manera, a que la traten de determinada forma. —Volvió a secarse los ojos y después hizo un gurruño con el papel—. Conductas y emociones que se vuelven normales. Y solo cuando las has dejado atrás te das cuenta de lo equivocadas que eran. —Se apoyó contra la isla de la cocina y vio su reflejo en el cristal de la foto enmarcada detrás de Logan. No quería mirarlo, pero, sobre

todo, no quería mirarse a sí misma. En su lugar, bajó la vista hasta la encimera de madera—. Cuanto más famoso se hacía Jack, más paranoico se volvía. Cuanto más empeoraba él, más pequeña me hacía yo. Cuando intentaba marcharme, no me lo permitía. No podía huir. No podía escapar de la casa. Tú mismo has visto los muros, Logan. —Notó la presión en el pecho al recordarlo, pero se obligó a continuar, a contarle todo lo que había sucedido, la violencia y el miedo. No lograba recordarlo todo, pero hizo todo lo posible. Los movimientos y las expresiones existían en su cabeza como instantáneas, pero los sentimientos eran certeros y afilados. La falta de aire en la habitación. El golpe del dorso de una mano. La familiaridad de los muebles a su alrededor. La taza en la que estaba bebiendo café rodando hasta estrellarse contra el suelo. Oía su propia voz. Suplicante. Recordaba el aislamiento, la sensación de que estaba allí sola y nadie la ayudaría. El miedo de que fuese a matarla.

Tuvo que detenerse. Enmascarar el pánico creciente con un sorbo de agua. Respirar.

—No era solo que estuviese físicamente atrapada. Le tenía miedo. —Se vio a sí misma como la sombra de una persona. Como una cáscara vacía. No quedaba nada que pudiera reconocer como suyo —. Y luego, pues, bueno… —soltó un resoplido y sacudió la cabeza —, no sé, supongo que desperté. Debió de activarse mi instinto de supervivencia. Al final, vinieron mi madre y John-Luke y me sacaron de allí. Cosa que, en fin…, digamos que no fue fácil. Pero, claro — sonrió amargamente—, esa no fue la historia que Jack les contó a todos.

Logan hizo una mueca de dolor. Fue el primer indicador real de que aquello estaba calándole, de que había escuchado su relato.

Sabía que aquello debía de contradecir todo lo que había dicho Jack. Y no soportaba tener que luchar para que se supiera su propia verdad. Le enfadaba y avergonzaba que tuviera que desnudar sus propios errores y vulnerabilidades solo para que él no la mirase como la miraba desde la muerte de Jack.

—He cometido algunos errores, Logan. Pero he pagado por ellos. He pagado con humillación, con miedo, con la pérdida de mi

intimidad, con todo lo que ha dicho sobre mí. He pagado. —Levantó las manos, estaba harta. Estaba cansada. Agotada. Trató de contener las lágrimas con los dedos—. ¿Y sabes qué es lo más gracioso? Que a veces deseaba que te acordaras de mí. —Alzó la mirada y vio su mandíbula apretada, sus ojos inescrutables, mientras a ella las lágrimas le caían por las mejillas, calentándole la piel.

Cerró los ojos y se pasó una mano por la cara. Y se quedó así, con los ojos cerrados y la mano frente a ellos porque no se atrevía a levantar la mirada. Y él se quedó donde estaba, y la distancia que los separaba se le antojó inmensa, pero ínfima al mismo tiempo. Una parte de ella deseaba que se le acercara. Pero la otra parte, la parte que había vivido todo aquello, no deseaba tenerlo cerca.

Sacudiendo la cabeza, se obligó a mirarlo. A mirar sus duros ojos azules.

—¿Sigues pensando mal de mí?

Logan se rio con tristeza, como si le sorprendiera la pregunta.

—No, Bella. Puedo decir, sin temor a equivocarme, que de quien pienso mal es de mí mismo.

Ambos se miraron, pero ninguno habló.

Bella oía la brisa que agitaba los manzanos a través de la ventana abierta, el repique del reloj del salón. Allí parados, notó que sus sentimientos transitaban de la rabia a la tristeza. Al arrepentimiento, casi. Se descubrió a sí misma deseando poder ver aunque fuera una mínima parte de la persona que él era antes. Pero entonces habría tenido que ver también a la persona que era ella, y se daba cuenta de que eso era imposible.

—Me voy a ir —dijo Logan, con la voz tensa.

Ella asintió.

Lo vio salir de la cocina y dirigirse hacia la puerta de entrada mientras ella permanecía en el umbral, contemplando su espalda. A mitad del pasillo, Logan se detuvo un instante y se giró como si estuviera a punto de agregar algo. Ella se preparó para lo que fuera que estuviese a punto de decir, y se preguntó si, al notar su tensión, habría cambiado de opinión, prosiguiendo su camino hacia la puerta. Una vez allí, volvió a mirarla por encima del hombro y dijo:

—Buenas noches, Bella.

—Buenas noches, Logan —respondió ella.

Capítulo catorce

Logan se alejó conduciendo a toda velocidad. La cabeza le daba vueltas con todo lo que había hecho él y lo que había dicho ella. En un momento dado, tuvo que detenerse, solo para poder bajarse del coche y tomar aire, porque creía que iba a vomitar. Cerró los ojos y agachó la cabeza, pero las náuseas y la claustrofobia no daban tregua. Sentía la vergüenza de sus propios sentimientos, de sus actos, deseaba ignorar la verdad, pero la caja ya estaba abierta.

En su cabeza se agolpaban las imágenes de todo lo que Jack debía de haberle hecho a Bella en esa casa, tras esos muros. Deseó retroceder en el tiempo, ser él quien lograra derribar las defensas de la vivienda y arrancarla de los brazos de su hermano. Deseó enfrentarse a él, hombre a hombre, mirarlo a los ojos, sin juegos, sin embustes.

Pero Jack había muerto.

Se aferró un instante al marco de la puerta del coche, sin tener claro qué hacer a continuación. Sabía que debía librarse de aquella furia. No podía irse a casa sintiéndose así. Respiró hondo y volvió a montarse en el coche, giró en redondo allí mismo y regresó a Main Street.

Tras detenerse en una calle secundaria, se bajó del Porsche y se quedó unos segundos contemplando la puerta sucia y arañada. Tenía exactamente el mismo aspecto que la última vez que estuvo allí, diez años atrás, con alguna que otra grieta más en la madera. Incluso el aire circundante olía igual: al conducto de ventilación de la pizzería Gino's y a los cubos de basura. El gimnasio de Charlie. Era el único lugar anónimo al que podían ir sus hermanos y él cuando necesitaban liberar estrés o entrenar un poco. Aquella gente no era de la que daba el soplo a la prensa.

Abrió la puerta de un tirón y bajó corriendo las escaleras. Fue como volver a atrás en el tiempo.

Una vez dentro del gimnasio, se quedó quieto unos instantes, con las manos en los bolsillos, contemplando la estancia. Allí seguían las mismas máquinas de pesas maltrechas, los desgastados balones medicinales, los sacos de boxeo de cuero marrón colgados del techo, las telarañas y las bombillas desnudas, pero sobre todo el cuadrilátero, en el centro de la sala, tal como lo había dejado. Con sus cuerdas laxas a los lados, la pintura descascarillada de los postes y las luces eléctricas parpadeantes colgadas encima.

—¡Pero mira quién ha venido!

Logan esbozó una sonrisa antes incluso de verlo.

—Qué hay, Charlie.

No había cambiado nada. Charlie era tan viejo como el edificio y siempre lo había sido. El rostro lleno de arrugas como surcos en la roca, el cabello negro ahora blanco, el mismo chándal rojo de Adidas.

—¿Sabes qué? —le dijo Charlie, acercándose con su habitual altanería y los brazos cruzados—. El otro día te vi en el periódico y me pregunté si pasarías por aquí.

—Me conoces demasiado bien, Charlie —respondió Logan inclinando la cabeza. Su sonrisa, sin embargo, le pareció forzada mientras aguardaba el inevitable pésame por lo de Jack.

Quizá tuviera algo en la mirada que no había pretendido mostrar, o quizá Charlie tuviera el don de interpretar las emociones en aquellos hombres que jamás las revelaban, porque se limitó a abarcar con el brazo la sala del gimnasio y dijo:

—Todo tuyo, Logan.

Logan notó que se le relajaban un poco los hombros al mirar a su alrededor, al fijarse en los deportistas sudorosos que se ensañaban con los sacos, en los adolescentes que hacían repeticiones, en los boxeadores del cuadrilátero que se refrescaban con agua. Asintió con la cabeza. Aquel era el lugar donde tenía que estar. Se miró entonces y cayó en la cuenta de que seguía con la ropa del trabajo.

—No traigo ropa adecuada.

—Estás de suerte, amigo mío —le dijo Charlie con una sonrisa—. Ahora vendemos *merchandising*. —Le guiñó un ojo—. Hay que ir siempre un paso por delante, Logan.

Logan se rio mientras se quitaba la chaqueta.

—Tráeme lo que sea.

Media hora más tarde, después de calentar, vestido con una camiseta gris jaspeado con las palabras *Gimnasio de Charlie. Hogar de campeones* impresas en la pechera en color rojo y unos pantalones de chándal con un logo similar, Logan la emprendía a golpes con uno de los sacos de boxeo colgados del techo. Era agradable sentir el impacto del puño contra algo. La vibración de los músculos. El sudor que le perlaba la frente.

Con cada golpe, iba recuperando la racionalidad. Iba siendo capaz de analizar todas las cosas que había dicho Bella. Debatir las acusaciones que le había hecho. Elaborar argumentos. Sí, cierto que en el pasado no había tenido mucho tiempo, desbordado por las responsabilidades, por el grupo por cuyo bienestar debía velar, por el incipiente negocio de Carter Media. Ella lo sabía. Por supuesto que algunas cosas se le habían ido de la cabeza…

—¡Logan! ¿Te apetece? —Charlie estaba apoyado contra las cuerdas del cuadrilátero y, en su interior, un joven nervudo que lanzaba golpes al aire para calentar. Charlie le hizo un gesto a Logan con dos dedos para que se acercara.

Hacía bastante tiempo que Logan no se enfrentaba a un oponente de verdad. Se acercó.

—¿Por qué no? —respondió con una ceja levantada que traslucía más arrogancia de la que sentía.

El joven del cuadrilátero no sonrió.

Como Logan comprobaría pocos minutos más tarde, no había nada como recibir un buen mamporro en la cara para aclararte las ideas.

—¿Estás bien, Logan? —le preguntó Charlie.

Él dijo que sí con la cabeza. Ignorando el mareo que le hacía tambalearse, volvió a ponerse en posición y pensó que la mirada dura y ausente de su contrincante era como asomarse a su propia alma.

Su cuerpo peleaba con el piloto automático, esquivando golpes, asestando otros, viajando mentalmente a lugares hasta entonces inexplorados, a momentos que había pasado por alto en su propio viaje personal.

Se acordó de Bella llamándolo por tteléfono.

—Logan, ¿dónde estáis? Estamos esperándoos.

Él estaba distraído pensando en la lista de personas que deseaban hablar con él, en las negociaciones de los contratos, en las interminables actuaciones.

—No sé de qué estás… —empezó a decirle, contemplando el interior del *jet* privado donde viajaba con sus hermanos, hasta darse cuenta de dónde debía estar, de dónde había prometido que estarían. La sesión fotográfica que había organizado Bella en *Vogue*. Cerró los ojos un segundo—. Estamos en un vuelo con destino Tokio, lo siento muchísimo. —Inclinó la cabeza hacia el techo de la cabina —. Debe de haber habido un error de agenda.

—No podéis estar en un vuelo. Están todos aquí… Lo tenemos todo reservado. —Logan supo ya entonces que el tono cortante de su voz enmascaraba el hecho de que le había hecho daño, pero no tenía tiempo para aquello.

El tipo del cuadrilátero le golpeó con fuerza en el hombro y el dolor le subió por el cuello.

Si se obligaba a recordar la verdad, lo cierto era que solo había querido terminar la llamada cuanto antes para poder cerrar los ojos como el resto del grupo y dormir un poco. Le había enviado flores a modo de disculpa.

Un gancho a la mandíbula le hizo trastabillar. Al mirar hacia abajo vio el sudor que le goteaba del cuerpo. Sintió la sangre que le resbalaba por la barbilla, por la clavícula y la cicatriz que le cruzaba del esternón al hombro, que ahora le palpitaba sin reservas.

Vio las llamadas perdidas en su teléfono. Las conversaciones que solo había escuchado a medias mientras tecleaba emails o se dirigía a alguna reunión. Vio el nombre de Bella en la pantalla y se recordó silenciando la llamada porque tenía —se estremeció al pensarlo— algo mejor que hacer, algún otro sitio más glamuroso al que ir.

Quería que los recuerdos dejaran de avasallarlo. ¿Por qué había sido tan idiota? ¿Por qué había permitido que Bella se fuera de su vida?

Porque tiraban de él hacia todos lados. Y después, cuando el grupo se separó, el tiempo se evaporó. Se pasaba la vida lidiando con las consecuencias: el colapso nervioso de Noah; la decadencia y posterior desaparición de Ethan; Brodie, perdido y sin rumbo cuando todo se fue al traste.

Solo Jack logró salir indemne. Imparable en su carrera meteórica hacia el estrellato hollywoodiense. Logan entendía que el grupo tenía que acabarse, lo que le fastidiaba era haber tenido que ser él el encargado de recoger los pedazos; como si fuera lo que se esperase de él, algo indiscutible.

¿Por qué no la había llamado cuando murió su padre? ¿Por qué no había sacado el tiempo?

Porque, para entonces, estaba centrado en levantar su imperio. Seguir avanzando, siempre hacia delante, ese era su mantra. Podría bloquear todo ese resentimiento, ese miedo y ese fracaso si seguía trabajando más y mejor que todos los demás. ¿No era siempre ese su consejo? Ir un paso por delante, no parar nunca, jamás mirar atrás. Ni por un segundo. Llamar a Bella por lo de su padre habría sido demasiado, como entregarse a alguien que lo conocía demasiado bien, alguien capaz de ver en su interior y descubrir su caos.

Y entonces Jack se había presentado en el partido de polo con ella del brazo y a él le había consumido una envidia atroz, algo a lo que le resultó imposible enfrentarse.

Un puño impactó contra su cara, cegándolo durante unos instantes.

Esa era la emoción que jamás se había permitido nombrar. La envidia. Había sentido celos. Unos celos absorbentes y desgarradores.

Alzando una mano para solicitarle un tiempo muerto a su oponente, Logan se desplomó contra las cuerdas, con los brazos estirados y el pecho agitado.

«A veces deseaba que te acordaras de mí».

El recuerdo le dolió más que cualquier puñetazo. Le invadió la culpa, recorriéndolo de pies a cabeza. Había resultado muy sencillo convertirla a ella en el enemigo.

Alguien le lanzó una toalla y él asintió a modo de agradecimiento; a sus ojos les faltaba concentración, notaba la sangre pesada en la cabeza. Se secó la cara y arrojó a un lado la toalla. Le palpitaba la mandíbula. Tenía el corazón acelerado y, por fin, sintió que estaba recibiendo parte del castigo que merecía.

—No es como en los viejos tiempos, ¿verdad? —Charlie se apoyó contra el lado del cuadrilátero y le alargó una botella de agua.

—Y que lo digas. —Logan exhaló, agotado—. Estos tipos son duros.

—Qué va —respondió Charlie negando con la cabeza, agitando la mano como si quisiera restarles valor a todos ellos—. Solo quieren demostrarle al grande y poderoso Logan Carter que son más fuertes.

Logan se rio, señalándose el cuerpo y la cara destrozados.

—Creo que se han equivocado de hombre.

—Hay muchas formas de estar por encima de los demás, Logan. —Charlie recogió la toalla del suelo y se alejó con el eco de una sonrisa dibujada en los labios.

Logan dio un trago de agua y vio a su oponente volver al cuadrilátero.

—¿Seguimos? —preguntó el tipo arrastrando las letras.

Logan lo pensó un instante. Se preguntó si aquello había sido tan buena idea después de todo. Pero, cuando cerró los ojos, la vio allí, de pie frente a él en esa cocina, aquella lágrima en su mejilla, el dolor y la confusión.

—Seguimos —respondió con gesto afirmativo.

Un grupo de adolescentes había dejado de calentar y estaba reunido en torno al cuadrilátero para ver la pelea con fingido desinterés. Logan hizo crujir el cuello y se incorporó. De pronto se sentía muy expuesto.

Por esa razón el primer golpe le pilló desprevenido, sin defensas, con ganas de perder. El impacto lo recorrió entero y, por unos instantes, se tambaleó, absorbiendo el desconcierto. El dolor estuvo a punto de lograr lo que confiaba en que lograra.

«He cometido algunos errores, Logan. Pero he pagado por ellos».

Pero ¿era en realidad castigo suficiente si no se resistía, si no oponía la resistencia que aquello merecía?

Al erguirse, miró a su alrededor y vio a los adolescente arremolinados, abucheando junto al cuadrilátero, vio las paredes de ladrillo agrietadas, las tiras de luces y las bombillas desnudas que iluminaban el gimnasio como una cárcel, vio al hombre que tenía delante, que parecía ser solo unos ojos encendidos y entornados, vio el techo cuarteado sobre su cabeza. Y se obligó a reunir toda la furia, el dolor y la culpa que habían estado atormentándolo desde que fue a casa de Jack, desde que vio a Bella, desde que su foto apareció en el periódico, desde que la decepcionó. Desde que, para su vergüenza, se mostró despectivo con ella en el funeral y la obligó a ir a la recepción posterior. Sintió que su propia testarudez y frustración crecían dentro de él, calcinándolo.

Y fue entonces cuando comenzó la pelea.

Cuando los chavales que se reían dejaron de hacerlo.

Cuando Charlie, que estaba guardando material, alzó la mirada y asintió en señal de aprobación.

Cuando el aire se volvió tan denso, tan eléctrico e intenso, que poco a poco la multitud que rodeaba el cuadrilátero fue creciendo, pues la gente había dejado de entrenar para formar parte de aquel espectáculo.

Logan era músculo, sudor y mugre. Era unas cejas oscurecidas por la humedad, era unos labios apretados y un cuerpo que grita. Era el dolor físico y el ardor de los pulmones. Era los golpes, las magulladuras y la sangre. Era un luchador que luchaba por sí mismo, contra sí mismo, por su hermano y contra él. Luchaba por conseguir que el dolor de lo que Bella le había dicho se hiciera físico, y no obstante allí estaba, expiándose por haberla dejado sola.

Estaba inmerso en su propio mundo. La gente y las caras bailaban ante sus ojos. Las conversaciones se reproducían en su cabeza. La constante decepción de su padre, la sonrisa de suficiencia de su hermano en el campo de polo, su madre junto al fregadero, de espaldas a él, «¿Qué nos ha pasado?», Bella de pie con la cabeza pegada al cristal de la ventana.

Por un segundo, hizo lo impensable y se permitió imaginar qué habría ocurrido si el elegido hubiera sido él. Si no la hubiera dejado escapar. Si se hubieran acercado más en lugar de distanciarse. Si la hubiera priorizado. Quizá entonces ella entrara allí ahora y le pasara los dedos por el pelo, y acunara su cabeza contra su pecho, y se agachara para besarlo, y él la sentaría en su regazo y ella se reiría. Y después se levantaría, le daría la mano y lo conduciría a casa. Y, si eso sucediera, si le fuera concedida aquella ínfima oportunidad, la seguiría con tal veneración que le dolería.

El rugido de la multitud irrumpió en sus pensamientos, devolviéndolo sobresaltado al presente, y se dio cuenta entonces de que había llegado a un punto en el que tal vez pudiera ganar.

Y no quería ganar.

No había ido allí a ganar.

Con la misma rapidez con que habían aparecido, se le fueron las ganas de pelear, se apagaron como si acabara de desenchufar un cable. Se evaporó su armadura. Le palpitaba el cuerpo. El cerebro le iba lento. Los gritos de las bandas lo acorralaron, distrayéndolo, haciéndole perder la concentración que necesitaba. Así que, al recibirlo, se dio cuenta de que no había visto venir el golpe definitivo.

Mientras caía de espaldas, supo que en algún momento golpearía el suelo, pero le pareció una eternidad. Cuando al fin lo hizo, deseó no haberlo hecho. Se golpeó la espalda con fuerza contra el suelo, el impacto reverberó por sus brazos estirados y, cuando la cabeza se estrelló contra la lona, obligándole a levantar la barbilla, estalló en él un dolor ardiente que le desgarró la clavícula.

Tendido solo en mitad del cuadrilátero, todo sonido pareció desvanecerse. Solo alcanzaba a ver la luz eléctrica que parpadeaba por encima de él, los surcos del techo corrugado, las telarañas que se encorvaban con el polvo. Vio el suave suelo blancuzco, frío contra su piel. Y le sobrevino una extraña paz.

Se habría quedado allí tirado el resto de su vida si hubiera podido.

—¿Sigues vivo? —Charlie estiró la mano para ayudarlo a levantarse.

—Por poco. —Logan sacudió la cabeza para rechazar la mano tendida, se incorporó sobre un codo e hizo una mueca de dolor al sentir el grito de todos los músculos de su cuerpo.

Charlie le pasó una toalla por los hombros.

—Ha sido una pelea bastante buena, Logan. He de admitir que no sabía si seguías teniendo lo que hay que tener.

Logan, sentado con los codos apoyados en las rodillas, alzó la mirada con los ojos entornados en actitud sardónica.

—He perdido, Charlie —dijo.

Charlie enarcó sus pobladas cejas blancas.

—Logan, hay una diferencia entre perder y oponer resistencia.

Logan meneó la cabeza mientras se quitaba los guantes.

—No he opuesto nada.

—Si tú lo dices —repuso Charlie riéndose.

Logan lo ignoró, apuró lo que le quedaba de agua y se la echó por la cara. Cuando se acercó su oponente, con la mano tendida para estrechársela, Logan levantó el brazo, pero sintió la palpitación del dolor en los músculos. Hizo lo posible por disimular el daño.

Charlie le abrió las cuerdas para que pudiera salir. Un par de personas le dio palmadas en la espalda. Los adolescentes se apartaron. Volvieron a levantarse pesas, los sonidos del metal contra el suelo reverberaron de nuevo por el gimnasio. Logan no sabía cuánto tiempo había pasado, en la sala no había ventanas, para que no supieras qué hora del día era. Se secó el sudor del cuerpo con la toalla y se la colgó sobre los hombros.

—Me largo. Gracias por el rato, Charlie.

—No hay de qué, Logan. —Charlie alzó una mano para despedirse —. Oye, la próxima vez que te saquen una foto, intenta sonreír.

Logan se rio e hizo una mueca al sentir el dolor en el labio partido.

—Ni hablar.

Capítulo quince

Logan no le había dicho a nadie de su familia que había vuelto a Autumn Falls e iba a pasar la noche en la casa que tenía a las afueras del pueblo. Nunca antes había vivido en ella, había sido decorada por la mejor empresa de diseño de interiores de Nueva York y la mayoría de los sofás aún conservaban las fundas de plástico con las que habían sido entregados. En las raras ocasiones en las que se alojaba allí, se limitaba a dormir en la cama, ni siquiera entraba en el resto de habitaciones. Desde luego no era un hogar, pero la idea de volver al rancho en el estado en que se encontraba después del gimnasio resultaba irrisoria, a su madre le daría un ataque.

Cuando aparcó frente a la desolada casa, aún llevaba puesto el chándal del gimnasio de Charlie. Se quedó de pie junto al coche durante un minuto, sin sentirse aún preparado para entrar, para evaluar cuánto daño y cuánto bien se había hecho a sí mismo en el cuadrilátero. O quizá no se sintiese preparado para que terminase el día.

Cerró los ojos un segundo, se tocó con cuidado la clavícula y ahogó un grito al apretar con los dedos la piel magullada. Después deslizó una mano sobre su cara para comprobar que siguiera de una pieza. Al apartar los dedos, los vio manchados de sangre a causa de los cortes.

Alguien bajó los escalones del porche delantero y lanzó un silbido al verlo. Logan entornó los ojos en la oscuridad. Por un momento creyó que se trataba de Bella. Albergó esa esperanza. Pero entonces oyó la voz de Brodie:

—Joder, Logan, pero ¿qué te has hecho?

Se dio cuenta de que veía a Bella por todas partes. Como si hubiera mirado al sol directamente, su imagen se le había quedado

grabada en la retina.

—¡Brodie! Me has dado un susto de muerte. —Cuando recobró el aliento, agregó—: ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Bueno, no estabas en el rancho, y en tu oficina dijeron que estabas en Autumn Falls, así que supuse que estarías aquí. —Brodie se encogió de hombros.

Su hermano se acercó desde donde estaba sentado, mascando chicle, y su rostro se tornó cada vez más preocupado conforme se acercaba a las lesiones de Logan.

—¿Tenemos que llamar a la poli o…? —Bajó la mirada y sonrió con suficiencia al ver el logo del gimnasio grabado en el pecho de Logan —. Ya veo que te lo has hecho tú mismo. —Enarcó una ceja como si pudiera ver las últimas horas en una película proyectada sobre la cabeza de Logan—. Iba a preguntarte si te apetecía ir a tomar algo, pero quizá sería mejor ir a Urgencias.

Logan negó con la cabeza, pero incluso ese gesto le provocó dolor.

—No voy a ir al hospital.

—¿Una copa, entonces? —sugirió Brodie, aparentemente impasible ante el estado de su hermano ahora que sabía que se lo había hecho a propósito.

—¿Puedo ir a cambiarme primero? —repuso Logan, cojeando hacia la puerta de entrada.

Brodie se rio mientras lo seguía.

—Creo que esta es la primera vez que me pides permiso para hacer algo.

Logan miró a su hermano.

—Hoy me están diciendo muchas verdades —respondió.

—Brillante —contestó Brodie y, al sonreír, dejó ver entre los dientes el chicle que estaba mascando.

Media hora más tarde, se hallaban en The Firestone, a una manzana de distancia del gimnasio donde a Logan acababan de fundirle los plomos. Se había lavado la cara lo mejor que pudo, pero no paraba de apretar su botella de cerveza contra el corte que tenía en la mejilla hinchada.

Brodie dio un trago a su cerveza y comentó:

—Mañana vas a tener muy mal aspecto.

Clay Murphy, el camarero, a quien conocían desde el colegio, ofreció:

—Logan, ¿quieres un poco de hielo?

—Sí, te lo agradecería. —Logan asintió con la cabeza.

El camarero envolvió un par de cubitos en un trozo de papel de cocina y se lo acercó.

—No tiene buena pinta.

—Deberías ver cómo ha quedado el otro —respondió Logan.

—¿En serio? —preguntó Brodie enarcando las cejas.

—No. —Logan se rio.

El barman se carcajeó.

Brodie sonrió y dio otro trago a su botella.

Nunca hacían aquello, pasar el rato juntos en un bar. Logan se preguntó qué estaría ocurriendo.

—¿Qué haces aquí, por cierto?

Brodie dejó la botella sobre la arañada barra de aluminio.

—He venido a ver si estabas bien.

—¿En serio? —Logan frunció el ceño.

—Sí. —Brodie se rio y, al hacerlo, se le iluminaron los ojos—. Vi la foto en los periódicos, no es propio de ti dejar que te pillen. Supuse que debía de haber ocurrido algo. Así que llamé a tu oficina y me dijeron que estabas aquí. —Se encogió de hombros—. Me encontraba por la zona, así que pensé en pasarme a echar un vistazo.

Logan no sabía qué decir. Por un segundo, creyó que cabía la vergonzosa posibilidad de echarse a llorar. Pero él nunca lloraba. Desde luego, nunca antes había tenido la sensación de no poder hablar.

Brodie lo observó, pareció percibir que estaba a punto de quebrarse y desvió la mirada hacia las hileras de botellas de detrás de la barra para concederle la oportunidad de tragarse el nudo que se le había formado en la garganta. Cuando volvió a girarse, jugueteando entre los dedos con el posavasos de la cerveza, dándole vueltas y vueltas, entornó los ojos y dijo:

—Mira, puedes hacer como haces siempre y decir que todo va bien, que todo está bajo control, o puedes decirme qué ha ocurrido.

Porque, he de serte sincero, desde mi punto de vista, no tiene buena pinta.

Logan trató de reírse, pero se estremeció del dolor.

Esta vez, Brodie no apartó la mirada, no se rio. Simplemente esperó.

Logan se giró para quedar de cara a la barra, con los antebrazos apoyados en el frío aluminio, a fin de no tener que mirar a su hermano a los ojos.

—Creo que he cometido algunos errores —admitió, golpeteando con los dedos los lados de su botella de cerveza.

Brodie resopló. A continuación, colocó el codo sobre la barra y apoyó la barbilla en la palma de la mano, poniéndose cómodo.

—Creo que esto me va a gustar —dijo.

Pero se le borró la sonrisa cuando Logan le contó todo lo que había visto en casa de Jack —las drogas, el anillo con el sello, la foto doblada— y todo lo que le había dicho Bella.

Cuando hubo terminado, Brodie suspiró.

—Vaya. Es bastante peor de lo que me esperaba.

—Lo sé —admitió Logan secamente—. Tenemos que decírselo a mamá y a papá.

—Suerte con eso. —Fue un comentario improvisado, pero dio justo en el clavo, porque siempre le tocaba a Logan encargarse de los asuntos difíciles.

Frunció el ceño y, al fijarse en la expresión de su hermano, comentó:

—No pareces especialmente sorprendido.

Brodie se recostó en su taburete, pareció reflexionarlo y después miró al camarero y pidió otra ronda.

—Mira —dijo volviéndose hacia Logan—, cuando éramos pequeños, siempre estabais Jack y tú, y después el resto.

—Eso no es cierto.

—Sí que lo es. No se trata de algo malo, simplemente era así. —El camarero dejó sobre la barra la nueva ronda, Brodie le dio las gracias y estiró el brazo para acercarse la botella. Lo pensó unos instantes y añadió—: En el grupo, eras como nuestro padre, Logan. —Dio un trago y, utilizando un lado de la boca, dijo—: Era la hostia

más fácil hablar contigo que con papá. —Logan soltó una carcajada, pero Brodie continuó—: Aun así, siempre fuiste la figura de autoridad. Y, para nosotros, como éramos jóvenes, era necesario y lo agradecíamos. Pero Jack… —Se mordió el labio y sacudió la cabeza mientras lo reflexionaba—. Se notaba que él se resistía.

Logan se llevó el hielo medio derretido a la mejilla y deseó haber dicho que todo iba bien, como tenía por costumbre.

—En lo que a mí respectaba, no era más que una sana competencia entre hermanos. —Pero, cuando Brodie enarcó una ceja, Logan meneó la cabeza—. Puede que sí me diera cuenta, pero no me lo tomaba tan en serio como debería haberlo hecho.

Brodie se rio.

—Eso es porque estabas en lo alto. Suele pasar. Tenías cosas que hacer, nos impulsabas hacia delante. Marcabas la ruta. Las otras cosas solo las ves si estás por debajo. —Brodie arrancó una esquina de la etiqueta de su cerveza—. Jack no era horrible, solo buscaba poder y lo obtenía sin importarle los medios. Seré sincero, siempre tuvo algo perverso, uno no quería contrariarlo porque podía ser muy cruel. Sí, a veces era divertido, pero conforme iba pasando el tiempo con el grupo y él se notaba cada vez menos satisfecho, podía llegar a ser un poco abusón. Contigo no, jamás se habría atrevido, pero los demás sí lo percibíamos.

Logan hizo una mueca de dolor. Pensó en Noah durante el funeral, cuando dijo que no se tragaba que se hubiera quedado destrozado. ¿Por qué no habría aprovechado ese momento para sacarle más información? Porque Noah era la clase de tío al que le confiarías tu vida, pero ni por un segundo te revelaría sus sentimientos. Se frotó la cara con la mano y sintió la piel todavía fría por el hielo.

—¿Y qué me dices de Jack e Ethan? —preguntó, sin saber si deseaba oír la respuesta—. Salían juntos a todas horas cuando el grupo se separó.

Brodie puso mala cara, arrancó un poco más la etiqueta de la cerveza, aparentemente reacio a responder.

—Vamos, Brodie, cuéntamelo todo.

—La cuestión, Logan —comenzó Brodie con un suspiro—, es que, cuando el grupo se separó, nos afectó a cada uno de forma

diferente. Jack tenía sus ofertas de cine, todos sabíamos que quería marcharse, hacer cosas más grandes. Ser más grande, más famoso. Era imparable. Y creo que tú ya te sentías más realizado con la faceta empresarial del asunto.

Logan inclinó la cabeza a modo de admisión, aunque le daba la impresión de que a Brodie no le hacía falta aquel gesto para saber que era cierto.

—Noah, bueno, estaba deseando volver al rancho casi desde el principio, y luego está todo lo que pasó con Livvy y él. —Logan se estremeció al recordarlo. Brodie se detuvo unos instantes al rememorarlo y después soltó una leve carcajada—. Pero Ethan y yo. Para nosotros era nuestra vida. Era lo único que conocíamos. Yo tenía quince años cuando nos fuimos de casa. Sí, sabíamos trabajar la tierra, pero eso era gracias a papá, era cuestión de seguir sus órdenes. Crecimos en ese grupo. Era nuestra identidad. —Se encogió de hombros como si no significara gran cosa cuando claramente lo era todo para él—. Y entonces se acabó y nos quedamos como diciendo: «¡¿Y ahora qué hacemos?!». —Extendió las manos—. Yo sabía que a mí no me pasaría nada, porque soy feliz en cualquier parte. —Sonrió—. Y, además, siempre tendría los ingresos por la autoría de las letras. Pero Ethan. —Compungió el gesto—. Creo que Ethan era el grupo. Era su identidad. ¿Quién era él sin eso? Volvió a ser el chaval al que expulsaban del instituto, el que se metía en peleas y al que papá le gritaba por no tener perspectiva de futuro. Todos sabemos que no se hallaba en un buen momento cuando decidimos dejarlo.

Logan asintió. Cualquiera se habría dado cuenta de que Ethan perdió por completo el control cuando Silver Sky terminó, y, si no se daban cuenta, bastaba con leer los periódicos para hacerse una idea. Fue el único de los hermanos que inició una carrera en solitario y tuvo más éxito de lo que nadie habría imaginado; solo en el escenario, Ethan gozaba de una cualidad de estrella pícara que brillaba cuando los focos le apuntaban. Toda esa energía y desprecio hacia la autoridad que hizo que lo expulsaran del instituto y que su padre siempre lo amenazara lo convertía en alguien explosivo sobre el escenario, pero también conllevó un caos absoluto en su vida

personal. Sin Logan allí cerca para recoger los pedazos, Ethan prácticamente se regaló a los periodistas, que con regocijo lo fotografiaban borracho en los festivales, con una novia nueva cada semana, despotricando a los cuatro vientos sobre lo mucho que odiaba Silver Sky en una de sus giras, desprestigiando a sus hermanos. Poco después, cuando lo fotografiaron al salir cojeando del hospital tras estrellar su moto contra un árbol, Logan trató de forzar un encuentro con él, pero Ethan le dijo dónde podía irse. Se fue cuando Logan se enfrentó a él. No le interesaba escuchar nada de lo que tuviera que decirle.

En ese momento, allí sentado con Brodie, queriendo y no queriendo saber su opinión sobre el asunto, se obligó a preguntar:

—¿Y?

Brodie cambió el gesto, visiblemente incómodo con lo que estaba a punto de decir.

—Creo que le resultaba difícil ser feliz, no lograba asimilar todo lo que había sucedido, y estaba sucediendo, y en realidad no sabía a quién echarle la culpa. Y no es que quiera decirlo, Logan, pero siempre es bastante más sencillo echarle la culpa al padre y, para Ethan, el padre eras tú.

Logan abrió mucho los ojos a causa de la sorpresa.

—¿Me echaba la culpa a mí?

Brodie se encogió de hombros como si se resistiese a confirmárselo.

Logan se giró y se quedó mirando su cerveza, bastante desconcertado. Pero, si se obligaba a pensar en ello con detenimiento, su relación con Ethan sí que había sido más paternofilial que otra cosa; viéndolo con perspectiva, demasiado parecida a la relación de su padre con sus propios hijos, impaciente, incomprendida. Logan se frustraba con Ethan y tendía a ponerse pesado en lo tocante a él, pero solo porque le preocupaba, porque era él quien parecía estar a punto de cometer los errores más peligrosos.

—Y ya sabes cómo se ponían Ethan y Jack cuando salían juntos —prosiguió Brodie—. Jack provocaba a Ethan y después lo dejaba suelto. Se volvían locos, pero Jack siempre sabía lo que hacía, daba

marcha atrás en el último instante. Ethan nunca ha sabido cuándo parar. Y, en aquel momento, Jack no iba a quedar como el malo de la película que quería dejar el grupo más que ningún otro, así que estoy seguro de que no hizo nada que impidiera a Ethan creer que habías sido tú el desencadenante de todo. —Brodie se pasó una mano por el pelo, no estaba acostumbrado a ser portador de malas noticias, siempre era el alegre y despreocupado.

Logan apoyó la cabeza en las manos, sobre la barra.

—Fue todo un desastre.

—Lo fue —convino Brodie—. Pero —se encogió de hombros— creo que es mejor hablarlo con claridad. Al menos en mi caso. —Se rio—. Me siento mejor pudiendo decirlo. Aliviado, digamos. Y ya conoces a Ethan, se ha recuperado. Esté donde esté.

Logan se irguió y dijo secamente:

—No sé si puedes decir en una misma frase las palabras «se ha recuperado» y «esté donde esté».

Brodie arrugó los ojos; una imagen bastante más reconocible.

Logan recogió con los dedos las esquirlas de hielo que quedaban y se las pasó por la mejilla.

—No puedo creerme que no hiciera algo más para impedir que sucediera. —Se sentía como si estuviera al borde de un precipicio. Con el mundo abierto a sus pies.

—No te fustigues mucho por ello, Logan. —Brodie hizo girar el posavasos de su cerveza como si fuera una moneda—. No fue culpa tuya. Me da la impresión de que ser padre es así. Muchas culpas, preocupaciones y responsabilidades.

Logan ladeó la cabeza.

—Recuérdame que nunca tenga hijos.

—A mí me lo vas a decir —respondió Brodie con una sonrisa—. Pero, por otra parte, te queríamos, te necesitábamos. —Estiró la mano y le dio una palmada en el hombro—. Ninguno podríamos haberlo hecho sin ti. Y creo que, en el caso de Jack, quizá a eso se debía tanta envidia. Él sabía lo mucho que dependíamos de ti.

Logan levantó su cerveza con la mano derecha sin pensar y el dolor le subió por el brazo hasta la clavícula. Tuvo que contener un grito. Después respiró hondo para calmar los últimos latigazos.

Le hizo considerar su competitividad con Jack. Si bien todos los hermanos solían ir al campo de polo los viernes por la noche, con el pueblo entero en las gradas, Logan siempre fue el mejor en ese deporte. Le encantaba. Pero también a Jack. Y, aunque jugaba de forma dura y agresiva, era bastante prometedor y siempre ponía en práctica alguna nueva estrategia para ganar. Pero, por otra parte, se frustraba mucho si perdía, echaba la culpa a todos, se agarraba pataletas, culpaba a Logan. Y, si Logan contraatacaba alguna vez, su padre decía: «Déjalo correr, Logan, eres su hermano mayor, demuestra que eres mejor».

Logan recordó cuando Jack se presentó en aquel partido benéfico del brazo de Bella. Ahora que ya era capaz de nombrar esa emoción, visualizaba los celos desgarradores como un fuego que le quemaba por dentro. Pero había mirado a Jack, todo sonriente y feliz, y había tratado de demostrar que era mejor. Había querido ser el mejor de los dos.

Hasta el momento en el que se subió al caballo, Logan seguía convenciéndose a sí mismo de que le daba igual que Jack se quedara con Bella, que le venciera en el partido, pero entonces, mientras jugaba, una fuerza surgió en contra de su voluntad y lo envolvió por completo. Todo le pareció un poco más claro, un poco más rápido, notó una náusea en la garganta y una quemazón en los tejidos musculares. Sintió la incontrolable necesidad de triunfar. Quiso demostrar que, sin importar lo mucho que Jack creyera tener, a la hora de la verdad él no solo era mejor moralmente, sino mejor en general: tanto en el campo como fuera de él, muy por encima de los patéticos intentos de Jack por darle celos; y no solo mejor, sino el mejor de todos.

Justo aquello que Jack había estado intentando demostrar con obstinación sobre sí mismo durante una vida entera pisándole los talones a su hermano mayor.

Ese era el monstruo de la competición. La fina línea entre el amor y el odio.

—Debería haberlo hecho mejor —dijo contemplando su reflejo magullado en la barra de aluminio del bar.

Brodie hizo girar de nuevo su posavasos.

—Todos hicimos lo que teníamos que hacer. —A continuación detuvo el posavasos y lo dejó sobre la barra antes de añadir—: Somos todos adultos, Logan.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Logan entornando los ojos.

—Digo que tú no tienes por qué hacerlo todo —repuso Brodie con una ceja levantada.

Logan resopló como si aquello no fuera cierto.

—¿Ah, no? Acabas de decir que me tocaba a mí decirles a mamá y papá lo de Jack.

—Bueno, eso era broma —repuso Brodie con una mueca.

—No, no lo era.

—Iré contigo.

Logan negó con la cabeza para decir que no era necesario.

—¿Y dónde está entonces Ethan cuando lo necesitas? ¿Qué habría hecho Noah con el funeral, celebrarlo en el granero? —Se estiró y bostezó, cosa que hizo que le doliera la cara—. ¿Y dónde estás tú cuando papá empieza con el chantaje emocional, como si todo este asunto fuera culpa nuestra? No veo que tú te enfrentes a él.

Brodie inclinó la cabeza y le lanzó una mirada extrañamente desafiante antes de decir:

—Tampoco te he visto hacerlo a ti.

Logan se quedó callado y dejó escapar el aliento. Agachó los hombros.

—No —admitió.

Brodie esbozó su habitual media sonrisa.

—Te guste o no, estamos todos juntos en esto, Logan. No puedes resolver los problemas de todos. Y nunca vas a ser el héroe de todos. Así son las cosas.

Logan alzó la mirada, las cejas enarcadas por la sorpresa. Todo el mundo sabía que la idea que tenía Brodie de la sensatez consistía en lograr hacer lo menos posible a cambio de la máxima ganancia; o quizá no, quizá esa fuese otra de las suposiciones que había hecho.

Brodie le guiñó un ojo con complicidad.

Logan sonrió, le dolía la cara, pero le dio igual. Nunca antes había hablado con Brodie de aquel modo. Podría achacarlo a otro error más o darse cuenta de que tal vez necesitaba tocar fondo a fin de

oír lo que su hermano tenía que decirle. De que tal vez ser el líder, dar la cara por todos, le había hecho dar la espalda a muchas otras cosas, a otras personas.

Quizá Brodie tuviera razón, quizá pudieran cuidarse solos. Quizá tuvieran que lidiar cada uno con sus propios errores. Y él debía hacer frente a los suyos.

Logan miró a su hermano, quien, haciendo girar de nuevo el posavasos sobre una de sus esquinas, sentado a la barra, sin ningún otro lugar donde estar, había acudido hasta allí desde donde fuera que estuviera solo para ver cómo se encontraba. Podría haberse dejado embargar de nuevo por la emoción. En su lugar, dijo:

—¿Otra cerveza?

—Brodie alzó la mirada con una sonrisa.

—Creí que no me lo ibas a preguntar nunca.

Capítulo dieciséis

Bella se encontraba en el manzanar cuando John-Luke asomó la cabeza por la puerta mosquitera y gritó:

—Han venido a verte, Bella.

Ella dio por hecho que se trataría de Logan y, de inmediato, se preparó para volver a verlo después de su disputa. Se pasó una mano por el pelo, solo para comprobar que no tuviera flores de manzano enredadas, y se encaminó hacia los escalones de atrás.

Pero, para su sorpresa, era Martha Carter quien salió a recibirla primero, seguida por Logan a escasa distancia.

—Hola, Bella —dijo Martha. Siempre había sido una presencia fuerte en la vida de los chicos: alta e imponente, de cabello castaño, tan oscuro que parecía casi negro, ojos intensos que daban la impresión de estar delineados con kohl, y una nariz larga y recta. Era llamativa, no guapa. Aquel día parecía cansada, con la piel pálida y los hombros caídos.

Bella se detuvo en seco al verla, sorprendida de encontrarla en el manzanar.

—Ah, hola, señora Carter.

—Llámame Martha, Bella, por favor.

Bella asintió. Estaban a última hora de la tarde, pero con unos vibrantes rayos de sol, y el zumbido de las abejas entre las flores resonaba como el crepitar de una fogata. La belleza de la estampa se le hacía incongruente con la amarga realidad de tener a la madre de Logan y Jack caminando hacia ella. Solo cuando se hubo recuperado de la sorpresa alzó la mirada hacia la cara de Logan y se estremeció horrorizada al contemplar el moratón negruzco que le cubría medio rostro, el labio partido y el corte que le atravesaba la ceja. Abrió la boca para decir algo, pero no lo hizo, porque no era el

momento y Martha seguía acercándose. En su lugar, le sostuvo la mirada oscura e impasible durante un segundo, lo conocía lo bastante para saber que las lesiones se las había hecho él mismo, se imaginó la paliza que le habrían dado en el gimnasio de Charlie y se preguntó si habría ganado o perdido.

Después centró toda su atención en Martha, que se había detenido frente a ella, con los ojos enrojecidos e inyectados en sangre, y el surco de arrugas de sus sienes más pronunciado a causa del dolor.

—Bella, confío en que no te importe que me presente aquí sin previo aviso, pero sabía que, si no venía directamente, tal vez no… —Saltaba a la vista que estaba nerviosa, y a Bella se le aceleró también el corazón—. Ay, Dios mío, lo siento, no… —Martha hizo una pausa y se llevó la mano al pecho.

Logan se acercó a ella con un gesto protector.

Martha alzó una mano para indicarle que se encontraba bien.

—Deja que empiece de nuevo. —Se aclaró la garganta. Bella la recordó en la cocina del rancho, rodeada de armarios de madera y antiguas colchas de retales, riéndose con ganas, preparando tortitas, venciendo sin piedad a los chicos siempre que jugaban a juegos de mesa, practicando con ellos sus *swings* de polo cuando estaban en el pastizal, tan segura de sí misma, tan cálida y entusiasta. Era devastador verla tan vulnerable—. Bella, Emmett y yo hemos estado hablando en profundidad con Logan esta mañana; habría venido Emmett, pero he pensado que sería demasiado abrumador presentarnos todos en tu puerta. Pero nos gustaría ofrecerte una disculpa. Por lo de Jack. Por lo que te hizo pasar.

Bella desvió la mirada hacia Logan. Se lo había contado a sus padres. Se le erizaron todos los pelitos de su cuerpo y un escalofrío la recorrió de pies a cabeza, pese a la agradable calidez del día. Quiso pulsar el botón de pausa en la conversación, tomarse unos instantes para prepararse y oír debidamente cada palabra que allí se decía. Anheló un segundo para comprender el millón de emociones que, sabía, se escondían tras la mirada impávida de ojos entornados de Logan, si hubiera tenido más tiempo para mirarlo.

—Sé que no es suficiente —prosiguió Martha, haciendo visera con la mano para protegerse los ojos del sol mientras se encaminaba hacia la sombra de los árboles—, y sé que no arregla las cosas, pero es lo único que puedo ofrecerte ahora mismo. Lo siento, Bella, por todo lo que ocurrió con Jack.

De inmediato, Bella dejó de intentar averiguar en qué estaría pensando Logan y se limitó a asimilar las palabras. Le parecieron una liberación. Como si estuviera unida al suelo que tenía bajo sus pies, a las delicadas flores blancas de los árboles y al afluente del río Redemption que fluía en paralelo al manzanar. No se había dado cuenta, hasta aquel momento, de la alta estima en que tenía a aquella gente: a los Carter. De lo mucho que le avergonzaba lo que pensaran de ella. De su propia conducta a ojos de esa familia.

—¿Crees que, si buscas en tu corazón, podrás encontrar la voluntad de perdonarnos, si no ahora, al menos algún día, Bella? Por permitir que sucediera.

—Sí. —«No llores», se dijo—. Sí, por supuesto. —Tragó saliva para aliviar el nudo que se le había formado en la garganta.

Logan agachó la cabeza y se quedó mirando al suelo como si pretendiera distanciarse del momento y que así estuvieran solas ellas dos.

—No. —Martha alzó la mano—. No te precipites. No lo digas a la ligera. Pero, por favor, acepta la disculpa y, cuando estés preparada, que sepas que siempre serás bienvenida en nuestra casa. Lo sentimos.

Logan levantó entonces la mirada, su rostro ensombrecido por los moratones, pero suavizó ligeramente los ojos, como si en aquel gesto quisiera agregar que él también estaba de acuerdo.

Bella no pudo evitar que una lágrima resbalara por su mejilla. Se la secó con la mano.

—Gracias, señora Carter. Martha. Te agradezco que digas eso.

—Es lo mínimo que puedo hacer, Bella. —Su voz sonaba humilde y compasiva—. Me gustaría saber si hay algo más que pueda hacer.

—No pasa nada, en serio. —Bella no sabía qué decir, no encontraba las palabras para expresar tal enormidad—. No pasa

nada —repitió, mirando fugazmente a Logan, en cuya mandíbula apretada creyó interpretar quizá arrepentimiento.

Pero entonces Martha se llevó la mano a la boca para contener un sollozo y, delante de sus ojos, aquella matriarca fuerte se deshizo en lágrimas.

—Lo siento mucho —se disculpó con la voz ahogada, tratando de recuperar el aliento.

Bella estiró la mano para sostenerla, pero Logan se acercó en un instante y le pasó un brazo por los hombros, resintiéndose instintivamente por el dolor en la costilla que le provocó el movimiento, aunque sin apartarse de ella, y la condujo de vuelta hacia la puerta de entrada mientras Martha no paraba de disculparse y Bella de asegurarle que no era necesario.

Cuando llegaron al coche, Logan le abrió la puerta a su madre, quien había logrado recomponerse, enjugándose las lágrimas con un clínex, y repitió:

—Lo siento mucho, Bella. —Se acercó para darle un abrazo, pero no aquel gesto impersonal del funeral, sino uno auténtico y cariñoso —. Por favor, ven a vernos cuando estés en el pueblo. Sé que tu madre y John-Luke te han echado mucho de menos.

Bella asintió, inhalando la calidez del abrazo.

—Sí —respondió, distraída aún y abrumada por la situación—. Lo haré.

Rompiendo a llorar de nuevo, Martha se montó en el coche y cerró la puerta. Logan rodeó el vehículo con actitud formal y decidida hacia el lado del conductor, como si no tuviera nada que hacer allí, como si su presencia no fuese más que una intromisión porque Bella y él ya se lo habían dicho todo.

De modo que, cuando Bella le dijo: «Gracias, Logan», él se detuvo desconcertado y preguntó: «¿Por qué?».

Ella no tenía claro cómo expresarlo.

—Por decirles lo que yo nunca les habría dicho.

La expresión de él se suavizó, arrugando los ojos mientras asentía y, pasado un instante, dijo:

—Siento muchísimo lo que sucedió.

Ella le devolvió el gesto afirmativo, notando cómo se iba aflojando el apretado nudo que había llevado en su interior durante años.

Cuando Logan estaba a punto de abrir la puerta del coche, ella agregó:

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—El gimnasio de Charlie —repuso él, confirmando sus sospechas.

—¿Ganaste? —quiso saber Bella.

Logan se detuvo unos segundos y sacudió la cabeza.

—No.

—No —repitió Bella en voz baja, como si ninguno de ellos hubiera ganado. Eran todos distintos grados de derrota.

Se cruzaron sus miradas por un instante y fue como si aquello que ninguno de los dos se diría chisporroteara en el aire como una cerilla encendida. Y, durante un momento fugaz, la intensidad descarnada de la mirada de él la dejó sin aire. Y con la misma rapidez el momento pasó, él abrió la puerta del coche y la chispa que había entre ellos se apagó.

Cuando se hubieron marchado, Bella volvió a salir al manzanar, tenía que respirar aire fresco y se agachó hasta el suelo, en cuya hierba larga y frondosa hundió las manos, en su afán por aferrarse a algo, algo que la amarrase a aquel momento.

Sintió las lágrimas caer en torrente por sus mejillas y aterrizar sobre la hierba. Se tumbó boca arriba, con los brazos extendidos, mirando entre las hojas el cielo azul celeste, y se dio cuenta de que ahora sí que era libre.

La visita de Martha había abierto una puerta dentro de ella que había permitido dejar salir toda la vergüenza que acarreaba a causa de lo que aquellas personas pensaran de ella. Todos los juicios morales que, sin darse cuenta, la mantenían encerrada. Aislada. Incapaz de vivir su vida.

Supo que era el momento de volver a casa. A Nueva York. Su tiempo en aquel santuario hermoso y protegido se había acabado. Pues, si bien le había brindado la calma y la protección que anhelaba, de pronto le pareció que se estaba escondiendo.

Ahora era libre. Se había acabado, pensó, contemplando la vasta franja de cielo azul.

Pero entonces acudió a su cabeza la imagen del rostro magullado de Logan, todo el dolor y el arrepentimiento que vio en sus ojos, y de pronto esa libertad que tanto esfuerzo le había costado se le antojó agridulce.

Capítulo diecisiete

Fue poco más de un año después cuando la prestigiosa Academia de Ballet de Cornelia Street organizó un espectáculo en el teatro del Soho donde trabajaba Bella.

Cuando salían los bailarines después de su primer ensayo, Bella oyó de pronto que alguien la llamaba desde el pasillo. Alzó la mirada y vio nada menos que a Willow Carter, que se le acercaba corriendo, con sus rebeldes rizos pelirrojos recogidos de cualquier manera en la coronilla, vestida de forma tan estereotipada para una bailarina, con *leggings*, calentadores y una camiseta con el ombligo al aire, que Bella no pudo contener la sonrisa al verla.

—¿Willow? ¿Qué estás haciendo aquí?

—¡Soy la bailarina principal! ¡No sabía que trabajaras aquí! —Willow la envolvió en un abrazo gigante que olía a champú de fresa.

—¿Vienes, Willow? —la llamó una de sus amigas, sujetándole la puerta después de que salieran el resto de bailarines.

—Un segundo —gritó Willow y, devolviendo su atención a Bella, añadió apresuradamente—: Mira, tengo que irme. Pero esta noche es mi cumpleaños y doy una pequeña fiesta. ¿Por qué no vienes?

—No querría ser una molestia —respondió Bella negando con la cabeza.

—No digas tonterías. Va a ir Brodie, y se alegrará de verte. Logan no viene, por desgracia, porque está fuera. ¡Pero va a ser divertido! Porfa. —Le lanzó una mirada de súplica. Le recordó a las veces que iba al granero de los Carter a ver ensayar a los chicos, cuando su grupo no era más que un pasatiempo. Willow era por entonces una niña pequeña, tendría diez u once años, y se sentaba en la bala de heno más alta, con su nube de rizos rojos enmarcándole el rostro y las piernas colgando mientras se atiborraba a sándwiches de

mantequilla de cacahuete y mermelada. Bella se sentaba con ella y, sin excepción, se dejaba convencer para que Willow la maquillara y le trenzara el pelo haciéndole todo tipo de formas raras y maravillosas. Al igual que entonces, ahora le resultó imposible decirle que no a los grandes ojos suplicantes de Willow. Y, si Logan no iba a acudir a la fiesta, no sería incómodo. Brodie siempre se mostraba simpático.

—De acuerdo —accedió.

—¡Sí! —Willow aplaudió con regocijo—. Te enviaré un mensaje con la dirección —agregó mientras salía corriendo a reunirse con sus amigos.

La fiesta se celebraba en la azotea de un antiguo edificio de piedra rojiza situado en Brooklyn, con vistas al East River y a las titilantes luces de Manhattan. Para cuando llegó Bella, ya estaba hasta arriba de gente. Desde luego no se trataba de la «pequeña fiesta» a la que se había referido Willow. Bella se vio rodeada de un mar de personas a quienes no reconocía, todas ellas con aspecto de bailarines, resplandecientes de salud, tonificadas, con pose de modelos de moda, hasta el punto de recordarle a las antiguas fiestas de *Vogue*, a años luz de lo que era su vida ahora. Había estado debatiéndose acerca de si acudir o no, consciente de que no conocería a nadie y sin duda se sentiría fuera de lugar entre los amigos de Willow, pero al final decidió ir porque la invitación le parecía demasiado importante, un puente entre el pasado y el presente.

Se abrió paso entre la multitud, atravesado el cielo sobre su cabeza por un entramado de guirnaldas titilantes entrecruzadas, y se encaminó hacia el lugar donde habían montado la barra empleando cajas viejas y una tabla de madera. Se sirvió una copa y contempló las vistas. Hacía una noche fresca de principios de otoño y, desde la azotea, estaban al mismo nivel que los plátanos de sombra, cuyas hojas amarillas refulgían como el oro con la puesta de sol.

—¡Anda! ¡Has venido! —gritó Willow, emocionada, al verla. Ataviada con un vestidito de flores y sus botas de vaquera, los rizos

rojos recogidos en lo alto de la cabeza, corrió hacia allá y le dio un fuerte abrazo.

Bella se sintió a gusto al instante. La sonrisa le pareció más natural.

—Feliz cumpleaños —le dijo, alargándole las flores que le había comprado como regalo—. Lo siento, no sé qué vas a hacer ahora con esto, ¡no pensé que sería una fiesta tan multitudinaria!

—¡No digas tonterías! ¡Son preciosas! —Willow sonrió y las olió antes de alcanzar una de las jarras de agua situadas sobre la mesa y meter el ramo dentro—. Mira, quedan perfectas.

Bella sonrió al ver las flores entre botellas de vino y jarras de cócteles.

—Ven —dijo a continuación Willow—, te voy a presentar a gente. —Y la condujo hacia uno de sus grupos de amigos.

Todos aquellos con quienes habló le parecieron encantadores y simpáticos, pero cuando Brodie se le acercó entre la multitud, se sintió aliviada al ver una cara conocida.

—Brodie —dijo con cariño al verlo aproximarse.

—Hola, cielo —murmuró él. Le puso una mano en la cintura, se inclinó y la besó en ambas mejillas. Llevaba la misma colonia cara de siempre, sus atractivos hoyuelos y el cabello desgreñado; era, con diferencia, el chico más guapo de la fiesta, y el brillo pícaro de su mirada indicaba que lo sabía. Contempló a la concurrencia y dijo—: ¿Conoces a alguien?

Bella meneó la cabeza.

—Yo tampoco. —Brodie dio un trago a su copa, con la mirada fija en las hermosas bailarinas de cabello alborotado que se abrían paso entre la multitud—. Pero es imposible que no me gusten las fiestas de Willow.

—Brodie, compórtate —le dijo ella riéndose.

Él se rio también, después se dio la vuelta y le dedicó toda la fuerza radiante de su atención.

—Bueno, dime, ¿qué has estado haciendo?

Charlar con Brodie resultaba siempre fácil, y se mostraba abierto y encantador como siempre, pero, si bien estaba encantado de dedicarle su atención a Bella, de vez en cuando ella veía que

desviaba la mirada hacia las extremidades desnudas y los gestos de flirteo de las mujeres que los rodeaban, y sentía que estaba monopolizando su atención de forma injusta, como un perro que tirase de la correa. Cuando una chica le golpeó en el brazo al pasar y derramó parte de su copa, se disculpó efusivamente y, al dar un paso atrás, preguntó:

—¿Eres uno de los hermanos de Willow?

—Sí, yo soy el guapo —repuso Brodie con una sonrisa, lo que hizo que la chica soltara una risita y Bella pusiera los ojos en blanco.

—Voy a por una copa —anunció.

Fue mientras iba de camino a la barra cuando se abrió la puerta de la azotea y, de pronto, vio a Logan.

Bella se detuvo justo donde estaba, con el corazón de pronto encabritado, buscando con la mirada una salida a izquierda y derecha, pero no lograba moverse. Él no debía estar allí.

Visiblemente recién salido de la oficina, vestía un traje gris oscuro y camisa blanca con el último botón desabrochado, lucía el cabello revuelto, que le caía sobre la frente, presentaba unas pronunciadas ojeras y la sombra de una barba incipiente le cubría la mandíbula. Estaba guapo, de un modo agotadoramente desaliñado, como si hubiera llegado al final de una semana muy dura, pero aun así mostraba esa sonrisa torcida y perezosa mientras escudriñaba la multitud en busca de su hermana.

Pero, cuando la primera persona a quien vio fue Bella, la sonrisa se le borró al momento y fue sustituida por un ceño fruncido de confusión, casi resignación, como si esperase llegar, desearle feliz cumpleaños a Willow y largarse de allí. Ahora tendría que lidiar con Bella, algo para lo que no estaba preparado y que no parecía tener muchas ganas de hacer.

La expresión de su rostro le provocó a Bella un nudo en el estómago. Quería desaparecer. Deseaba no haber acudido a la fiesta.

Pero tuvo que quedarse allí parada y esperar mientras él cubría las dos zancadas necesarias para alcanzarla.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Logan.

Quizá el desconcierto hizo que le salieran las palabras con más dureza de la que pretendía, pero aun así estaba a años luz del contagioso entusiasmo que le habían transmitido las bienvenidas de Willow y Brodie.

¿Qué estaba haciendo allí Bella? De pronto se sintió idiota por haber accedido a ir, pues debería haber previsto aquello.

—Me ha invitado Willow —respondió con sequedad—. No sabía que estarías aquí. —Se arrepintió al instante de haberlo dicho, molesta por haber insinuado que el posible paradero de Logan pudiera afectar a sus decisiones.

Pero en ese momento Willow se acercó dando saltos.

—¡Logan! No creí que pudieras pasarte.

—Acabo de aterrizar —explicó él, toda su atención fija de pronto en su hermana, recuperada ya la sonrisa—. Feliz cumpleaños —agregó con cariño, alargándole una caja envuelta con sumo esmero.

—Ay, Logan, no hacía falta que me regalaras nada. —Willow le dio un manotazo en el brazo, pero arrancó el papel de regalo como una niña emocionada y ahogó un grito de alegría al ver en su interior el diminuto colgante dorado de una zapatilla de *ballet*.

—Lo vi la semana pasada en una tiendecita de Milán y pensé en ti. —Logan se encogió de hombros como si le avergonzara el esfuerzo.

—¡Me encanta! —Willow lo sacó de la caja con delicadeza y se lo mostró a Bella—. ¿A que es precioso?

Bella asintió, pensando en lo distinto y cariñoso que se mostraba Logan con Willow en comparación con cómo la había tratado a ella. No lograba descifrar si lo que sentía era arrepentimiento o envidia, no por la relación que tenían, sino por la capacidad de dar por sentada la sensación de saberse querido de manera tan incondicional.

Willow abrazó a Logan para darle las gracias, a continuación se guardó la cajita en el bolsillo del vestido y dijo:

—¡Tenemos que buscarte algo de beber! Bella, ¿te apetece una copa?

A Bella no le apetecía una copa. No le apetecía estar allí, lo que le apetecía era alejarse de Logan lo más posible.

—¿Sabes? Lo cierto es que ya me iba.

—¿Cómo? —Willow pareció confundida—. Pero si acabas de llegar, no te puedes ir.

—Sí, es que estoy muy cansada —respondió Bella con tristeza—. Solo me había pasado a desearte feliz cumpleaños, nada más.

—No. —Willow parecía hecha polvo—. Quédate. Logan, dile que se quede.

Pero incluso con la mirada de súplica de Willow, Logan parecía tan reticente como Bella a que estuviera allí y, sin mirarla a los ojos, se limitó a decir:

—Si quiere irse, deja que se vaya, Willow.

—¡No, no, no! —insistió Willow—. Bella, ¡tómate otra copa, quédate y baila!

Bella trató de poner humor a la situación, pese a la sombría presencia de Logan junto a ella.

—Entonces sí que me marcho —bromeó—. ¡Yo no bailo ni muerta!

Vio fruncirse el entrecejo de Logan al oír su comentario y le oyó decir casi para sus adentros:

—¿Por qué no bailas? —Pues, en el pasado, Bella era siempre la primera en incorporarse a la pista de baile; le encantaba bailar en las fiestas.

Bella tragó saliva bajo el desconfiado escrutinio de la intensa mirada azul de Logan, sintió que se le aceleraba el corazón y que empezaban a sudarle las palmas de las manos. No lo había pensado bien, fue una respuesta automática que se había acostumbrado a dar porque a Jack no le gustaba que bailara, no le gustaba que otras personas la mirasen, que la tocaran. Y, como resultado, había dejado de hacerlo por completo. Era otra de las cosas que había reprimido de sí misma. Otra de las cosas a las que debía prestar atención, recordar quién era y lo que le gustaba hacer.

Un silencio incómodo los había envuelto a los tres mientras Bella pensaba en qué responder. Sin tener que verbalizarlo, la sombra de Jack de pronto pareció materializarse entre ellos.

Su evidente incomodidad hizo que Logan apretara la mandíbula y entornara los ojos antes de bajar la mirada hacia el suelo de hormigón. Willow retrocedió un paso y dijo:

—Claro, deberías irte si estás cansada, Bella. Perdona por insistir, ¡ya sé que me pongo muy pesada!

—¡En absoluto! —exclamó Bella, reprendiéndose mentalmente por haber mencionado el baile. Y, negándose a mirar a Logan, estiró la mano y le apretó el brazo a Willow en un gesto de cariño—. Te agradezco mucho que me hayas invitado. Te veré en el teatro.

Willow asintió, con los ojos muy abiertos y cargados de una tristeza comprensiva.

—Adiós, Bella.

—Adiós —replicó ella, y pasó junto a Logan sin volver a mirarlo.

Capítulo dieciocho

Logan vio a Bella caminando por la calle en dirección al teatro; reconocería esos andares en cualquier parte, el cabello recogido en lo alto de la cabeza, las gafas puestas, el jersey que le resbalaba por un hombro mientras hacía equilibrios con un montón de trajes que llevaba emperchados.

A lo largo del último año, su dedo había estado a punto de marcar su número telefónico tantas veces que ya había perdido la cuenta, pero nunca llegaba a hacerlo. Sentía que la había decepcionado y no soportaba esa idea.

Cuando lo vio, se detuvo un instante por la sorpresa, después recompuso sus gestos, apretó los labios y caminó con más calma hacia él.

Logan no la culpaba por su desconfianza, pues se había comportado de forma mezquina la noche anterior en la fiesta de Willow.

Cuando se acercó lo bastante, le dijo:

—Supongo que esto no es casualidad.

El cabello le cayó sobre los ojos mientras hablaba y tuvo que soplárselo para quitárselo de en medio porque llevaba las manos ocupadas.

Logan se encogió de hombros sin sacar las manos de los bolsillos.

—¿Me creerías si te dijera que lo ha sido?

—En una ciudad con un millón y medio de personas, me parecería extraño —respondió ella, con el rostro aún impasible. Después siguió andando hacia la entrada trasera del teatro, soportando a duras penas, era evidente, el peso de todos aquellos trajes.

—¿Necesitas que te eche una mano con eso? —se ofreció él, caminando a su lado.

—No, gracias.

Había una furgoneta aparcada en doble fila sobre la acera, cosa que les obligó a tener que caminar uno detrás del otro. Bella se apretujó para pasar por el angosto espacio, rozando con los trajes el muro de ladrillo, seguida de Logan.

—¿Qué es lo que quieres, Logan? —le preguntó sin volverse.

Logan se pasó una mano por el pelo, sabiendo que aquello iba a ser difícil.

—He pensado que podíamos ir a tomar un café.

Bella se detuvo cuando volvieron a salir por el otro extremo de la furgoneta y vieron las puertas de la salida de incendios del teatro abiertas y sujetas con una silla. Se giró para mirarlo con expresión resignada.

—Estoy muy ocupada.

—Y yo estoy muy arrepentido —la interrumpió él, haciéndola inspirar hondamente.

Logan dejó que sus palabras quedaran suspendidas en el aire durante unos segundos y, a continuación, agregó:

—Anoche me comporté muy mal. Me pillaste desprevenido. Lo siento.

La vio suspirar en dirección al edificio gris brutalista que albergaba el teatro, claramente tratando de decidir qué hacer a continuación.

Logan había regresado a Nueva York después de tomarse unas copas con Brodie, sintiéndose exhausto pero también extrañamente purgado. Había de admitir que le asqueaba la forma en que había tratado a Bella y le inquietaba lo que había descubierto acerca de sus hermanos, en especial acerca de Ethan. El cuerpo entero le palpitaba después del combate de boxeo, apenas podía caminar, le costaba trabajo respirar y creía que se había roto una costilla, pero, por primera vez en mucho tiempo, se sentía un poco mejor. Cosa que resultaba curiosa, habida cuenta de que había descubierto toda suerte de horrores sobre el acechante fantasma de Jack, sobre sí mismo y sobre sus otros hermanos. Pero, tal como había dicho Brodie, era un alivio poder hablarlo abiertamente.

Conforme se le iban curando los cortes de la cara, había intentado regresar a la normalidad, abordando sus días como siempre hacía,

con la rutina de la vida, llorando la pérdida de su hermano, tratando de recomponer el recuerdo que tenía de él —atravesar a nado la tristeza y llegar sano y salvo a la otra orilla—, y no obstante reconocía que era incapaz de sacarse a Bella de la cabeza.

No se libraba de su imagen en la cocina del manzanar mientras le contaba todo lo ocurrido, su hermoso rostro, sus ojos, los surcos dejados por las lágrimas en sus mejillas. La vulnerabilidad desnuda, plantada frente a él mientras le contaba su historia. Él era el causante de aquello. Y de igual modo seguía viendo el alivio de su expresión cuando su madre acudió a ofrecerle una disculpa. Lo atormentaba, afloraba en su mente mientras hacía algo tan sencillo como pedir un café manchado o correr por Central Park. Se descubría a sí mismo buscándola con la mirada entre la multitud. No le gustaba admitirlo, pero aquella no era la primera vez que daba un rodeo de camino a su oficina para pasar por delante del teatro. La idea de toparse con ella le provocaba un cosquilleo de emoción que recorría su cuerpo entero. Algo que no le gustaba admitir porque estaba mal y era imposible.

Se debatía entre el placer secreto de no tener que competir con su hermano por el afecto de Bella y el vergonzoso autodesprecio por considerar siquiera semejante idea. Al verla en la fiesta de Willow, se había quedado tan desconcertado, tan abrumado por los sentimientos que lo embargaron, que, temeroso de que pudiera vérselo todo en los ojos cuando la mirase, había terminado comportándose de forma distante y desagradable, hasta el punto de que su hermana le había reprendido por ello después de que Bella se marchara.

Ahora, de pie a la entrada del teatro, le dijo:

—¿Me dejas que te invite a un café?

Bella negó con la cabeza, vacilando unos segundos antes de responder:

—No creo que sea buena idea.

—Por favor.

Aquellas dos palabras parecieron hacerle reconsiderarlo. Miró a la acera, había junto a las puertas abiertas una caja de Coca-Cola del revés con una taza encima, obviamente utilizada como mesa para

tomar cafés en los descansos. Bella se quedó con la mirada fija en la taza.

—¿Por qué?

—Porque te debo una disculpa en condiciones.

Ella enarcó una ceja y, tajante, dijo:

—En realidad no deseo una disculpa, solo deseo seguir con mi vida.

Logan guardó silencio, no sabía qué más decir para convencerla. Se quedó mirando la caja de Coca-Cola y tomó aliento antes de volver a mirar sus duros ojos marrones y decir:

—No dejo de pensar en ti.

El aire pareció alterarse. Vio en la expresión de su rostro las vueltas de su cerebro, sopesando las opciones, decidiendo si aquel era un melón que quería abrir o prefería dejar cerrado. Él oía los coches pasar tras ellos, el bullicio del teatro a través de las puertas abiertas, el revoloteo de las palomas sobre las escaleras de la salida de incendios; notaba sus sentidos de pronto alerta a cualquier cosa, hasta que ella se limitó a responder:

—Vale.

A Logan se le encogió el corazón.

—Déjame dejar esto primero —añadió Bella, levantando el montón de trajes que llevaba en brazos.

Logan asintió y, volviendo a meterse las manos en los bolsillos, aguardó junto a las puertas abiertas, sintiendo una timidez poco habitual en él, como si fuera un pez fuera del agua.

Caminaron por la acera sumidos en un silencio incómodo hasta un quiosquito situado en el parque. Se palpaba la incomodidad entre ambos, ninguno sabía adónde mirar.

—¿Así que ya no trabajas en *Vogue*? —preguntó él, solo por tener algo de lo que hablar.

—Al final, la moda no era lo mío. ¿No se nota? —agregó, bromeando como él siempre la recordaba, para disimular la incomodidad, señalando sus vaqueros andrajosos y el jersey holgado de cuello redondo que llevaba, con imperdibles prendidos en la tela que rodeaba el cuello.

Logan sonrió en respuesta, aunque él la veía más relajada que en los últimos años. Aquello le hizo maldecirse por haber aparecido de improviso, por haber devuelto la desconfianza a su mirada.

Se sentaron a una mesa cercana al quiosco, bajo la sombra veteada de un plátano.

De nuevo, el silencio.

El aire entre ambos parecía chisporrotear de energía. Él desvió la vista un instante, se quedó mirando el manto cobrizo de hojas caídas. Después se echó hacia delante, cruzando los brazos sobre la mesa, y dijo:

—Deja que te diga una cosa: siento mucho haberte tratado así, Bella. No solo anoche, sino en general. En el funeral, en tu casa, el año pasado, siempre. —Se irguió entonces, apoyó las manos en los muslos y apartó la mirada un momento. Cuando giró de nuevo la cabeza, la miró fijamente, con la esperanza de que oyera la sinceridad de sus palabras.

El sonido de la máquina del café y de las conversaciones de las demás personas del parque a su alrededor parecieron quedar en un segundo plano.

Bella se quedó mirando la superficie de la mesa, rodeando su taza con ambas manos, y después alzó la vista de nuevo hacia él. Tenía los ojos como platos llanos. Al ver su vacilación, Logan deseó volver a decirlo, una y otra vez, hasta que lo oyera y fuera capaz de perdonarlo.

—Vale —dijo Bella, con una formalidad que a él le resultó insoportable—. Te lo agradezco.

Los pájaros picoteaban a su alrededor las migas del suelo, las palomas espantaban a los gorriones que se acercaban revoloteando, saltando sobre la tierra y las hojas.

Logan se recostó en su silla y se pasó una mano por el pelo con la impresión de encontrarse más intranquilo que en su vida.

—Me cuesta muchísimo… Miro hacia atrás y no me gusta la persona que era. No me puedo creer que no te llamara cuando murió tu padre. Y lo tuyo con Jack admito que me ponía celoso. Pero no podía reconocerlo. Eras mi amiga y te dejé marchar. —Se pasó la mano por la boca, tratando de precisar lo que deseaba decir. A la

hora de la verdad, se reducía a un simple—: Me equivoqué, Bella, y siento mucho todo lo ocurrido.

Ella deslizó el dedo por el lateral de su taza y después alzó la vista y enarcó una ceja.

—Habría que inmortalizar este momento —dijo con ironía—. El gran Logan Carter disculpándose y admitiendo que se equivocó, todo ello en una misma frase.

Se atrevió a soltar una carcajada. Ella curvó los labios y él se relajó y respiró aliviado.

—Siento no haberme dado cuenta de lo que ocurría.

—No fue culpa tuya.

—Sabía que Jack podía ser complicado. Elegí no darme cuenta, supongo.

Bella se quedó mirando las hojas del suelo y él la vio tragar saliva, quizá nerviosa, antes de decir:

—Sé que podría haberte dicho lo mal que iban las cosas entre nosotros, pero lo odiaba, Logan…

Él se estremeció al oír esa palabra.

La vio desviar la mirada hacia uno de los gorriones.

No quería que mirase hacia otra parte.

—No era tu responsabilidad. Era la mía.

—¡No! —Pareció sorprenderse a sí misma con su brusquedad—. La responsabilidad era de Jack. No puedes absolverlo sin más. —Meneó la cabeza, sujetándose los mechones sueltos detrás de la oreja—. Todos desempeñamos un papel y todos pagamos por ello.

Logan no dijo nada, se quedó mirándola desde el otro lado de la mesa, bañada por los rayos del sol. Pensó en lo que había tenido que sufrir a manos de su hermano antes de decirle sin más:

—Sí, tienes razón. Lo siento por el papel que desempeñé yo. —A continuación se arrellanó en su silla y negó con la cabeza—. Ojalá hubieras sido capaz de acudir a mí.

—Sí —convino ella, casi resignada, y Logan supo que le costaría superar el hecho de haberla decepcionado, tanto que le dolía el corazón.

Ninguno de los dos dijo nada y él sintió que el silencio se expandía entre ellos, como para evidenciar lo mucho que se habían

distanciado. Sabía, gracias a su conversación con Brodie, que tenía que cavar un poco más hondo, decir aquello que no deseaba decir.

Se fijó en sus dedos, que jugueteaban con la taza de café, antes de hablar.

—Estoy muy enfadado con él. —Vio que Bella dejaba los dedos quietos—. Era mi hermano y no quiero sentirme así con él, pero estoy furioso y lo envidio. Y lo quiero. Y no sé cómo conciliar todas esas emociones. —Alzó la mirada y la vio mirándolo con desconfiada compasión.

Bella sacudió la cabeza y el cabello le cayó frente a los ojos.

—Yo tampoco lo sé, Logan. —A continuación se levantó y tiró su taza al cubo del reciclaje—. Debería volver al teatro.

Logan no quería que se fuera. Trató de invocar la racionalidad pragmática que habría empleado para gestionar aquello un año atrás. Pero no logró que desapareciera. Lo único que quería era seguir hablando con ella.

—¿Puedo acompañarte hasta allí? —preguntó, poniéndose en pie también.

Bella se detuvo, pareció reflexionarlo y luego asintió.

—Sí.

A él le pareció la más diminuta de las victorias.

Pero entonces, al emprender el camino de vuelta a través del parque, ella dijo:

—¿Por qué no me llamaste cuando murió mi padre? —Y él sintió la vergüenza de sus propios actos como un puñetazo de arrepentimiento una vez más.

—Porque soy un idiota —respondió sin más.

Ella lo miró, enarcando las cejas en un gesto de vaga sorpresa por la respuesta.

Logan se pasó la mano por el pelo, poco acostumbrado a sacar a la luz sus propios errores para que alguien los juzgara.

—Ni siquiera me enteré hasta pasado un tiempo, precisamente por la misma razón que me diste, que estoy demasiado ocupado, y después supongo que lo bloqueé de mi mente. —Llegaron a una fuente, en cuyo interior nadaban carpas iridiscentes, y Logan se detuvo para decir—: Me resultaba más fácil dar la espalda a todo

aquello que tuviera que ver con mi casa, con Autumn Falls. —Se metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros—. No estoy tratando de excusarme. Fui un egoísta, no cabe duda. No paraba de pensar en llamarte, pero el tiempo fue pasando y luego supongo que me dio la impresión de que había pasado demasiado. Pero, además, siempre había algo que me distraía. —Suspiró mirando el agua y los peces que, en el estanque, daban vueltas como lazos de colores—. Creo que me he distraído tanto que me he perdido muchas cosas.

Bella se situó a su lado, y vieron sus reflejos en la superficie del estanque cuando asintió, como si quizá se sintiese apaciguada por la respuesta, o por haber obtenido al fin una.

—Lo curioso es que las personas a quienes acabé necesitando fueron John-Luke y mi madre. ¡El hombre al que había culpado por tener que trasladarme a Autumn Falls y arruinarme la vida! Resulta que vale cien veces más de lo que valía mi padre. —Miró a Logan de soslayo—. Malgasté mucha energía tratando de impresionar a mi padre.

—Sí, bueno —respondió él resignado, mirándola de reojo—, todos cometemos errores.

Guardaron silencio, las palabras quedaron suspendidas entre ellos. El ruido blanco de la fuente de fondo. Cuando Bella volvió la cabeza para mirarlo y sus ojos se encontraron, él sintió que le faltaba el aire, porque vio su boca esbozar una leve sonrisa y fue como si, en ese preciso instante, lo perdonara, y la sensación se extendió lentamente por todo su cuerpo. Salvando abismos que, hasta aquel momento, no se había dado cuenta de que existieran desde hacía tanto tiempo.

Caminaron en silencio hasta la entrada del parque. Cuando llegaron al paso de peatones de delante del teatro, Bella dijo:

—Tengo que irme, en serio. —Pero, antes de alejarse, se detuvo y agregó—: Me ha alegrado verte, Logan. Qué bien que diera la casualidad de que pasabas por aquí —añadió con ironía.

—Qué bien, sí —convino él, inclinando la cabeza para darle la razón.

Después la vio cruzar la calle, abrir las puertas del teatro y desaparecer en su interior. Cuando la perdió de vista, se dio la vuelta y se alejó, mirando las nubes y respirando lenta y profundamente, con la impresión de haberse quitado de encima un peso tremendo. Si bien era muy consciente de que tendría que volver a verla. Aun cuando ello significara el purgatorio de hallarse tan cerca de algo que jamás podría tener.

Capítulo diecinueve

Logan estaba sentado a su mesa, incapaz de concentrarse. En la pantalla del ordenador, las cifras saltaban sin sentido, su teléfono móvil vibraba con contactos que no le interesaban. Se recostó en su silla, haciendo rebotar la pierna con impaciencia, y miró a su alrededor. Las altas persianas venecianas del ventanal recortaban el perfil de Manhattan a su izquierda. A su derecha se alzaban estanterías llenas de trofeos y certificados; en las paredes, discos de platino de los mejores artistas de su sello, galardones que resplandecían bañados por los polvorientos rayos de sol. Tenía todo aquello que jamás podría desear y, aun así, no era lo que realmente deseaba.

Marianne asomó la cabeza por la puerta, con el cabello canoso ordenadamente recogido. Si lo pilló soñando despierto, no dio muestra de ello.

—Ah, perdona, Logan, solo quería asegurarme de que te acordabas de la reunión de la junta directiva.

Él la miró al salir del trance.

—Sí, allí estaré —prometió.

Ella enarcó una ceja de manera inquisitiva.

—Por cierto, puedes contestar al teléfono cuando te apetezca, eh.

Logan soltó un resoplido.

—Así lo haré. —Pero, cuando se cerró la puerta, volvió a quedarse mirando el escritorio con la mirada perdida, deseando que le llamara la única persona de quien deseaba tener noticias.

Habían transcurrido un par de meses desde que tomara café con Bella en el parque, las Navidades habían pasado ya y la nieve había salpicado el perfil de los edificios, pero no podía dejar de pensar en ella. Desoyendo su sentido común, su mente regresaba

continuamente al pasado. A los primeros años en Autumn Falls, cuando estaban solos los dos.

Recordaba la primera vez que la había invitado a uno de sus partidos de polo. Tenían solo dieciséis años, pero ella parecía saber exactamente lo que deseaba hacer con su vida, mientras que él se encontraba atrapado contemplando la boca del interminable cañón del rancho. Bella fue la primera persona a quien conoció que sabía justo lo que deseaba. Recordaba que, en aquel partido, al buscarla con la mirada durante el descanso después de la primera parte, a fin de ver si se lo estaba pasando bien, la vio sentada en las gradas, con las gafas puestas, leyendo un libro, y soltó una carcajada.

—Bueno, pero he venido, ¿no? —le respondió ella cuando se acercó corriendo para acusarla de no prestar atención—. No significa necesariamente que tenga que ver el partido entero. —Señaló entonces el libro que estaba leyendo—. Y me lo estoy pasando muy bien.

—Qué bien —dijo él, algo perplejo por su falta de interés—. Me alegra haberte sido de utilidad.

Ella lo ahuyentó para que regresara al campo.

Al volver a ocupar su posición y verla por el rabillo del ojo, todavía con la nariz metida en el libro, se había dado cuenta de que resultaba agradable tener a alguien allí por él y al mismo tiempo no tenerla. Simplemente alguien junto a quien vivir.

Se paró a pensar que nunca había vuelto a tener algo así desde entonces. Alguien que no deseara algo de él o que no hiciera algo solo porque él le había dicho que lo hiciera. Se había acostumbrado demasiado a estar por encima de todo.

Llamaron de nuevo a la puerta de su despacho.

—Están todos esperando en la sala de juntas —dijo Marianne.

—Vale, gracias. —Logan estaba a punto de levantarse cuando le sonó el teléfono.

Bella.

El día entero se le iluminó de pronto.

—Hola.

—¿Te pillo en mal momento? —preguntó ella.

Marianne se tocó el reloj desde la puerta.

—Para nada —dijo Logan, y le hizo un gesto a Marianne para que esperase cinco minutos.

—Te llamo porque un transportista de UPS acaba de dejarme una caja inmensa en mi apartamento y dentro están todas las cosas que tenía en casa de Jack.

Logan tragó saliva, consciente de pronto de que tal vez estuviera enfadada, de que debería haberla advertido en lugar de dar por hecho que sería una sorpresa. Se le detuvo el corazón durante un segundo.

—Solo quería darte las gracias, Logan. Te agradezco mucho que hayas hecho esto por mí.

Recuperó entonces la respiración. ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Qué hacía dudando de todos sus movimientos? Se sentía como un adolescente.

—De nada —respondió.

—Allí había algunas cosas muy valiosas que me alegra haber recuperado. Cosas que no creí que volvería a ver. Así que gracias.

Logan había volado a Los Ángeles el fin de semana para supervisar por fin el cierre de la casa de Jack. Había pensado que quizá resultara catártico, pero en su lugar fue solamente doloroso. Le pareció que, al enviarle sus cosas a Bella, al menos sacaría algo bueno de todo aquello.

Pero, nada más recibir la notificación de que el paquete había sido entregado, supo también que el gesto no había sido del todo altruista. Había buscado precisamente aquello, hacerla feliz, tener la oportunidad de volver a hablar con ella.

—Me alegra que haya llegado todo sano y salvo.

—Sí, así es —respondió Bella.

Siguió una pausa. Parecía estar quedándose sin palabras. Llevaba mucho tiempo esperando esa llamada y ahora se sentía incapaz de pensar en algo que decir. Solo sabía que no quería que colgase el teléfono.

—Bueno, pues gracias otra vez —dijo ella—. Ha sido muy considerado por tu parte.

—En serio, no ha sido ninguna molestia —le aseguró él.

Vio a Marianne esperando impaciente en el pasillo.

—Bueno —añadió Bella—, pues te dejo. Seguro que tienes una reunión o algo así.

—Sí.

—Vale, bueno, pues gracias.

—No hay de qué.

—Adiós, Logan.

—Adiós.

Marianne lo apremió con un gesto de las manos.

Estaba a punto de colgar cuando le pareció oír a Bella decir:

—¿Logan?

—¡Sí! —Volvió a pegarse el teléfono a la oreja. Marianne miró hacia el techo.

—Me preguntaba si te apetecería ir a cenar o algo, nada especial, a modo de agradecimiento…

—Me encantaría —la interrumpió, las palabras más rápidas que el sentido común. Consciente de que estaba caminando por el borde de un precipicio del que debía alejarse, pero la sonrisa que se dibujó en sus labios hizo que le resultara imposible.

Capítulo veinte

Bella estaba de pie en su dormitorio contemplando la selección de ropa desplegada sobre la cama.

Desde que lo dejara todo atrás cuando huyó de casa de Jack, no había vivido con muchas posesiones. Vivir con lo que cupiese en una maleta se había convertido en su red de seguridad. Así que, al haber recuperado de pronto todas sus cosas, algunas de ellas incluso en bolsas para dar a la beneficencia, se sentía sobrepasada por tanta oferta.

Llamó a Claudette por FaceTime.

—No sé qué ponerme.

—No digas tonterías.

Bella se veía a sí misma en la cámara, se le había encrespado el pelo y se había maquillado en exceso para disimular las mejillas sonrojadas, de modo que se había lavado la cara para quitárselo y ahora tenía la piel llena de manchas.

—No me lo puedo creer, qué pinta tengo. Tengo la cara toda roja. No puedo decidir qué ponerme. Soy incapaz de pensar con claridad. ¡Es como si tuviera otra vez dieciséis años! —Se le aceleraba demasiado el corazón al pensar en volver a ver a Logan.

Cuando sugirió salir a cenar, fue un arrebato del momento, abrumada por la gratitud hacia él por haber pensado en ella y haber puesto a salvo sus pertenencias. Objetos pequeños como el collar que le había regalado su padre por su decimotercer cumpleaños, un jersey de lana que tejió su abuela, el bolso que se había comprado con su primera nómina de *Vogue*. Cosas que no necesitaba pero tenían un valor sentimental incalculable y que se había resignado a no volver a ver jamás.

Pero ahora iban a cenar juntos.

—Respira, Bella —le ordenó Claudette con su habitual tono pragmático—. Y ponte lo que te haga sentir cómoda. Vuelve a llamarme cuando lo hayas decidido. —Colgó el teléfono.

Bella se sentó al borde de la cama, con una mano a cada lado y las palmas contra la colcha, y tomó aire un par de veces. Notaba un cosquilleo en el estómago cada vez que pensaba en volver a ver a Logan, pero le resultaba difícil saber si era algo bueno o malo. No sabía si deseaba volver a ir por ese camino. Pasaron los minutos. El pánico le provocaba cortocircuitos en el cerebro. No paraba de rememorar todos los valiosos momentos del pasado; cuando se hicieron amigos y se iban juntos en coche a cualquier parte de Autumn Falls, con la carretera extendiéndose ante ellos como si pudieran llegar hasta el fin del mundo, o cuando se quedaban en el manzanar, tumbados boca arriba, escondidos bajo los árboles de la vista de cualquiera, comiendo dulces manzanas maduras mientras el sol les doraba la piel. O ella sentada en la alambrada junto al establo del rancho mientras Logan domaba a los nuevos caballos, o lanzándose juntos al vacío desde el borde de la cascada para zambullirse en el agua helada de la laguna. Veía solo sonrisas de oreja a oreja en sus rostros, la calidez del cuerpo de Logan pegado al suyo, la confianza, la amistad y los sueños y esperanzas compartidos.

Constituían un puñado de valiosos recuerdos protegidos bajo llave en su mente, envueltos con esmero como un tesoro.

Al volver la cabeza para mirar por encima del hombro la ropa desplegada sobre la cama, pensó que estaba saboteando de forma deliberada lo que estaba por venir, porque en el fondo le daba miedo volver a invitar a Logan a entrar en su vida. Porque no había habido en ella mucha felicidad desde aquellos preciados momentos y no deseaba que volver a estar con Logan cambiase el recuerdo que tenía de él. Y el recuerdo que tenía de sí misma.

Deseaba mantener a salvo sus preciados recuerdos.

—No es más que una cena —se recordó a sí misma. Y, volviendo al montón de ropa, escogió un jersey gris claro de cachemira con cuello de pico que Claudette le había regalado por Navidad y una falda plisada de satén de color verde esmeralda. A continuación se

puso sus botas oscuras de cuero de tacón cuadrado, que le encantaban y que Logan había rescatado de la casa de Los Ángeles. Al mirarse en el espejo, se sintió ella misma, no demasiado arreglada, pero tampoco descuidada en exceso. Le envió un selfi a Claudette y, en respuesta, su amiga le escribió: *Perfecto*.

Pero, si bien por fuera tenía buen aspecto, por dentro el corazón le aleteaba con la velocidad de las alas de un colibrí.

Sonó su telefonillo.

Sin saber quién podría llamar a su puerta a esas horas, fue a responder.

—¿Diga?

—Un coche para Bella Jameson.

Se detuvo con el dedo en el botón.

—No he pedido ningún coche.

—Me envía Logan Carter. He venido para llevarla a cenar.

Se asomó por la ventana y vio un Cadillac negro esperando junto al bordillo. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

Cuando bajó las escaleras, le dijo al conductor:

—No puedo creerme que Logan me haya enviado un coche. Podría haber ido en metro.

—Logan no quería que le pillara la lluvia —respondió él.

—Pero si no está lloviendo —dijo ella, riéndose, algo desconcertada. Y, nada más decirlo, reparó en que el cielo se había oscurecido y estaba empezando a chispear—. Típico de Logan saber que iba a llover. Deje que vaya a por el paraguas.

Antes de poder darse la vuelta, el conductor le ofreció un enorme paraguas negro y lo abrió.

—¿Le vale con esto?

—Sí, claro, por supuesto. —Vaciló entre el portal y el amplio paraguas. Entonces cerró la puerta y se dejó acompañar hasta el enorme coche que ocupaba la acera—. Sigo sin poder creérmelo.

—¿De verdad? —repuso el tipo, riéndose.

Bella meneó la cabeza como si aquello le pareciese del todo innecesario.

Él le abrió la puerta.

—Póngase cómoda. Disfrute del trayecto.

Mientras avanzaban entre el tráfico, Bella se entregó al lujo, recostándose en el cómodo asiento mientras charlaba con el conductor. Por la ventanilla, veía a la gente correr por las aceras para resguardarse de la lluvia, guareciéndose bajo los toldos, el cielo cubierto por un manto de nubes grises.

—Indigo House —anunció el conductor diez minutos más tarde al detenerse frente a las sencillas puertas dobles del club privado.

Bella agachó la cabeza y miró a través de los hilos de lluvia que recorrían el cristal de la ventanilla. Y allí estaba. Con el cuello del abrigo gris oscuro levantado, los ojos en sombra, las manos hundidas en los bolsillos y la espalda apoyada contra el muro, debajo del toldo, esperándola. No pudo evitar estremecerse con inquietud. Sabía que probablemente fuese mejor idea permanecer en el coche.

Entonces le abrieron la puerta y, por supuesto, ella salió, mientras le sujetaban el paraguas por encima de la cabeza. Logan se apartó del muro y empezó a caminar hacia ella. Bella evitó deliberadamente su mirada y, en su lugar, se giró para darle las gracias al conductor.

—Me ha salvado de la lluvia.

—Ha sido un placer —respondió él entre risas—. Páselo bien.

—Lo intentaré. —Sonrió.

A continuación se volvió hacia Logan y notó que el corazón traicionero le daba un vuelco. Al mirarlo, se preguntó cómo era posible que conservara aún la capacidad de acelerarle la respiración, después de todo ese tiempo.

—No deberías haberme enviado un coche.

Él le dedicó una media sonrisa.

—Estás preciosa.

Bella restó importancia al comentario con un gesto de la mano.

—Calla —le dijo, pero no pudo reprimir el rubor de las mejillas. Trató de pensar en algo que decir, pero no le vino nada a la cabeza. Entonces pasó el momento y ya fue demasiado tarde para decir nada. Ni siquiera gracias.

Lo vio recomponer sus gestos, pero la sonrisa aún le brillaba en los ojos. La llovizna golpeteaba el toldo sobre sus cabezas. Le daba

la impresión de que Logan era capaz de leer todos sus pensamientos nerviosos como si los llevara escritos por todo el cuerpo.

—¿Entramos? —le preguntó él, señalando con la mano la entrada del club.

—Sí —respondió Bella con gesto afirmativo, calmada por poder caminar a su lado, sin verse obligada a mirarlo mientras intentaba que se le aquietara el corazón.

Entrar allí fue como volver al pasado. Se percibía un grado de ajetreo relajado, no era nada ostentoso y ofrecía una iluminación discreta. El terciopelo oscuro abundaba entre el mobiliario, con velas en todas las mesas. Sobre sus cabezas, refulgían viejas lámparas de araña de cristal, y las ventanas abiertas permitían entrar el fresco aroma de la lluvia invernal. Siempre había sido uno de los lugares favoritos de Logan y, cuando llevaban poco tiempo viviendo en la ciudad, solían ir a cenar allí.

Se acercaron a la barra, pidieron algo de beber y charlaron del clima, del frío que hacía, como si todo fuese totalmente normal, como si a ella no le temblaran un poco los dedos solo por estar a su lado.

Había tratado de mantener la distancia. Había tratado de bloquear cualquier pensamiento acerca de él, pero no paraba de recordarlo a la sombra del manzanar mientras ella hablaba con su madre, con el rostro magullado, y en sus ojos la vergüenza, el arrepentimiento y la compasión. Y después en el parque, aquel día, cuando por fin le había hablado con una sinceridad desacostumbrada. Conocía a Logan —a todos los muchachos Carter— y sabía que tendía más a hacer que a decir.

Si bien ella estaba hecha un manojo de nervios, Logan, por su parte, le parecía impertérrito. La condujo hasta una mesa apartada en el rincón opuesto. Al notar el escalofrío que le recorrió el cuerpo cuando él posó la mano en su espalda, confirmó lo nerviosa que estaba. Estaban rodeados de espejos ennegrecidos por el paso del tiempo, y vio en sus ojos reflejados la agitación incontrolable que la dominaba. Era consciente de que algunos de los demás comensales los miraban. No se trataba de la clase de establecimiento donde la gente pedía autógrafos, pero no pudo evitar advertir las miradas de

disimulo y los sutiles gestos de cabeza, y sintió que encogía bajo aquella atención.

El camarero se acercó con una jarra de agua y, a continuación, depositó una botella de vino tinto y dos copas sobre la mesa, elogió la cosecha en cuestión mientras lo servía y después se esfumó con suma discreción. A Bella no se le ocurría nada que decir. Todo se le antojaba demasiado trivial o demasiado serio.

No era capaz de mirar a Logan durante mucho tiempo, era demasiado consciente de su compañía, de modo que se dedicó a mirar a su alrededor: a la gente de las otras mesas, que había retomado sus respectivas conversaciones; a los camareros, que recorrían el comedor de un lado a otro.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Logan.

—Sí, todo bien —repuso ella con demasiada premura.

Él entornó ligeramente los ojos, como para sugerir que no le convencía su respuesta, pero no insistió más.

Bella observó su mano mientras hacía girar el vino en la copa.

—Bueno —dijo él con una ligera inclinación de cabeza.

—Bueno —repitió ella, imitando su pose.

—Has recuperado todo lo que tenías en la casa.

—Sí —confirmó ella con un asentimiento—. No me había dado cuenta de lo mucho que deseaba recuperar algunas de ellas. Como ya te dije, te agradezco mucho que pensaras en mí.

Lo vio reflexionar un segundo, mirando a cualquier parte menos a ella.

—Seré sincero —le dijo él entonces—. Creo que lo hice tanto por ti como por mí.

—¿Por qué? —preguntó ella con el ceño fruncido.

—Por esto —respondió Logan, y alargó la mano para señalar el hecho de que estuviera sentada justo enfrente de él.

Bella hizo ademán de decir algo, pero la sorpresa la hizo enmudecer.

Sus miradas se encontraron a la luz de la vela.

Él elevó un lado de la boca y sus ojos se iluminaron con un brillo travieso.

Cosa que, en contra de su sentido común, le provocó una sonrisa a ella también, y de pronto la atmósfera entre ellos cambió.

Bella desvió la mirada con un gesto de incredulidad y él se rio. Dio un trago a su copa y se notó más relajada. Él hizo lo mismo.

Ella cruzó las piernas, se echó hacia delante y, al apoyar los codos en la mesa, notó que se le resbalaba el hombro del jersey y lo dejó así, viendo que Logan posaba la mirada peligrosamente sobre su piel desnuda.

—Este sitio no ha cambiado nada —comentó ella.

Él dedicó al entorno una mirada somera y meneó la cabeza.

—¿Recuerdas que veníamos aquí siempre que estábamos en la ciudad?

—Sí. —Se rio—. Era una pesadilla. Tú tenías que salir a escondidas de tu hotel, escoltado por un montón de guardias de seguridad, y yo esperaba junto al teléfono a que me dieran las instrucciones exactas. Como si se tratara de una operación militar, solo para que pudiéramos salir a cenar.

Logan arrugó los ojos al recordarlo, y de inmediato volvió a ser como era entonces, más joven que cuando lo había visto en el parque.

—Aquella época fue una auténtica locura.

—Desde luego. —Bella sacudió la cabeza al pensar en ello. Las veces que habían tenido que salir corriendo por la puerta trasera y atravesar la ciudad a toda prisa para huir de los *paparazzi*, cambiar de coche en calles secundarias para escapar, y los admiradores que se arremolinaban en torno a Logan si lo veían siquiera un instante, le tiraban de la ropa, le rodeaban el cuello con los brazos y sacaban fotos con sus teléfonos, o aporreaban las lunas tintadas del coche—. Me parece casi surrealista rememorar todo aquello.

Logan se arrellanó en su asiento, con los dedos aún apoyados en el tallo de la copa.

—A veces, cuando lo pienso, me parece que no me sucedió a mí, sino que estoy recordando la vida de otra persona. Fue todo tan rápido que en mi memoria es un borrón. —Tragó saliva y, al volver a mirarla, sus ojos azules adquirieron de pronto un rictus serio—. Lo

que aparece con claridad son los momentos en los que venía aquí contigo. El resto está todo borroso.

Mientras lo miraba, fue como si el restaurante en torno a ellos se desvaneciera. Deseaba decirle que ella sentía lo mismo. Confesarle los preciados recuerdos con él que protegía con celo porque eran algo sólido, momentos auténticos del pasado. En su lugar, ladeó la cabeza y preguntó:

—Cuando echas la vista atrás, ¿te alegras de haberlo hecho?

—No lo sé. —Logan se frotó la nuca con la mano un instante mientras lo pensaba. Ella observó el movimiento, la tensión de sus antebrazos, la camisa remangada hasta debajo del codo, el carísimo reloj que lucía en la muñeca—. Me refiero a que me permitió alejarme del rancho, me brindó libertad. Si no, estaría ahora viviendo con Noah en su caravana.

Bella escupió el vino en la copa a causa de la risa.

—Qué va.

Él sonrió, disfrutando seguramente de haberla pillado desprevenida.

—Hubo partes buenas —comentó—. Parece como si todo hubiera sido malo, ya lo sé, y sí que tengo recuerdos fantásticos, pero tienen más que ver con el hecho de estar con mis hermanos, no con el grupo. Siento que no he parado.

—¡Seguramente porque no lo has hecho! —sugirió ella, haciendo girar el tallo de su copa.

Logan se irguió de pronto en su asiento y se le oscurecieron los ojos al decir:

—Me arrepiento de cómo terminó todo. Fue como si empezáramos siendo hermanos y acabáramos siendo desconocidos. Nos separamos —agregó—. Sí, ganamos mucho dinero, pero sinceramente creo que perdimos por el camino partes de nosotros mismos que no hemos vuelto a recuperar.

—Lo sé —convino Bella con un gesto afirmativo de cabeza. Su época con Jack le resultaba dolorosamente similar.

—La gente te advierte que va a suceder, pero… —sacudió resignado la cabeza— no te lo crees hasta que pasa.

—No —respondió ella, pues cada palabra le resonaba—. Todos caímos en la trampa.

Los labios de él esbozaron una sonrisa triste que daba a entender que sentía lo mismo.

—Hace un tiempo, hablé con Brodie de todo eso. Fue duro oírselo decir a otra persona, cómo afectó a los demás. —Entornó los ojos—. Hizo que me diera cuenta de que debo esforzarme más por encontrar a Ethan.

—¿Cuándo supiste de él por última vez?

Logan lo pensó unos instantes, tratando de recordar.

—¿Hará dos años? Puede que tres. Y después solo llamó a nuestra madre. No lo he visto desde que superó las pruebas para entrar en los SEAL.

—Y seguramente te sientas responsable de su desaparición —contestó ella con cierta ironía.

—Qué bien me conoces —dijo Logan deteniendo la copa delante de los labios.

Bella se rio.

Se acercó el camarero y Logan se disculpó porque todavía no habían mirado la carta. Se volvió entonces hacia Bella y dijo:

—Aunque es la misma de siempre.

—Ah, vale, entonces para mí la ensalada César. Y patatas fritas de acompañamiento. —Allí siempre habían preparado la mejor ensalada César. Era su cena favorita de toda la ciudad.

Logan pidió el filete. Solo lo pedía cuando sabía que iba a ser bueno, y sabía que lo era porque procedía del rancho Silver Sky, se había asegurado de ello años atrás.

—¿Te gusta entonces el teatro donde trabajas ahora? —le preguntó cuando el camarero se hubo marchado.

—Sí, me gusta —respondió ella retirándose el pelo de los ojos—. Pero no me encanta.

—¿No? —Logan frunció el ceño.

—Me cae bien la gente —explicó ella—. Pero creo que tal vez mi época en Nueva York esté llegando a su fin. —Era una opinión que no había expresado en voz alta delante de nadie y le sorprendió que se la estuviera diciendo a Logan.

Le vio fruncir el entrecejo. Saltaba a la vista que no era una noticia que deseara escuchar.

—¿Por qué?

—Es demasiado. Mucho ajetreo. Siento que he vivido mil vidas, Logan. Necesito un descanso. —Se rio, pero la risa le salió más desesperada de lo que esperaba. Cuando lo miró, percibió su atenta preocupación y se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos eso de él.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé. Me gustó volver a Autumn Falls, cosa que jamás pensé que diría. —Había vuelto un par de días en Navidad y le había sorprendido lo mucho que le gustaba el invierno allí, cuando la nieve se posaba sobre las ramas de los manzanos y el río se congelaba en algunos tramos. Había salido a dar largos paseos por el manzanar, había jugado al *Scrabble* con su madre y con John-Luke, había bebido té y se había acurrucado bajo la manta de ganchillo frente al fuego. Pero no era solo lo acogedor de la estación, sino el hecho de que, por primera vez en años, al regresar al pueblo no temió encontrarse con nadie a quien tuviera que evitar. Cuando la gente la vio abrazarse a Martha Carter el domingo después de la iglesia, aquello bastó—. No te lo vas a creer, pero vuelvo allí el próximo fin de semana para ayudar a John-Luke con la poda.

Logan se atragantó con el vino.

—Eso sí que jamás pensé que te lo oiría decir.

—Ya lo sé —respondió ella riéndose—. Me pasé todos esos años queriendo marcharme y, ahora que soy vieja y me he cansado del mundo, deseo regresar.

—Ni eres vieja ni te has cansado del mundo —le aseguró Logan mirándola a los ojos, entornando sus oscuras pestañas.

—Bueno, vale, quizá haya exagerado un poco.

—Sinceramente, no me pareces diferente de cuando tenías dieciséis años.

—Ahora sí que estás mintiendo —le dijo riéndose.

Logan negó con la cabeza, muy serio de pronto, y le dedicó una intensa mirada que le provocó un escalofrío en la piel.

—No miento.

Bella notó que se sonrojaba y tuvo que desviar la mirada y posarla en el bullicioso restaurante, con sus luces titilantes. Cuando volvió a mirarlo, Logan había esbozado una sonrisa arrogante apenas perceptible, como si supiera que la había descolocado.

Ella intentó hacer como si nada y le restó importancia diciendo:

—Puede que me dedique a viajar, algo así. A ser turista. A explorar. —Levantó su copa y dio un trago—. Me gustaría ir donde nadie sepa quién soy.

Logan enarcó una ceja, dando a entender que a él le gustaría lo mismo.

Ella sonrió. Era agradable estar con alguien que comprendiera quién era, que hubiera vivido como había vivido ella.

—¿Y tú? —le preguntó—. ¿Qué haces ahora?

—Lo mismo de siempre, trabajando más, mejorando. —Encogió un hombro—. Haciendo realidad los sueños de la gente —agregó con una sonrisa perezosa.

Entonces fue ella quien enarcó una ceja. Ambos sabían que la industria musical no hacía realidad los sueños de todos aquellos a quienes engullía.

—No sé por qué me miras así —dijo Logan extendiendo las palmas de las manos.

—No te he mirado de ninguna forma —respondió ella encogiéndose de hombros, aunque con una sonrisa.

—Claro que sí —insistió él, medio riéndose, medio confundido—. ¿Qué?

—Nada.

—Sí, algo me querías decir. —No iba a dejarlo correr.

Bella se recostó sobre su asiento aterciopelado.

—Supongo que me resulta interesante que te pases la vida embarcando a la gente en algo que acabas de decir que no sabes si te gustaba cuando lo hacías.

—He dicho que me gustaba en parte —respondió él con gesto agraviado—. Y me aseguro de que todos mis artistas reciban un trato mucho mejor que el que recibimos nosotros. Ese era el problema, que no había nadie que mirase por nosotros.

Bella dio un trago a su copa y entornó los ojos.

—Te gustaba estar con tus hermanos. Te gustaba poder intervenir y gestionar cuando la cosa iba mal. Creo que te resultó emocionante fundar el sello discográfico, pero te conozco, Logan, y sé que la industria te da igual. —Se mordió el labio, reparó en su postura ligeramente defensiva y se planteó parar, haciendo caso a su instinto de supervivencia, pero entonces se recordó a sí misma que era Logan con quien estaba hablando. Y estaba harta de callarse las cosas que debía decirle—. No creo que sea tu pasión.

—Claro que lo es —respondió él con un resoplido—. Claro que me importa. ¿Por qué iba a hacerlo si no?

Bella volvió a encogerse de hombros, intentó restarle importancia, pero sabía que era algo que llevaba años deseando decirle.

—Por el miedo a bajarte de la rueda, quizá.

Logan negó con la cabeza y, a continuación, se rio, incrédulo.

—No sabes de qué estás hablando.

—No —admitió ella con una sonrisa—, puede que no.

Le vio dar un trago a su copa sin dejar de sonreír, poniendo los ojos en blanco como resultado de sus descabelladas opiniones.

Notó que se le extendía un calor por el pecho, solo por estar allí con él, por ser capaz de decirle cosas. Era como volver a estar en el manzanar, tendidos en la hierba con las cabezas muy juntas mirando al cielo.

Capítulo veintiuno

Logan no podía quitarle los ojos de encima. Ni durante la cena ni durante el café. Cuando se le soltaba un mechón de pelo de detrás de la oreja, ansiaba estirar la mano y atraparlo entre las yemas de los dedos. Cuando se reía, cuando la hacía reír, se le encogía el pecho.

Se había equivocado respecto a muchas cosas, pero nunca tanto como cuando se dijo a sí mismo que podría sentarse frente a ella durante la cena y con eso sería suficiente.

Cuando se acercó el camarero a retirar las tazas del café, preguntó:

—¿Les traigo algo más de beber?

Logan deseó decir que sí solo para seguir en su compañía, sentado frente a ella. Pero Bella negó con la cabeza.

—Creo que ya he bebido bastante, pero gracias.

El camarero asintió y desapareció.

Bella se mordió el labio, medio sonriendo, medio inquieta, con los ojos muy abiertos.

Había un grupo tocando en otra de las salas del club y la música llegaba hasta sus oídos y parecía cobrar fuerza con su silencio.

Logan deseaba decir un sinfín de cosas diferentes. Deseaba decirle lo mucho que la había echado de menos. Que no había nadie más con quien pudiera hablar como hablaba con ella, que podría quedarse mirándola toda una vida. Deseaba decirle: «Ven conmigo y no te marches nunca». Deseaba echarse hacia delante y decir que perderla había sido el mayor error cometido en su vida. Pero no lo hizo y, en su lugar, agarró la servilleta de su regazo, la dejó sobre la mesa junto a su copa de agua y dijo:

—En fin, gracias por una velada extraordinaria.

Inesperadamente, la boca de Bella dibujó una amplia sonrisa.

—No, Logan, gracias a ti.

Fue todo muy correcto, pero el brillo de sus ojos lo trasladó de pronto a aquel momento, tantos años atrás, en The Music Box, cuando Bella lo había mirado con esos ojos entornados y burlones y había alcanzado a ver su alma de chaval encandilado, o a aquel otro momento en que se montó con él en su moto, con la falda de tubo y sus altísimos tacones, o a cuando estaban los dos solos y ella olía a vainilla y a flor de manzano, y su risa hacía que todo lo demás desapareciera. Y de pronto se atrevió a preguntarse si en aquella mirada se escondía alguna posibilidad. Quizá fueran imaginaciones suyas, pero quizá ella estuviera pensando lo mismo que él. Quizá fuera una cita. Quizá estuviera allí, sobre la mesa, excitante como una nota que se pasaran en el colegio. Quizá, si acercara la mano a la suya, solo bastaría con que uno de los dos corriera el riesgo.

Capítulo veintidós

Bella estaba tan absorta en su mirada que, cuando se disparó el *flash* de la cámara, al principio no reparó en él.

—¡Sonríe, Bella, cielo! —La voz resonó en torno a la mesa. Se quedó sin respiración al oír las palabras.

—¡Qué cojo…! —La copa de Logan se estrelló contra el suelo al darse la vuelta. Bella se encogió todo lo que pudo en el rincón de la mesa. Levantó la mano para taparse la cara. El parpadeo del *flash* se prolongó. Incesante.

Oyó gritar a Logan. Su silla cayó al suelo cuando se lanzó a por el fotógrafo. La gente de las otras mesas ahogó un grito. Y los *flashes* siguieron. El tipo le puso la cámara a Logan en la cara, pulsando el disparador sin pausa, cegándolo hasta el punto que tuvo que apoyarse en la mesa para no perder el equilibrio.

—¿Algo que contarnos, señora Carter? —gritó el hombre—. ¡Ni siquiera tendría que cambiarse el apellido!

Bella notó la bilis en la garganta. Los comentarios la ensordecieron. Los invasivos *flashes* le impedían ver. De pronto llegaron los camareros y alguien llamó a los porteros de la entrada.

Sintió una opresión en los pulmones. No lograba tomar aire. Empezó a ver destellos a medida que le entraba el pánico y se llevó una mano al pecho.

Se vio súbitamente rodeada por una multitud, gente que se ponía en medio, que tiraba del fotógrafo y la empujaba a ella mientras intentaba ponerse en pie, sin que la cámara dejara de disparar de forma errática.

Enseguida Logan la rodeó con el brazo, manteniendo su cabeza bajo su mano mientras se abría paso entre la gente. Y la cámara seguía sacando fotografías.

—¡Fuera de mi vista! —le gruñó Logan al fotógrafo, que no le hizo ningún caso y se quitó de encima a los camareros que trataban de expulsarlo de la sala. Bella sentía la tensión en el brazo de Logan que la tenía rodeada, los músculos tensos, la urgencia mientras pasaban de largo a los preocupados comensales. La cámara del vil fotógrafo seguía disparando, rompiendo en pedazos la intimidad de aquel pequeño bar que, hasta entonces, había sido su lugar seguro.

Conforme se aproximaban a la salida, aparecieron de pronto los porteros, que arremetieron contra el fotógrafo, pero este, en un último intento, se echó hacia delante y Bella notó su mano en el hombro, la fuerza con que tiraba de ella, tratando de arrebatársela a Logan, que hizo que se le retorciera la espalda, le resbalaran los tacones sobre el brillante suelo de madera pulida y cayera al suelo, golpeándose la nuca contra el pico de una mesa cercana.

Notó el intenso estallido de dolor en el cráneo. Aturdida y con la vista nublada, vio a Logan estirar el brazo, casi a cámara lenta, sin sonido, la mirada furibunda, y enganchar al hombre por la garganta antes de empotrarlo contra la pared. Le arrancó la cámara con la otra mano y la estampó contra el suelo. Con la mandíbula apretada y los músculos de la espalda en tensión. Pero el fotógrafo siguió provocándolo. Le vio mover la boca, agitar las manos en un fútil intento de golpear a Logan. Intentó incorporarse, pero seguían resbalándole los pies, no lograba recuperar el equilibrio y la cabeza le palpitaba.

Y, de pronto, su mirada se cruzó con la de Logan. Como si hubiera recuperado el sentido común, se volvió hacia ella y vio su dolor.

—Vamos, Logan, pégame —lo provocaba el fotógrafo.

Pero Logan ya lo había soltado y regresaba con los ojos azules clavados en ella. El silencio quedó suspendido en el aire. El ruido del bar se desvaneció. Le vio estirar la mano para agarrar la suya, levantarla del suelo sin esfuerzo y sostenerla erguida con un brazo alrededor de la cintura.

Llegó el encargado, deshaciéndose en disculpas, sin entender cómo el fotógrafo había logrado burlar la seguridad.

Logan alzó la mano y le tocó la cara a Bella, le limpió con el pulgar el hilillo de sangre que resbalaba por su cuello, mirándola con gesto

arrepentido, como si lamentara haberla abandonado aunque fuera por un instante.

En torno a ellos se extendía un mar de cristales rotos, mientras se llevaban a rastras al fotógrafo, que no cesaba de proferir insultos hacia él.

Bella posó la mano con suavidad en su antebrazo, sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Estoy bien —susurró.

Apareció una camarera con una servilleta limpia de algodón, la dobló y le dijo a Bella que hiciera presión con ella contra la herida. De pronto había mucha gente por todas partes. Un camarero le trajo hielo. Otra persona tenía nociones de primeros auxilios. Bella no oía nada de lo que decían, se limitaba a mirar a Logan. Si se centraba en él, todo lo demás desaparecería.

—¿Necesita algo, señora Carter? —preguntó otro empleado del local.

—Jameson —fue lo único que se oyó decir a sí misma—. Señorita Jameson.

—Desde luego, le pido disculpas. —Querían que se sentara, pedir una ambulancia.

—¿Qué quieres hacer, Bella? —La voz de Logan se abrió paso entre el barullo, sin apartarla de su lado.

A ella le dio un vuelco el corazón al ver en su mirada la preocupación. Todo su cuerpo empezó a temblar a causa de la adrenalina.

—Quiero salir de aquí.

—Vámonos. —Apretándole la cintura con los dedos, la orientó hacia la salida y la multitud de consternados camareros se apartó para dejarlos pasar—. ¿Seguro que no quieres ir al hospital?

Ella le lanzó una mirada para indicarle que ahora sí que estaba siendo sobreprotector.

—No, no quiero ir al hospital, lo que quiero es que me deje en paz toda esta gente, Logan.

—Entendido —respondió él.

—Si ese fotógrafo sabía que estábamos aquí, lo sabrán los demás también —agregó ella—. Habrá más esperando fuera. —Pero se dio

cuenta de que no era necesario decir nada, porque Logan ya estaba al teléfono con su chófer y la conducía hacia un lateral del local, donde el encargado les sostenía abierta la puerta de las cocinas y señalaba hacia la entrada trasera. Era como en los viejos tiempos.

Para cuando lograron salir a la calle, el coche estaba justo delante de las puertas, con un paraguas que protegía su intimidad ante cualquiera que intentara asomarse.

—No he visto a ninguno más ahí delante, Logan —dijo el conductor cuando se montó en el coche.

Logan asintió, ya estaba buscando otro número en su teléfono.

—De acuerdo. Me pondré en contacto con Greg, a ver qué puede hacer.

Bella se recostó en el asiento de cuero y extrañó de inmediato sentir su brazo rodeándola. Recordaba de los preparativos del funeral que Greg era su director de comunicaciones, y de inmediato todo aquello le pareció demasiado real, demasiado oficial.

—¿Para qué te vas a poner en contacto con nadie? —le preguntó. Notó la palpitación en la cabeza y, al llevarse hacia allí la mano, descubrió que la hemorragia había parado—. Publicarán lo que quieran, como siempre.

Logan no apartaba la mirada del teléfono.

—Bueno, podemos intentar mitigar el…

—¿Mitigar qué? —le cortó ella, exasperada. No la escuchaba, estaba absorto en el teléfono—. ¡Tienen la fotografía!

—Eres la esposa de mi difunto hermano, Bella —respondió él lanzándole una mirada de soslayo.

—Exesposa, Logan. —La autoridad tajante de su voz bastó para que sus dedos se detuvieran un instante sobre la pantalla del teléfono. A Bella le daban ganas de zarandearlo, de obligarlo a permanecer en el presente. Ya notaba activarse de manera automática su tendencia a gestionar, a lidiar, a controlar, a ignorar. Aquello le resultaba tan familiar que se maldijo a sí misma por haberlo olvidado. Alcanzó a saborear el recuerdo del arrepentimiento. El dolor físico que le provocaba.

Logan se llevó el teléfono a la oreja.

—No quiero que tengas que soportar este escándalo.

Bella se sintió invadida por el cansancio, deseaba irse a casa, alejarse de todo aquello.

—Estoy acostumbrada al escándalo —respondió, se giró y se quedó mirando por la ventanilla tintada, viendo pasar al otro lado del cristal la vida nocturna—. Si llamas a alguien, lo estarás haciendo por ti, no por mí.

Oyó el momento exacto en que Greg descolgó el teléfono al otro lado de la línea.

Pero también oyó el titubeo después de que el tipo preguntara:

—¿Logan? ¿Va todo bien?

Volvió a mirarlo, se fijó en el músculo tenso de su mejilla. Lo vio agachar la mirada y decir:

—Sí, perdona, todo bien. Hablamos mañana.

Al volver a levantar la vista, sus miradas se encontraron a través del espejo retrovisor.

Logan volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo.

Capítulo veintitrés

El coche avanzaba entre imponentes edificios que resplandecían con las luces de las farolas, carteles de neón de los espectáculos reflejados en los charcos de la acera, colas de gente que esperaba para entrar en las discotecas.

—¿Quieres quedarte en mi casa? —preguntó Logan.

Dicho en el silencio del vehículo, a Bella le pareció un requiebro bastante hortera y soltó una carcajada.

Logan puso los ojos en blanco.

—No me refería a eso. Es solo para que estés tranquila esta noche. No quiero que vuelvas a tu apartamento sola.

—No me pasará nada —le aseguró ella.

Él negó con la cabeza.

—No quiero que te dejemos allí y de pronto te veas rodeada. Esta noche lo último que necesitas son más problemas. En mi casa, podemos entrar por el aparcamiento subterráneo y nadie sabrá que estás ahí.

Bella negó con la cabeza para declinar el ofrecimiento, pero al hacerlo notó el dolor de cabeza y no pudo evitar llevarse la mano al corte que se había hecho en la nuca.

Para Logan, aquello fue suficiente.

—Vale, en serio, no vas a volver a casa tú sola. Te has dado un golpe en la cabeza y la gente te estaba acosando. Deja que te vigile esta noche. Y luego… —Extendió las palmas de las manos para indicar que eso sería todo.

Bella miró por la ventanilla y vio a la gente que salía de los restaurantes, que charlaban caminando del brazo, viviendo felices en el anonimato, en las bulliciosas calles. Pensó en su piso, frío y solitario. El pánico que le produjo el objetivo del fotógrafo en la cara.

—Vale —accedió—. Seguramente sea buena idea. —Volvió a mirarlo y vio que la observaba con rostro serio, y se preguntó entonces si él también estaría pensando que, tan solo unos minutos atrás, eran ellos quienes se reían y charlaban, mientras fantaseaban con sueños estúpidos, antes de que la vida real se abriera paso—. Gracias.

El conductor los dejó en el aparcamiento del sótano. Desde ahí, podrían tomar el ascensor hasta el apartamento de Logan. No verían ni a un alma.

Logan la rodeó con un brazo cuando salió del coche y lo mantuvo ahí mientras atravesaban las frías entrañas de hormigón del edificio. Le dijo que se encontraba bien cuando entraron en el dorado ascensor, pero no deseaba que retirase el brazo, se sentía protegida por su calor y su fuerza.

Fue todo muy tierno y protector. Hasta que, de pronto, dejó de serlo.

Hasta que, de pronto, estuvieron uno al lado del otro, reflejados en las puertas doradas del ascensor; ella, pálida, pegada a él, que conservaba en los ojos la oscura reminiscencia de la furia. Alcanzaba a oler su piel, sentía los latidos de su corazón, la presión de la palma de su mano contra su brazo. Los números cambiaban lentamente conforme ascendían al apartamento de Logan. Donde vivía. Donde comía. Donde dormía. La tensión aumentaba con los números mientras el ascensor subía.

Bella contempló sus propios ojos como platos en los espejos dorados, vio su propio deseo enfrentado al miedo. Por un instante, Logan agachó la cabeza, mirando a la nada, pero cuando el ascensor emitió el pitido que anunciaba que habían llegado a su destino, alzó de nuevo la vista y sus ojos se cruzaron en el reflejo, oscuros, tristes, anhelantes, y a ella se le aceleró el corazón. Sintió el calor, el deseo. Aquella única mirada bastó para provocarle una corriente eléctrica que atravesó su cuerpo. Y entonces se abrieron las puertas.

Logan dejó caer el brazo para indicarle que saliera primero y Bella extrañó de inmediato el contacto. Sintió el frío donde antes estaba su mano, salió al rellano privado y aguardó a que él abriera la puerta y encendiera las luces.

Se trataba de un amplio apartamento diáfano, con suelos de hormigón pulido, paredes cubiertas de obras de arte y fotografías, estanterías llenas de libros y enormes sofás desde los que disfrutar de las impresionantes vistas. Bella miró a su alrededor con la boca abierta.

—Logan, este sitio es increíble. —Volvió a mirarlo y lo pilló observándola, aguardando su reacción como un chaval.

—Gracias —dijo entonces, restándole importancia.

Bella dio una vuelta por el piso, fijándose en la mezcla de mobiliario moderno y antiguo, en las elegantes esculturas y en los premios musicales que compartían espacio con gigantescas plantas cuyas hojas ocultaban obras de arte de valor seguramente incalculable. Pero fueron las vistas lo que más llamó su atención; habría podido quedarse horas contemplándolas. Se hallaban en lo alto de un inmenso edificio que se alzaba por encima de la ciudad, a vista de pájaro.

—Es… —No sabía qué decir mientras contemplaba el horizonte, algo que habría resultado imposible de ver desde la calle.

—¿Liberador? —sugirió él, colocándose a su lado.

—Cuánto cielo —musitó ella asintiendo con la cabeza.

—Sí.

Lo sentía junto a ella. Casi alcanzaba a captar el calor que emanaba su cuerpo. El olor tan familiar que impregnaba el apartamento. De pronto, no se atrevía a apartar la mirada de las vistas.

—¿Quieres algo? —preguntó él—. ¿Una copa?

Ella negó con la cabeza.

Al preguntarle, se había acercado más para señalar el mueble de las bebidas, pero entonces se detuvo. Ella cometió el error de apartar la vista del perfil de los edificios y mirarlo. Reparó entonces en los botones de su camisa. En los puños remangados. En el suave bronceado del hueco de su cuello. «No mires más arriba», le advirtieron sus sentidos.

Pero no le hizo falta mirar hacia arriba porque él miró hacia abajo. Lo vio tragar saliva de lo cerca que estaba. Lo oyó respirar. Vio que adelantaba por un instante la mano con la que había señalado para

preguntarle si quería beber algo, como si fuera a tocarle el pelo, pero no lo hizo. Siguió el curso de su mano con la mirada, vio que la apartaba y volvía a metérsela en el bolsillo. Se preguntó si alcanzaría a oír los fuertes latidos de su corazón tanto como ella. Desvió la mirada desde su muñeca hasta su cara, hasta la dureza de su mandíbula. Se fijó en el valle de sus labios, en las sombras bajo sus ojos. «No le mires a los ojos». El deseo que hervía a fuego lento en su mirada de párpados entornados.

Supo que estaba esperando. Que no haría nada salvo que lo hiciera ella primero. Sintió que su mano subía para acariciarle con suavidad la cara. Pasó el pulgar por su marcado pómulo. Lo notó tensarse ligeramente mientras recorría el perfil de su mandíbula, cuyos músculos tensos indicaban que apenas era capaz de mantener el control, y entonces apoyó la palma de la mano con dulzura contra su mejilla. Creyó poder oír sus pensamientos a través de las yemas de los dedos. Se quedaron así, mirándose, conectados solo a través de su mano contra la dura piel de su mandíbula, sumidos en un silencio tan elocuente como miles de palabras juntas. Oyó su propia respiración. Sintió dentro de ella el impulso de apartarse y, al mismo tiempo, acercarse más.

Pero, antes de poder moverse, Logan estiró las manos y deslizó los dedos desde sus hombros por el suave tejido del jersey hasta sus muñecas, donde entrelazó los dedos con los suyos y, a continuación, posó su otra mano sobre su cintura. Aquella caricia le quemó la piel a través de la tela.

Sintió su calor cuando se acercó. Sintió el ligero roce de su camisa, vio los perfiles familiares de su rostro, y esos ojos que tan bien conocía. Nunca pensó encontrarse tan cerca de él. Pensaba que esa posibilidad había pasado para siempre. Vio que se le oscurecían los ojos cuando levantó la barbilla. Notó que deslizaba la mano hasta colocarla en la parte trasera de su cintura para atraerla hacia sí. Se le erizó el vello al sentir su cercanía. Cerró los dedos en torno a los músculos de su brazo. Él le soltó la otra mano y estiró el brazo para acariciarle con delicadeza la nuca y juguetear suavemente con su cabello.

En torno a ellos, la noche pareció volverse más oscura. Cuando Bella cerró los ojos, le vino a la cabeza la imagen del fotógrafo. «Ni siquiera tendría que cambiarse el apellido». Se le habían encogido los pulmones a causa del pánico. La mirada sombría de Logan mientras agarraba al tipo por el cuello. La línea decidida que formaron sus labios. Las provocaciones del fotógrafo, su sonrisa beligerante.

Y de pronto dio un paso atrás y abrió los ojos de golpe.

Logan dejó caer las manos de inmediato.

—No puedo volver a hacer esto —dijo ella. Sintió el frío de la ausencia en todas las parte del cuerpo donde la había tocado.

Le vio mover los labios como si fuese a hablar, pero no dijo nada, se limitó a asentir.

—Es una locura —agregó ella.

—Sí.

No podía mirarlo directamente. En su lugar, contempló las vistas, se fijó en el increíble apartamento, en la alfombra del suelo.

—Quizá sí que debamos beber algo.

—Desde luego. —Logan se movió de forma automática, parecía como si, al igual que ella, estuviese volviendo en sí, siendo consciente del súbito giro de los acontecimientos. Le indicó que tomara asiento en el sofá—. Ponte cómoda.

—Gracias.

Había vuelto aquella distancia cortés. Bella se sentó, cohibida, con las rodillas muy juntas, las manos entrelazadas con fuerza sobre los muslos, arrepentida en su corazón de lo que había hecho, pero sabiendo que eso era lo que tenía que hacer.

Se preparó para aquella formalidad tan encorsetada y para una charla trivial e incómoda cuando Logan regresó con una botella de vino y dos copas, pero cuando sus miradas se encontraron y lo vio sonreír con aire travieso y conspirador, se dio cuenta de que la situación ya no era igual que antes. Eran diferentes, más cercanos. La superficie había quedado hecha pedazos.

Se quedaron allí largo rato, Bella con los zapatos quitados y los pies recogidos bajo su cuerpo en el gigantesco sofá, Logan relajado, sentado enfrente, charlando sobre los viejos tiempos, sobre

recuerdos divertidos y momentos que ella había olvidado pero que él recordaba, cosa que la hizo alegrarse por dentro al pensar que Logan conservaba también en su cerebro espacios dedicados únicamente a ellos. En un momento dado, él se echó hacia delante, apoyando los antebrazos en los muslos, y dijo:

—No puedo creerme que nos perdiéramos tu sesión de fotos para *Vogue*.

La miró a través de sus largas pestañas negras.

—Era un imbécil arrogante.

—Sí que lo eras —confirmó ella con una carcajada.

Él meneó la cabeza y se mordió el labio.

—¿Qué ocurrió cuando no aparecimos?

Bella se encogió de hombros y el jersey volvió a resbalarle por el hombro. Al volver a subírselo, notó que él seguía con la mirada el movimiento de sus dedos sobre su piel desnuda.

—Fui el hazmerreír de la oficina —confesó, tratando por todos los medios de ignorar la innegable tensión que había vuelto a establecerse entre ellos.

—Me avergüenzo —respondió él agachando la cabeza.

—Deberías avergonzarte. —Estiró el brazo y le dio un manotazo en la muñeca. Él le agarró la mano. Bella se quedó mirándolo, con el corazón desbocado, mientras le colocaba la palma hacia arriba y le acariciaba la piel suavemente con el pulgar.

Retiró la mano con cautela y la escondió bajo su cuerpo, contra los cojines.

—No te preocupes, lo superé, encontré a otro que llenara el hueco. —Hizo una pausa—. Ahora no recuerdo quién fue. ¿Recuerdas que me has dicho que la época de Silver Sky está borrosa? Pues a mí me pasa lo mismo con *Vogue*, ¡porque trabajaba muchísimo! Creía que el trabajo era lo más importante del mundo. No tenía vida en absoluto más allá de la oficina. —Sacudió la cabeza al recordarlo—. Viéndolo con perspectiva, me parece un desperdicio. ¡Era una mujer joven y soltera en Nueva York! —Se rio—. Desde luego invertí demasiado tiempo en tratar de demostrar que valía, que no necesitaba a nadie, y esa manera de vivir puede llegar a ser muy solitaria.

La observaba con expresión inescrutable mientras hablaba, y Bella no sabía si empatizaba con ella o si le tenía lástima.

—A ver, ¿a quién pretendía engañar? El mundo de la moda no era lo mío.

—¿No? A mí me parece que se te daba muy bien.

—Y a mí me parece que no eres imparcial —se rio ella—. No. Creo que soy más feliz trabajando en el teatro, siento que lo comprendo mejor, es un poco más terrenal.

Logan frunció el ceño.

—No sé yo. He visto alguno de los espectáculos de Willow y pueden ser bastante vanguardistas. Yo no lo llamaría terrenal.

—Cierto —admitió ella riéndose—. Pero yo estoy entre bambalinas. Allí me escondo.

—A no ser que dé la casualidad de que te encuentres conmigo —dijo él, abriendo las palmas de las manos como si su encuentra realmente hubiese sido casual.

Bella se echó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, y, con las muñecas cruzadas, respondió con ironía:

—A no ser que dé la casualidad de que me encuentre contigo.

Le sostuvo la mirada unos instantes, vio el brillo divertido de sus ojos, y la insinuación de algo más, quizás un leve desafío. Se preguntó si sus ojos transmitirían lo mismo.

—En fin —zanjó para cambiar de tema—. Dejando de lado el *ballet* rocambolesco, entre bastidores me encuentro bien, es un sitio pequeño e íntimo que encaja más con mi personalidad. —Hizo una pausa y agregó—: Deja de sonreírme.

—¿Por qué te parece mal que te sonría? —le preguntó él abriendo los brazos en señal de ingenuidad.

—Porque me distraes —reconoció ella.

—Perdona.

—Ponte serio.

—Vale. —Logan recompuso sus gestos, pero no logró disimular lo que Bella sabía que era una satisfacción arrogante ante el hecho de que ella hubiera dejado traslucir su deseo de volver a verlo cuando lo había invitado a cenar—. Entonces, ¿eres feliz?

—Sí, soy feliz.

—Me alegro.

Bella abrió mucho los ojos para que dejara de mirarla de aquella forma tan insinuante, y a continuación dijo:

—¿Y tú, eres feliz?

La pregunta pareció pillarlo desprevenido y consiguió borrar ligeramente su sonrisa arrogante y traviesa. Por un instante, fue como si una nube ensombreciera sus rasgos, eclipsando la expresión distendida de su rostro. Pero enseguida se encogió de hombros y respondió:

—A veces.

Bella entornó los ojos, tratando de interpretarlo, pero él recuperó de inmediato la sonrisa y la seguridad en sí mismo. Se puso en pie y dijo:

—Se está haciendo tarde, deberíamos irnos a la cama.

Capítulo veinticuatro

Más tarde, Bella yacía en la oscuridad del cuarto de invitados, entre sábanas frescas y limpias, con almohadas exquisitamente cómodas. Tenía todo lo que necesitaba, pero era incapaz de conciliar el sueño. Logan le había prestado una camiseta de manga corta para dormir y la prenda olía a él, a su detergente. Invocaba en su cabeza demasiados pensamientos e imágenes. A menudo se le aceleraba el ritmo cardíaco al recordar el momento con él junto a la ventana, con los labios a una fracción de los suyos, y se preguntaba qué habría podido ocurrir. Se dio la vuelta sobre la cama y golpeó la almohada con frustración. «Duérmete», se dijo.

Pero entonces oyó un golpecito muy suave en la puerta del dormitorio. Se incorporó y se pasó la mano por el pelo.

—¿Sí?

La puerta se abrió y allí, en el umbral, estaba Logan, su silueta recortada por la luz de la luna procedente del pasillo.

—¿A qué crees que le tengo miedo? —preguntó.

Bella frunció el ceño, encogió las piernas bajo la sábana y apoyó los brazos en las rodillas.

—¿A qué te refieres?

Él entró un par de pasos en la habitación. Vestía un pantalón de chándal gris jaspeado y una camiseta del gimnasio de Charlie.

—Antes has dicho que permanecí en la industria musical porque me daba miedo bajarme del carro. Pero no sé a qué crees que le tengo miedo. —No lo dijo en tono acusador, sino más bien como si le interesara saberlo. Como si nunca se hubiera parado a pensarlo, pero también él llevara tiempo dando vueltas en la oscuridad y, al preguntarse aquello, se hubiera dado cuenta de que desconocía la respuesta.

Un haz de luz entraba por la puerta abierta, iluminando la mitad de su rostro y la blancura de sus ojos en la oscuridad.

—No quiero decírtelo —respondió ella.

Él se rio, se acercó y se sentó a su lado en la cama.

—¿Por qué no?

Bella era peligrosamente consciente de su cercanía en la habitación, en la cama. De su presencia física en lugar del aroma de su detergente en la camiseta. Nerviosa de pronto, se retiró el pelo de los ojos y se lo sujetó detrás de la oreja.

—Porque creo que te va a molestar.

Logan parpadeó sorprendido.

—Te prometo que no me molestará.

Ella volvió a retirarse el pelo y se recolocó la camiseta, cualquier cosa con tal de desviar la cuestión.

—Venga, dímelo —insistió él, acercándose más, con ganas de oírlo —. Puedes contarme lo que sea —añadió, empleando en su contra las palabras que una vez le dijera ella.

Si colocaba la mano sobre la cama, sus dedos se tocarían. Tragó saliva.

—Creo que te da miedo no tener nada que te impida tener que volver al rancho. Tener que ser ranchero otra vez.

Él resopló, casi aliviado, como si fuera la mayor estupidez que hubiera oído en toda su vida.

Bella no dijo nada, se limitó a mirarlo.

Logan se pasó una mano por el pelo y se lo dejó revuelto.

—¿Por qué narices piensas eso?

—Porque te vi con tu padre en el funeral. Cuando lo miras, todavía te sientes culpable. Como te ha pasado siempre. Aún pareces creer que tienes algo que compensar, como si lo hubieras decepcionado.

Logan se echó hacia atrás y apoyó el peso en las manos, mirando al techo; la luz titilaba sobre los ángulos de su cara y hacía que resultase difícil distinguir entre la emoción y la sombra.

—Sí que lo decepcionamos. Él quería que nos quedáramos allí, que trabajáramos en el rancho, así era como veía el futuro. Pero no significa que yo lo vea del mismo modo. —Se rio solo de pensarlo—. Es una ridiculez, lo entiendes, ¿verdad?

—¿Lo ves? Sabía que te enfadarías —le dijo ella mirándolo a los ojos.

—No estoy enfadado. Me estoy riendo. —Alzó los brazos en señal de incredulidad.

Ella le dedicó una media sonrisa y asintió.

—Vale. Te estás riendo.

—Me estoy riendo en serio. Jamás volvería al rancho —le aseguró Logan, echándose hacia delante, apoyándose en una mano, colocada a escasos centímetros de sus pies sobre la cama.

—¿Y si tu padre te llamara y te dijera que te necesita, que eres su única opción? —contraatacó ella.

—Bueno, entonces sí. Claro. —Puso los ojos en blanco como si la respuesta fuera evidente—. ¿Quién no lo haría? Su voz sonaba ahora más seria.

Ella se inclinó para acercarse un poco más.

—¿Y qué pasaría si no trabajaras en el sello?

—¿A qué te refieres?

—¿Y si lo dejaras? —le preguntó, y percibió la confusión que le provocaba la idea—. ¿Y si decidieras no hacer nada, sin más?

—No podría no hacer nada —repuso él con el ceño fruncido, como si la sola idea se le antojara absurda.

—¿Por qué no? —insistió Bella sin perder un segundo.

—Porque entonces tendría que… —Dejó de hablar. Se quedó callado un segundo mientras su mente lo procesaba y a continuación tragó saliva. Ella lo observó, mirando fijamente su cara, sus ojos, y percibió el pánico en su mirada al darse cuenta de que había estado a punto de decir que tendría que volver al rancho.

Bella casi alcanzó a ver los mecanismos de su cerebro cuando miró al techo, suspiró, enfadado sin duda esta vez, y, con los puños apretados, alzó las manos en un movimiento que la hizo estremecerse, antes de darse cuenta de que solo iba a entrelazarlas por detrás de su cabeza.

No logró ocultar su reacción. Al ponerse tensa, la sábana se había vuelto tirante sobre su cuerpo, las almohadas se habían separado al apretar contra ellas la espalda y el pelo se le había soltado de detrás de la oreja, cayéndole de nuevo sobre la cara.

Logan dejó caer las manos de inmediato. Entonces fue él quien se quedó escudriñándola.

—Bella, estoy frustrado conmigo mismo —dijo con gesto arrepentido y confuso—. No estoy enfadado contigo. Aunque lo estuviera, jamás te…

La miró con tal preocupación, con tal cariño, que la pilló desprevenida esta vez él a ella. Notó las lágrimas que, inesperadas, se le acumulaban en los ojos.

Logan guardó silencio un segundo y, a continuación, cambió de postura para quedar sentado junto a ella sobre la cama, con el brazo extendido sobre las almohadas por detrás de su cabeza.

—Tienes que confiar en mí. Puedes decirme lo que sea. Cualquier cosa. Puede que no me guste, pero no me voy a enfadar. Contigo no. No de esa forma.

Ella asintió y parpadeó para contener las lágrimas y sobrellevar el intenso pico de adrenalina provocado por su respuesta de lucha o huida, recordando la mano levantada de Jack, su rabia, el miedo a no tener ningún sitio al que ir. Volvió a retirarse el pelo de la cara. Al tratar de sonreír, no obstante, se sintió demasiado vulnerable.

Notó que Logan le acariciaba suavemente el pelo con la mano.

—¿Alguna vez te planteaste acudir a la policía? —le preguntó, en un tono que insinuaba que desearía que se hubiera hecho más por ayudarla, en lugar de sugerir que no había hecho lo suficiente.

—A veces —admitió Bella, mirando la sábana, plegándola entre los dedos—. Pero no lo hice, por la misma razón que no te lo conté, por la misma razón que no hice ningún comunicado a la prensa. Pensaba que nadie me creería. —Se encogió de hombros como si fuera así de sencillo, cuando saltaba a la vista que no lo era—. Jack habría jurado y perjurado que yo mentía. ¿Y luego qué? —Soltó los pliegues que había formado con la sábana y se volvió para mirarlo—. A la prensa siempre le ha encantado odiarme, Logan; ya desde el principio se referían a mí como el parásito, la *groupie* desesperada, así que me he acostumbrado a que se tergiverse todo lo que digo. —Se encogió de hombros otra vez—. Y Jack era su niño mimado. Solo con guiñarle un ojo a la cámara ya tenía a todo el mundo babeando. Cualquier cosa que yo dijera en su contra, en fin… —Se concentró

en los afilados contornos de su rostro en la oscuridad—. Ya sabes lo que dirían. «Debe de ser culpa de ella. Cuando el río suena, agua lleva. Seguro que ella ha tenido algo que ver». —Volvió a encoger las piernas y se rodeó las rodillas con los brazos—. Logan, si ni siquiera conseguí que firmara los papeles del divorcio, y no obstante se publicaron un sinfín de noticias tachándome de cazafortunas. La gente me despreciaba por la calle. Me han escupido… —Extendió las manos en señal de exasperación.

Vio en sus rasgos la sombra de la culpa, como si estuviera recordando todo aquello que Jack y él habían dicho acerca de ella.

—No quería que la gente utilizara algo que a mí me resultaba devastador para vender periódicos, como cebo. Que se convirtiera en un chismorreo. —Logan pareció reparar en que le temblaba la mano al mismo tiempo que ella, y enseguida estiró el brazo para estrechársela—. Mi capacidad para soportar la humillación y el fracaso tiene un límite. Es agotador. —Volvió a recostarse sobre las almohadas, sintió la huella de su brazo detrás del cuello y se volvió para mirarlo con una sonrisa cansada.

—No sé cómo decirlo sin parecer condescendiente, pero creo que eres muy valiente.

—No —respondió ella con un resoplido—. Qué va.

—Yo creo que sí —insistió él encogiéndose de hombros.

Bella lo miró a los ojos, se fijó en las oscuras pestañas, en las pecas grises de sus iris azules, y en la ternura. Descubrió que no quería que se fuera, no quiera que apartase la mirada, que se pusiera en pie educadamente y regresara a su habitación, de manera que siguió mirándolo cuando le dijo:

—No te vayas.

Vio su titubeo, se notaba que sabía que debía marcharse. Pero, en su lugar, cuando ella se movió hasta quedar tumbada, él hizo lo mismo, manteniendo el brazo estirado para que ella pudiera acercarse y apoyar la cabeza en el hueco de su hombro, sentir así el latido tranquilizador de su corazón.

Colocó una mano sobre su pecho y recorrió con los dedos el logo del gimnasio de Charlie.

—Bonita camiseta, por cierto.

Notó la vibración de su pecho al reírse.

—Sí. El año pasado me metieron una buena paliza.

—¿La pelea que no ganaste? —preguntó ella, sin dejar de recorrer el contorno de las letras con el dedo.

—Sí. —Logan volvió a reírse. Se quedó entonces callado y añadió —: Salvo que empiezo a pensar que sí que gané.

Ella no se movió, se limitó a asentir mientras contemplaba el tejido de la camiseta, los músculos de debajo, y se lo imaginaba recibiendo los golpes como si fueran una especie de castigo. Deseó alzar la mano y tocarle la cara, recorrer su mandíbula, su pómulo, donde le habían asestado los golpes. Pero se quedó donde estaba, tan solo levantó la barbilla para poder verle los ojos.

Los sonidos de la ciudad a sus pies les llegaban a través de la ventana y las cortinas oscilaban con la brisa. Alcanzaba a oír el golpeteo de la lluvia contra el cristal y fue relajándose con la calidez y la seguridad de saberse tumbada junto a él.

—¿Por qué crees que nunca tuvimos nada? —preguntó entonces Logan en la oscuridad.

Ella abrió mucho los ojos al oír la pregunta, sorprendida por la simplicidad de las palabras.

—Porque éramos amigos.

Bella notó que asentía, pero entonces le oyó decir:

—Tiene que haber algo más.

Ella le dio vueltas en la cabeza, tratando de recordarlos cuando estaban juntos en Autumn Falls, cuando compartían sus sueños y esperanzas de futuro, convencidos de sus caminos hacia el éxito, de que tenían el mundo a sus pies, pero lo que descubrió que más recordaba era la certeza de saber que harían todo aquello que hubieran soñado, pero que al terminar, algún día volverían a estar juntos. Se permitió esbozar una leve sonrisa al pensar en la confianza ciega de la juventud.

—Porque no era el momento adecuado en nuestras vidas. Éramos jóvenes, queríamos cosas diferentes. —Se incorporó y apoyó una mano sobre su pecho para sostenerse—. Yo iba a conquistar el mundo.

Logan arrugó los ojos cuando lo miró.

—¿Y todavía quieres conquistar el mundo? —le preguntó.

—No —respondió ella riéndose, volvió a tumbarse y trató de encontrar el mismo lugar donde estaba antes, y él movió la mano hasta posarla delicadamente en su cintura.

—¿Por qué no?

—Porque creo que lo hacía para reemplazar algo dentro de mí. Un sentimiento de autoestima. —Se detuvo para pensar en lo que estaba intentando decir—. Creo que ahora me entiendo mejor a mí misma; no necesito conquistar el mundo para demostrar mi valía.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire y Bella se dio cuenta de que creía en ellas. Sintió que aquella idea se expandía por sus venas y permeaba el tejido intrínseco de su ser.

La lluvia golpeaba con suavidad el cristal.

—¿Por qué me da la impresión de que ahí se esconde un mensaje velado para mí? —preguntó Logan.

Bella se rio y volvió a incorporarse.

—Solo tú pensarías que has conquistado el mundo, Logan.

Pareció inusitadamente avergonzado.

—Lo cierto es que no era eso lo que estaba insinuando.

—Claro que no. —Volvió a tumbarse con una expresión irónica—. Duérmete, Logan.

Creyó ver su sonrisa sin necesidad de mirarlo. Pero miró de igual modo y la vio; incluso sus ojos cerrados, con esas pobladas pestañas oscuras, presentaban el característico abanico de las arrugas provocadas por la risa.

Se quedó mirándolo unos segundos, después volvió a apoyar la cabeza en su pecho, se puso cómoda y, al notar que la rodeaba fuertemente con el brazo, cerró los ojos y su cuerpo, consciente de los lugares donde la tocaba, se dejó llevar por la naturalidad del gesto. Sintió que, en aquel dormitorio, estaba en casa. Y se quedó dormida con el ritmo lento de la lluvia y los latidos serenos de su corazón.

Capítulo veinticinco

Cuando Bella se despertó, Logan estaba dormido junto a ella. Tardó unos instantes en pensar en hacer algo que no fuera mirarlo. Fue un Fue un instante, como si alguien hubiera detenido el mundo solo para que ella mirase, e imaginase. Se abstuvo de estirar el brazo y acariciar con dulzura el contorno de su cara, o de acercarse más y apoyar la cabeza en su pecho.

Miró a su alrededor bajo la luz neblinosa de primera hora de la mañana, el colorido prisma del cristal de la mesa que capturaba los rayos del sol naciente. El frío de la habitación recorrió su cuerpo, allí tumbada, quieta, pensando en la velada anterior, en las partes buenas antes de que se fuera a pique, y en quedarse dormida después con él allí, junto a ella, en esa habitación. Y se permitió esbozar una leve sonrisa, dar rienda suelta a su imaginación, imaginando que él se despertaba y le decía al mundo que la deseaba, sin importar quién narices se interpusiera entre ellos. Alcanzó a saborear aquella efímera burbuja de felicidad solo durante un minuto, y después la guardaría en su caja y continuaría con la vida real.

Entonces comenzó a sonar un teléfono en otra habitación, agudo e invasivo.

Logan se incorporó bruscamente, con el pelo todo revuelto y los ojos alerta, pero aún con la pesadez del sueño.

—¿Qué hora es? —Tras lanzar una mirada somera al reloj de la mesilla, se levantó de la cama y salió corriendo del dormitorio para ir a contestar el teléfono.

Sucedió todo tan deprisa que Bella se quedó ligeramente desconcertada. Hacía un instante estaba allí tumbado, guapísimo mientras dormía, y ahora lo oía en la habitación de al lado.

—Sí, lo sé, está siendo una mañana ajetreada. No, lo cierto es que no lo he visto. Sí. Sí. —Su voz de negocios resonaba por el apartamento—. Desde luego. Córtalo de raíz.

Bella se quedó sentada en la cama unos segundos, escuchando. Más allá de aquella habitación, de aquel apartamento, sabía que no había esperanza para ellos. Nada más salir de allí, habría otra persona que quisiera una foto, algún otro que los avergonzara, alguien que la juzgaría a ella y lo juzgaría a él. Y Logan tenía una reputación que proteger y un imperio que salvaguardar.

Se retiró el cabello de la cara y se giró para que la luz del sol le diera en la piel. No. No podía volver a ir por ese camino. Su futuro debía ser diferente de su pasado; aunque fuera por el bien de su salud mental.

Se levantó, se puso la falda, metiéndose por debajo la camiseta de manga corta que él le había prestado, y se recogió el pelo. Estaba poniéndose las botas cuando se dio cuenta de que ya no oía su voz y, al alzar la mirada, lo vio de pie en el umbral, vestido aún con la ropa con la que había dormido, el pelo revuelto por el sueño, observándola con recelo. Le dio la impresión de que la habitación se quedaba sin aire. Como si tuviera que esforzarse más por respirar para llenarse los pulmones. Sabía que marcharse no sería tan fácil como había imaginado.

—¿Te marchas? —preguntó Logan entrando en la habitación.

—Sí. —Se giró y, al situarse frente a él, tuvo que hacer un esfuerzo para no estirar la mano y apoyarla sobre la calidez de su piel.

—Perdona, no puedo creerme que haya dormido tanto. —Sacudió la cabeza—. Hacía años que no dormía así.

Fuera, había dejado de llover y el sol de la mañana refulgía en el límpido cielo azul. Bella notó un escalofrío en la piel, la triste certeza de un final.

Sonrió, a continuación señaló con la cabeza el teléfono que él llevaba en la mano y dijo:

—Deduzco que han publicado las fotos.

—Sí. —Se pasó una mano por el pelo—. No pinta bien.

—No —convino ella.

La miró de arriba abajo, reparando en su ropa, en su pelo.

—¿Te vas a ir sin más? ¿No quieres un café? ¿Desayunar algo?

Ella arrugó el gesto y negó con la cabeza.

—Tengo que irme, Logan.

—No tienes que irte ya mismo.

—Sí que tengo.

—¿Por qué?

—Porque no ha cambiado nada. Tú vas a volver a trabajar. —Señaló de nuevo el teléfono—. Yo voy a volver a mi vida. —Sonrió.

Él no.

Bella estiró la mano y, con cautela, le tocó la cara, y él cerró los ojos un instante. Le acarició la piel con el pulgar. Logan le agarró la mano y giró la cara hasta situar los labios contra la palma. Se quedaron así unos segundos, con las motas de polvo bailando en el aire bajo la luz del sol.

—Así que ya está —murmuró él, casi en un susurro, como si hablara para sus adentros.

Bella apartó la mano, tratando por todos los medios de ignorar sus sentimientos mientras lo miraba a los ojos.

—Logan, sabes tan bien como yo que siempre habrá alguien ahí fuera esperando a sacar una fotografía. Y siempre terminará como lo hizo anoche.

Él endureció el gesto.

—He vivido esa vida; estar siempre en guardia, o escondida por si alguien me pillaba. Y ya no quiero esconderme más.

—¿Qué estás diciendo entonces? —preguntó él entornando los ojos—. ¿Qué es lo que deseas?

—Ser normal. —Se rio, pero al ver que él suspiraba como si pensara que no estaba cooperando, agregó—: No lo sé. —Como si el pensamiento no la hubiera llevado a ninguna parte. Pero sí que lo sabía, claro que lo sabía. Deseaba agarrarlo por los hombros y decirle: «¡Que tú también seas normal! ¡Seamos normales juntos!». Deseó mirar sus ojos azules entrecerrados y decirle: «Solo serás feliz cuando seas sincero contigo mismo y te des cuenta de qué es aquello de lo que huyes!». Pero ya se lo había dicho la noche anterior y Logan nunca escuchaba lo que no deseaba oír.

En aquel momento, parecía estar mirando a todas partes menos a ella, como si al mirarla fuese a verse obligado a buscar una respuesta mejor. En su lugar, dijo con sarcasmo:

—Eso es de gran utilidad.

—¿A que sí? —Bella se rio y con suavidad le puso la mano en el brazo—. No pasa nada, Logan. Ahora estamos bien. —Quiso apartarse de inmediato porque el calor de su piel la ponía nerviosa, la hacía dudar de su propia convicción—. Ya puedes irte si quieres —agregó en tono de broma.

Casi como si fuera una señal, empezó a sonarle el teléfono. No parecía saber qué hacer, simplemente se quedó mirándola, con el teléfono que cortaba el silencio como una sirena.

—Tengo que resolverlo, Bella —dijo entonces—, no puedo dejarlo así. Por la empresa, por la familia…

Ella asintió, quizá con demasiada vehemencia.

—Lo sé. Lo sé, no pasa nada, Logan.

Respondió al teléfono.

—Te llamo en un segundo. Sí, ya lo sé, sí… —Bella captaba el estrés en su voz. La miró y se rio al repetir las palabras que acababa de decir ella—. No pasa nada. —Sacudió la cabeza, visiblemente incrédulo. Estiró la mano como para estrechar la suya, pero entonces volvió a sonarle el móvil casi de inmediato, haciéndole desviar la atención para ver quién era—. Es mi madre.

Bella le dedicó una sonrisa de labios apretados, se cruzó de brazos, sintiendo el calor del sol sobre la piel, y esperó mientras él decía:

—Dos minutos. —Y salió de nuevo al pasillo.

Bella se puso el jersey y buscó su bolso. Al no encontrarlo en el dormitorio, fue a mirar en el salón y se detuvo un instante para deleitarse con las majestuosas vistas de la ciudad bajo el sol matutino.

—Sí, ya sé que es un pueblo pequeño y que la gente habla —oyó la voz de Logan procedente de la cocina.

Se volvió y lo vio de pie junto a la encimera, de espaldas a ella.

—Diles que no es nada —añadió él. Se produjo una pausa mientras Martha decía algo, y Logan, más enfático esta vez, agregó

—: Porque no es nada.

Se vio atravesada por las palabras, allí de pie, frente al ventanal.

Logan pareció percibir de pronto que había alguien mirándolo y se dio la vuelta. Al verla, Bella vio que apretaba la mandíbula.

—Tengo que colgar —dijo Logan, y colgó. Después atravesó la estancia y se plantó delante de ella—. No pretendía que sonara así.

Ella se encogió de hombros, no se sentía capaz de articular palabras.

Volvió a sonarle el teléfono a Logan, que alzó las manos en señal de frustración y disculpa.

—¡Lo siento mucho!

Ella se recompuso y sonrió.

—No te preocupes. No pasa nada. Me voy.

—No tienes por qué. —Silenció el teléfono, pero el aparato siguió vibrando en su mano. Entonces cortó la llamada y lanzó el móvil sobre el sofá.

Bella notaba su frustración, se veía que se debatía. Dio un paso hacia delante, le colocó una mano en el hombro, se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla, inhalando el suave aroma matutino de su piel.

—Adiós, Logan.

El teléfono empezó a vibrar de nuevo. Logan cerró los ojos un momento. Suspiró.

—Adiós, Bella.

Capítulo veintiséis

Logan se hallaba en una reunión, sentado, contemplando ausente una gota de condensación sobre la exclusiva botella de agua colocada en mitad de la mesa de la sala de juntas. Se fijó en el trayecto que describía, recolectando a su paso otras burbujitas.

Había pasado el día anterior manteniendo diversas conversaciones con su equipo de comunicación, tratando de atenuar las consecuencias de la debacle con el fotógrafo. El enfoque de la noticia se centraba tanto en el hecho de que Logan hubiera perdido los papeles como en el de que estuviera cenando con Bella, cosa que no beneficiaba a la empresa. Greg, su director de comunicación, se había echado hacia delante, golpeteando su libreta con el bolígrafo, mientras enumeraba la lista que tenía delante.

—Vale, por tenerlo claro, vamos a tirar por el lado de las disculpas por las amenazas, diciendo que es un momento personal difícil, que las emociones están a flor de piel, que sois solo amigos, que solo querías proteger a la mujer de tu hermano, etcétera.

—Vale, pero arréglalo.

Tampoco sirvió de mucho, porque se publicaron artículos con titulares molestos y textos tendenciosos que arrojaban todo tipo de especulaciones sobre la estabilidad de Logan, su relación con Bella, que intentaba quedarse con la viuda de su hermano. Solo con verlo le daban ganas de aporrear la pantalla del ordenador.

—¿Logan? —dijo alguien en la sala de reuniones.

—Perdón —respondió él alzando la vista—. ¿Qué decíais?

A juzgar por las caras de sorpresa que lo rodeaban, imaginó que debía de haberse perdido algo bastante importante. Habían fichado a una gran estrella y se trataba de un momento muy emocionante

para la empresa, debería haberse mostrado entusiasmado. Pero era incapaz de concentrarse.

—Perdón —repitió, después miró la diapositiva de la pantalla y, enarcando una ceja en señal de autocrítica, agregó—: ¿Me recordáis en qué sección estamos?

Se hizo un educado silencio y uno de los vicepresidentes contestó:

—No pasa nada, solo estábamos hablando de…

En la oficina, todo el mundo había obviado las fotografías del *paparazzi*, pero se notaba el cotilleo en el ambiente. No era bueno para la empresa. Ni para él. No quería ser el centro de atención.

Se obligó a concentrarse, pero, además del artículo del periódico, no podía quitarse de la cabeza que Bella había dicho que el único motivo por el que permanecía en la industria musical era el miedo a dejarla. ¿Sería así?, se preguntaba mirando a su alrededor, como si flotara por encima de todos ellos, allí sentados, con sus trajes y sus cerebros centrados en una sola cosa.

Terminó la reunión. Cuando regresó a su despacho, Marianne se levantó inmediatamente de su escritorio junto a la puerta.

—¿Café? —le preguntó al mismo tiempo que intentaba cerrar con disimulo el buscador del ordenador donde aparecía la foto que el fotógrafo les había sacado a Bella y a él.

Cuando levantó la mirada, Logan enarcó una ceja y la vio sonrojarse. Marianne tenía edad para ser su madre y él no estaba acostumbrado a verla alterada nunca.

—Creo que nunca te había visto sonrojarte, Marianne.

—Perdona, Logan.

—Lo que leas no es asunto mío —respondió él negando con la cabeza.

—No lo estaba leyendo, es que… —Avergonzada, se llevó la mano al collar de cuentas, con la piel completamente roja.

Logan se encaminó a la puerta de su despacho y la abrió empujándola con el hombro.

—No pasa nada, Marianne.

A solas en su despacho, se apoyó contra la puerta, agarrando el picaporte tras él, con la cabeza contra la madera, sintiéndose como un impostor en su propio cuerpo, desvinculado de todo aquello que

veía a su alrededor. Su escritorio estaba tal y como lo había dejado, su portátil con sus miles de emails esperando, su chaqueta colgada del respaldo de la silla, un vaso de agua a medio beber, pero le daba la sensación de que todo eso pertenecía a un desconocido. Cuando intentó concentrarse, le vino a la cabeza la sorpresa en la expresión de Bella cuando le oyó decirle a su madre que no era nada. Temía que, si empezaba a abrir más emails, no sabría qué hacer, cómo responder. En su móvil se acumulaban las llamadas perdidas. Algunas eran de Brodie, un par de su hermana, y también le había llamado su madre. Pero no podía hablar con ninguno de ellos. Ya nada se le antojaba normal.

De pronto se abrió la puerta del despacho y entró Bella hecha una furia, con un periódico en la mano doblado por la página en la que aparecía su foto.

Apenas le dio tiempo a ver a Marianne al fondo, levantándose de su mesa, diciéndole que no podía entrar, antes de que Bella le cerrara la puerta en las narices.

—¿Solo amigos? ¿Protegiendo a la mujer de tu hermano? —le espetó, lanzando el periódico contra la mesa con tal fuerza que resbaló sobre la pulida superficie y cayó al suelo.

Logan salió de detrás del escritorio.

—¿Cómo te atreves? —Se acercó más, con fuego en la mirada, las mejillas encendidas y la coleta medio suelta—. Vale que no haya nada entre nosotros. Pero no finjas que estabas protegiéndome. No me asocies con Jack en tus declaraciones a la prensa. ¿Entendido?

Se quedó parado donde estaba, con el corazón acelerado, y deseó dar marcha atrás al reloj, cualquier cosa con tal de no tenerla allí delante mirándolo con semejante desprecio, con esa desconfianza, haciéndole sentir que todo aquello por lo que había trabajado se había ido al traste con un par de frases mal planteadas en un comunicado de prensa. Hizo ademán de hablar, pero ella lo interrumpió:

—Soy libre —le dijo, clavándole un dedo—. He pasado página. Este es tu problema, no el mío. —Estiró el brazo para señalar el periódico tirado en el suelo—. Eres tú quien no puede afrontar la verdad, quien no puede ser sincero. —Se retiró el pelo de la cara y

siguió con la dura mirada clavada en él mientras daba un paso al frente. Alcanzó a oler su perfume, que le recordó al momento en que se había quedado dormido a su lado, y quiso tocarla, pero en su lugar se metió las manos en los bolsillos y se preparó para su ataque —. Di que no es nada —continuó Bella con una rabia bien contenida —, di que somos solo amigos, pero no te atrevas a utilizar mi matrimonio para volver a atraparme. ¿Entendido?

Estaban a un par de centímetros el uno del otro. Logan veía la rabia y el dolor en sus ojos, veía subir y bajar aceleradamente su pecho.

Asintió.

Bella abandonó el despacho con la misma furia con que había entrado.

Él se quedó quieto durante unos segundos, concediéndose un instante para asimilar lo que había sucedido. Frente a él, Marianne había vuelto a sentarse a su mesa y miraba la pantalla de su ordenador fingiendo que no había pasado nada.

Él se acercó, cerró la puerta del despacho y apoyó contra ella la cabeza.

Había pasado toda su vida adulta batallando con la prensa, sorteando escándalos para proteger a sus hermanos. Las imágenes se le agolpaban: Ethan, menor de edad, saliendo de una discoteca tan borracho que era incapaz de responder a una pregunta, y Logan improvisando que «sufría de agotamiento»; Brodie vendiendo detalles de su vida privada, y Logan encargándose de arreglarlo; Noah, tratando de darle un puñetazo a un fotógrafo cuando las preguntas se volvieron demasiado invasivas, y Logan interviniendo; Jack, intentando acaparar el primer plano en el escenario y provocando el enfado de los demás, y Logan volviendo a solucionarlo; las cámaras persiguiéndolos por la calle, amontonándose frente a las ventanas de su hotel, introduciendo a escondidas grabadoras en los carritos de la limpieza, pinchándoles los teléfonos, acosando a sus exnovias, tirándoles de la ropa, arrancándoles las cadenas del cuello, arrancándoles mechones de pelo de la cabeza; Ethan, con los ojos como platos, tembloroso en el asiento trasero de la limusina. Logan no habría podido —no habría

querido— ser sincero con la prensa ni aunque su vida hubiera dependido de ello.

Pero, cuando regresó a su escritorio y vio el periódico en el suelo, se encontró con la fotografía en la que se los veía a Bella y a él en actitud íntima en el restaurante. Lo recogió y se quedó mirando la imagen hasta que se difuminó en un remolino de colores. Y, por primera vez en mucho tiempo, no supo qué hacer. De pronto, le costaba respirar. Se sentó en una de las sillas que rodeaban la mesa, se aflojó la corbata y tuvo que desabrocharse el último botón y apoyar las manos en las rodillas. ¿Qué le estaba pasando?

Se pasó una mano por el pelo y expulsó el aire lentamente. Después volvió a mirar la fotografía, vio la sonrisa en los ojos de Bella, tan diferente de cuando la había visto en el funeral o cuando le había confesado lo sucedido con Jack. Pensó por un segundo en lo libre que parecía comparada con él, que lucía la expresión atormentada de haber visto acercarse al fotógrafo. Aquel segundo capturado por la cámara parecía revelarlo todo.

De pronto, se vio agarrando sus llaves, su teléfono y su portátil del escritorio antes de salir decidido del despacho:

—Retrasa mis citas, Marianne. Voy a estar fuera un par de días —añadió al pasar por delante de su mesa.

—Muy bien, Logan.

Capítulo veintisiete

El suelo estaba cubierto por una ligera capa de nieve en polvo cuando Logan aterrizó en Autumn Falls; por supuesto, no había nadie allí para recibirlo, ni siquiera Brodie en la pista de aterrizaje. No le había dicho a nadie que iba a regresar. Esperó la cola para tomar un taxi y pidió que lo condujeran a la casa que poseía en el pueblo.

Su propiedad se ubicaba a las afueras del centro del pueblo, rodeada de una parcela de cuatro hectáreas. La casa en sí misma no era nada ostentoso, pero la había comprado por las vistas. Le había gustado la idea de poder contemplar las montañas cuando estuviera tumbado en la cama, suponía que eso le recordaría que en la vida había más cosas que su insignificante participación en ella; pero nunca había regresado allí lo suficiente para recordarlo.

El taxi lo dejó frente a la puerta de entrada. Llamó a su empleada doméstica para hacerle saber que se quedaría un par de días y ella se puso nerviosa por no haber tenido tiempo de ventilar la casa. Él le dijo que no importaba, pero, al entrar, el olor a moho y a cerrado le dieron la sensación de que se trataba más de un mausoleo que de un hogar. Aunque en cierto modo, eso era precisamente. Apenas pasaba por allí. Conservaba la casa más por una cuestión de educación, para dar a su madre la impresión de que a veces regresaría durante espacios más prolongados de tiempo, a pesar de que nunca lo hiciera. Era más un gesto que un hecho, y todos le seguían la corriente.

Logan dejó caer su bolsa en el recibidor. Miró a su alrededor y el lugar le pareció de pronto tan frío e impersonal como la casa de Jack. Deshabitado, decorado con cosas que no eran suyas, sino que habían sido escogidas por un decorador de una estantería. Encendió

una luz indirecta y atravesó la penumbra para sentarse en una de las sillas que flanqueaban la escalera. Sillas que, hasta donde él recordaba, nunca habían sido utilizadas. No eran más que atrezo para llenar un espacio.

Siempre le resultaba extraño volver. No sabía qué hacer al no tener a nadie a quien ver ni nada que exigiese su atención inmediata; salvo el trabajo, pero de momento iba a ignorar esa parte. Seguramente lo mejor que podría hacer sería irse a la cama, pero se notaba inquieto, tenía la mente muy despierta. Necesitaba tomar una copa.

No, lo último que necesitaba era tomar una copa.

Se levantó y fue pasando de una habitación a otra. Le parecía un hotel. Los cojines ahuecados, las obras de arte escogidas por otra persona. Entró en la cocina, encendió las luces y vio todos los electrodomésticos caros, el horno y la nevera sin usar. Fue como si hubiera entrado en una casa de revista, en una realidad alternativa e insulsa. No podía quedarse allí. Miró a su alrededor en busca de algo que hacer, pero no había nada, ni libros, ni siquiera una baraja de cartas. ¿Por qué no habría amueblado la casa en condiciones? Porque dio por hecho que jamás viviría en ella.

Había ido allí buscando escapar, no sentirse más atrapado.

Necesitaba algo que le hiciera olvidarse de todo lo demás.

Sin apenas darse cuenta, regresó sobre sus pasos, cruzó el recibidor, pasando de largo la maleta y las puertas que daban al salón, y accedió al pasillo de atrás. Se le acostumbraron los ojos a la sombría oscuridad cuando llegó al garaje.

Descorrió el pestillo y abrió la puerta. El olor de la estancia le golpeó en la cara: a hormigón frío, a grasa y a aceite de motor. Al encender la bombilla que colgaba desnuda del techo, cerró los ojos y tomó aire; aquel era el aroma de la libertad. Cuando abrió los ojos, miró a su alrededor y vio los estantes de botes de pintura, herramientas y cajas apiladas. Y allí, debajo de una sábana con semejante capa de polvo que podría haber escrito su nombre con el dedo, se hallaba su moto.

Retiró la sábana y el polvo que se levantó le hizo apartar la mirada unos instantes. Pero allí estaba. Resplandeciente, como si acabaran

de abrillantarla. Deslizó la mano por el cuerpo y el suave asiento de cuero. Imparables, le vinieron a la cabeza imágenes de Bella, con los brazos apretados alrededor de su cintura, sentada a horcajadas contra su espalda, con la mejilla pegada a su cuerpo.

Donde la había dejado, colgada detrás de la puerta, seguía su cazadora. El olor del cuero oscuro fue tan evocador que estuvo a punto de caerse de espaldas. El casco reposaba sobre la parte trasera de la moto, y en su interior estaban los guantes viejos y maltrechos. Las botas lo esperaban en el suelo, junto a la rueda trasera, y, notando su peso en los pies, caminó hacia la puerta del garaje. A continuación se montó en la moto, giró la llave y retiró la pata. El motor cobró vida con un rugido. Logan sintió que el corazón se le aceleraba con la adrenalina. Se puso el casco y, acostumbrándose nuevamente al tacto de la moto bajo su cuerpo, salió del garaje. Fue como volver a subirse a un caballo, su cuerpo sabía lo que debía hacer. De pronto se sintió joven otra vez, en la carretera, con la visera levantada, notando en la cara el aire frío nocturno, la noche iluminada por la luna llena como si se tratara de una mañana fantasmal.

Recorrió varios kilómetros sin rumbo. Las montañas a lo lejos le parecían un espejismo. El terreno a ambos lados seguía tal como lo recordaba, las llanuras cubiertas de hierba que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, ondeando como las olas bajo la luz de la luna. Absorbió la sensación de saberse solo en la carretera, recordó haber hecho ese mismo trayecto con Bella montada detrás, la amplitud de su sonrisa, el olor de su piel contra el cuero, la barbilla apoyada sobre su hombro. Fue como ver fragmentos de libertad, como si le fuesen despojando de capas de su vida conforme avanzaba. Allí fuera no era nadie. El paisaje podría tragárselo y no volver a soltarlo nunca. Sobre él se alzaban imponentes los pinos, oscureciendo la carretera, proyectando sombras fantasmagóricas frente a su camino mientras conducía. Siguió rumbo a esas montañas, un manto de estrellas sobre su cabeza, y las luces de Manhattan de pronto se le antojaron producto de otro mundo, de otra vida.

Cuando por fin se detuvo, se hizo a un lado, se bajó de la moto y se sentó en las estribaciones de las montañas que había subido siendo un chaval, el cuerpo temblando de frío, y ante él la imponente y silenciosa presencia del monte Starlight, que había constituido el telón de fondo de su infancia. La escarpada sombra negra que él siempre había considerado una barrera que lo mantenía atrapado ahora le parecía más bien una guía, un ojo atento y protector. Se tumbó boca arriba sobre la crujiente escarcha y se quedó mirando la luna, inhalando lo que interpretó como el valor que le llenaba los pulmones.

Capítulo veintiocho

Por la mañana, Logan se presentó en el rancho Silver Sky montado en su moto. Los neumáticos dejaban huellas sobre la tierra rojiza, el corazón le latía desbocado, le sudaban las palmas de las manos y notaba el cuerpo en tensión, preparado para la confrontación que le esperaba.

Pero, cuando apagó el motor y se quitó el casco, oyó todos los ruidos familiares de la granja, el zumbido del tractor y el relincho de los caballos, y de pronto le pareció todo demasiado mundano, demasiado normal para aquella intromisión suya.

Lo primero que pensó fue en darse la vuelta, volver a poner la moto en marcha y poner rumbo a las colinas. Pero entonces vio a Noah, que caminaba desde el prado hacia la casa principal, con el sombrero calado, el abrigo subido hasta arriba, casi hasta la nariz, para protegerse del frío. Rocky daba brincos frente a él y, cuando vio a Logan, empezó a ladrar de emoción.

Cuando Noah alzó la mirada para ver qué había captado la atención de Rocky, se permitió una sonrisa irónica al ver a Logan bajarse de la moto. Se sopló las manos mientras avanzaba hacia él.

—Pero mira quién ha venido —comentó, admirando el armazón negro brillante del vehículo—. Siempre me ha encantado esa moto.

—A mí también —repuso Logan.

Noah no le preguntó qué estaba haciendo allí. Se parecía a su padre, no era dado a hacer preguntas.

—¿Está papá? —preguntó Logan, quitándose los guantes antes de hundir las manos en los bolsillos de la cazadora.

Noah señaló con la cabeza en dirección al establo iluminado por el sol, que conservaba restos de escarcha en el tejado, junto al prado

donde pastaban un par de caballos con sus coloridos abrigos de invierno, y, más allá, el enorme granero.

Logan asintió, después se pasó una mano por la boca para infundirse valor. Aún no era demasiado tarde para marcharse. Solo lo había visto Noah, y él no diría nada a nadie si de pronto se largaba.

Pero Logan ya estaba harto de huir. Así que se encaminó hacia el establo.

Noah lo acompañó parte del camino. Sus pies iban levantando polvo en el suelo de arena. El sol estaba muy bajo y los cegaba, obligándolos a entornar los ojos. Logan miró a su hermano, que siempre lucía el mismo aspecto; la misma cazadora ligera y maltrecha, las mismas capas de camisas y camisetas por debajo, el mismo sombrero manoseado y decolorado por el sol, la misma barba de tres días. A él lo único que le importaba era hacer bien su trabajo.

La peculiaridad de Noah residía en que, si le mostrabas algo que no sabía hacer, se esforzaba al máximo no solo por aprender a hacerlo, sino por ser el mejor. Cuando estaban en el grupo, si le pedías que tocara cualquier cosa —el saxofón, el piano, la batería, el teclado— o sabía tocarlo o aprendía a hacerlo sin problema. Pero lo único que quería realmente Noah cuando estaban en el grupo era volver al rancho, al campo donde nadie lo molestara, salvo tal vez su novia.

Era ese aire taciturno y solitario el que hacía que las chicas cayeran a sus pies, pero él no les daba ni la hora. No soportaba tanta atención. Y eso, tal como Logan empezaba a darse cuenta, era lo que lo enemistaba con Jack, que deseaba siempre ser el centro de atención. Jack nunca logró entender por qué todas las admiradoras se volvían locas por Noah. Siempre andaba provocándolo. En su momento, Logan había intentado justificarlo como una mera riña de hermanos, pero, claro, ahora entendía demasiado bien la insidiosa naturaleza de la envidia. Y, siendo alguien que se negaba a contraatacar, Noah constituía un blanco fácil.

—¿Todo bien por aquí? —preguntó Logan, sabiendo de antemano la respuesta que obtendría.

Noah encogió un hombro.

Caminaron un poco más. Logan hizo visera con la mano para protegerse los ojos del sol, mirando más allá del granero, hacia la colina cubierta de pinos y altos picos de pizarra que se levantaban al fondo.

—He visto tu foto con Bella en las noticias —comentó Noah.

—Ya —respondió Logan resoplando.

—¿Se encuentra bien?

—Está enfadada conmigo —admitió Logan con una mueca de dolor—, pero por lo demás creo que está bien.

—¿Lo crees o lo sabes? —quiso asegurarse Noah, más serio ahora.

—Creo que lo sé —respondió Logan, porque era lo único que podía decir.

—Pues asegúrate de que lo esté —fue todo lo que dijo su hermano.

—Lo intentaré.

Si bien la advertencia de Noah traslucía un tono de acusación, lo que Logan no había esperado fue el aire compasivo de la mirada que su hermano le dirigió, como si lamentase el hecho de que la prensa continuase acosándolo.

Logan apartó la mirada, desviándola por el pastizal hacia los pinos y las montañas. Respiró hondo. Entonces sintió una presión en el hombro y vio que Noah le ponía la mano ahí un instante antes de volver a apartarla y metérsela en el bolsillo.

Logan se quedó mirándose el hombro un segundo más. Pensó en Brodie diciéndole que todos habían madurado.

—¿Has venido hasta aquí para hablar con papá? —preguntó Noah.

Logan asintió, pero notó que perdía el valor por un momento.

—¿Seguro que es buena idea? —quiso saber Noah entornando los ojos.

—No —admitió, y vio a su hermano esbozar una media sonrisa.

Llegaron a la puerta del establo, abierta de par en par.

—Está ahí dentro —anunció Noah y, tras una breve pausa, agregó —: Buena suerte. —Después se alejó.

Logan entró en el establo. El cálido aroma familiar de los caballos trajo consigo recuerdos de aquellas mañanas, a primera hora del día, con los ojos aún medio cerrados por el sueño, las interminables

tareas en las que acababan sudando y las órdenes secas con que su padre les instaba a realizarlas. Pero, junto con eso, surgía también cierta satisfacción, un dolor casi adictivo en los músculos y —una de las yeguas nuevas a la que no conocía, y cuya placa indicaba que se llamaba Jo-Jo, asomó la cabeza por encima de la puerta de su compartimento y lo miró con su enorme ojo sedoso— el placer de contemplar a aquellos animales hermosos y perfectos. Logan pasó por delante y le acarició el suave pelaje castaño al mismo tiempo que su padre aparecía al otro extremo del establo. Permitió que la yegua le olisquease la mano con el hocico, se volvió hacia su padre y dijo:

—Hola.

Emmett Carter puso los brazos en jarras, entornó los ojos y, en tono casi acusador, respondió:

—¿Te esperábamos?

—No —contestó Logan meneando la cabeza. Le dio una palmada a la yegua y después caminó hacia su padre—. Tengo que hablar contigo.

Emmett resopló.

—Estoy trabajando —declaró, e hizo ademán de dirigirse hacia la salida de atrás.

—Tengo que hablar contigo ahora —insistió Logan.

—Pues estoy trabajando. —Emmett no se dio la vuelta.

—Pues tendrás que buscar a alguien que lo haga por ti. —Logan se metió las manos en los bolsillos, manteniéndose firme—. Es importante.

—No puedo hablar ahora —respondió Emmett sin dejar de caminar.

—¡Sí que puedes! —La voz alzada de Logan reverberó en la vasta estructura.

Su padre se detuvo. Logan sintió que se le aceleraba un poco el pulso. Emmett se volvió. Se miraron uno al otro desde extremos opuestos del establo.

Esta vez, al contrario que en el funeral, cuando su padre lo miró a los ojos, Logan se negó a dejarse acobardar y le devolvió la mirada.

Pasados unos segundos, y sin apenas mover la cabeza, su padre le pegó una voz a uno de su empleados para que se hiciera cargo. A continuación salió por la puerta de atrás en dirección a la casa, dando por hecho que Logan lo seguiría.

Capítulo veintinueve

Logan y su padre se sentaron uno frente al otro en la cocina. Entre ellos, los amplios listones de madera que conformaban la mesa, donde Logan y sus hermanos hacían los deberes de pequeños, donde comían y aguantaban las reprimendas de su madre cuando los regañaban en la escuela por no atender o por meterse en peleas, las típicas cosas de niños. Pero, al verse allí sentado frente a su padre, Logan volvió a sentir que era de nuevo aquel niño, como si los años de trabajo, de ascenso social, de éxito, le fueran arrebatados al ver a su viejo, fornido y de rostro pétreo.

«Mantente firme, Logan», se dijo.

Recordó el cuadrilátero. Se imaginó de pronto combatiendo un par de *rounds* contra su padre. Menuda pelea sería. Emmett ostentaba una gran fuerza imbuida en los músculos tonificados por el duro trabajo. Ninguno de los dos se echaría atrás, eso seguro. Aquella idea lo hizo sonreír por dentro, cosa que, de hecho, lo ayudó a relajarse, dejando caer los hombros. Había preparado café mientras su padre se lavaba y ahora dio un sorbo a aquel brebaje ardiente y familiar; las mismas tazas, los mismos granos. Le recordaba a las mañanas en casa.

—Será mejor que empieces a hablar, porque no tengo todo el día. —Emmett estaba secándose las manos con una toalla.

Logan dejó su taza y dijo:

—¿Quieres decirme hola? ¿Preguntarme primero cómo estoy?

Su padre lo miró desde debajo de sus severas cejas negras.

—No tengo tiempo para eso.

Logan se metió la mano en el bolsillo y sacó el anillo de sello. Lo colocó sobre la mesa entre ambos. El oro refulgía como el pedernal a la luz del sol que se colaba por la ventana de la cocina.

Emmett había dado un trago al café y se detuvo con ello en la boca al ver el anillo. Logan le vio tragar, dejar la taza lentamente sobre la mesa y, antes de alcanzarlo, dirigirle una mirada como diciendo «¿esto es lo que creo que es?». Su padre era capaz de transmitir una expresión con el infinitesimal movimiento de un labio o con un ojo fugazmente entornado. Ese era su idioma y todos ellos habían aprendido a interpretarlo desde la infancia.

Logan mantuvo una expresión impávida.

Con los dedos cuarteados, su padre agarró el anillo de la mesa, sujetándolo como una joya, y se lo acercó a la cara para inspeccionar la insignia.

Miró a Logan por encima.

—¿Dónde lo has encontrado?

—En casa de Jack.

Emmett apretó los labios. Volvió a centrarse en el anillo. Por un momento, por ridículo que pareciera, Logan se preguntó si tal vez su padre se dignaría a disculparse por el desprecio al que le había sometido por perderlo.

Pero Emmett era de los que nunca se disculpaban ni daban explicaciones. Se limitó a volver a dejar el anillo en el centro de la mesa.

—¿Y qué es lo que quieres decirme? —preguntó, con una mano en el asa de la taza y la otra colocada abierta sobre la mesa.

Logan se aclaró la garganta.

—Quiero hablar contigo sobre nosotros, sobre el pasado.

—¿En serio, Logan? —Su padre hizo una mueca de dolor—. No tengo tiempo para eso. —Hizo ademán de levantarse de la silla—. No hay nada que decir.

—¡Siéntate! —Logan se sorprendió a sí mismo con la dureza de su propia voz.

Su padre se detuvo.

—Vas a escuchar lo que tengo que decir aunque tenga que clavarte a la puta silla —añadió alzando la mirada—. No pienso seguir haciendo esto. No voy a dejar que desaparezcas, que sigas juzgándonos a todos por lo que hicimos. No voy a hacer tu trabajo porque tú te niegues a hacerlo.

—No sé de qué estás hablando.

—Si no lo sabes, entonces eres ciego además de cabezón.

—Vigila esa boca, hijo.

—¿O qué, papá? ¿Vas a pelearte conmigo porque te da demasiado miedo escuchar?

—No me da miedo nada de lo que tengas que decir.

—¿Ah, no? —Logan entornó los ojos—. Esta familia está rota. Nosotros estamos rotos.

Emmett resopló.

—No me vengas con esas. No te presentes en mi casa y empieces a decirme lo que somos y lo que no somos. —Le brillaban los ojos con aquella ferocidad dura que, de niño, siempre le intimidaba—. Renunciaste a ese derecho hace mucho tiempo.

Pero ya no era un niño. Sostuvo aquella mirada terrorífica y contraatacó:

—Ah, ¿qué pasa, que a nadie se le permite ya decir nada? ¿Tener opinión? ¿Debemos seguir exactamente como siempre? —Logan dibujó una mueca de desdén con los labios y fulminó a su padre con la mirada—. ¿Dónde nos ha llevado eso? Jack ha muerto. Ethan estará a saber dónde. ¿Quién es el siguiente, papá?

De fondo se oía el tictac del reloj. El único indicador de que su padre le había oído fue la tensión de su boca.

Logan notaba la sangre palpitándole en la sien. Le temblaba la mano. Se recostó, capaz aún de oír sus propias palabras, como un eco en la habitación.

Emmett dio un trago al café, aparentemente para tener algo que hacer, para concederse tiempo de pensar. Cuando volvió a dejar la taza, siguió una larga pausa antes de que hablara. Logan se alegraba de haber dejado el móvil en la cazadora, en el vestíbulo, porque, de lo contrario, ahora estaría revisando emails, cualquier cosa que lo distrajera del miedo que aún se alojaba en la boca de su estómago cuando se enfrentaba a su padre.

Emmett fijó la mirada en la taza cuando habló.

—Jack nunca estaba satisfecho. Nunca estuvo feliz con lo que tenía. —Hizo girar la taza entre las manos—. Ninguno lo estabais. Salvo Noah, tal vez.

Logan frunció las cejas en señal de incredulidad.

—No creo que eso sea cierto —respondió—. No creo que ninguno tuviéramos idea de lo que éramos. —Seguía con el pulso acelerado, el cuerpo alerta. Se preguntó si tendría el valor de decir lo que estaba diciendo si no fuera por el subidón de adrenalina—. Todos sabíamos lo que tú querías que fuéramos.

Emmett sacudió mínimamente la cabeza.

Logan se estremeció, no pudo evitarlo, era una reacción que tenía grabada en el cerebro, el pánico aterrador a traspasar un límite. Pero siguió adelante, no tendría sentido haber ido hasta allí si no lo hacía.

—Desde luego, nunca nos conocimos a nosotros mismos, nunca supimos lo que podíamos ser.

—Ah, claro —repuso su padre con una imperceptible risa sarcástica—. Y cantar y tocar la guitarra era la respuesta, ¿verdad? ¿Eso os enseñó a ser los hombres que queríais ser? —Con ambas manos sobre la mesa, se estiró hacia atrás, flexionando los músculos de los antebrazos—. Porque, tal como yo lo veo, lo único que ha ocurrido es que habéis perdido todos el rumbo. —Lo dijo despacio y con desprecio—. Ninguno estáis aquí. Ninguno sabéis una mierda acerca de quiénes sois. —Escupió las últimas dos palabras. Desvió entonces la mirada hacia el anillo, que brillaba de nuevo con la luz baja del sol—. Nunca debería haber dejado que os fuerais.

—¿Dejar que nos fuéramos? —Entonces fue Logan quien resopló —. Éramos adolescentes, ¿cómo habrías podido impedírnoslo? —Fulminó con la mirada al hombre que tenía sentado enfrente, con su camisa de cuadros rojos que ya parecían rosas por el uso, la barba pulcramente recortada, los profundos surcos dibujados entre las cejas, que jamás desaparecían—. Lo que podrías haber hecho —continuó, obligándose a contraatacar con contención—, lo que deberías haber hecho es decirnos que no pasaba nada. Habernos animado a irnos y ver el mundo, y volver aquí después si queríamos. —Sus manos imitaron las de su padre, apoyadas y extendidas sobre la mesa, pero las suyas casi lo empujaban a levantarse de la silla para acercarse más en su urgencia por hablar—. Podrías habernos apoyado para que no tuviera que hacerlo yo. Podrías haber

entendido que, si le das a la gente la libertad de marcharse, ¡será más probable que regresen!

—¡Pero vosotros no regresasteis! —exclamó Emmett dando un puñetazo sobre la mesa.

—¡Porque nadie quería! —respondió Logan—. Nadie se atrevía. ¡Porque estabas furioso con todos nosotros, pero no decías nada!

Se hizo el silencio, roto únicamente por el metrónomo del reloj de péndulo y la reminiscencia de sus palabras aún suspendidas en el aire.

Su padre lo fulminó con la mirada. Sus ojos parecían impenetrables.

Logan suspiró. Apartó la vista y miró por la ventana, siguiendo la sombra de las nubes en las montañas.

—Creo que parte del motivo por el que he venido es decirte que no regresaré jamás. —Sintió que se le tensaban todos los músculos, como si se preparase para un puñetazo—. Nunca antes me he atrevido a sacar el tema. Pero no pienso volver aquí, papá, no al rancho. —Horrorizado, se dio cuenta de que le temblaba la voz al decirlo, no como si fuera a llorar, sino como si estuviera admitiendo una ofensa; aterrorizado, como un niño pequeño, ante las consecuencias. Era un hombre adulto, por amor de Dios, había cerrado acuerdos de miles de millones de dólares, se había subido a un escenario frente a miles de personas y aun así apenas se sentía capaz de decirle a su padre la verdad. Pensó de pronto en Bella, de pie en su cocina, obligada a confesarle lo que le había sucedido, mostrándole su vulnerabilidad.

Emmett resopló como si Logan hubiera malgastado su tiempo.

—¿Has terminado?

Logan se recostó en su silla y se sintió avergonzado e idiota por haberlo intentado.

—Sí. Vale.

Su padre se levantó, arañando el suelo de madera con la silla, después le dio la espalda, atravesó la cocina y salió por la puerta de atrás. La puerta mosquitera se cerró con un golpe rotundo.

Capítulo treinta

Logan cerró los ojos. Escuchaba el familiar tictac del reloj y el zumbido de la nevera desde donde estaba sentado, frente a la mesa. Inspiró y espiró, sintiéndose como un idiota y preguntándose por qué se había siquiera molestado en intentarlo.

—Puede que no se le dé bien demostrarlos, Logan, pero sí que tiene sentimientos.

Logan abrió los ojos de golpe y vio a su madre apoyada en el umbral entre la cocina y el salón. Vestía unos vaqueros y un jersey negro, tenía los brazos cruzados y el pelo recogido en un moño descuidado. Tenía puesto el delantal, y Logan se preguntó si los habría visto aproximarse desde el establo y habría ido a sentarse en el salón.

—¿Has oído todo eso? —preguntó.

—Sí —confirmó ella con gesto afirmativo. Le brillaban los ojos con su habitual complicidad al acercarse hasta donde estaba sentado e inclinarse para abrazarle los hombros—. No era tu misión salvar a Jack. En todo caso, era la mía, o la de tu padre, pero no la tuya, Logan. Lo decepcionamos.

Su madre era la última persona que Logan deseaba que cargara con la culpa de lo que había ocurrido, y así se lo dijo.

—Cielo —respondió ella, sacando la silla que había a su lado; la forma de sus manos, el respaldo tallado de la silla, la dulzura de su perfume, todo ello tan familiar para él y, no obstante, tan lejano—. Cuando eres padre, cargas con la responsabilidad de cuidar de tus hijos. Yo hablaba con Jack por teléfono y jamás insinuó que tuviera problemas más allá de los que tenía en su matrimonio. Su carrera iba de maravilla, tenía esa casa preciosa, se iba de vacaciones a sitios asombrosos. Sí, estaba enfadado por el divorcio, pero jamás

dio a entender que hubiera algo más. —Se encogió de hombros con gesto de incredulidad—. Pero nos equivocamos. Todos. —Se volvió para poder apoyar las manos entrelazadas sobre la mesa—. Era muy buen actor. Se le daba muy bien ocultar cosas. —Reparó en el anillo, estiró el brazo y lo agarró—. Me preguntaba qué era lo que habías encontrado. —Lo volteó sobre su mano y volvió a dejarlo en la mesa —. Siento que ocurriera.

—No quiero que seas tú quien lo sienta —dijo Logan.

—¿Pero quieres que tu padre sí lo haga? —le preguntó ella, enarcando sus cejas oscuras. Tenían los mismos ojos su madre y él; Logan entendía sus expresiones como entendía las suyas propias, y sabía que a ella le pasaba lo mismo con él.

Recordaba cuando les había dicho que estaba enferma. Que le habían encontrado un bulto, pero que todo iría bien. Siempre dispuesta a tranquilizarlos, pero Logan alcanzó a ver el miedo en su mirada. Seis hijos, Willow solo con doce años en aquella época. Todos ellos dependientes de su madre, y ella lo sabía, porque la alternativa era su padre: sobresaliente en los temas prácticos, gruñón y distante con respecto a todo lo demás. Diez veces peor cuando la salud de ella corría peligro. Si a diario no decía gran cosa, se quedó mudo mientras su esposa estuvo enferma.

Logan apretó los puños, incapaz de aplacar su propia frustración.

Martha sonrió con sus labios rojo cereza y sus ojos amables.

—Yo también soy culpable, Logan. Estoy segura de que, en el fondo, tu padre diría que os fuisteis todos porque yo os alenté demasiado con la música y el canto. Esa era mi pasión. —Se llevó una mano al pecho, sobre la cruz dorado que siempre le colgaba del cuello—. Yo introduje eso en la casa. Los Carter no eran gente musical antes de que yo llegara. —Sonrió con ironía, como si estuviera quedándose muy corta con aquella frase. Logan pensó en el abuelo Carter; si creía que su padre era un hombre de pocas palabras, el abuelo hablaba menos aún.

—No fue culpa tuya. —Logan no lo toleraría—. Estabas enferma. —Aún recordaba con claridad a Ethan pausando la tele cuando emitían el anuncio de un gran concurso de talentos y diciendo: «Deberíamos hacerlo por mamá». Estaban todos sentados en el

salón, sin saber qué hacer porque la tía Eleanor —que había ido a quedarse con ellos porque Emmett tenía que ocuparse del rancho, o esconderse en él— no paraba de decirles que los médicos creían que lo tenían bajo control, pero se negaba a decir con certeza que Martha fuese a sobrevivir. En aquel momento, nadie garantizaba nada. Crear el grupo se convirtió en una misión, algo que les ayudara a superarlo. Algo de lo que hablar cuando llegaban a casa y veían a su madre tan frágil e impotente. Aún recordaba a Willow bailando mientras ensayaban en uno de los graneros que no utilizaban, con las mejillas mojadas por las lágrimas.

Se habían apuntado a la competición cuando su madre empezó con la quimioterapia. Y, para cuando los vio alzarse con la victoria, los tratamientos habían concluido y las garantías eran mayores. A los chicos les pareció un milagro. A su padre, no tanto.

—Me encantaba lo que hacíais, Logan. —Su madre estiró el brazo y le apretó la mano, que la tenía fría—. Estaba muy orgullosa. Sigo estándolo, de todos vosotros. Pero a tu padre le gusta este rancho, y su sueño era teneros a todos aquí. —Sonrió con suavidad y entornó los ojos como un gato—. Hay cosas que ganamos y cosas que perdemos. A nadie le gusta perder, Logan. A nadie le gusta sentir que el papel que desempeña no es lo bastante bueno. Que queda en segundo puesto. —Acercó más la silla a la de él para poder pasar el brazo por el respaldo de la suya y mirar por la ventana, contemplar el sol radiante sobre el pastizal. Suspiró entonces—. En esta casa hay muchos egos, siempre ha sido así. —Volvió a mirarlo con una ceja levantada—. Egos cabezones y competitivos.

Logan hubo de desviar la mirada para ocultar su sonrisa cómplice.

Su madre le dio un empujón en la rodilla con la suya.

—Es difícil de aceptar cuando no eres tú el que gana. No es que lo excuse —agregó, más en serio—. Solo lo explico. —A continuación se puso en pie y le dio un beso en la coronilla como si tuviera diez años—. Siempre has sido un buen niño, Logan.

—Mamá, no soy un niño, mírame. —Se señaló a sí mismo con la mano.

Ella lo rodeó con los brazos, lo olió y lo apretó con fuerza.

—Mi chico precioso —dijo revolviéndole el pelo.

—Quita —respondió él riéndose, apartándola con cariño.

Su madre se apartó y apoyó la cadera contra la mesa.

—Escúchame —pidió, y se le borró la sonrisa para cederle el lugar a la seriedad de su mirada—. Nunca hemos hablado debidamente sobre nada de esto, siempre ha sido más fácil mirar para otro lado, pero te diré una cosa: es tu vida, Logan, y la puedes vivir como te plazca, ¿entendido? No me hagas caso a mí, ni le hagas caso a tu padre. No te preocupes por lo que pensemos. Hazlo a tu manera, ¿de acuerdo?

Logan guardó silencio unos instantes y después asintió. Ahora sí que temía que se le hubiesen llenado los ojos de lágrimas.

Su madre se acercó a la cafetera, situada encima de los fogones, para servirse una taza.

—Pero no te hagas tan difícil de ver, Logan. Eso es lo único que te pido.

Capítulo treinta y uno

Logan se fue del rancho montado en su moto y sin mirar hacia el establo, pues no quería ni ver a su padre de refilón.

Para cuando se detuvo frente al manzanar, le sudaban las palmas de las manos dentro de los guantes a causa de los nervios. Cuando llamó al timbre, confiaba en que Bella se hubiese mantenido fiel a su decisión de ayudar a su padrastro con la poda de los manzanos.

Fue John-Luke quien abrió la puerta, vestido con pantalones de camuflaje, un viejo jersey de punto trenzado en color crema y unas pesadas botas; saltaba a la vista que estaba trabajando en el manzanar. Era más bajo que Logan por solo un poco, pero la mirada pétrea que le dedicó al verlo le hizo sentirse de pronto muy pequeño. Tragó saliva.

—¿Está Bella en casa?

John-Luke miró hacia atrás por encima del hombro, cosa que Logan interpretó como un sí, pero entonces le vio dar un paso al frente y decir con frialdad:

—Creo que es mejor que no te acerques, Logan. Ya tuve que recoger los pedazos una vez después de que uno de vosotros la destrozara, y no quiero tener que volver a hacerlo.

Logan estuvo a punto de protestar, de intentar razonar con él, pero vio la señal de advertencia en su mirada y tuvo que mirar hacia otra parte, avergonzado.

—Lo comprendo —dijo, dando un paso atrás, y se dio la vuelta para abandonar el porche, con el corazón encogido por lo que John-Luke había tenido que hacer a la hora de proteger a su hijastra.

Pero entonces oyó la voz de Bella decir:

—No pasa nada, puedo hablar con él. En serio, no te preocupes.

Logan se dio la vuelta y la vio allí de pie, envuelta en un largo abrigo azul y un grueso jersey negro de cuello vuelto. Pasó junto a su padrastro y le dio un apretón en el brazo para tranquilizarlo e indicarle que podía gestionarlo ella sola.

—Pero gracias —agregó con una débil sonrisa, y pasados unos instantes de vacilación, John-Luke accedió y dio un paso atrás, pero sin dejar de mirar a Logan.

Cuando desapareció, Bella contempló la calle detrás de Logan, por si acaso había alguien espiándolos.

—Será mejor que vengas al manzanar —le sugirió.

Logan la siguió a través de la casa, contemplando la familiaridad del mobiliario, atravesó a continuación la ruinosa terraza acristalada y llegó hasta las hileras de árboles, a la sombra de las montañas que se alzaban más allá.

Bella se ciñó el abrigo al cuerpo cuando emergieron al frío. Lo condujo por entre los árboles, y la hierba crujía bajo sus pies en las zonas donde la nieve no se había derretido.

—He ido a ver a mi padre —anunció Logan mientras hablaban. Bella lo miró un instante—. Le he dicho que no iba a volver.

Ella se detuvo.

—¿Y qué ha hecho?

—Se ha marchado.

Bella enarcó las cejas como si no le sorprendiera, pero seguía esperando a descubrir qué tenía eso que ver con ella.

—He venido porque quería decirte que me equivoqué con lo que dije sobre Jack. —Estiró el brazo y pasó el dedo por restos de escarcha de una de las ramas—. Lo siento —agregó, volviendo a mirarla—. Ya sé que no paro de disculparme, pero todo esto es bastante nuevo para mí.

—¿Qué es lo nuevo? —preguntó ella con los ojos entornados.

—Tener que justificar mis actos —admitió Logan encogiéndose de hombros con tristeza.

Bella puso los ojos en blanco y apartó la mirada, quizá para contener una sonrisa de incredulidad, o eso esperaba él.

Un par de hileras de árboles más adelante, John-Luke se había subido a una escalera y, con las tijeras de podar en una mano, no

les quitaba el ojo de encima.

Bella se acercó a un desvencijado banco confeccionado con las propias ramas entrelazadas de los manzanos. Sacudió la escarcha con la manga del abrigo antes de sentarse, pero Logan no se molestó en hacer lo mismo. Se inclinó hacia delante, haciendo crujir el banco bajo su cuerpo, apoyó los codos en las rodillas y la barbilla en sus dedos enlazados. Miró hacia delante, fijándose en las interminables hileras de manzanos, luego los pinos, y a continuación la montaña, como un pastel relleno con varias capas.

—Ya no llevo bien que mi vida y mis decisiones estén sometidas al escrutinio de la opinión pública. Creo que nunca lo he llevado bien. No llevo bien la pérdida de control.

Bella se había sentado a unos treinta centímetros de él y se apoyó contra el reposabrazos de madera de manzano.

—No puedes detener todas las historias, Logan. La gente siempre tendrá opiniones.

—Lo sé, y no lo soporto. —Se echó hacia atrás y se pasó la mano por el pelo en un gesto de frustración.

—En algún momento, tendrás que renunciar a ello —le dijo ella, resignada. Entonces guardó silencio y tomó aliento antes de añadir —: A no ser que sigas viéndome como la mujer de tu hermano.

—No, no es eso —se apresuró a decir él—, pero…

El «pero» quedó suspendido en el aire.

Bella ladeó la cabeza, a la espera.

Logan no era capaz de formular una respuesta. Se quedó contemplando las vistas. El aliento formaba nubes delante de él, el viento le cortaba las mejillas y su cerebro se debatía entre no decir nada y decir lo que de verdad sentía. Recordó la foto del periódico y los molestos titulares.

—Siento que tú eres territorio vedado —respondió al fin, con una mirada de arrepentimiento.

Bella cerró los ojos un instante.

Él suspiró.

Cuando volvió a mirarlo, solo vio en sus ojos el fastidio.

—¿No te parece que eso debería decidirlo yo?

—Seguramente sí —admitió él tras una pausa.

—Logan, eres muy frustrante —lo acusó ella pasándose los dedos por el pelo.

Él se rio sorprendido. Pero Bella meneó la cabeza, exasperada.

—Tengo que volver a trabajar —declaró, poniéndose en pie y señalando los árboles que los rodeaban.

—Desde luego —respondió Logan, captando la indirecta.

Cuando se levantó para marcharse, se despidió de John-Luke desde la distancia, y este le devolvió el gesto con una actitud desconfiada, casi suspicaz. A Logan no le gustó cómo le hizo sentir.

Mientras atravesaba de nuevo la casa con Bella en dirección a la puerta, no se sentía mejor que al llegar, quizá incluso peor. Vacío, como si de pronto le faltaran piezas cuando justo acababa de descubrir lo que era haberlas recuperado.

Pero, justo cuando ya se iba, oyó decir a Bella:

—Has hecho bien en decir lo que has dicho. —Él se dio la vuelta —. A tu padre —aclaró ella.

Logan se detuvo. No deseaba demostrar lo mucho que significaba para él, de manera que enarcó una ceja y respondió con frivolidad:

—¿Te recuerdo que se ha marchado y me ha dejado con la palabra en la boca?

—Ha sido solo el primer paso —dijo ella, muy seria—. Todavía tienes que volver a intentarlo.

—Me parece a mí que no —repuso él con una mueca de dolor.

Ella se encogió de hombros como si le diera igual, pero a él, viendo su negativa a través de sus ojos, le hizo sentir de pronto tan estrecho de miras y obstinado como su padre.

Capítulo treinta y dos

La tarde siguiente, se abrió la puerta de atrás y en la cocina de la casa del rancho entró Noah, seguido obedientemente por Rocky. Al ver a Logan sentado a la mesa y a su madre de pie junto a los fogones, hizo ademán de darse la vuelta, pero Martha dijo:

—Noah, ven aquí y siéntate.

—¡Me dijiste que era una reunión de planificación!

—Sí, te mentí —admitió Martha encogiéndose de hombros—. Siéntate.

Noah vaciló. Logan se daba cuenta de que estaba deseando marcharse. Pero jamás le negaría algo a su madre, de modo que cruzó la cocina con la cabeza gacha como si fuera un niño.

Rocky pareció percibir el ambiente y se despatarró bajo la mesa. Noah sacó la silla de enfrente de Logan. Sentados uno frente al otro a la mesa de la cocina, fue como si volvieran a ser pequeños.

Martha se acercó a la puerta de atrás, la abrió y gritó:

—¡Emmett!

Pasado un segundo, se oyó la respuesta:

—¿Qué?

—¡Tienes que venir tú también! Tenemos reunión, ¿no te acuerdas?

—Estoy ocupado, Martha. Tendrá que esperar.

Logan miró a Noah, que enarcó las cejas como diciendo «ya empezamos».

—Qué cabezón es —se quejó Martha—. ¡Qué cabezones sois todos! ¿Cómo he logrado tener seis hijos y un marido así de cabezones? —Metió los pies furiosa en las botas que guardaba bajo un banquito situado junto a la puerta trasera y atravesó el patio con zancadas decididas.

Sentado frente a él, Noah lanzó una mirada anhelante hacia la ventana, sacudiendo la pierna por debajo de la mesa. Al darse cuenta de que Logan estaba observándolo, dijo secamente:

—Y a todos nos iba muy bien así.

Logan hubo de contener una sonrisa de suficiencia.

La puerta trasera se abrió de golpe y regresó Martha, que se quitó las botas y caminó hasta donde aguardaba su taza de café sobre la encimera. Se quedó allí de pie, con los brazos cruzados y un intenso brillo en sus ojos azules.

Se quedaron en silencio. De nuevo, solo se oía el reloj. Logan no podía mirar a Noah, temía que fuese a entrarle la risa como les sucedía cuando los habían regañado en el cole, cinco niños descontrolados en torno a la mesa para escuchar la severa reprimenda de su madre.

Aguardaron.

Logan no creía ni por un momento que su padre fuese a venir. Pero de pronto sonó el golpe de la puerta mosquitera y Emmett apareció en el umbral, quitándose el sombrero y pasándose la mano por el pelo con evidente fastidio.

Logan se irguió sorprendido. Miró hacia donde se encontraba su madre, que rodeaba la taza de café con ambas manos y miraba fijamente a su marido, como si así pudiera mantenerlo en el sitio, y de pronto se dio cuenta de con quién no querría enfrentarse realmente en el cuadrilátero.

Martha rodeó la mesa hasta llegar a la silla situada junto a Logan y se sentó, colocando la taza frente a ella.

—Hace demasiado tiempo que no hablamos de verdad, ninguno de nosotros. —Le lanzó una mirada de soslayo a Emmett, que se había quedado en pie junto al frigorífico, mirando al suelo, con gesto impasible.

—Nos vemos en Navidad y en los cumpleaños, con un poco de suerte, y nadie se atreve a abordar ningún tema por miedo a disgustar a alguien y echar a perder el día. —Juntó las manos con una palmada, como si estuviera presidiendo una reunión—. Entonces, ¿es culpa mía que os fuerais todos y la familia se haya distanciado tanto? ¿Porque os alenté a tocar un instrumento, a

cantar, a disfrutar de la música en una casa donde nadie ponía un disco a no ser que fuera de villancicos en Navidad, y no siempre? —Meneó la cabeza, desesperada al recordarlo.

Logan abrió la boca para refutar lo que había dicho y asegurar que no era culpa suya, pero su madre continuó:

—Pero no, no podéis echarme a mí la culpa porque entonces estaríamos obviando el hecho de que lo hicisteis por mí, para hacerme sonreír, para hacerme feliz durante lo que fue una época muy… difícil. —Se le quebró la voz en la última palabra.

Logan se arriesgó a mirar a su padre, pero Emmett permanecía con la cabeza agachada. Igual que Noah. Nadie miraba.

Para Logan, el grupo y su partida del rancho habían existido siempre al igual que el monte Starlight, que dominaba el horizonte al otro lado de la ventana, como un oscuro monolito implacable que proyectaba su sombra sobre todos ellos, una bestia a la que nadie se atrevía a provocar por miedo a revelar su participación en el asunto. Su madre prácticamente acababa de hacerlo saltar por los aires, y el riesgo de lo que pudiera suceder como resultado hizo a Logan pegar la espalda a la silla.

Martha, sin embargo, no pareció inmutarse, como si llevara toda la vida esperando aquel momento.

—¿O deberíais vosotros ir por la vida sintiendo diferentes grados de culpabilidad por haberos marchado, chicos? Por dejar a vuestro padre herido y decepcionado ante el cambio en lo que él creía que iba a ser vuestro futuro juntos.

Emmett sí que alzó la vista entonces, pero la dirigió hacia la pared. Con la mandíbula apretada. Seguro que no soportaba aquello. Cualquier alusión a las emociones era como una inmensa flecha que señalaba su debilidad. La incomodidad que brotaba de su cuerpo era tan palpable que a Logan le dieron ganas de levantar la mano, aceptar la culpa y terminar con aquella escena.

Pero su madre no había terminado.

—O quizá —prosiguió, recostándose, con las piernas y los brazos cruzados— podamos decir de una vez que las cosas son así. Lo que pasó, pasó. Y seguir con nuestras vidas. Empezar un nuevo capítulo. Algo que siempre sabremos que Jack no tuvo oportunidad de hacer.

Pero eso es cosa nuestra. De vuestro padre y mía. Y me niego a permitir que vuelva a suceder.

Siguió una pausa. Martha dejó que las palabras quedaran suspendidas entre ellos.

Logan miró a Noah, Noah lo miró a él. Sentía que el corazón le palpitaba en los oídos, se preguntaba qué diría su padre, qué haría con esa opción.

Pero, como era de esperar, en lugar de decir nada, Emmett utilizó la última parte del discurso como oportunidad para retirarse y se volvió para irse.

Martha se levantó como un resorte, tan rápido que a punto estuvo de volcar la silla.

—No te atrevas a salir por esa puerta —lo amenazó.

Logan puso los ojos como platos. Noah pareció encogerse sobre sí mismo.

—Emmett Carter, por una vez en tu vida, vas a admitir que eres muy mal perdedor y siempre lo has sido. Demasiado orgulloso para ver de otro modo algo con lo que no estás de acuerdo. Porque, si sigues fingiendo que preferirías no tener nada a sacar al máximo partido a lo que tenemos, seguiremos sin tener nada. —Se irguió con una gélida mirada—. Nosotros hemos permitido que se cree esta distancia en la familia, todos nosotros. Mediante la testarudez, apartando aquello que no comprendemos, o que no queremos comprender.

Logan nunca había visto a su madre enfadarse de ese modo, salvo cuando los regañaba de niños porque se habían portado realmente mal. Los miró a su padre y a ella y temió por un momento que su padre fuese a marcharse de igual modo, y si lo hacía, ¿qué ocurriría entonces? Se preguntó hasta qué punto estaría convencida su madre de que su padre fuese a quedarse, pero tenía el mismo semblante inescrutable que Emmett.

Se oía el tictac del reloj. Aguardaron.

El momento, cuando se produjo, difícilmente podría considerarse algo monumental, con un leve giro de los hombros en dirección a los presentes en la cocina, la boca apretada formando una tensa línea, pero para ellos sí fue monumental.

Logan notó que su respiración volvía a la normalidad.

Ya más tranquila, Martha continuó como si no hubiera pasado nada:

—Ahora depende de nosotros enmendar las cosas. —Se retiró de la cara el cabello que se le había soltado al enfadarse y regresó a su silla—. Si podemos hacer algo, os recordamos, chicos, que este es vuestro hogar. Quiero que volváis todos, Logan —agregó, sincera y sin remordimientos—. Quiero que quieras venir aquí. Que no nos esquives. Quiero que vivas al menos un par de días al año en esa casa que te compraste.

Logan notó que se le sonrojaban las mejillas por la vergüenza ante la alusión a su casa tanto tiempo ignorada.

—Quiero que sintáis que aquí sois bienvenidos —insistió su madre con más dulzura, y estiró los brazos por encima de la mesa para estrecharles las manos a Noah y a él.

Noah puso los ojos en blanco, no pareció poder evitarlo.

Martha le dio un manotazo en los dedos para que se comportara.

—Os hemos decepcionado al permitir que esto se enquistara. Decepcionamos a Jack, nosotros, no vosotros. —Miró con intención a Emmett, retándolo a poner en duda sus palabras.

Logan también miró. Y Noah. Y vieron con incredulidad cómo, muy despacio y de forma imperceptible para el ojo inexperto, su padre asentía.

Martha cerró los ojos un segundo, con alivio evidente. Cuando volvió a abrirlos, las lágrimas le humedecían las pestañas. Su madre nunca lloraba, al menos no delante de ellos. Logan notó que se le encogía el corazón.

Ella se apretó el rabillo de los ojos con los dedos para evitar llorar. Emmett hizo ademán de cruzar la cocina en su dirección.

Pero ella levantó una mano para detenerlo.

—Quiero que de esto salga algo bueno. Lo que sea. Para empezar, quiero que vosotros dos intentéis entenderos el uno al otro —pidió, señalando a Logan y a su padre—. Que dejéis de ser tan cabezones por una vez y os perdonéis el uno al otro.

Logan se sentía indefenso frente a las lágrimas de su madre. Notó el calor en la cara al quedarse mirando la mesa, como si tuviera

catorce años, después alzó la vista, miró a su padre y aguardó a que este alzara la mirada hacia el techo con un suspiro de fastidio. Pero quizá él también se sintiera indefenso, pues en lugar de suspirar, Emmett lo miró durante largo rato, lo bastante para que él le devolviera la mirada y lo que vio se convirtiera en un rostro que era humano, no solo su padre; lo bastante, tal vez, para que su padre lo viera a él como un hijo y no como a un empresario.

A continuación, cuando parecía que nadie iba a volver a moverse, Emmett se acercó a la mesa y le tendió la mano, callosa y manchada de tierra, y sin dudar, Logan se puso en pie y se la estrechó con toda la firmeza que pudo, habida cuenta de lo perplejo que estaba. Cuando alzó la mirada, creyó posible que las arrugas que surcaban las sienes de su padre en torno a los ojos se hubieran pronunciado ligeramente en un gesto de cariño.

Por una vez, Noah pareció tan desconcertado por la escena como Logan, lo que debía de significar que aquello constituía un momento tan histórico como se le antojaba a él.

Martha respiró aliviada. Después se sacó un clínex del bolsillo de los vaqueros y se secó la cara.

Logan le soltó la mano a su padre con reticencia y volvió a sentarse, mientras que Emmett ocupaba la silla de enfrente.

—Es un buen comienzo —declaró Martha.

Su padre pareció sorprendido por la palabra «comienzo», pero debió de entender que sería mejor no decir nada.

Apoyando los brazos sobre la mesa, su madre se echó hacia delante y dijo con urgencia:

—Quiero asegurarme de que lo que le sucedió a Jack no os suceda a ninguno de vosotros. No quiero que ninguno pase desapercibido, que esconda su naturaleza. Quiero que volvamos a ser una familia que se conoce. Que se conoce de verdad.

Logan asintió pese a estar bastante convencido de que se trataba de una quimera. Noah se limitó a mirar las vetas de la mesa de madera.

—Eso te incluye también a ti, Noah. —Martha golpeó con la mano la parte de la mesa que estaba mirando su hermano para llamar su atención—. No creas que solo porque estés aquí eres la excepción.

—Yo no he hecho nada —respondió Noah alzando la mirada con el ceño fruncido—. Estoy bien.

Martha se recostó de nuevo en su silla y lo miró fijamente.

—Ya, claro, por supuesto, vivir en una caravana ahí al lado —dijo señalando hacia la puerta trasera— y trabajar de sol a sol es estar bien. No es sostenible, Noah. Eso es esconderse, no vivir. No estás sacando partido a tu potencial.

Noah levantó la cabeza hacia el techo.

—¿Podemos no meterme a mí en esto, por favor? Estoy muy contento así. —Fulminó a Logan con la mirada, como si fuera culpa suya que estuviera ocurriendo aquello.

Martha decidió ignorarlo por el momento.

—No habéis llevado una vida normal —dijo en su lugar—. Ninguno de vosotros. Tenéis que decidir quiénes sois. Sentar la cabeza. —Gesticulaba impaciente con las manos mientras hablaba, como si todos esos pensamientos hubieran ido creciendo dentro de ella, ansiando la oportunidad de quedar en libertad—. Necesitáis algo de normalidad y equilibrio en vuestras vidas. Logan, tú vives encadenado a tu escritorio o a tu teléfono. Para ti es el trabajo o nada. O, a lo sumo, ¿cómo era?, pegar a los fotógrafos. —Meneó la cabeza en gesto de decepción.

Si bien era evidente que se avergonzaba de su actitud con el fotógrafo —y sabiendo que aquel no era el mejor momento para puntualizar que no le había pegado—, lo que más llamó la atención de Logan fue que, a ojos de su familia, su vida quedaba reducida únicamente a eso. Nada de «Logan, lo estás haciendo genial, figuras en la lista *Forbes*, levantas carreras, disfrutas de la gloria del éxito». Más bien, al igual que con Noah, consideraban que se estaba escondiendo, salvo que detrás de un ordenador en lugar de en una caravana. Sin equilibrio, sin normalidad.

Recordó a Bella diciéndole que no le gustaba la industria musical, que lo que pasaba era que le daba miedo bajarse del carro por temor a ¿qué? A tener que regresar al rancho. Miró a su padre desde el otro lado de la mesa, sentado con los brazos estirados frente a él, toqueteándose las yemas de los dedos con el pulgar, asintiendo con más determinación ante todo lo que iba diciendo

Martha. Logan ya le había dicho que no pensaba regresar. Había saltado la valla y no había tropezado con ella. En todo caso, había logrado mejorar las cosas.

—Brodie va sin rumbo y sin ninguna responsabilidad —prosiguió su madre.

Emmett asintió con más decisión esta vez.

—Así es —convino.

Allí sentado, escuchando la idea de volver a juntar a los hermanos, Logan sintió en su interior un calor que no había sentido en aquella casa desde que era un niño. Notó que se le relajaban los hombros, como si le hubiesen quitado de encima el peso del mundo sin que ni siquiera se hubiera dado cuenta de que lo llevaba a cuestas. Su boca esbozó una sonrisa involuntaria. Le invadió una sensación de calma. Se había acabado. Se había cerrado un capítulo.

—Y luego está Ethan. —Martha se llevó la mano al corazón.

Logan levantó la mirada, saliendo de su ensoñación.

—Nadie sabe dónde está Ethan. Intenté localizarlo para el funeral, pero nada.

Su madre se mostró insistente.

—Tenemos que recuperarlo.

Noah meneó la cabeza como si fuera algo imposible.

Martha golpeó la mesa con el puño y Emmett se estremeció.

—Quiero que lo encontremos y lo traigamos de vuelta. ¡Nos necesita! Todos nos necesitamos unos a otros —imploró su madre, dirigiendo a cada uno una mirada de serena determinación, la misma que, de niños, les resultaba más terrorífica porque no admitía argumentos—. Somos una familia. Es la única manera.

Capítulo treinta y tres

Cuando abandonaron la cocina, Logan no tenía muy claro qué hacer. Noah se alejaba en dirección al establo y, como si hubiera percibido la falta de propósito de su hermano, se volvió y dijo:

—Si no tienes nada mejor que hacer, Logan, me vendría bien que me echaras una mano para revisar las alambradas.

Logan pensó en todo el trabajo que se le estaba acumulando, en las ganas que tenía de contarle a Bella lo sucedido, pero algo en la sugerencia de Noah le pareció demasiado valioso para rechazarlo. Un momento compartido que supo instintivamente que cimentaría todo aquello que se había dicho.

Ensillaron a los caballos y cabalgaron hacia la alambrada perimetral, pero cuanto más se alejaban más daba la impresión de ser solo una excusa para salir a despejarse y asimilar todo lo que había ocurrido. Noah apenas echó un vistazo a las alambradas.

No hablaron de gran cosa, se limitaron a sentir el sol vespertino en la espalda y el aire gélido en los pulmones. Para Logan, era agradable volver a montar a caballo. No recordaba cuándo había sido la última vez. No se dio cuenta de lo mucho que lo había echado de menos hasta que se encontró a lomos del caballo y volvió a sentir la familiaridad de la rutina. Aunque se notaba algo desentrenado en comparación con Noah, que jamás se bajaría de su caballo a no ser que fuera necesario.

En un momento dado, Noah aminoró considerablemente la velocidad del trote para que Logan, que de hecho había bajado el ritmo para contemplar el paisaje, pudiera alcanzarlo, y dijo:

—Si es demasiado para ti, hermano…

Lo que les llevó a galopar en paralelo a toda velocidad por aquel tramo de hierba cubierto de maleza, Noah sacando ventaja, mientras

Logan, con los músculos en tensión y la camiseta empapada en sudor, arreaba a Jo-Jo, la pequeña yegua castaña. Y el animal estuvo a punto de alcanzar a Noah, pero Logan hubo de admitir la derrota cuando el río les cortó el paso más adelante.

—Ha estado bien —comentó, sin aliento, guiando a Jo-Jo hasta el agua para que bebiera, y a continuación se bajó de un salto para refrescarse la cara.

Noah permaneció en su silla. Para él, el esfuerzo no era nada.

—¿Qué te ha parecido todo lo que ha pasado en la casa? —preguntó, señalando hacia la distancia, en la dirección por la que habían venido.

—Me ha parecido bien, creo. —Logan volvió a ponerse el sombrero y se montó en Jo-Jo—. ¿Y a ti?

—Bien también, sí —contestó su hermano encogiéndose de hombros.

Logan sonrió para sus adentros.

—¿Qué es eso de que vives escondido en la caravana? —le preguntó.

—¿Qué es eso de que sales a cenar con Bella? —contraatacó Noah.

—Tocado. —Logan se rio.

—No te metas en mis asuntos y yo no me meteré en los tuyos.

—¿No es eso lo que acabamos de comprometernos a cambiar?

Noah se caló el sombrero y dio la vuelta con el caballo.

—Creo que hemos acordado que papá es mal perdedor, que Brodie va a la deriva y que tenemos que encontrar a Ethan.

Logan puso los ojos en blanco mientras agarraba las riendas de Jo-Jo y seguía a su hermano.

—Estoy muy bien, Logan —aseguró Noah mirándolo por encima del hombros.

—Ya lo creo que sí, Noah —repuso él, acercándose con la yegua.

Regresaron al trote en dirección a la casa.

Cuando se hallaban a medio camino, Noah preguntó:

—¿La cena esa con Bella era tan íntima como parecía en el periódico?

En esa ocasión fue Logan quien se encogió de hombros en un gesto evasivo.

—¿Alguna vez vas a admitir que te gusta?

Logan giró la cabeza bruscamente, desconcertado por la informalidad del comentario.

—No sé de qué estás hablando.

—Creo que te estás sonrojando, Logan —dijo Noah, sonriendo con autenticidad por primera vez en mucho tiempo.

—Lo que pasa es que tengo calor, Noah.

—Ya lo que creo que sí —repuso su hermano con una carcajada.

Capítulo treinta y cuatro

En esa ocasión, cuando Logan llegó al manzanar, le dijo a John-Luke:

—No voy a quedarme mucho, lo prometo. Solo quería decirle una cosa rápida a Bella.

—No pasa nada, Logan —respondió John-Luke con un suspiro—. Creo que la última vez fui un poco sobreprotector.

—Es comprensible —lo tranquilizó Logan encogiéndose de hombros.

—Es que no quiero que vuelvan a hacerle daño.

—No —repuso Logan, mirando al hombre a los ojos—. Yo tampoco.

John-Luke, aparentemente convencido, asintió y le permitió acceder al manzanar, donde señaló a la izquierda y explicó:

—Está subida a una escalera por ahí, en alguna parte.

Logan se abrió camino entre los árboles, por cuyas ramas desnudas se filtraba el sol bajo del invierno.

Cuando vio a Bella, se detuvo un instante antes de saludarla, solo para disfrutar de aquella imagen, de su pelo largo recogido en tirabuzones alrededor de la cara, el cuello del abrigo levantado para guarecerse del frío, el tono rosado de las mejillas y de la punta de la nariz, la nube de vaho que producía al respirar.

Pero, claramente, al notar la presencia de alguien, se dio la vuelta y estuvo a punto de caerse de la escalera cuando lo vio. Logan se apresuró a sujetarla para mantenerla firme.

—Perdona. No pretendía asustarte.

Bella recuperó el equilibrio y se bajó de la escalera.

—De cara al futuro, Logan, recuerda que acercarte con sigilo a alguien que está subido a una escalera tiende a asustarle.

—Tomo nota —dijo él con una media sonrisa irónica. Después le señaló la ropa y agregó—: Este aire de recolectora de manzanas te pega.

—No tengo claro si eso es un cumplido o no —respondió ella retirándose el pelo de la cara.

—Es un cumplido —le aseguró él, ladeando la cabeza, y le dedicó una sonrisa perezosa.

Bella le lanzó una mirada de soslayo y caminó hasta donde había dejado una botella de agua en el suelo, junto a un montón de ramas.

—Imagino que no has venido para hablar de mi gusto para la moda, Logan.

—No —confirmó él—. He venido para decirte que lo he vuelto a intentar. Con ayuda de mi madre.

Ella se detuvo con la botella de agua en los labios.

—¿Y?

—Y mi padre me ha estrechado la mano.

Bella se atragantó con el agua y tuvo que toser un par de veces antes de decir, asombrada:

—No puede ser.

—Pues sí —aseguró Logan, riéndose por su reacción—. Y creo que incluso ha llegado a sonreír.

Bella volvió a ponerle el tapón a la botella y la dejó de nuevo en el suelo, antes de meterse las manos en los bolsillos traseros.

—Eso es magnífico, Logan —declaró con una mirada suave y genuina—. Me alegro muchísimo por ti.

—Gracias —respondió él—. No podría haber hecho nada sin ti, así que gracias por empujarme a hacerlo. Te lo agradezco.

—Creo que lo habrías acabado logrando de igual modo.

—Yo no estaría tan seguro.

Cuando lo miró, Logan sintió el escrutinio de sus enormes ojos marrones, capaces de verlo todo, como si alcanzara a ver en su interior y supiera lo fuera de su zona de confort que estaba, lo incómodo y vulnerable que se sentía por tener que enfrentar todos esos sentimientos.

Tuvo que apartar la vista y mirar a su alrededor en su lugar.

—¿Qué tal va la poda?

—Agotadora —respondió Bella—. ¿Has visto cuántos árboles hay?

Logan se rio, fijándose en las innumerables ramas que se alzaban como palos de escoba en torno a ellos.

A continuación se quedaron uno frente al otro, mirándose bajo los manzanos, hasta que Logan dijo:

—Ya sabes que no hay mucha gente en la que confío lo bastante como para escuchar lo que me dicen y seguir su consejo.

Ella ladeó la cabeza, evaluándolo con la mirada para comprobar si era sincero, después asintió como si lo entendiera y apreciara la magnitud de lo que aquello significaba para él.

—Lo sé.

—He echado de menos tenerte en mi vida —dijo Logan entonces —. Ser tu amigo.

Siguió una pausa.

—Y me doy cuenta de que quizá no seamos amigos después de todo, pero aun así echaba de menos…

—Somos amigos, Logan —lo interrumpió.

—¿Sí? —Se descubrió a sí mismo sonriendo de forma inesperada, invadido por una calidez que se le extendía por dentro.

—Sí —insistió ella, esbozando una sonrisa, con un brillo divertido en la mirada.

Capítulo treinta y cinco

Fue después de la cena cuando empezaron a notarse realmente los cambios en el rancho.

Tras haber recogido los platos, en lugar de volver a salir como tenía por costumbre, para sorpresa de los hermanos, Emmett permaneció a la mesa. Incluso trajo de la estantería el *bourbon* bueno.

Logan le dedicó a su madre una subrepticia mirada de asombro, pero ella se limitó a sonreír, como si no le sorprendiera tanto, porque supiera que esa posibilidad existía en el fondo. Entonces se levantó de la mesa y anunció:

—Bueno, me voy a la nueva clase de yoga que imparten en la sala de la iglesia.

Noah puso una cara extraña, como diciendo que aquello era lo más raro que había oído en su vida.

—¿En serio? —preguntó Emmett con el ceño fruncido.

—Sí —respondió ella con inocencia, acercándose a recoger las llaves de su coche del cuenco situado en la encimera de la cocina, antes de tomar del suelo una bolsa de deporte que, claramente, tenía preparada de antemano—. ¡Vosotros divertíos! —exclamó de camino a la puerta de entrada.

La vieron salir los tres, sentados en torno a la mesa. Logan notó un nudo de pánico que le trepaba por la garganta. La necesitaban. Su madre era su red de seguridad. El amortiguador entre su padre y ellos, el eje al que todos podían mirar.

Logan se aclaró la garganta, pero de pronto no se le ocurría nada que decir.

Emmett se entretuvo en servir el *bourbon* en tres vasos bajos.

Fue Noah quien dijo:

—Logan ha conseguido que Jo-Jo se mueva.

—¿De verdad? —preguntó su padre alzando la vista.

—Sí. —Logan frunció el ceño—. Es rápida. Responde bien. No sabía que planteara problemas.

—Se muestra testaruda y temperamental desde que llegó —explicó Emmett, repartiendo los vasos—. No permite que casi nadie de por aquí se le acerque a menos de un metro.

Logan miró a Noah con incredulidad.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Noah sonrió por encima del borde de su vaso de *bourbon*.

—A lo mejor podrías llevarla al Silver H y ver cómo se desenvuelve en el campo —sugirió Emmett haciendo girar en su vaso el líquido ambarino.

A cualquier otra persona aquello le habría parecido una mera sugerencia, pero a Logan se le antojó como una ofrenda de paz. La vuelta al tipo de conversaciones que solían mantener en torno a esa misma mesa.

—Puede que lo haga.

Su padre asintió y dio un sorbo a su vaso.

Y, desde ese momento, fue como si les hubieran brindado la libertad de rememorar. De recordar al peor y al mejor de los caballos que habían comprado a lo largo de los años; Bumblebee siempre salía victoriosa porque la habían criado con biberones al quedar huérfana durante el parto. Solía pasar el rato con los chicos cuando era una potrilla y veía la tele con ellos.

—¿Os acordáis de ese toro, Winslow? —preguntó Logan, y su padre soltó un quejido—. Se escapó y aquella mujer de la cafetería…

—¿Loriana?

—Sí, Loriana. ¿Sigue por aquí?

Emmett asintió y Logan continuó:

—Nos llamó porque Winslow iba corriendo arriba y abajo por Main Street persiguiendo a los ciclistas.

Los tres se rieron.

Eran recuerdos que Logan ni siquiera sabía que tuviera, procedentes de una época previa al grupo en la que apenas pensaba.

Conforme avanzó la velada, incluso pasaron a hablar del grupo en sí mismo. De manera accidental al principio, cuando Noah comparó algo con lo vergonzosa que había sido su prueba para el programa.

Logan se estremeció, aguardando la fulminante mirada de «pues entonces no haberlo hecho» desde el otro lado de la mesa, pero esta no se produjo. Emmett se limitó a rellenarles los vasos. Logan se daba cuenta de que su padre lo estaba intentando, incluso le preguntó cómo iban las cosas en el sello y él le respondió con sinceridad —que iban bien, mejor que bien, incluso—, sin miedo a que Emmett abandonara la estancia sin mediar palabra, haciéndole sentir culpable.

Siendo sincero, Logan seguía sin atreverse a mencionar el dinero que habían ganado ni el préstamo que había liquidado sobre el rancho sin que su padre lo supiera, pero sí que había observado que el granero tenía un tejado nuevo, así que tal vez estuvieran gastando al fin, si bien a regañadientes, el dinero que había ingresado en la cuenta.

Y tal vez algún día cambiaran las cosas y pudieran hablar de ello, porque estaba claro que las cosas podían cambiar; jamás hubiera imaginado que llegaría el día en que estaría sentado a esa mesa mientras su padre decía:

—Y tuvisteis que llamar al puñetero grupo Silver Sky. No paraba de venir gente. —Emmett se arrellanó en su silla y estiró las piernas por debajo de la mesa—. Se hacían selfis en la verja.

—¿Desde cuándo conoces la palabra «selfi», papá? —preguntó Noah con el ceño fruncido.

Emmett ignoró la pregunta.

—¿Sabéis cuántas veces robaron la estrella esa de la entrada? Siguen viniendo, ¿lo sabías? —Le lanzó a Logan una mirada acusadora desde el otro lado de la mesa—. Y tu madre les ofrece café.

Logan esbozó una sonrisa al imaginarse a su padre obligado a socializar con las admiradoras incondicionales. Se rio sin poder evitarlo.

—Lo siento.

—No tiene gracia. —Emmett enarcó las cejas en señal de desaprobación.

—Un poco de gracia sí que tiene —intervino Noah.

—Un incordio, eso es lo que era —insistió Emmett poniendo los ojos en blanco.

Noah miró a Logan desde el otro lado de la mesa con un brillo divertido en los ojos, al tiempo que los labios de su padre esbozaban una sonrisa casi aniñada, algo que Logan no veía desde hacía años.

De pronto aquello le dio esperanza. Pensó que las cosas que creía grabadas en piedra no tenían por qué estarlo necesariamente.

Le hizo pensar en Bella, en lo eternamente agradecido que le estaría por empujarlo a poner aquello en marcha. Por tener el valor de desafiarlo cuando nadie más se atrevía.

Capítulo treinta y seis

Logan estaba tumbado en su cama contemplando las vistas de la montaña, una sombra negra sobre un cielo gris. La luna llena proyectaba un brillo siniestro sobre el horizonte. No podía dormir, tenía la mente demasiado activada con todo lo que había sucedido, con todo lo que se había dicho. Al día siguiente regresaría a la ciudad, se acabaría la montaña, se acabaría la moto, se acabaría Autumn Falls.

Se levantó de la cama, se vistió y atravesó la casa a oscuras, bajó las escaleras, se puso la cazadora y salió al garaje. La moto aguardaba allí como un ave de presa, paciente y, aun así, impaciente por desplegar sus alas.

La escarcha resplandecía sobre la carretera mientras Logan recorría Main Street. Estaban todas las tiendas cerradas; las aceras, desiertas.

Se dijo a sí mismo que no sabía adónde se dirigía y, una vez más, la moto lo condujo allí donde deseaba ir.

Se detuvo junto al lateral de la casa, bajo la ventana del dormitorio de ella, donde, en la adolescencia, solía lanzar piedrecitas contra el cristal para que se asomara.

Buscó por el suelo un guijarro de un tamaño decente, escogió uno del bordillo y lo lanzó contra el cristal.

Nada.

Tuvo que hacerlo tres veces hasta que se abrió la ventana y Bella lo miró con los ojos entornados, el cabello revuelto y la expresión somnolienta de recién despierta.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué hora es?

—¿Quieres ir a dar una vuelta? —preguntó él, mirando hacia arriba, y de pronto se sintió un idiota, preguntándose si sería una

mala idea mientras ella lo miraba con evidente confusión; quizá hubiera confiado demasiado en el recuerdo nostálgico de su adolescencia.

Bella se frotó los ojos y, pasándose una mano por el pelo, volvió a mirar hacia la calidez de su dormitorio.

A él se le detuvo el corazón y aguantó la respiración.

Ella lo miró de nuevo y a continuación reparó en la moto aparcada detrás.

Y Logan vio cómo lentamente una sonrisa comenzaba a dibujarse en su rostro cuando dijo:

—Dame cinco minutos para vestirme.

A él le dieron ganas de lanzar un puño al aire en señal de triunfo.

Menos de cinco minutos después, Bella salió a toda prisa por la puerta delantera, vestida con *leggings* y deportivas, y el mismo abrigo azul marino que llevaba el otro día, cuando estuvieron hablando en el manzanar.

—Así no te vas a ganar la simpatía de John-Luke —le dijo sin aliento.

—Basta con que no nos pille —respondió él tendiéndole un casco.

Ella se rio y se montó en la parte trasera de la moto. Por las mangas del abrigo le asomaban los puños de su enorme jersey negro, haciendo que solo se le vieran las puntas de los dedos cuando se agarró a sus hombros.

—¡Qué divertido! —exclamó, pegándose más a él para ponerse cómoda.

Logan entornó los ojos.

—No es divertido, Bella. Es atrevido y peligroso.

—¡Por favor! —respondió ella con un resoplido.

Logan pisó el acelerador con más fuerza de la necesaria y la moto se alejó del bordillo a gran velocidad. Desprevenida, Bella soltó un grito y tuvo que agarrarse con fuerza a su cintura. Cuando él aminoró hasta una velocidad más normal, le dio un manotazo en la espalda.

—¡No hagas eso!

—Perdona. —Sonrió, pero volvió a pisar el acelerador con más fuerza, precipitándose hacia la amplia carretera desierta en dirección

a la montaña, pero esta vez Bella estaba preparada y la oyó reírse, sintió su cuerpo tras él, sus manos entrelazadas en torno a él, la barbilla pegada a su hombro para poder ver lo que ocurría más adelante.

Condujeron varios kilómetros, con la luna iluminando su camino y copos de nieve que formaban remolinos en el aire en torno a ellos, rodeados de pinos y helechos cubiertos de escarcha que oscurecían el borde de la carretera.

Cuando llegaron a la base de la montaña, detuvo la moto y Bella se quitó el casco.

—Ha sido alucinante.

Logan podría haber seguido conduciendo toda la eternidad.

Hacía demasiado frío para quedarse allí sentados, de modo que caminaron en paralelo al cauce del río Redemption, envueltos en el fresco aroma del agua dulce y de los pinos que impregnaba el aire. La nieve caía con suavidad, salpicándoles la ropa, derritiéndose en su pelo.

Cuando oyeron a lo lejos el rugido de la cascada, Bella apretó el paso, lo miró emocionada y preguntó:

—¿Lo oyes, Logan?

Ascendieron por el camino pedregoso, abriéndose paso entre las agujas de los pinos, resplandecientes con el hielo, hasta emerger a un saliente situado justo por debajo de la parte más alta de Autumn Falls, la interminable cascada de agua que aparecía casi blanca a la luz de la luna.

—¡Hala! —exclamó Bella con un grito ahogado de alegría.

Las gotas gélidas de la cascada les salpicaban la cara, y Logan no sabía si mirarla a ella o al agua.

—¿Cuándo fue la última vez que nadaste aquí? —le preguntó Bella, contemplando los rápidos.

—No sabría decirte —respondió él—. ¿Hace diez años? Más, probablemente.

Se acercaron más al borde y ambos miraron hacia la laguna que se extendía a sus pies, donde la nieve que caía se fundía con la espuma del agua. Bella lanzó una piedra, la vieron caer y observaron los anillos que dibujó en la superficie al hundirse hasta el fondo. La

luna brillaba alta en el cielo, proyectando sombras y ennegreciendo el agua como si fuera alquitrán.

Cuando ella dejó caer la mano al costado, sus dedos rozaron inesperadamente los de él.

El contacto llamó su atención, se quedó mirando el punto donde sus manos se tocaban y después levantó la cabeza para mirarla a ella. La súbita corriente que los envolvió le dejó sin respiración, y el roce de su piel fría contra la suya despertó en él el inesperado deseó de acercarla más.

—Quizá podríamos volver a intentarlo —se descubrió diciendo—. ¿Querrías cenar conmigo cuando volvamos a Nueva York?

Siguió una pausa.

—No voy a volver, Logan —respondió Bella, apartando la mano para quitarse un copo de nieve de la mejilla.

Logan sintió que todo su cuerpo se tensaba.

—¿Qué?

Ella se metió las manos en los bolsillos y levantó la cabeza para mirarlo.

—Que no voy a volver.

—¿Dónde vas a ir? —Aquello no tenía sentido. La miró con el ceño fruncido. Se suponía que aquello era algo bueno, un cambio, una amistad, dejar atrás el pasado y seguir hacia delante.

—No lo sé. Lejos. Voy a viajar. No quiero seguir en Nueva York. Ya no siento que sea esa persona. —Se sujetó el pelo detrás de las orejas como si aquello le diera algo que hacer en lugar de tener que mirarlo.

Logan no lo entendía. La cascada rugía en sus oídos.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

La nieve caía con más fuerza, salpicando los hombros de su abrigo, su cabello, sus pestañas. El manto blanco iba borrando sus pisadas.

—Porque sabía que sería muy difícil.

Logan contempló la imponente caída hacia la laguna. Le dieron ganas de decirle que no podía irse. Que no se lo permitiría. Que tenía que regresar a Nueva York, aunque al mismo tiempo sabía que

era imposible. Sabía que él no era y nunca sería esa persona. Y no obstante se oyó a sí mismo decir, casi en un susurro:

—¿Y qué pasa con…? —Iba a decir «nosotros», pero no había un «nosotros», lo sabía demasiado bien.

Bella se acercó un paso más y le sonrió con tristeza. Él no quería oír lo que estaba a punto de decir. No quería que le confirmara lo que en el fondo ya sabía diciéndolo en voz alta.

—Siempre habrá un fotógrafo, Logan, siempre habrá alguien esperando con un comentario o una opinión.

Logan apretó la mandíbula, quiso rebatirla, pero no hallaba las palabras. Observó su garganta mientras tragaba, la dulzura de sus ojos al tratar de restarle importancia.

—Estar conmigo arruinará tu reputación con determinadas personas. No siempre serás el bueno. No siempre tendrás el control. —Se le humedecieron los ojos, la nieve se posaba en sus pestañas, y la vio levantar el brazo y acariciarle la mejilla con la mano fría—. Te conozco, Logan, sé que eso te devorará por dentro y al final nos pasaremos la vida huyendo.

Capítulo treinta y siete

Logan estaba sentado a su escritorio mirando la pantalla del ordenador con los ojos entornados. En ella aparecía su foto con Bella en el restaurante, él mirando a la cámara con rabia. Junto a esa foto, había abierto otra publicada esa misma mañana en la que salían Bella y Brodie. Ella se había encontrado con su hermano en Sídney y ambos paseaban por Bondi Beach, con aspecto feliz y relajado, sonriendo a la cámara, ella con el atractivo bronceado del sol veraniego.

Estaba tan absorto en su comparación entre ambas imágenes que no oyó entrar a Marianne.

Cuando le dejó unos papeles sobre la mesa, la vio mirar de reojo las fotografías que aparecían en la pantalla del ordenador. A él no le había dado tiempo a cerrar el buscador para evitar que las viera. Soltó una risita al saberse pillado, al igual que la había pillado a ella haciendo lo mismo cuando se publicó inicialmente la foto.

—Bella parece feliz —comentó Marianne señalando con la cabeza la imagen más reciente.

Logan se pasó la mano por la cara.

—En el artículo ahora pretenden emparejarla con Brodie —comentó.

—Qué fastidio —respondió Marianne, chasqueando la lengua en señal de desaprobación.

Logan, por supuesto, se había enfurecido al leerlo, pero ya había recibido un mensaje de Brodie en el que le decía lo bien que se lo habían pasado juntos y que por fin había aprendido a hacer surf. Había mencionado la fotografía de pasadas, diciendo lo mismo que acababa de decir Marianne, lo guapa que salía Bella. A Logan le costaba trabajo verlo de manera objetiva, solo ansiaba que la prensa

se retractase de lo que había publicado para poder así aclarar el asunto. Se dio cuenta, con cierto fastidio, de que estaba reaccionando tal y como había predicho Bella.

Marianne golpeó con el dedo los contratos que había dejado sobre su mesa y dijo:

—Necesitan tu firma los dos. —A continuación se dio la vuelta y se alejó en dirección a la puerta del despacho. Logan agarró los papeles y por el rabillo del ojo la vio detenerse, vacilar un instante y volverse de nuevo—: Logan, ¿te importa que me siente un momento?

Él ladeó la cabeza sorprendido. Marianne llevaba toda la vida trabajando para él y jamás le había pedido permiso para hacer nada.

—Adelante —respondió, y señaló la silla situada frente a él.

Marianne regresó y se sentó, remangándose la chaqueta de su traje azul marino antes de quitarse las gafas de montura gruesa.

Logan se arrellanó en su asiento y la vio sopesar la mejor forma de decir lo que tenía intención de decir.

—Logan, lo que hagas no es asunto mío —comenzó, doblando las gafas en la mano.

—Pero deduzco que me lo vas a decir de todos modos —adivinó él enarcando una ceja.

Ella ignoró la respuesta, cruzó las piernas y se alisó la falda del traje.

—Debería haberme jubilado hace años, Logan, solo sigo aquí porque no quería pasarme los días jugando al golf con mi marido. —Hizo una mueca y Logan se rio—. Pero está acabando con mi paciencia. No creo que tarde en rendirme y acompañarlo al campo de golf. La vida es demasiado corta para no pasarla con aquellos a quienes quieres. Al menos, eso es lo que me dice él. —Esbozó una leve sonrisa irónica.

Logan se cruzó de brazos, aguardando el sabio consejo que sin duda llegaría a continuación.

—Logan, también me he quedado tanto tiempo aquí porque me caes bien.

Él abrió mucho los ojos. No era eso lo que esperaba que dijera.

—Y, por eso —prosiguió Marianne—, no me gusta verte triste.

—No estoy triste, Marianne. —De manera instintiva, le restó importancia al comentario con un gesto de la mano—. No te preocupes.

—Logan, por favor —dijo ella con el tono que utilizaría una maestra de escuela para reprender con cariño a un alumno.

Al oírla, sonrió con suficiencia.

Pero ella mantuvo su mirada de maestra.

—Adelante —capituló él, recostándose de nuevo en su silla—. ¿Qué crees que debería hacer?

—No he venido aquí a decirte lo que tienes que hacer —respondió Marianne levantando las manos.

—No. Has venido a traerme los contratos para firmarlos, pero mira dónde estamos.

Ella lo ignoró.

—Lo que quiero decir es que, hagas lo que hagas, no permitas que sea por eso. —Señaló las fotos de la pantalla—. No permitas que la prensa condicione tu manera de vivir, Logan.

El silencio se prolongó durante varios segundos.

Logan la miró desde el otro lado de la mesa, con la barbilla apoyada en sus dedos juntos. Después volvió a echarse hacia atrás.

—¿Y qué propones entonces que haga?

—No quiero pasarme de la raya con consejos excesivos —respondió Marianne con el ceño fruncido.

—Ya te has pasado de la raya, Marianne, así que adelante.

Ella lo pensó unos segundos antes de hablar:

—Desde que te conozco, Logan, siempre lo has hecho todo por los demás, cosa que no está mal. Eres un buen jefe, a todo el mundo le gusta trabajar aquí, tus artistas están contentos, mantienes a tus hermanos más o menos controlados.

Él se rio en respuesta.

Ella contuvo una sonrisa y lo miró con cariño.

—Me pregunto, sin embargo, si no habrá llegado el momento de dejar de hacer lo que se supone que debes hacer, lo que es justo o correcto, y hacer lo que de verdad te apetece. Quizá sea el momento de hacer algo por ti.

Logan se quedó muy quieto, asimilando las palabras.

—Eres un buen hombre, Logan —concluyó Marianne volviendo a ponerse las gafas.

Él la miró, sin estar muy convencido de que fuese verdad.

—Eres un buen hombre —insistió ella, con más suavidad esta vez y una sonrisa cariñosa—, y no tiene sentido seguir castigándote a ti mismo por las cosas que ya han pasado. Al fin y al cabo, creo que, por encima de todo, mereces ser feliz.

Entonces se puso en pie y se alisó la falda.

—Ahora sí que me he pasado de la raya —aseguró.

Logan se rio.

Cuando ya salía por la puerta, Marianne agregó:

—Por cierto, Bella siempre ha sido la que más me ha gustado.

—Sutil, Marianne, muy sutil.

Capítulo treinta y ocho

Bella concluyó sus viajes regresando a Autumn Falls. Y le encantó haber vuelto. Pasó un par de días con su madre y John-Luke, cenando en The Firestone o tomando café en la terraza acristalada de casa con Heather antes de que esta comenzara su turno en el hospital, y dando largos paseos entre los manzanos, con sus flores suaves como algodón de azúcar y el aire cargado con el zumbido de las abejas.

Un día, salió a pasear ella sola sin ningún destino en mente y se encontró en Main Street, sintiéndose no tanto como una turista y más como una residente.

Se detuvo a las puertas de la Cafetería de Joe y vio a Loriana, la dueña, atendiendo las mesas. Recordó que el año anterior había pasado de largo, creyendo que la había ignorado deliberadamente, y quizá hubiese sido así, pero esta vez no agachó la cabeza ni pasó de largo, no se escondió, avergonzada de lo que pudiera murmurar la gente. Entró con la cabeza bien alta y se sentó a una de las mesas vacías. Cuando Loriana volvió a pasar cargada de montañas de tortitas, se detuvo al verla y dijo:

—¡Anda, Bella, qué bien me vienes! ¿Podrías hacerme el favor de decirle a tu madre que esta noche llegaré una hora tarde? Llevo todo el día con intención de escribirle, pero no paro quieta de un lado a otro.

—Sí, desde luego —respondió Bella, algo desconcertada por la familiaridad de la dueña al seguir su camino para servir las inestables fuentes de tortitas. Aquello sirvió para poner en perspectiva el hecho de que todo el mundo seguía con sus vidas. Quizás un año atrás Loriana sí que la hubiera ignorado a propósito, pero ahora necesitaba un mensajero. Eran personajes secundarios

de sus respectivas vidas y Bella podía escoger entre aceptar las cosas tal cual eran o quedarse atrapada en el pasado. La respuesta era evidente. De manera que, cuando Loriana regresó para tomarle nota, respondió preguntándole:

—¿Qué tal va todo?

Loriana tenía un ojo puesto en un grupo de personas que acababa de entrar en el establecimiento.

—¡Sin parar, como siempre! ¿Cómo te va a ti, cielo? ¿Y qué te sirvo?

—Solo un café, gracias.

—Genial, enseguida te lo traigo.

Aquel encuentro en la cafetería la inspiró para pasarse después por The Music Box a ver a Dusty. Le llevó un café y a él se le iluminaron los ojos al verla y retiró un montón de papeles de una silla para permitirle sentarse. Se dio cuenta entonces de que debería haberse pasado por allí meses atrás. Le habló de sus viajes mientras él reparaba una guitarra con tres pares de gafas de aumento colocadas en la cabeza. Después, a primera hora de la tarde, Bella tomó prestado el coche de su madre y se fue a los pinares. Paseó junto al río, admirando el espectáculo de las flores primaverales que bañaban las orillas, y subió hasta la cascada donde recordaba haber estado con Logan bajo la nieve. Se dio cuenta de que no le hacía falta irse a la otra punta del mundo para hallar la normalidad —la paz— que estaba buscando.

Y sí, en el camino de vuelta, puede que pasara con el coche por delante de casa de Logan, solo para echar un vistazo, y por supuesto la encontró cerrada como siempre. Pero siguió su camino hasta regresar al pueblo, donde aparcó delante del teatro. Se bajó del coche, respiró hondo para calmarse y empujó las ornamentadas puertas del edificio *art déco*, todo lo contrario al sobrio teatro de hormigón de estilo brutalista en el que había trabajado en Nueva York. Pasó de largo la taquilla y cruzó la puerta designada «solo para personal» para acceder a la sala de vestuario.

Claudette estaba encorvada sobre la enorme mesa de madera, extendiendo papel para patrones y sujetándolo en los extremos con lo que pudiera encontrar. Al oír la puerta, dijo:

—Alice, ¿qué se te ha olvidado esta vez?

—No soy Alice.

Claudette ahogó un grito.

—¡Bella! ¡Has vuelto! ¡Qué morena estás! ¡Qué injusto! —exclamó con un suspiro al verla y, a continuación, la envolvió en un abrazo gigante—. ¿Te lo has pasado de maravilla? —preguntó contra su melena—. Qué celosa estoy.

—Pues sí —admitió Bella.

Claudette la soltó y dio un paso atrás.

—Te veo realmente bien —anunció, más sorprendida de lo que a Bella le habría gustado. Después se acercó a la cocinita y preparó café. Al regresar, acercó otro taburete alto a la mesa para que ambas pudieran sentarse—. Bueno, ¡cuéntamelo todo! —le pidió y, antes de que Bella pudiera responder, agregó—: ¿Cuánto tiempo te quedas?

Bella se mordió el labio antes de responder:

—Creo que para siempre.

—¡No! —A Claudette se le iluminó la cara—. ¡Qué emoción! ¡Creo que es la mejor noticia que he oído en mi vida! —Se detuvo y la miró entornando los ojos con desconfianza antes de añadir—: ¿Hablas en serio?

Bella asintió.

Claudette contempló el abarrotado taller y, extendiendo los brazos, exclamó:

—¡Podrías trabajar aquí!

—De hecho, ese es uno de los motivos por los que he venido —admitió Bella con un nudo en el estómago.

—El primer motivo era verme a mí, tu amiga, ¿a que sí?

—Sí —convino Bella.

Claudette abrió mucho los ojos como si no estuviera del todo convencida. Pero enseguida sonrió de nuevo.

—¡Podríamos pasarlo muy bien si trabajaras aquí! —aseguró.

Bella asintió, con los ojos iluminados, trazando con demasiada facilidad un plan que, al entrar allí, ni siquiera había tenido claro.

—Pero no podré pagarte mucho —aclaró Claudette arrugando la nariz.

—No necesito gran cosa —contestó Bella meneando la cabeza.
Y Claudette aplaudió de alegría.

Capítulo treinta y nueve

Logan se hallaba de pie frente a la ventana de su despacho, contemplando los rascacielos como si fueran bloques de construcciones. El Empire State Building agujereaba las nubes. Una metrópolis como un camino de piedras en el agua que podía atravesar hacia la libertad.

Miró el reloj.

Cinco minutos.

Regresó a su escritorio y recolocó el portátil y el vaso de agua, alineándolos con la libreta. A continuación se sentó en su silla de cuero y se metió las manos en los bolsillos.

Tocó con los dedos el metal frío del anillo de sello. Había adoptado la costumbre de llevarlo consigo a todas partes. Lo sacó y lo colocó en el centro de la libreta amarilla.

Recordó el día en que lo encontró, en la casa de la piscina de Jack, junto con la fotografía del día del polo, la que Jack había doblado para ocultar su cara.

Pensó en la foto: Bella, Jack y él, los tres sonrientes, sus rostros jóvenes.

Sin apartar la mirada del anillo, se recostó en su silla. Trató de imaginarse a su hermano rebuscando entre sus cosas para llevárselo, metiéndoselo en el bolsillo y guardándolo todos esos años.

Vio toda la envidia y la competitividad, la lucha por la jerarquía, los secretos y el rencor. Pero también vio a aquel niño, rubio trigueño, con la frente siempre arrugada en su empeño por estar a la altura. Vio al hermano con quien había jugado al béisbol y al polo, con quien se había escondido en el granero, ambos temblando de la risa nerviosa contenida mientras su padre les gritaba para que

volvieran al trabajo. Vio al amigo que, pese a todo lo sucedido, había sido un compañero en su equipo de polo, les había hecho reír durante las giras en autobús con sus respuestas ingeniosas, sus provocaciones y su actitud arrogante. Sin embargo, había sido también cruel, abusón, siempre en busca de su propio beneficio. Todo lo que otrora fuera luminoso había quedado para siempre teñido de gris.

Logan se quedó mirando el anillo, con la mandíbula apretada a causa de todos esos sentimientos encontrados. Dejó escapar el aire por la nariz y dijo:

—Lo siento.

Por supuesto, no esperaba que el anillo le respondiera, pero asintió de igual modo. Transcurridos unos segundos, sintió que sus labios esbozaban una sonrisa triste.

—Y sí, yo también acepto tus disculpas.

Entonces se echó hacia delante y, levantando el anillo de la mesa, se lo puso en el meñique y, con gesto ausente, frotó la parte de atrás con el pulgar.

Llamaron suavemente a la puerta y Marianne asomó la cabeza.

—¿Estás listo, Logan?

Él se puso en pie, se abrochó la chaqueta del traje y respondió:

—Listo.

Capítulo cuarenta

En primavera, Main Street se iluminaba como un decorado de película. La luz del sol se reflejaba en el enorme letrero cromado del teatro, iluminaba el viejo anuncio de Coca-Cola pintado en el lateral de la cafetería y destellaba en el rocío que empapaba los ramos colocados a la entrada de la floristería. Bella absorbía aquella preciosa estampa mientras caminaba hacia el teatro con tres cafés en una bandeja de cartón.

Una maltrecha camioneta verde la pasó de largo y al volante reconoció a Noah Carter.

No la saludó ni nada, de modo que dio por hecho que no la habría visto y siguió caminando en dirección al teatro. Ver a cualquiera de los Carter le hacía pensar en Logan, cosa que reabría un poco la herida que llevaba en el corazón.

Entonces vio que la camioneta se detenía lentamente un poco más adelante.

Al acercarse, Noah se quitó las gafas de sol de aviador y apoyó el brazo bronceado en el marco de la ventanilla.

—Había oído que estabas en el pueblo.

Ver a Noah siempre la hacía sonreír. Observaba todo lo que sucedía en el mundo, lo asimilaba y dejaba que siguiera su curso.

—Sí, he vuelto —respondió.

Noah asintió y miró hacia las montañas. Al volver a mirarla, Bella vio en su rostro el fantasma de una sonrisa.

—Logan se alegrará cuando se entere.

La invadió de inmediato la emoción de pensar que Logan estaba en el pueblo o lo estaría pronto, pero se apresuró a contenerla. No podía supeditar su vida a una hipotética visita fugaz del gran Logan Carter. No. Había dejado eso atrás.

—Ah, no creo que a Logan le importe demasiado —dijo en su lugar. Notó que se estaba sonrojando y se sujetó el pelo detrás de la oreja en un gesto de inseguridad.

Noah no la contradijo, se limitó a golpetear el volante con los dedos.

A ella le dio la impresión de que tenía algo más que decirle, pero desde luego no pensaba presionarlo. Le quedaba algo de orgullo. De modo que señaló con la cabeza los cafés que llevaba en la mano y dijo:

—Debería irme. Me alegro de verte, Noah.

—Lo mismo digo, Bella —respondió él, volviendo a ponerse las gafas de sol.

Bella empezó a caminar, anhelando saber qué era lo que iba a decirle. La camioneta arrancó junto a ella y se preparó para marcharse.

—¿Lo has visto en las noticias? —oyó entonces decir a Noah.

Se detuvo. La camioneta también.

—¿A quién?

—A Noah —dijo Noah con una sonrisa. Y sin más se marchó.

Capítulo cuarenta y uno

Bella llegó al teatro prácticamente corriendo y derramó parte del café al dejar la bandeja sobre la encimera en su afán por sacarse el teléfono del bolsillo.

Claudette se levantó de un brinco, agitando las tijeras que llevaba en la mano, y miró a su alrededor como si hubiera alguna emergencia.

—¿Qué sucede?

—Ahí tienes el café —respondió Bella sin prestar atención mientras buscaba en su teléfono el nombre de Logan.

Pinchó en el primer vídeo donde aparecía.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Claudette asomándose por encima de su hombro.

—¡Shhh! —Bella agitó la mano para que se callara.

Alice, la becaria, merodeaba por detrás.

Bella subió el volumen del vídeo y oyó decir a Logan:

—A lo largo de los años, me han hecho múltiples ofertas por Carter Media. Siempre han sido grandes ofertas de grandes empresas, así que la posibilidad siempre ha estado ahí, pero nunca ha sido el momento oportuno. —Vestía traje y corbata, elegante y seguro de sí mismo, y miraba directo a la cámara—. *Ahora me parece el momento oportuno* —agregó.

A Bella le dio un vuelco el corazón.

El entrevistador asintió.

—Y nos comentan que ha habido bastantes ofertas rivalizando entre ellas.

Logan agachó la cabeza con diplomacia y respondió:

—Ha habido unas pocas.

Bella apenas creía lo que estaba oyendo.

El entrevistador se rio.

—¿Y acertamos si decimos que no te has vendido al mejor postor?

—Acertáis si decís que solo entregaría las riendas de la empresa que he construido, en la industria en la que he crecido, a personas conocidas por cuidar con esmero de sus artistas y de sus empleados, que mantienen relaciones largas y de confianza dentro del negocio. Si vendía la empresa, tenía que ser respetando los valores intrínsecos y la visión a largo plazo.

Bella se llevó la mano al pecho, con una sonrisa de la que ni siquiera había sido consciente.

—¿Acaba de decir que ha vendido la empresa?

Claudette le quitó la tapa a su café y sopló.

—Eso es justo lo que ha dicho —respondió.

Bella se quedó mirando a Logan con los ojos muy abiertos. ¿Cómo era posible que se mostrara tan impasible?

El entrevistador dijo a continuación:

—Hace no mucho tiempo, aseguraste en un pódcast que jamás se te ocurriría parar porque, cito textualmente: «La vida me trata de maravilla».

—Y así era. Así es. Pero la vida tiene la molesta costumbre de cambiar. —A Logan le brillaban los ojos mientras hablaba.

Bella se tapó la boca, con el alma en vilo como si el final del vídeo pudiera ser aún distinto del que esperaba.

La becaria Alice hizo ruido al sorber el café. Claudette la mandó callar.

—Cuando hablas de cambiar, Logan, perdona que te lo pregunte, pero ¿te refieres a la muerte de tu hermano Jack?.

Bella se puso tensa y Claudette le colocó una mano con suavidad en el hombro.

Logan no se estremeció.

—Creo que eso ha hecho que todos nos paremos a pensar y reflexionar. Nos ha enseñado lo que es más importante en la vida.

—Siento sacar el tema, Logan, pero se ha especulado mucho sobre que últimamente has…

—Siempre habrá especulaciones —lo interrumpió Logan—. *A la gente le gusta cotillear, pero a mí no me interesa oír los cotilleos. He*

tardado mucho tiempo en aprender a no escuchar.

Durante unos segundos, Bella solo alcanzaba a oír los latidos de su propio corazón.

—¿Y qué vas a hacer ahora, Logan?

—Bueno, llevo en este negocio desde que tenía dieciocho años. Creo que ya es hora de cambiar un poco.

—¿Y a qué clase de cambios te refieres?

—Lo contrario a esto.

Logan se recostó en su silla y extendió los brazos para abarcar su despacho. Lo cual provocó muchas risas.

—*En serio* —insistió el entrevistador.

—Aún no lo sé. Quizá pase un tiempo sin hacer nada.

Por primera vez en su vida, Logan sonrió abiertamente a la cámara.

Y ahí terminaba el vídeo.

Bella se quedó con la mano aferrada al teléfono. Y en la cara una sonrisa que reflejaba la de Logan.

—Vaya, qué emocionante —comentó Claudette, dedicándole una mirada cómplice antes de volver a ponerle la tapa a su café y llevárselo a la mesa de trabajo—. Me alegro por él.

Bella se quedó allí quieta unos instantes, notando cómo la calidez de la decisión de Logan se extendía por todo su cuerpo. La ligereza de su rostro al sonreír. Aunque solo fuera ese pequeño gesto lo que lograra hacer por él en toda su vida, podía ser suficiente.

—Sí —convino—. Me alegro por él.

Capítulo cuarenta y dos

Bella iba corriendo junto a la orilla del Redemption cuando le sonó el teléfono. Acudía allí al finalizar su jornada de trabajo para disfrutar del aire libre y de la luz. Cuando oyó la llamada a través de los auriculares, dejó que sonara. Solo llevaba veinte minutos corriendo.

Saltó el buzón de voz.

Siguió corriendo. Aquella era su nueva faceta: mucho *jogging*, mucho ciclismo y mucho yoga. Se daba cuenta de que lo que más había disfrutado estando de viaje y también al regresar a Autumn Falls había sido el espacio, la majestuosidad del paisaje, que le hacía recordar su propia insignificancia al tiempo que, en cierto modo, la ayudaba a valorarse a sí misma más que nunca antes. La hacía volver a ser la persona que sonreía a la cámara.

Su teléfono, que llevaba en un brazalete con una funda de plástico transparente cuando salía a correr, volvió a sonar. Hizo un incómodo intento por ver quién la llamaba levantando el codo y girando el cuello. Al ver el nombre de Logan en la pantalla, se detuvo en seco.

El teléfono siguió sonando.

Se acercó a un árbol caído y se sentó mientras sacaba el teléfono de la funda de plástico.

Dejó de sonar.

Había pasado poco más de un mes desde que viera el vídeo donde Logan hablaba sobre vender Carter Media. Un mes mirando esperanzada la pantalla del teléfono cada vez que recibía un mensaje o una llamada —aunque se decía a sí misma que no era eso lo que hacía—, hasta aquel momento, cuando ya no lo esperaba en absoluto.

Dio un trago a su botella de agua. ¿Podría hablar con él? ¿Qué iba a decirle? Una parte de ella le decía que ignorase la llamada, pero la

otra parte, más traicionera, levantó las orejas y aguzó el oído, emocionada. Volvió a cerrar la botella de agua empujando el tapón con la palma de la mano.

Su trabajo en el teatro era tan demandante, con tanto que hacer y un equipo tan pequeño, que apenas tenía tiempo para pensar en él durante el día. Pero de noche… de noche su mente vagaba a la deriva de las posibilidades infinitas.

Cerró los ojos y se pasó la botella por la frente para refrescarse.

El teléfono volvió a sonar.

Abrió los ojos, dirigió la mirada hacia los pinos y se fijó en la luz del sol que bailaba entre las agujas. Y sin pensarlo estiró la mano y pulsó el botón para responder. Como si sus dedos tuvieran vida propia.

—¿Diga?

Nada.

Entonces, oyó una risa profunda y perezosa.

—Me preguntaba cuánto tiempo tardarías en contestar.

Bella notó una sonrisa involuntaria en la comisuras de los labios e intentó que no se le notara en la voz.

—Ah, no, es que lo tenía silenciado.

Otra vez esa risa.

—Si tú lo dices, Bella.

Notó que empezaba a sonrojarse y se abanicó la cara con la mano para refrescarse.

—Bueno, ya eres un hombre libre —le dijo.

—Lo cierto es que sí.

Sonrió de nuevo al oír su voz, encogió las piernas sobre el tronco caído y se rodeó las espinillas con las manos.

—¿Y cómo te sientes al no tener nada que hacer?

—La verdad es que eso no lo llevo nada bien —admitió él con pesar.

Bella contempló el río, el agua que resbalaba veloz entre las piedras. La vida seguía mientras que la suya le parecía estancada en aquel momento, con aquella voz.

—¿Qué puedo hacer por ti, Logan?

Él tardó unos segundos en responder. De fondo, se oía un ruido que indicaba que se encontraba al aire libre.

—Cuando fundé Carter Media, los cinco éramos inversores.

—Correcto. —Bella frunció el ceño, no se esperaba que ese fuera el motivo de su llamada. Se echó hacia delante y trató de concentrarse.

—Jack había invertido dinero en la empresa, Bella, cosa que supongo que no te mencionó porque no quería que ni yo ni nadie supiera que atravesaba dificultades económicas.

Bella se mordió el labio. Trató de entender qué significaba aquello, si tendría que volver a llamar a sus abogados para que se pusieran con el caso.

—Al vender la empresa, cada uno de los inversores recibe su parte, como sin duda ya sabrás. He hablado con los abogados de Jack, Bella, y hemos utilizado su parte para liquidar las asombrosas deudas que había acumulado.

—De acuerdo. —Bella se recostó y miró al cielo—. Qué alivio. —No le gustaba pensar que hubiera gente adeudada después de su muerte.

—El resto, Bella, lo que ha quedado después de saldar las deudas, es tu dinero.

—No —respondió ella haciendo una mueca—. Es el dinero de Jack. No lo quiero.

—No, Bella. —La voz de Logan sonaba firme—. Es tu dinero. Es dinero que se te debe como parte de vuestro acuerdo de divorcio.

Sintió las lágrimas haciendo fuerza por brotar.

—Logan, no quiero su dinero.

—Pues dónalo a una buena causa. Pero el dinero es tuyo por derecho. Por ley.

Bella se llevó una mano a la frente.

—Vale. Gracias. —Sabía que podía donar el dinero. Encontraría una organización benéfica que ayudara a mujeres que, en momentos de necesidad, no contaran con el apoyo que había encontrado ella en sus familiares y amigos.

—Es lo mínimo que podía hacer —respondió él tras una pausa.

—Me alegra que esté zanjado el asunto.

Ninguno de los dos dijo nada.

Bella se sujetó el pelo detrás de la oreja y se quedó mirando el suelo del bosque cubierto de maleza a sus pies. No pudo evitar sentirse invadida por cierta tristeza al pensar que ella era uno de los cabos sueltos que Logan estaba atando.

—Bueno, pues nada…

—También te llamaba para invitarte a una fiesta.

—¿A una fiesta? —Otra cosa que no se esperaba. Había empezado a levantarse del árbol caído y, de inmediato, volvió a sentarse.

—Sí. —Percibió el tono divertido de su voz.

—¿Dónde? —Ladeó la cabeza en señal de confusión—. No estoy en Nueva York, Logan.

—Dentro de poco, yo tampoco lo estaré. He comprado el club de polo. El Silver H.

—¿En Autumn Falls?

Oyó que lo llamaban de fondo y, por un segundo, se distrajo.

—Escucha, te voy a enviar una invitación para la gran inauguración, y de ti depende acudir o no.

—¿Has comprado el club? —preguntó ella, que seguía sin asimilar lo que acababa de oír.

—Sí, ya te he dicho que no llevaba bien lo de no hacer nada.

Bella se recostó con los ojos muy abiertos.

—Dios mío, Logan.

—La invitación está en el correo. —Logan colgó el teléfono con una profunda carcajada.

Ella se mordió el labio y sonrió. La conversación no debía de haber durado más de cinco minutos, pero había bastado para volver a poner su mundo patas arriba. Logan había comprado el Club de Polo Silver H. ¿Significaba eso que pensaba volver a vivir en Autumn Falls? ¿Por qué iba a invitarla a la fiesta en lugar de quedar con ella? ¿Sería una manera de quitarse de encima su primer encuentro, haciéndolo en público? Volvió a levantar el teléfono y buscó en Google las palabras «Logan» y «polo». Y, por supuesto, allí estaba, escrito en negro sobre blanco. En la página web del club figuraba una carta escrita por Logan en la que hablaba acerca de preservar la historia del establecimiento e invertir en las instalaciones, de

expandir el alcance del club, de su nuevo papel como entrenador y de muchas otras iniciativas, incluidas clases gratuitas para jóvenes y becas para animar a chavales de distintos estratos socioeconómicos a disfrutar del deporte.

Vaya. Boquiabierta, se quedó mirando nuevamente los majestuosos pinos. Por fin Logan había recuperado su sueño.

Capítulo cuarenta y tres

La invitación llegó al teatro. Había también una para Claudette. Los sobres eran gruesos, de color crema, y dentro figuraba la tarjeta con letras repujadas en negro. Bella dio la vuelta a la suya, pero no había nada más escrito al margen de las palabras impresas. No había rastro de que Logan hubiera tenido algo que ver con ello, ninguna nota personalizada o una firma. Se sintió un poco tonta por haberse considerado especial cuando en realidad aquello no era más que una invitación a un evento corporativo.

Claudette le arrancó de las manos la invitación y la inspeccionó.

—Pensé que te habría escrito una nota.

Bella se encogió de hombros como si a ella ni siquiera se le hubiese pasado por la cabeza.

—Eso lo haría demasiado personal. Lo utiliza como lo que es: un lugar neutral para que estemos juntos en la misma habitación.

La becaria Alice asintió y habló con alfileres en la boca.

—Sobre todo si acude la prensa.

—¡Sí, exacto! —convino Bella, deseando que no tuviera todo tanto sentido. Entonces lo reflexionó y dijo—: Pero no creo que Logan haya invitado a la prensa.

Claudette resopló y arrojó la invitación sobre la mesa.

—O no es nada o es algo. De un modo u otro —levantó la cabeza con un brillo pícaro en la mirada—, necesitarás un vestido muy bueno.

Siguió una pausa antes de que Bella cayese en la cuenta y, a continuación, empezaron las tres a caminar, despacio al principio, acelerando poco a poco hasta casi salir corriendo del taller y subir a toda prisa un tramo de escaleras hacia el almacén de vestuario.

No se parecía nada al del teatro de Nueva York, donde los trajes delicados colgaban en bolsas selladas, dispuestos con elegancia en barras interminables y todos ellos debidamente etiquetados.

Su almacén, sin embargo, era un caos con una organización mínima. Trajes apretujados en un espacio diminuto, pilas de cajas que se elevaban peligrosamente hasta el techo, viejas cabezas de marionetas de papel maché colgadas en las vigas que las miraban con una sonrisa siniestra.

Entraron las tres emocionadas como niñas pequeñas, dándose empujones para llegar hasta los abarrotados rieles.

Mientras revisaba las perchas, Bella se dio cuenta de inmediato de que aquello había sido mala idea, porque lo único que encontró fueron llamativos vestidos fruncidos confeccionados para *Oklahoma!* y camisas con volantes para obras de Shakespeare.

—¿Y esta? —sugirió la becaria Alice levantando una falda de lunares de la década de los cincuenta que se parecía mucho a los vestidos que lucía ella misma.

Bella meneó la cabeza con toda la educación que pudo.

—Aquí —gritó Claudette desde el extremo opuesto del almacén. Sacó de la percha una de las bolsas de poliestireno para los vestidos —. Confiaba en que esto siguiera aquí.

Se abrieron paso entre los rieles hasta donde Claudette había colgado la bolsa, al comienzo de una de las barras llenas de ropa, y allí le bajó la cremallera con un gesto teatral.

Bella ahogó un grito.

La becaria Alice rio encantada.

Dentro de la bolsa había un vestido tan bonito que daban ganas de llorar. Claudette lo sacó con actitud reverencial y se lo mostró para que lo admirasen.

No era un modelo de diseño a medida con un corpiño integrado como los que Bella solía lucir en la alfombra roja, sino una prenda de suave seda metalizada, con unos tirantes finísimos y un escote en uve con una delicada tira de redecilla bordada. Fruncida a la altura de la cintura, la falda se ajustaba con diminutos plisados en la parte delantera y a continuación caía suelta y vaporosa hasta justo por debajo de la rodilla.

Cuando Bella estiró la mano para tocarlo, el material se le escurrió entre los dedos. Era el vestido perfecto, femenino pero no demasiado provocador, sensual y al mismo tiempo recatado, aguardando aquella ocasión precisa. Aquel momento.

Claudette hizo un mohín con los labios y se le iluminaron los ojos con orgullo.

—Lo confeccioné yo —susurró—. No te decepcionará.

Bella le quitó el vestido, lo pegó contra su cuerpo y se miró. La seda gris vaporosa reflejaba la luz tenue del almacén.

—Es exquisito —lo admiró.

—Sí —convino Claudette—. Es el vestido perfecto.

Capítulo cuarenta y cuatro

Logan no tenía la certeza al cien por cien de que Bella fuese a acudir. Estaba bastante seguro, pero no convencido.

—Está todo listo, señor Carter.

De pie junto a los establos, Logan le hizo un gesto afirmativo a la organizadora, que sujetaba su carpeta y le sonreía con educada eficiencia.

—Gracias —le dijo—. Te agradezco el esfuerzo de hoy.

—No hay de qué. Solo hago mi trabajo. —Se encogió de hombros con resignación y, con un tono más ligero, se aventuró a añadir—: Aquí fuera se le va a estropear el traje, señor Carter.

La intención de Logan había sido ir directo a la sede del club, pero le distrajeron los caballos. En aquel momento se encontraba inclinado sobre uno de los compartimentos charlando tranquilamente con Jo-Jo, la enérgica belleza de Silver Sky que su padre le había regalado cuando anunció la compra del club. Nunca antes un único caballo había significado tanto para él. Miró de nuevo a la mujer con la carpeta y después se echó un vistazo a sí mismo; había dejado la chaqueta colgada en uno de los ganchos del establo, tenía la camisa remangada y pensó que no le importaría no tener que volver a ponerse un traje en toda su vida.

—Sí, seguramente tengas razón.

Ella sonrió con cariño, casi como si adivinara sus nervios, y a continuación se dio la vuelta para encaminarse hacia su coche.

—Espero que sea una velada fabulosa, señor Carter.

—Gracias. —Logan se quedó callado unos segundos y después miró hacia el club, todo engalanado para la reapertura—. Yo también lo espero.

Capítulo cuarenta y cinco

A Bella le temblaba ligeramente la mano mientras se aplicaba el maquillaje. También al ponerse el vestido y dejar caer el sedoso tejido como agua fresca sobre su piel. Pensó en el educado saludo que intercambiarían Logan y ella entre la multitud de gente aguardando para darle la enhorabuena.

Cuando estuvo lista, John-Luke la llevó en coche al Silver H. Él iría a la fiesta más tarde, cuando hubiese recogido a su madre del hospital. En el coche, de camino al evento, le dijo:

—Cálmate, Bella. Respira hondo.

Ella miró hacia abajo y vio que estaba agitando el pie como loca. Le sudaban las manos y tenía el corazón desbocado.

—Estoy bien —respondió, y él se rio como si, después de todos esos años, la conociera mejor que todo eso.

La dejó junto al sendero que conducía hacia el primer campo de juego y la sede del club. Era un trayecto de treinta segundos andando que le pareció una eternidad. Sus emociones oscilaban entre el miedo y el entusiasmo. Aquello podría ser todo o nada. Porque, si bien lo más probable era que consistiese en un educado saludo y un beso amistoso en la mejilla delante de los vecinos de Autumn Falls, cabía la posibilidad de que fuera lo que, por las noches, tumbada en la cama sin poder dormir, soñaba que pudiera ser. Respiró profundamente varias veces, se recordó a sí misma que, de un modo u otro, todo iba bien, ya le habían roto antes el corazón y había sobrevivido. Acarició la suave seda del vestido. Más adelante alcanzó a ver el punto donde terminaba el sendero y comenzaba la hierba, y entonces empezó a contar los segundos que quedaban.

Capítulo cuarenta y seis

Con la suave música que sonaba de fondo, Logan aprovechó la oportunidad para sentarse un rato a tomarse la copa. Sentía la corbata demasiado apretada, de manera que se la aflojó y se desabrochó el botón de arriba de la camisa. La iluminación en todo el club era suave, con guirnaldas de lucecitas enroscadas en las vigas del techo y entrelazadas en las enredaderas de la fachada.

Le sobrevino el impulso de salir de allí y volver a ver a los caballos. Pero no quería marcharse por si acaso ella aparecía. Cerró los ojos un instante para aislarse de la estancia y se preguntó cómo se sentiría al día siguiente.

Capítulo cuarenta y siete

El camino continuaba en paralelo a la banda del campo deportivo, flanqueado por velitas metidas en bolsas de papel que titilaban con la brisa, pasando frente a los establos de camino a la sede del club. Pensó que tal vez pudiera escabullirse a ver a los caballos e ignorar la fiesta. No. Se notaba demasiado alterada por la emoción de volver a estar con Logan en la misma habitación como para hacer algo así.

Justo en la puerta se detuvo, se recolocó los tirantes del vestido, se pasó los dedos por el pelo y se lo ahuecó un poco, tratando de presentar un aspecto relajado e indiferente. Después estiró los hombros, tomó aire, se dijo a sí misma que había pasado por cosas mucho peores y abrió las puertas.

Entró en una sala vacía.

Logan se puso en pie al verla. Iba vestido como si fuese el final de la velada y no el comienzo, con el pelo un poco revuelto, la camisa remangada y el botón de arriba desabrochado. Junto a él, en la mesa, descansaba una copa sin tocar.

—¿Dónde está todo el mundo? —Bella miró de un lado a otro y no vio a nadie, solo una estancia hermosamente decorada con farolillos de colores y guirnaldas de luces.

—¿Quién? —preguntó él sin quitarle los ojos de encima.

—Los demás invitados.

—Vendrán más tarde. —Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Estoy solo yo, entonces? —preguntó ella, con el ceño fruncido por el desconcierto.

Logan asintió.

Bella no sabía qué decir. Demasiado perpleja para preguntarle nada, consciente solo del miedo que se desvanecía y de Logan, que caminaba hacia ella sin prisa, pero con determinación. Trató de

entender lo que pasaba, pero tenía toda su atención puesta en él mientras se acercaba, inundando su ángulo de visión, con un brillo travieso en la mirada, hasta quedar plantado frente a ella, tan cerca que alcanzaba a olerlo, tan cerca como para permitirle dar un paso adelante y juntarse con él.

—Pues… —intentó que le saliesen las palabras—. Pensé que seríamos más. Más personas.

Él negó con la cabeza, el pelo oscuro revuelto sobre la frente, como si se lo hubiera estado tocando con los dedos mientras aguardaba su llegada.

Bella se mordió el labio para tratar de contener la sonrisa.

Él estiró el brazo, le tocó el cabello y enroscó un mechón en los dedos.

—Ahora ya sé lo que deseo —le dijo sin apartar los ojos de ella.

—¿Ah, sí? —le respondió.

Estaban prácticamente tocándose. Bella oía los latidos de su corazón, sentía en la piel el cosquilleo de la ilusión, veía el azul brillante de sus ojos alegres.

—No es mucho —continuó Logan.

Con cautela, Bella alzó la mano y dejó que sus dedos acariciaran los botones de su camisa.

—¿No?

—No. —Logan colocó la mano sobre la suya. Ella notó la fuerza de su pecho, los latidos de su corazón contra la palma.

—¿Y qué es lo que deseas? —preguntó, con un nudo en la garganta.

—Bueno —comenzó él, deslizando un dedo por su mejilla—, deseo un lugar para trabajar —explicó, señalando levemente con la cabeza los cuidados campos verdes de fuera.

—Ajá —respondió ella, sintiendo aún su caricia en la cara.

—Y tener cerca a mi familia —prosiguió él.

Bella asintió, temiendo que le fuese a explotar el corazón contra las costillas.

—Ya.

Logan le levantó la barbilla solo un poco, para que lo mirase directamente y viese la sonrisa en sus ojos azules y en sus espesas

pestañas negras.

—Y, la verdad, eso es todo —concluyó.

Ella dio un paso atrás y le dio un manotazo en el brazo.

—¡Ay, Logan! ¡Acabas de echar a perder el momento!

Él se rio, fue una risa profunda y estruendosa, y a continuación estiró el brazo y la atrajo hacia sí.

—¡Tú! Tú eres todo lo que deseo.

Bella contuvo la sonrisa, pero supo que se le notaba igualmente en los ojos.

Y, acto seguido, Logan posó la mano en su mejilla, ella se puso de puntillas, le rodeó el cuello con el brazo y él agachó la cabeza y le dio un beso en los labios que era todo lo que había estado esperando, todo lo que había deseado y que no quería que terminara.

Al encontrarse sus labios, Logan le rodeó con fuerza la cintura con un brazo, acercándola a él, aplastando la delicada seda del vestido, y las manos de ambos vagaron por sus cuerpos con la urgencia y la desesperación acumuladas durante años de espera y anhelo. Y aun así, Bella deseaba que la apretara con más fuerza, deseaba ser incapaz de respirar. Deseaba que su boca jamás abandonara la suya, deseaba para siempre ese sentimiento, ese sabor, esa presión, esa excitación estremecedora. Sintió que se amoldaba a él, un deseo casi desesperado en el beso, en la boca, en sus labios fundidos. Enredó los dedos en su pelo. Él extendió la mano, firme y fría, sobre su espalda desnuda.

Cuando se apartó, ella no quiso soltarse. La miró con un brillo triunfal en los ojos que a Bella le hizo tirar de su cabeza para que volviera a besarla, y lo besó también, sonriente esta vez, segura en su certeza de que podía, de que podían. Y a continuación él la agarró por la nuca, le besó la frente y dijo:

—Me alegra mucho que estés aquí.

Ella trató de moderar su sonrisa, que se le antojaba vergonzosamente amplia.

—Yo también.

Logan le puso el pelo detrás de la oreja y, casi como si no deseara perder el contacto, deslizó la mano por encima de su hombro y

volvió a rodearle la cintura.

—No he dejado de pensar en ti.

Bella sintió por dentro una explosión de júbilo silencioso. Sacudió la cabeza.

—Yo tampoco —admitió.

Volvió a besarlo, solo porque podía. Aquel gesto transmitía una familiaridad que creía haber perdido. Le pareció demasiado valioso y deseó encerrarlo a buen recaudo, como si temiese que algo pudiera llegar y arrebatárselo. Pero, a juzgar por cómo Logan la miraba, con tanto cariño y ternura, supo en ese instante que podía dejarle aire, dejar que lo que tenían fuese libre y saber que siempre estaría ahí.

La condujo hasta la inmensa pared de ventanales con vistas a la pista de entrenamiento y ella le estrechó la mano con las dos suyas simplemente porque podía, porque no quería soltarse. Logan abrió la puerta empujándola con el hombro y la hizo salir.

Sobre sus cabezas bailaban las polillas alrededor de los globos de luz colgados por la terraza. Las lámparas que iluminaban los árboles desde abajo en la parte del fondo de la pista conferían al bosque una majestuosidad siniestra. Sobre ellos, un manto de estrellas salpicaba el cielo negro de la noche. Bella miró hacia atrás por encima del hombro y se fijó en la decoración, en la música, en el champán para la inminente fiesta, pero en aquel momento de vacío estaban solo ellos.

Al darse la vuelta nuevamente, se dio cuenta de que Logan la estaba mirando de arriba abajo.

—Menudo vestidazo llevas —comentó.

—Gracias —respondió ella ruborizada—. Lo ha hecho Claudette. —Entonces miró otra vez hacia atrás y contempló los preparativos para la fiesta—. ¿Ella estaba al corriente de esto?

—Es posible —confesó él con una sonrisa infantil.

—La voy a matar —dijo ella ahogando un grito.

Logan enarcó una ceja y deslizó un dedo por debajo del fino tirante del vestido, frotando con el pulgar la delicada cinta de seda.

—Le daré las gracias.

Era difícil concentrarse cuando la tocaba así. Lo miró, incapaz de contener la sonrisa que se le ampliaba en la cara, solo deseaba

seguir mirando, deseaba estirar la mano y tocarle la cara para asegurarse de que todo aquello fuese real.

—¿Crees que esto puede funcionar, Logan?

—Sí —contestó él con gesto ausente, recorriendo con los dedos el escote en uve de su vestido.

Bella movió la cabeza para obligarlo a mirarla a los ojos y concentrarse.

—Hablo en serio.

—Yo también —repuso él secamente. Entonces dejó quietos sus dedos exploradores y se fijó en ella, entrelazó las manos por detrás de la zona baja de su espalda y dijo—: No puedo estar seguro, Bella. Pero creo que he pasado…, que hemos pasado lo suficiente como para enfrentarnos prácticamente a cualquier cosa que nos suceda. —Sonrió, la clase de sonrisa que indicaba que era capaz de ver el interior de su cabeza, de adivinar sus miedos más profundos, sus deseos y anhelos—. Escucha —agregó, muy serio—, estaría orgulloso de ir a cualquier parte contigo al lado.

Bella apoyó la frente en su pecho para que no pudiera ver su inmensa sonrisa. Él le puso la mano debajo de la barbilla y le levantó la cara, obligándola a mirarlo.

—Ya no quiero seguir siendo el centro de atención, Bella, y haré lo posible por que así sea. Me voy a esconder aquí. No de la gente, sino de todo aquello que no importa. Del ruido. Deseo una vida normal. Una vida más pequeña pero mejor. Y la única persona que realmente quiero que me acompañe en esa vida eres tú.

—A mí me encantaría acompañarte en ella, Logan —respondió ella con una sonrisa radiante.

Le rodeó la cintura con los brazos y hundió la cara en su camisa. Sintió su boca en el pelo, e inhaló con todas sus fuerzas para aspirar su olor, para saber que quizá aquel fuese el lugar donde podría quedarse durante años. Sintió que la rodeaba con más fuerza y supo que nunca sería fuerza suficiente.

—Te he echado de menos.

—Yo a ti también, Logan.

—Te he echado de menos de verdad, durante muchos años —insistió él. Cuando la besó, fue como si estuvieran sellando un nuevo

futuro.

Entonces Bella alcanzó a oír las palabras amortiguadas a través de sus labios.

—¿Quieres ir a ver a los caballos?

Enarcó una ceja y se apartó.

—Tú sí que sabes cómo estropear el momento, Logan.

Él se rio y ella vio un entusiasmo en sus ojos que había estado allí tantos años atrás, cuando salía al campo de juego. El entusiasmo electrizante de la libertad.

—Se trata de algunos de los animales más codiciados del país, Bella. —Le tendió la mano con una sonrisa despreocupada—. Algunos quizá incluso del mundo. No conviene dejar pasar una oferta así.

—Tú primero —respondió ella aceptando su mano.

Abandonaron la terraza del club y caminaron hacia el establo. Y, una vez allí, Logan la condujo al interior del edificio abierto, que olía a madera caliente y a la terrosidad de los caballos. Le presentó a los más curiosos, que habían asomado la cabeza por encima de sus compartimentos.

—Esta es mi nueva yegua, una purasangre americana, adiestrada en México. Bella, te presento a Bella. —La miró mientras le rascaba el cuello a la yegua.

Bella se acercó y vio cómo su tocaya le olisqueaba la mano. A continuación le acarició el bonito pelaje.

—No sé si tomármelo como un halago o no.

Logan se encogió de hombros y dijo:

—Es excepcional, lista, deslumbrante. Y ha costado una fortuna, pero vale hasta el último centavo. Yo en tu lugar me lo tomaría como un halago.

Bella le lanzó una sonrisa irónica.

—Siempre tiene las palabras adecuadas, ¿a que sí? —le dijo a la yegua purasangre, que reclamaba más atención con el hocico.

Sintió que Logan la observaba. Que la miraba de verdad.

Se adentraron más aún en el establo. Logan le presentó a Jo-Jo y a algunos más. Todos ellos transmitían la misma felicidad y plenitud que él.

Cuando alcanzaron el final del pasillo, salieron a ver los prados, que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, bañados por el brillo sobrenatural de la luna.

—Me alegra que renunciaras a ello —dijo Bella—. A Carter Media, me refiero.

Logan contempló la hierba bañada por la luna y los ángulos de su cara adquirieron una iluminación dramática.

—Yo también. —Se volvió entonces para mirarla—. Y quiero que sepas que no he renunciado por ti.

Ella frunció el ceño, desconcertada por un momento, sin saber bien a qué se refería.

—No lo decía en el mal sentido —aclaró Logan con una mueca de dolor mientras le estrechaba la mano—. Me refiero a que lo hice porque tenía que hacerlo. Lo hice por mí. —Se señaló a sí mismo—. Lo que suceda entre nosotros —la señaló entonces a ella— no condiciona esa decisión.

Antes de que Bella pudiera responder, él se pasó una mano por el pelo en gesto de frustración, como si le costara decir lo que estaba intentando decir.

—En resumen, Bella, no quiero que te sientas responsable de ello, jamás. Fue algo que no podría haber hecho sin ti, pero no ha sido por ti. Tenía que liberarme, supongo. Así que lo hice por ti, pero a la vez no. —Frunció el ceño—. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

A Bella empezaron a levantársele las comisuras de los labios y los apretó para que no diera la impresión de que se estaba riendo de su inconexo discurso.

—Creo que me hago una idea.

Logan sacudió la cabeza ante su propia falta de elocuencia y a continuación se rio.

—Perdona. Ha sido una explicación patética. —Aspiró el aire entre los dientes—. Me siento más cómodo en una sala de juntas o en el campo de juego.

—Creo que lo estás haciendo bien. —Se clavó los dientes en el labio al notar que su sonrisa empezaba a crecer de nuevo.

A él le brillaban los ojos.

Se acercaron a la cerca de madera que bordeaba el prado. Bella se apoyó en ella, Logan se colocó delante y apoyó las manos una a cada lado sobre la barandilla.

Ella ladeó la cabeza y lo miró a los ojos, entornando los párpados, evaluándolo.

—¿Y ahora qué?

—Bueno, los demás invitados no tardarán en llegar —respondió él tras consultar el reloj.

—Me refería a la vida —dijo ella riéndose—, ¡no a la fiesta!

—¡Ah! —Logan sonrió y se encogió de hombros—. Bueno, aquí tengo todo lo que necesito. —Apartó las manos de la cerca y las colocó sobre la seda fría de su vestido, atrayéndola hacia sí—. Bella, no quiero dejarte escapar nunca. Lo deseo todo. Contigo.

Bella notó que le explotaba el corazón como si fueran fuegos artificiales.

—Y te prometo que, si tú también lo deseas, me esforzaré al máximo. —Guardó silencio y en su mirada apareció un brillo travieso —. Y, hasta ahora, mi máximo siempre ha sido superior a la media.

Bella se sintió imbuida de una felicidad tan incontenible que se preguntó si se le habría encendido la cara entera. Le rodeó el cuello con los brazos y dijo:

—Entonces acepto tu máximo, Logan Carter.

—Es todo tuyo —respondió él, y la besó con una sonrisa en los labios.

Capítulo cuarenta y ocho

Si había algo que a los vecinos de Autumn Falls se les daba espectacularmente bien era celebrar fiestas. En el Club de Polo Silver H había camareros que servían delicados aperitivos en miniatura, una barra de cócteles y champán a espuertas, mientras en el salón se mezclaban las risas y las conversaciones. La música corría a cargo de la banda del pueblo —John-Luke a la guitarra; Dusty al saxofón; Hank Murphy, el dueño de la tienda de suministros, al banyo; y Claudette como vocalista.

Bella dejó su copa de champán sobre la mesa y le preguntó a Logan:

—¿Quieres bailar?

—Creí que ya no bailabas —dijo él frunciendo el ceño.

—Sí que bailo —respondió Bella y, mirándolo con sus decididos ojos marrones, le tendió la mano para conducirlo hacia la pista de baile.

Logan esbozó una sonrisa mientras ponía la mano en la suya y, al notar el ligero temblor nervioso, se la apretó para calmarla. Después se llevó ambas manos entrelazadas al pecho y las mantuvo ahí mientras caminaban hacia la multitud.

La música se prolongó hasta bien entrada la noche. Bailaron todos juntos bajo la luz crepuscular, riéndose, sonriendo, Logan haciendo girar a Bella como si fueran adolescentes. Bailaron todos salvo Noah, que no lo hizo por mucho que Willow, que había volado hasta allí para acudir a la fiesta, intentara arrastrarlo hacia la pista de baile.

Cuando el cielo se volvió negro, fue como si hubiera pasado una vida entera y al mismo tiempo un solo segundo.

La banda se tomó un merecidísimo descanso y Logan fue a la barra a por agua. Mientras se rellenaba el vaso, se le acercó su

madre, elegante con un largo vestido rojo ceñido con un cinturón de cuero. Frente a ellos, Willow seguía encendiendo la pista de baile, su padre se hallaba junto a la ventana abierta, todo lo alejado de la multitud y de la música que le era posible, hablando con Hank durante el descanso de la banda. Noah, que se había pasado casi toda la noche en vela porque uno de sus caballos estaba enfermo, y que no quería arriesgarse a que su hermana lo engatusase para ir a la pista de baile, tenía los pies subidos a una silla, la cara tapada con el sombrero y, si bien deseaba apoyar la empresa de su hermano, también intentaba recuperar horas de sueño.

—Vamos paso a paso —le dijo Logan a su madre.

Vio que ella contemplaba a los miembros de la familia Carter mezclados con la multitud, después se llevó la copa a los labios y dio un trago con gesto meditabundo.

—Algún día, Logan, me gustaría que volviésemos a sentarnos a la mesa todos juntos para disfrutar del *brunch* del domingo. ¿Recuerdas que, después de la iglesia, comíamos huevos y cada uno los pedíais de una manera distinta?

—Lo recuerdo.

Su madre sonrió con aquel recuerdo.

—Eso es lo que me gustaría, sería un sueño para mí. Que estuviésemos todos juntos. —Guardó silencio—. Salvo Jack. —Le tembló el labio al pronunciar su nombre.

Logan la rodeó con el brazo y la abrazó con fuerza.

—Paso a paso —le prometió.

Pero miró a su alrededor y vio a su padre, que claramente estaba deseando marcharse, a Noah, aislado y echando una cabezada, a Willow, que miraba el reloj porque tenía que tomar un avión a medianoche. Tampoco estaban Brodie ni Ethan.

—Quizá —contestó Martha, y se alejó para ir a saludar a alguien a quien conocía.

Logan buscó a Bella con la mirada y la vio de pie junto a una de las mesas. Se volvió y, cuando lo vio, sonrió. Se dio cuenta entonces de que aquel era su sueño, y se estaba haciendo realidad.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó ella cuando se le acercó.

—¿Acaso no puedo estar feliz? —respondió él.

—No estarás diciendo que eres realmente feliz, ¿verdad, Logan Carter? —bromeó ella, entornando los ojos con un brillo travieso, como si fuese un rasgo inimaginable en él.

Logan la rodeó con los brazos, atrayéndola hacia sí, apoyó la frente en la suya y, mirándola con cariño, dijo:

—Ahora sí, lo soy.

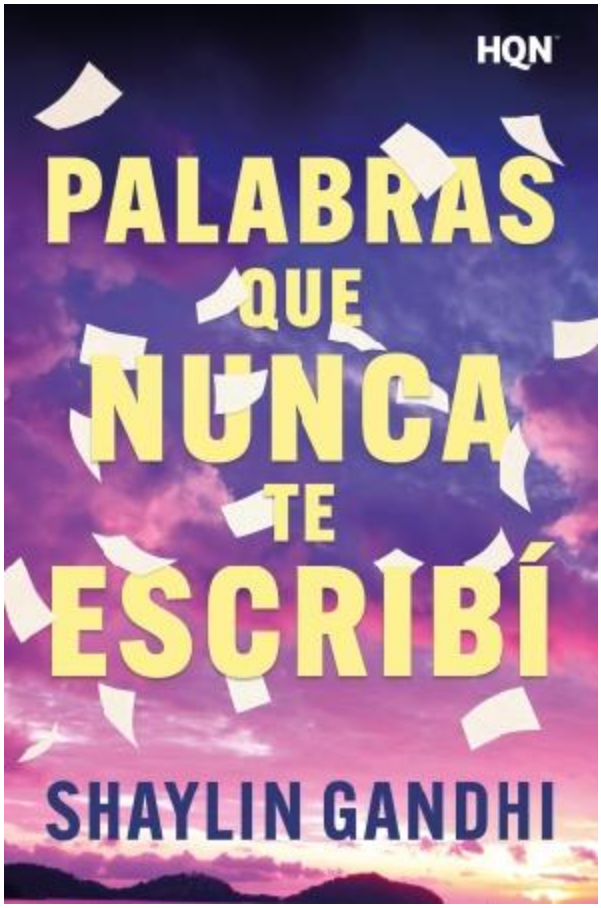
Agradecimientos

Me ha encantado escribir *Cielos de otoño* y me gustaría aprovechar la oportunidad para dar las gracias al equipo de One More Chapter por hacer que la experiencia fuese brillante. Gracias en especial a Charlotte Ledger por ser tan creativa, entusiasta, entregada e increíble en su trabajo. Muchas gracias también a Sofia y a Kara por todo el esfuerzo y por dar lo mejor de sí. Y gracias a Rebecca Ritchie, mi talentosa agente.

También me gustaría dar las gracias a mi amiga Lucy por acompañarme a tomar capuchinos interminables mientras le hablaba sin cesar de los hermanos Carter. Y por tener una abuela que aportó música a la casa.

Gracias a mi marido por ver conmigo muchísimos documentales sobre bandas musicales de chicos. Gracias a mi madre por ofrecerme la clase de consejos que brinda Martha en estos libros y a mi padre por no parecerse a Emmett (¡y por disfrutar con los concursos de talentos!).

Y a los lectores de todo el mundo que disfrutan tanto de la alegría de enamorarse. (¡Yo también!).



Palabras que nunca te escribí

Gandhi, Shaylin
9791370173807
368

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una novela conmovedora que te atrapará sobre el desamor, antiguos secretos y segundas oportunidades, con un inesperado giro final a lo Cyrano.

Cuando la carrera de la matemática Aubrey MacLean se derrumba, no le queda más remedio que regresar, al menos temporalmente, a su pueblo natal en Indiana. Sin embargo, los pueblos pequeños tienen buena memoria, y ella también, especialmente cuando se trata de Nick Thacker, el chico que le rompió el corazón.

La vida de Nick es pura rutina: largos turnos en la fábrica de acero y un trabajo secundario escribiendo cartas de amor para otras personas. Es suficiente para adormecer sus remordimientos y pesares..., pero entonces su primer amor regresa, removiendo un pasado que creía enterrado.

Aubrey está centrada en reconstruir su carrera, hasta que se enamora de un hombre cuyas cartas de amor le resultan dolorosamente familiares. Y a medida que su conexión se intensifica, también lo hace la sensación de que ya ha vivido eso antes. Las similitudes deben de ser una coincidencia, ¿verdad? Porque si no, Aubrey tendría que elegir entre la vida que ha construido y el amor que dejó atrás...

Perfecto para fans de:

- Romance en pequeños pueblos
- Segundas oportunidades
- Padres solteros
- Héroes atormentados
- Enredos con cartas de amor

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Necesidad o deseo

Collins, Dani
9791370172435
160

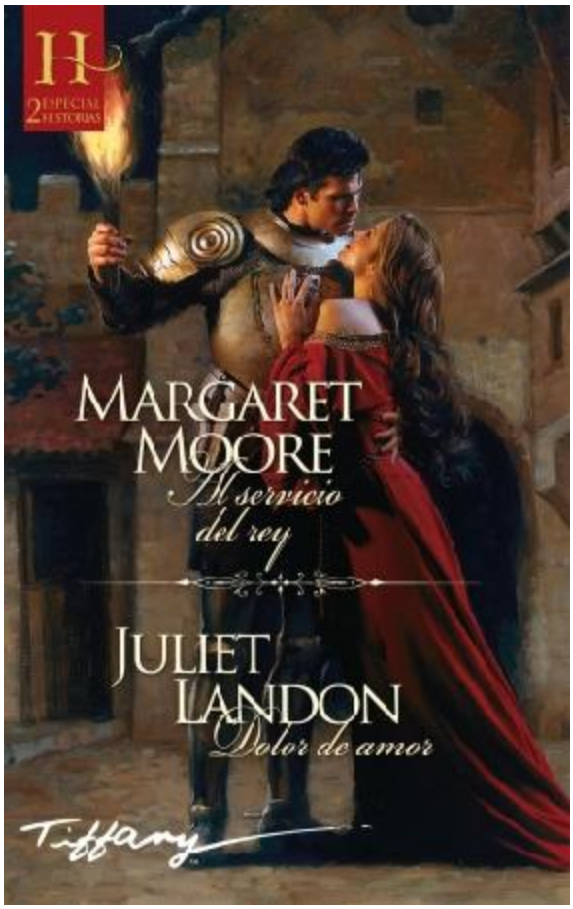
Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Volvieron a verse por necesidad... ¿Le pediría él que se quedara?

La heredera Carmel Davenport no había vuelto a ver a Damian Kalymnios desde que su tempestuoso matrimonio había acabado tan impulsivamente como empezó. Tras recuperarse, la rebelde joven necesitaba empezar de cero. Para ello, tenía que enfrentarse a su marido griego y pedirle que firmara el divorcio que años atrás le había negado…

Damian estaba dispuesto a acceder a la petición… si pactaban una tregua temporal por el bien de su abuela. Pero la estratagema solo sirvió para que se diera cuenta de que su tentadora esposa era mucho más de lo que aparentaba y que se debatiera entre firmar los documentos… o prenderles fuego.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Al servicio del rey - Dolor de amor

Moore, Margaret
9791370170424
640

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Al servicio del rey

Se decía que podía conquistar a una mujer con solo susurrarle al oído

Sir Blaidd Morgan había concentrado todos sus encantos en Lady Becca Throckton. Pero ella no sabía si podía fiarse de sus intenciones. Una herida de la infancia la había incapacitado para convertirse en la esposa de nadie y aun así el caballero escocés le hacía sentir que tenía derecho a sentirse como las demás.

Lady Becca no dejaba de sorprenderlo, y eso no era nada habitual. Aquella mujer tenía un fuego dentro que le encendía el corazón. Aunque no podía permitir que nada lo distrajera de su misión real, se encontró atrapado en algo que podría durar para siempre...

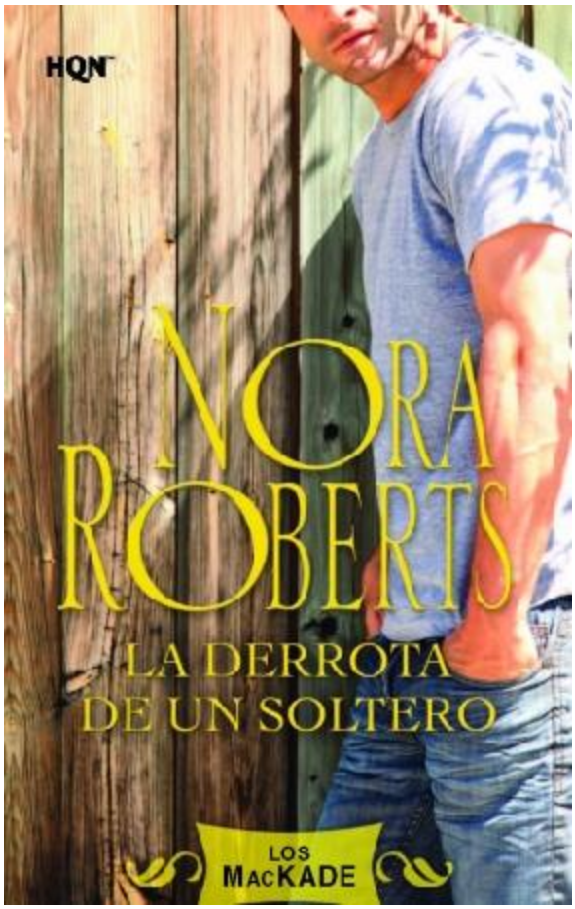
Dolor de amor

El juego del amor era peligroso en la corte de Enrique VIII.

Traicionada por su ambicioso padre, prometida por la fuerza en matrimonio con el apuesto pero enigmático sir Jon Raemon y a punto de convertirse contra su voluntad en la amante del caprichoso rey Enrique, Virginia D'Arvall era el peón femenino en un juego de deseo, poder y lujuria protagonizado por hombres.

Ginny estaba decidida a conservar su honor, pero en medio de las peligrosas maquinaciones de la corte iba a necesitar todo su ingenio para lograrlo. ¿Se daría cuenta de que en sir Jon podía encontrar todo el amor y la protección que necesitaba para sobrevivir?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La derrota de un soltero

Roberts, Nora
9788490105146
256

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Las historias de cuatro hermanos irresistibles... y las mujeres que fueron capaces de domar sus corazones salvajes.

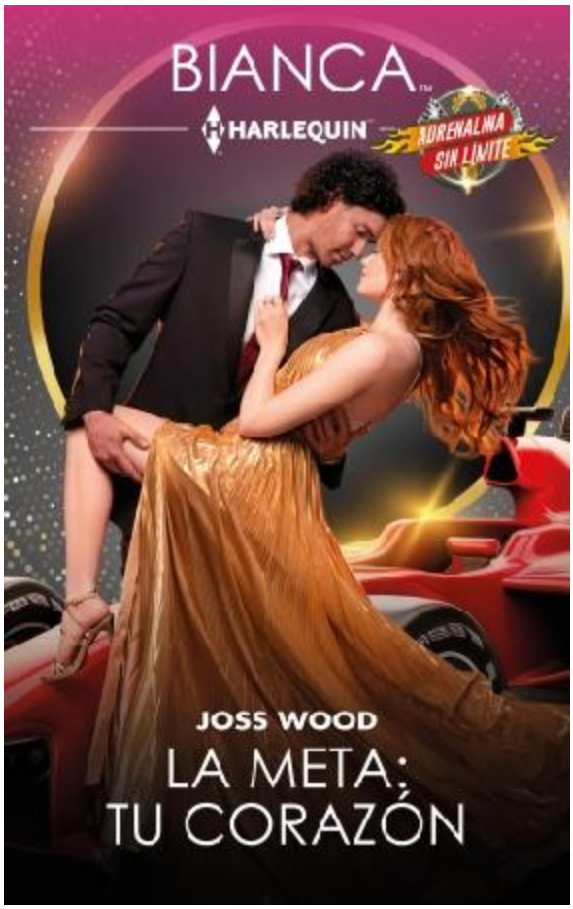
A Shane MacKade le encantaban las mujeres, pero no había conocido a ninguna que hiciera que se pusiera a silbar la marcha nupcial, hasta que apareció la doctora Rebecca Knight. El problema era que ella conocía demasiado bien las leyendas de los MacKade como para sucumbir a su encanto. Tal vez había llegado el momento de hacer una proposición, porque Shane no podía vivir sin ella.

Para la doctora Rebecca Knight, todo tenía una explicación. Hasta que empezó a tener pensamientos irracionales respecto al atractivo Shane MacKade. No sabía demasiado sobre los hombres, pero estaba segura de una cosa: amar a Shane era peligroso, y a Rebecca no le gustaban los riesgos.

Saga los MacKade

En la pequeña ciudad de Antietam, en Maryland, un misterio de la Guerra Civil ronda la vida de los cuatro apasionados hermanos MacKade,y cada uno de ellos irá encontrando los caminos del amor. Los otros títulos de la saga: Recordando el ayer, Atreverse a amar y Una larga espera.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La meta: tu corazón

Wood, Joss
9791370174132
160

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La peligrosa propuesta del chico malo... ¡que la chica buena no puede rechazar!

Millie James, responsable de prensa del equipo de Fórmula 1 De Rossi Racing, se convierte en el centro de todas las miradas en el momento en que el piloto Taz de Rossi anuncia a los medios que están saliendo juntos. Aunque le había sugerido encontrar a una mujer con la que mantener una relación estable para mejorar su imagen pública, no se refería a ella.

A pesar de detestar ser el centro de las miradas, el encanto natural de Taz y la promesa de una millonaria donación a una ONG la llevan a aceptar un trato arriesgado, que resulta ser aún más emocionante que su profesión. ¡Y su traicionero cuerpo no tiene la fuerza de voluntad para resistirse!

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)